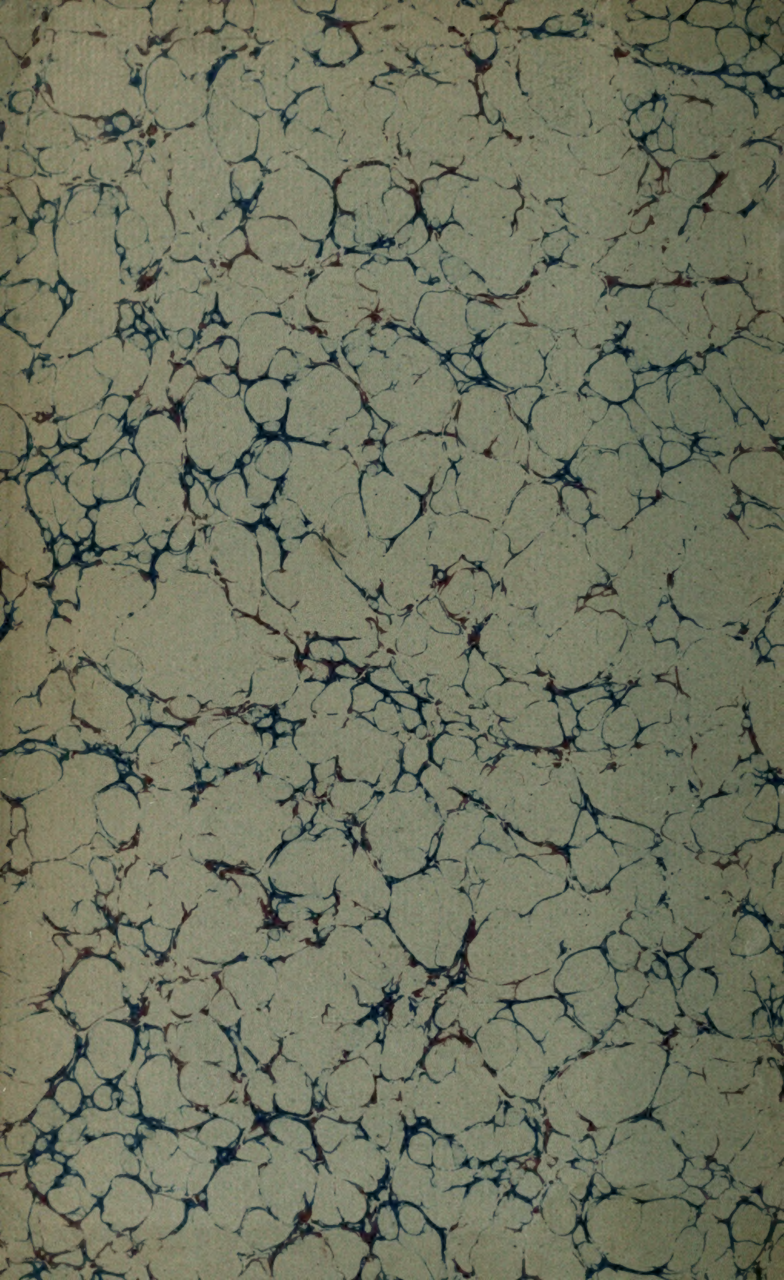
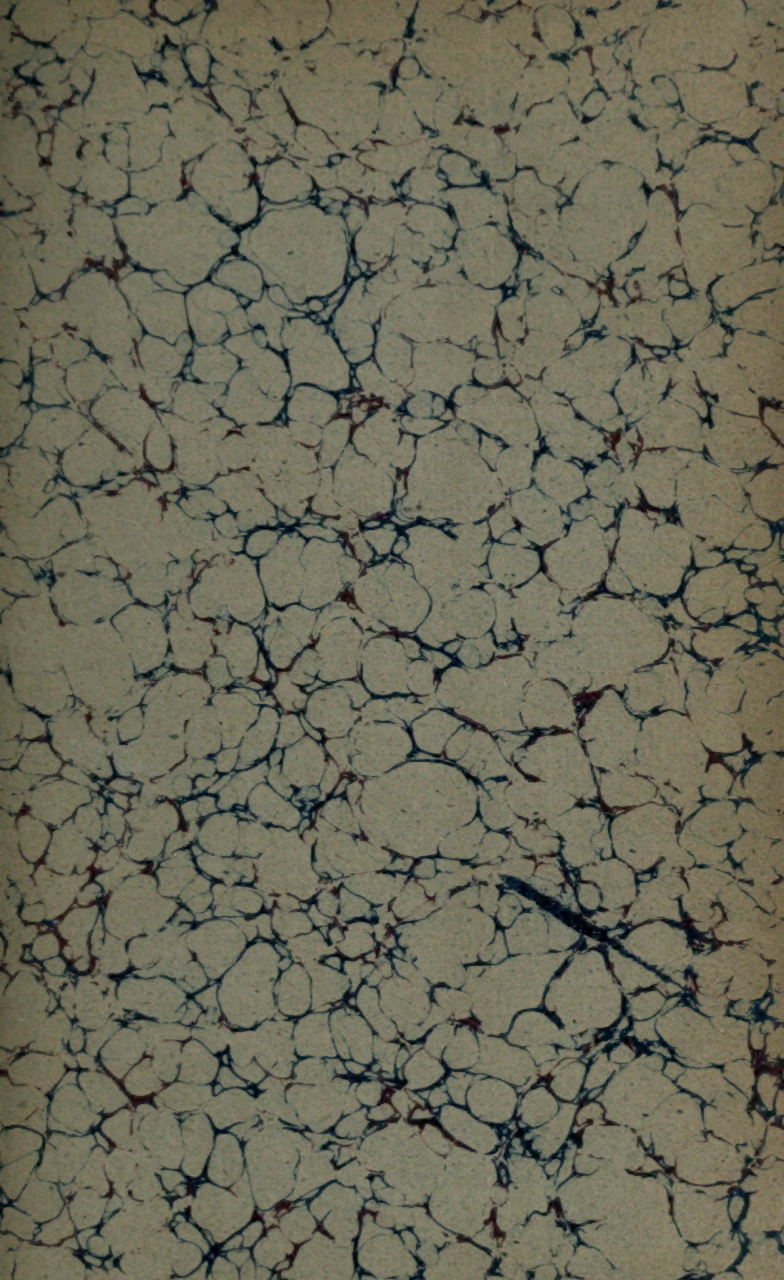






SERAFIN Y JOAQUIN
ALVAREZ QUINTERO

COMEDIAS ESCOGIDAS

TOMO II

LA ZAGALA
PEPITA REYES
EL GENIO ALEGRE



RENACIMIENTO

COMEDIAS ESCOGIDAS

II

SERAFÍN Y JOAQUIN
ÁLVAREZ QUINTERO

:: LA ZAGALA ::
PEPITA REYES
EL GENIO ALEGRE



MADRID
BIBLIOTECA RENACIMIENTO
V. PRIETO Y COMP.ª, EDITORES
Pontejos, 8.
1911.

LA ZAGALA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL el 17 de Enero de 1904.

AL INSIGNE AUTOR DE «DULCE Y SABROSA»

DON JACINTO OCTAVIO PICÓN

SUS FERVIENTES

ADMIRADORES Y DEVOTÍSIMOS AMIGOS,

SERAFÍN Y JOAQUÍN

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ENCARNA................	MARÍA GUERRERO.
ROMANA.................	MARÍA CANCIO.
CARMITA................	JOSEFINA BLANCO.
AMPARO.................	MARGARITA COLORADO.
PEPA RUIZ..............	CONCEPCIÓN ARANAZ.
LEONOR.................	AMALIA SÁNCHEZ.
DOÑA JUSTA............	MATILDE BUENO.
DOÑA RUFINA..........	ENCARNACIÓN BOFILL.
CURRITA................	AMPARO ÁLVAREZ.
DON BALTASAR DE QUIÑONES................	FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA.
POLANCO................	FRANCISCO PALANCA.
VENTURA................	MANUEL DÍAZ.
ANDRESILLO...........	MARIANO DÍAZ DE MENDOZA.
EL PADRE MIGUELITO.	FELIPE CARSÍ.
RAFAEL.................	FELIPE AGUDÍN.
DON JULIO.............	MANUEL SORIANO.

Todos, á excepción de Carmita, Don Baltasar, Polanco y Rafael, hablan con acento andaluz.

ACTO PRIMERO

Sala baja, rectangular, en casa de don Baltasar de Quiñones, rico propietario de Olivares, ciudad andaluza. Muros muy gruesos; paredes blancas. Estera de junco. Una gran puerta á la derecha del actor, que conduce al patio. Una de cristales al foro, que da al jardín, con sendas ventanas á los lados. Pocos muebles, pero añejos y ricos. Algún cuadro al óleo, de asunto religioso. Es de noche y en el mes de Mayo. La sala está en una media luz agradable. Por la puerta del patio penetra claridad más viva. Un trozo del jardín lo alumbra la luna.

Don Baltasar viene del jardin. Este don Baltasar es un caballero de cierto empaque altivo y ceremonioso, mitad natural, mitad debido á una idea de superior cultura. Espíritu sencillo y blando, con visos de carácter de acero. Compone madrigales y se perece por la poesía bucólica. Habla con natural afectación, exagerando y recortando un poco la dicción castellana. Su frente es noble; su cabello gris, peinado con raya y abundante; el bigote muy largo y fino; las cejas negras y pobladas. Usa traje de lanilla amplio y rico, camisa floja y chalina al aire.

DON BALTASAR. Asomándose á la puerta del patio. ¡Qué

charla! ¡Qué bullicio!... Déjase caer con cierto abatimiento en una butaca y suelta un suspiro profundo. ¡Ay!...

Sale PEPA RUIZ por la puerta del patio. Es una señorita bien acomodada, llena de salud y exuberante de colores, que se defiende de los cuarenta con heroísmo. Andaluza redicha, ni por equivocación deja de rematar perfectamente los finales en ado y en ido, y sus análogos.

PEPA RUIZ. ¡Jesús qué demonio de muchachas! No me dejan un momento, don Bartasá.

DON BALTASAR. ¿Ellas á usted ó usted á ellas?

PEPA RUIZ. De todo hay. Ya sabe usted mi genio, vesino.

DON BALTASAR. ¿Y qué se hace ahora?

PEPA RUIZ. Sentensiando prendas estamos. Me ha tocado «tres veses sí, y tres veses no».

DON BALTASAR. Decir tres veces que sí debe de ser muy agradable.

PEPA RUIZ. ¡Ya lo creo!

DON BALTASAR. Pero usted preferiría decirlo una sola.

PEPA RUIZ. Fuera der juego, sí, señó. Suspirando. ¡Ay!...

DON BALTASAR. ¿Adónde va ese, Pepa?

CURRITA. Dentro, en voz alta. ¿Sí ó no?

PEPA RUIZ. Cáyese usté ahora. Alto también. ¡Sí!

Risas dentro, un poco lejos, que se repiten con escándalo á cada contestación de Pepa.

CURRITA. ¿Sí ó no?

PEPA RUIZ. ¡No!

CURRITA. ¿Sí ó no?

PEPA RUIZ. ¡Ay! ¿qué habrán preguntado? Mirando á don Baltasar y envolviendo la respuesta en un suspiro. ¡Sí! ¡Cómo se ríen las pícaras!

CURRITA. ¿Sí ó no?

PEPA RUIZ. Repitiendo la mirada. ¡Que sí, que sí!

CURRITA. ¿Sí ó no? ¡Ya no tienes más remedio que desir que no!

PEPA RUIZ. Eso es ponerle á una la soga ar cueyo. Con cierta resistencia. ¡No!

CURRITA. ¿Sí ó no?

PEPA RUIZ. ¡No! ¡Qué tormento! ¡Sabe Dios á lo que habré yo dicho que no! Porque esas son atroses.

Don Baltasar se ríe, haciendo coro á los del patio.

Por la puerta de éste llega POLANCO, y se encara con Pepa Ruiz.

POLANCO. Que si le gustan á usted los militares, que sí; que si le gustan á usted los abogados, que sí; que si le gustan á usted los toreros, que sí; que si le gustan á usted los curas, que sí; que si le gustan á usted los monaguillos...

PEPA RUIZ. ¡Ande usté y que lo prendan! ¡Jesús, qué hombre más chocante! Vase de estampía.

Don Baltasar y Polanco sueltan la risa.

Polanco es un amigote reciente de don Baltasar, con ínfulas de camarada de la niñez. Es de los que toman á pechos el papel de amigo. Viste con desaliño y va de zapatillas y gorra á todas partes, con temible familiaridad. No usa corbata y lo acompaña un perro casi siempre. Es montañés, fabricante de harinas y un poco aficionado á las buenas letras. Poco.

DON BALTASAR. ¿Sabes, Perico, que te encuentro en vena esta noche?

POLANCO. ¿Y cómo no, con las mujeres que hay en el patio y las miradas amorosas que veo por todas partes? Esa endiablada Pepa Ruiz es de las que tuestan castañas con los ojos.

DON BALTASAR. Riéndose sin querer. ¡Ja, ja! ¡Peregrina hipérbole!

POLANCO. Te aseguro que si, como tiene blasones y talegas, y se baña á diario y se perfuma y se emperejila, fuese una fregoncilla de poco fuste, á estas horas estaba ya apuntada en mi libro verde.

DON BALTASAR. ¡Pero qué bellaco y harto de ajos eres en tus gustos! Ni sé siquiera cómo somos amigos.

POLANCO. Pues es bien claro, Baltasar; porque allá en lo hondo, en lo hondo, somos completamente iguales.

DON BALTASAR. Muy en lo hondo tiene que ser, Perico.

POLANCO. ¿Cómo es eso? ¿Es que por ventura te ofende parecerte á mí?

DON BALTASAR. Ni con cien leguas, hombre.

POLANCO. Eres un ingrato conmigo. Te obstinas en negarme delicadeza de sentimientos...

DON BALTASAR. ¿Quieres callar?

POLANCO. Porque he venido de la tierruca montañesa á tu suelo andaluz por la carretera adelante, con el hatillo al hombro... y soy un poco adán, y fabrico harinas... y me agradan las cocineras.

DON BALTASAR. Te suplico que no desbarres. Considera que mi situación esta noche no es la más propia para discusiones pueriles.

POLANCO. Hombre, cualquiera que te oiga... ¡Tu situación! ¡Casar á una hija y casarla á gusto, no ha sido jamás una desgracia! ¿Qué te duele? ¿Que el chico es de Madrid y se la lleva de tu lado?

¡Pues mejor para ella, que no te aguantará más chifladuras! Déjate de gemir y vente al patio.

DON BALTASAR. Ahora voy.

POLANCO. Mira que se te echa de menos; que acaso caes en falta... Al ir hacia la puerta, deteniéndose. ¿Ves? Ya tienes aquí á dos señoras, seguramente á despedirse.

DON BALTASAR. ¿Sí? ¿Quiénes son ellas? Viéndolas. ¡Ah, vamos!

Vase al patio Polanco, dejando pasar antes á DOÑA JUSTA y DOÑA RUFINA, que llegan con Amparo.

Doña Justa y doña Rufina son dos viejecitas que chochean. Por su traza y pelaje se adivina que hace años acabaron de enterrar á su generación. Amparo es una mujercita agraciada, gentil y resuelta, en la que se advierte esa entereza de carácter propia de toda persona acostumbrada á mandar y á hacer sus gustos.

AMPARO. Papá, que se marchan estas señoras.

DON BALTASAR. ¡Ah! Doña Justa... doña Rufina... Ustedes perdonen que las haya desatendido... Me dolía tanto la cabeza...

DOÑA JUSTA. Pero, simple, ¿qué nos vas á decir á nosotras?

DOÑA RUFINA. Los cumplidos guárdalos para las de Márquez, que se sienten de todo.

DOÑA JUSTA. ¿Conque te abandona esta pícara?

AMPARO. Acariciando á don Baltasar. Es que no tengo más remedio que irme. Me trataba tan mal, tan mal, que si sigo á su lado me mata.

DOÑA RUFINA. ¿Te parece la tunantona? Córtale la lengua.

DON BALTASAR. No puedo: se me cae la baba de oirla.

DOÑA JUSTA. Siempre has sido un padrazo.

Llega RAFAEL de repente.

RAFAEL. Pero, hombre, ¿y mi novia?

AMPARO. Aquí estoy: no chilles.

RAFAEL. ¡Mujer, es que no nos dejan hablar dos palabras seguidas!

DOÑA RUFINA. Haberse quitado de en medio de cuando en cuando. Su palique robadillo... y al patio otra vez.

DON BALTASAR. Esta noche no puede ser eso... Es la última... Se debe á sus amigas: que aguarde el amor.

DOÑA JUSTA. Y que es una noche inolvidable: ya lo verás, Amparo, ya lo verás... ¡Ah! ¡la víspera de la boda!... Se ve amanecer; bien me acuerdo.

DON BALTASAR. Usted puede decirlo, doña Justa. Á Rafael. Esta señora se ha casado tres veces.

RAFAEL. ¿Según eso ha pasado usted por tres vísperas?

DOÑA JUSTA. Sí; pero la que no se olvida es esta de hoy.

RAFAEL. Celebro hallarme en la mejor.

DOÑA JUSTA. El segundo matrimonio es cosa tan distinta... Á Amparo. Ya verás, ya verás...

RAFAEL. ¡Señora!

Todos se ríen.

DON BALTASAR. ¿En el segundo no se ve amanecer?

DOÑA JUSTA. No, hijo mío.

DOÑA RUFINA. Y en el tercero hace falta un despertador con toda la cuerda.

RAFAEL. ¿Usted también se ha casado tres veces?

DOÑA RUFINA. No, señor; cuatro.

Nuevas risas.

DOÑA JUSTA. En fin, Baltasar, muchas felicidades... dormir á gusto... y hasta mañana si Dios quiere.

DON BALTASAR. Gracias; mil gracias.

RAFAEL. Adiós, señoras.

DOÑA RUFINA. Hasta mañana.

DON BALTASAR. Hasta mañana.

Se van la viejas por el jardín con Amparo, que vuelve á poco.

RAFAEL. Mientras se retiran, bajo á don Baltasar. Oiga usted, ¿y estas viejas, cuándo se mueren?

DON BALTASAR. Calla, que van á oirte. Te advierto que yo siempre las he conocido con la misma edad. Y mi padre creía á pies juntillas que eran las Santas Justa y Rufina de Triana: las dos alfareras.

Rafael se ríe.

Sale por la puerta del patio el PADRE MIGUELITO limpiándose la mano derecha con el pañuelo.

P. MIGUELITO. Pero, hombre, ¿por qué se pintarán los labios algunas devotas?—¿Qué es eso, Baltasar? ¿En dónde te metes?

DON BALTASAR. Vago por aquí y por allá... Habéis de dispensarme todos.

Llega AMPARO.

RAFAEL. Lo que es yo me voy á molestar en serio. ¿Qué cara es esa, porque mañana me llevo á su hija? ¿Es que usted cree que no va á ser dichosa á mi lado? ¡Que lo diga ella!

DON BALTASAR. Ni ella lo puede creer, ni yo tampoco. Pero...

RAFAEL. Viva usted en calma, don Baltasar. Será feliz. Si usted quiere, hasta le leeré á Virgilio en los ratos perdidos. La traducción de usted, por supuesto; del latín Dios me libre. ¿Qué más puede hacer un hombre por su suegro?

Risas de todos.

DON BALTASAR. Burlaos, burlaos de mí... Ya tendréis hijos...

AMPARO. Mira, vente al patio, porque mi padre también dice unas cosas...

RAFAEL. No, pues eso último que ha dicho no puede ser más razonable.

AMPARO. ¡Otro que tal baila! Vente, vente.

DON BALTASAR. No te vayas tú, Miguelito; quédate y echaremos un párrafo.

P. MIGUELITO. ¡Si no deseo otra cosa!

Se van riéndose y arrullándose Amparo y Rafael. Don Baltasar y el Cura pasean y luego se sientan.

Es el Padre Miguelito un vejete alegre, calmoso y pacienzudo. Tiene ochenta años y se propone vivir otros ochenta. Viste de paisano.

DON BALTASAR. Me rejuvenece verte aquí; me rejuvenece... y me apena.

P. MIGUELITO. Es natural; eso es muy natural.

DON BALTASAR. Cuando se unen en la memoria dos fechas muy distantes, el espacio que las separa está lleno de tantas cosas... ¡de tantas lágrimas casi siempre!

P. MIGUELITO. Bueno; pues te prevengo que yo no he venido á Olivares á verte hacer pucheros.

DON BALTASAR. Me esforzaré por darte gusto, ya que tú por dármelo dejas tu rincón malagueño y vienes á casar á mi hija.

P. MIGUELITO. Alto, alto. Las cosas en su punto, Baltasar. Yo no he venido aquí por complacerte, ni mucho menos; sino por darte en la cabeza, que es todo lo contrario. Cuando te casé con la pobre Aurora, te dije: «Así como te caso á ti casaré á tus hijos.» Y tú te reíste á cuenta de mis ilusiones... Bueno, pues ahora me toca á mí reir de tu incredulidad. Si te pica, ráscate. Más te digo: ¡casaré á tus nietos también! ¡Nada, que la he tomado con la familia!

DON BALTASAR. Padre Miguelito, tú no sabes lo que ocurre en el que fué apacible hogar de don Baltasar de Quiñones.

P. MIGUELITO. ¿Qué ocurre? Desgracia no conozco más que la muerte de tu pobre Aurora.

DON BALTASAR. ¿Te acuerdas de Carmita, mi hija menor?

P. MIGUELITO. ¿No he de acordarme? Y la he visto una sola vez; pero aquella cara no se olvida... En Suiza la tienes con tu primo Joaquín, ¿no es esto?

DON BALTASAR. Cabal. Ya va para tres años.

P. MIGUELITO. ¿Y no mejora de salud?

DON BALTASAR. Sí; ya está buena, á Dios gracias. Su mal era más bien del espíritu que del cuerpo. Es tan delicadita, tan sensible... Así como Amparo es fuerte, serena, equilibrada, mi Carmita —no sé cómo te diga—es tierna, mimosilla, doliente, soñadora... Sutil como el aire, viva como el

fuego... Aire y fuego juntos; incendio fácil y perenne, como le dije yo en mis versos mejores. La quité de aquí, no sé si lo sabes, porque se prendó como una heroína de novela, á pesar de sus quince años, de un mocito rico del pueblo, de figura pérfidamente simpática, pero menguado de corazón y torpe de costumbres. No tiene el diablo por dónde desecharlo. Uno de estos retoños podridos de la nueva edad—no extrañes la pasión con que le acuso; me ha hecho brecha en el alma,— uno de estos señoritos viciosos que no saben salir de las bodegas ni de los lupanares.

P. MIGUELITO. Todo eso es nuevo para mí. Ciertamente que no hemos tenido ocasión de hablar... Sigue, sigue.

DON BALTASAR. Mes y pico estuvo en relaciones con mi hija, bien contra todo mi torrente. Y la hazaña que determinó la ruptura, fué digna del mancebo: una noche, cuando la niña lo esperaba en la ventana, pasó ante ella borracho perdido y con dos mujerzuelas del brazo.

P. MIGUELITO ¡En el nombre del Padre!...

DON BALTASAR. ¿Cabe agravio más grosero al pudor de una niña?

P. MIGUELITO. Calla, calla por Dios.

DON BALTASAR. Imagínate lo que pasó en esta casa. Para Carmita no había consuelo: sólo llorar fué su ocupación durante muchos días. Su salud, siempre delicada, se quebrantó de suerte que llegó á poner en peligro su vida. Hubo que alejarla de aquí. El cambio de lugar y de costumbres haría menos difícil el olvido y le sería muy provechoso.

P. MIGUELITO. ¿Y en Suiza está?

DON BALTASAR. Sí: con sus tíos.

P. MIGUELITO. ¿Curada por completo?

DON BALTASAR. Curada, sí; pero cada vez más sensible; estimulando constantemente nuestra inquietud. Por eso no ha venido á la boda.

P. MIGUELITO. Entonces, ¿no la piensas traer?

DON BALTASAR. ¡Traerla... traerla!

P. MIGUELITO. ¿Qué?

DON BALTASAR. Eso es lo que me quita el sueño. Á los dos meses de salir Carmita de aquí, salió para siempre, para no volver más, la compañera de mi vida. ¿Cómo se le decía entonces á la niña: «tu madre ha muerto»? Imposible, imposible.

P. MIGUELITO. Es natural: en su estado... Se comprende; sí.

DON BALTASAR. Se le ocultó la terrible verdad... Se esperó el momento menos peligroso de revelársela... La salud de Carmita sufría alternativas dolorosas, crueles... ¿Quién era el insensato?... Ni Amparo ni yo nos atrevíamos nunca. Y pasó el tiempo, y cuando malita, porque lo estaba, y cuando no, por temor de que volviera á estarlo, hemos vivido en constante ficción. Y es el hecho espantoso que á la hora presente cree Carmita que su madre vive.

P. MIGUELITO. ¡Válgame el Señor! ¡Qué desgracia! Justificadas están tus melancolías.

DON BALTASAR. Ya ves. Se casa la una... y se me va; y si quiero traerme á la otra, he de hacerla pasar por un dolor tan grande.

P. MIGUELITO. Bien, bien; pero de todas suer-

tes, es caso de conciencia que lo sepa ya. Pasa Andresillo rápidamente, del jardín al patio. Ni sé cómo habéis podido engañarla... Y cuenta que en mi familia ha habido un caso semejante. Mis padres no supieron nunca que mi hermano José murió en la primera guerra del Norte.

Don Baltasar. Aquí lo hemos ido amañando con los medios que nuestra misma zozobra nos inspiraba... Además, por coincidencia claramente explicable, las letras de Aurora y Amparo—como la de la propia Carmita—son idénticas.

P. Miguelito. Ya, vamos, ya. Pues, hijo, sí que te compadezco con toda mi alma.

Salen Amparo y Andresillo por la puerta del patio.

Amparo. Que entre aquí. La despacharé en un momento.

Andresillo. Es mu bien *fachá*, señorita.

Amparo. ¿Viene sola?

Andresillo. Viene con uno, que si no es su padre le farta poco, porque tiene toa la pinta de eya.

Amparo. Pues diles que pasen.

Andresillo. Ahora mismo. Se va por el jardín.

Don Baltasar. ¿Quién es?

Amparo. Esa muchacha que nos ha recomendado Engracia Molina.

Don Baltasar. ¿Á qué viene?

Amparo. Á ver si la ajusto. Como yo me llevo á María Pepa...

Don Baltasar. Es verdad; si me lo habías dicho... ¿Se ha ido ya la gente?

Amparo. Casi toda. No quedan más que Polanco y Pepa Ruiz.

DON BALTASAR. ¿Y Rafael?

AMPARO. También se ha ido.

DON BALTASAR. ¡Sin decirme adiós!

AMPARO. Te vió tan mustio, que no ha querido afectarte con la despedida.

P. MIGUELITO. Pues aquí hay otro que se va; pero es á su cuarto, en busca de la cama.

AMPARO. ¿Tan pronto, Padre Miguelito?

P. MIGUELITO. Tan pronto, hija mía. Quiero dormir bien, no haga mañana un disparate contigo y con tu novio.

AMPARO. Si es por eso, á acostarse ahora mismo.

P. MIGUELITO. Aunque mayor disparate que el que van ustedes á hacer...

AMPARO. Muy bonito, en un padre de almas. ¿Así habla usted del matrimonio?

P. MIGUELITO. Bueno, pero es en confianza y de paisano. Tú calcula; llevo cincuenta años con la oreja pegada á la rejilla... ¡con que si sabré yo á qué atenerme! Adiós, nena.

AMPARO. Que usted descanse, Padre.

P. MIGUELITO. Á don Baltasar. Adiós, poeta melancólico. Duerme y olvida. ¡Buena temporadita de campo te hace falta! Un cencerro al cuello... y á triscar por los montes.

DON BALTASAR. Poco menos necesito, no creas. ¡Oh! ¡El campo! ¡el campo!... ¡Mi gran consejero! ¡mi delicia!

P. MIGUELITO. Deteniendo á don Baltasar. Quieto aquí: no me hagas el cumplido. Sé perfectamente á mi cuarto. Buenas noches.

DON BALTASAR. Buenas noches.

AMPARO. ¿Vas á irte al patio?

DON BALTASAR. Ahora menos que antes. Esa Pepa Ruiz me divierte á ratos nada más.

AMPARO. ¡Cuidado si eres extremoso!

DON BALTASAR. Y por lo que toca á Polanco, te juro que me va siendo imposible aguantarlo en paciencia. Y mira que es leal y noblote y buen amigo si los hay; pero lo conozco de ayer, y me trata como si hubiéramos nacido juntos. Sin contar con la molestia del perro, que ha de colar en todas partes.

AMPARO. Un pique tuve ayer con él, porque lo eché de mala manera de la sala.

DON BALTASAR. ¿Á Polanco?

AMPARO. Al perro.

DON BALTASAR. ¡Qué abominación! El día menos pensado le pego un tiro.

AMPARO. ¿Al perro?

DON BALTASAR. Á Polanco. Y otro al perro después.

Vuelve ANDRESILLO por el jardín, seguido de ENCARNA y de VENTURA.

ANDRESILLO. Pasen ustedes.

VENTURA. ¿Dan ustedes zu permizo?

DON BALTASAR. Adelante.

ENCARNA. Güenas noches.

AMPARO. Buenas noches.

VENTURA. Me alegro de verlos á ustedes güenos.

DON BALTASAR. Gracias, amigo.

Llega PEPA RUIZ por la puerta del patio. Ventura y Encarna se arrinconan. Andresillo contempla á ésta fijamente con codiciosa admiración

PEPA. Hija, ya están por mí.

AMPARO. Mujer, perdóname.

PEPA. Vamos, caya. Hasta mañana, que vendré á vestirte.

AMPARO. ¡Quita allá!

PEPA. Ah, ni que sueñes otra cosa. Te visto yo. Á las ocho me tienes aquí. Y como te encuentre vestida, te desnudo y vuervo á vestirte.

DON BALTASAR. ¿Es empeño?

PEPA. Empeño y costumbre; las dos cosas. Todas las amigas mías que se han casado, han yevado la camisa de novia puesta por mí. Y disen que tengo buena sombra.

DON BALTASAR. Y yo, ¿puedo vestirme á la hora que me venga en gana?

PEPA. Si, señó; no sea usté tunante. Adiós, don Bartasá.

DON BALTASAR. Adiós, Pepa.

PEPA. Adiós, Ampariyo; estás monísima. ¡Qué suerte tienen argunos hombres! Hasta mañana.

AMPARO. Hasta mañana.

PEPA. Quietesita. **Vase por la puerta del patio. Amparo la despide con la mano desde la misma puerta.**

AMPARO. **Á Andresillo, que continúa mirando á Encarna.** ¿Y á ti qué se te ha perdido aquí?

ANDRESILLO. Á mí na, señorita.

AMPARO. Entonces, ¿por qué no te has ido á la cochera?

ANDRESILLO. Porque en la cochera no se me ha perdío na tampoco.

DON BALTASAR. Bueno; pues véte ahora y no repliques.

ANDRESILLO. Al irse, á Encarna, sin poder contenerse. ¡Dios la conserve á usté tan güena, hija mía!

DON BALTASAR. ¡Qué descarado es!

AMPARO. Tú tienes la culpa. Le pasas carros y carretas...

Encarna es una muchachota hermosa y saludable. Da impresión de fuerza y de frescura, y trae consigo cierto aroma campestre. Viste un trajecillo de percal, de tonos vivos, muchas veces lavado. La falda es muy corta. Le cubre los hombros un mantoncillo negro, que con frecuencia se le desliza por la espalda. Su emoción ante los señores es grande, pero no le impide observarlo todo. Llena de vergüenza, apenas mira á la persona que le habla. Se expresa con ese cadencioso y suave ceceo que caracteriza á los lugareños andaluces. Ventura, su padre, es un tipo de campesino marrullero, interesado y socarrón. Habla con el propio ceceo que su hija. Sus ropas son viejas y pobres. Viene de chaquetón, faja negra y sombrero de ala ancha, negro también y deformado.

DON BALTASAR. Acérquense ustedes.

AMPARO. Sentándose. ¿Vienen ahora de casa de la señorita Engracia?

VENTURA. De ayá venimos. Nos mandaron yamá pa decirnos que no dejáramos de vení esta noche...

AMPARO. Sí; porque mañana iba á ser peor. Conque vamos á ver si nos entendemos. La señorita me ha dado los mejores informes de usted.

Don Baltasar pasea, atento al diálogo.

ENCARNA. La zeñorita es mu güena conmigo. Una zervidora hará lo que zepa... y aprenderá lo que le enzeñen.

VENTURA. Á ezo está; porque pa ezo es probe y empieza á viví ahora.

AMPARO. ¿Es usted su padre?

VENTURA. Por muchoz años, zeñorita. Zi no fuea mirando que lo zoy, yo le diría á usté más e cuatro cozas e la muchacha. Pero de boca e un padre paece que no puean zalí más que alabanzas de zu hija.

AMPARO. ¿Ella ha servido alguna vez?

ENCARNA. Zerví, zerví... he zervío; pero zerví, zerví, zerví en una caza... que una diga zerví... no he zervío.

VENTURA. Pa que usté lo comprenda mejón, zeñorita, porque ésta no ze zabe explicá: lo que toca á zerví, ha zervío; pero zerví, zerví, zerví, de veras zerví... que digamos zerví... no ha zervío.

AMPARO. Desde luego aquí, en Olivares, no ha estado en ninguna casa, ¿verdad?

VENTURA. En Olivares, no; no ha estao en ninguna caza.

ENCARNA. Nozotros hemos pazao diez años cabales—mi pupá, mi mumá, una zervidora y mi hermaniyo Esteban,—ahí guardando la *Güerta e las Palomas*, más ayá de *Fuente Zalobre*.

VENTURA. Er zeñorito conocerá eza finca.

DON BALTASAR. En efecto; sí la conozco. ¿Es todavía de don Juan de Zuleta?

VENTURA. No, zeñó: lo ha zío hasta jace poco, y eza es nuestra esgracia.

ENCARNA. Don Juan no iba nunca por ayí, ni ze le importaba na de aqueyo. Como es tan raro... Azín es que nozotros, mejón que los guardas, éramos loz amos de to. Vivíamos en la gloria, zeñorito. Bien comíos, bien lavaos, bien dormíos, zin ninguna farta, y en medio de aqueyos campos tan ale-

gres, ya podía er rey de Francia habernos dicho que zi cambiábamos con é.

VENTURA. Ayí ze ha criao ésta: azín está, que da orguyo mirarla.

ENCARNA. Ruborosa. ¡Pupá!... Pero don Juan le ha vendío la finca á unos inglezes de Jeré...

VENTURA. Porque aquí va rezurtando ya que zon inglezes jasta los cigarrones...

ENCARNA. Y jace coza e dos zemanas ze perzonaron ayí dos tíos que no cabían á entrá por eza puerta...

VENTURA. Con unas botas que parecían cajones e jigos...

AMPARO. ¿También ingleses?

VENTURA. También. Pero nos dijeron en españó que estábamos ayí de zobra. Á la cuenta eran dos de los compraores.

ENCARNA. Yorando me pazé yo to er día, zeñorita... Como ayí me he criao... Zi me zacan de entre mi gente, no lo ziento más.

VENTURA. Conque azín es que hubo que liá er petate, y rabo entre piernas, venirnos tos cuatro pa er pueblo á ganarnos la vía.

ENCARNA. Y adiós la *Güerta e las Palomas*.

VENTURA. Y va usté á vé qué cuadro más esconzolao: mi mujé, bardá; lo único que pué mové es la lengua, y naturarmente, ze espacha á zu gusto... y to ze le güerve mandarme á mí que jaga argo.

ENCARNA. Mi hermaniyo Esteban, que zi gana un jorná de dos reales, zerá to lo e Dios.

VENTURA. Porque er campo está ca día más malo, zeñorita...

ENCARNA. Mi pupá, que ya es viejo pa mové los brazos...

VENTURA. Harto jaré conganá otro peazo e telera que yevá á la boca...

ENCARNA. De mo y manera, zeñorita, que yo que no zoy malina y que me veo de pronto con toas estas necezidaes alreó, he cogío y me he dicho pa mí: Encarniya, á procurá un zalario... y una boca menos en tu caza.

AMPARO. ¿Cómo ha dicho usted que se llama?

ENCARNA. Encarniya.

VENTURA. En er pueblo le dicen Encarna; pero ze yama Encarnación.

AMPARO ¿Y qué edad tiene usted?

ENCARNA. Vacilando. ¿Qué edá tengo, pupá?

VENTURA. Lo mismo. Tu madre lo zabe.

AMPARO. Pues aquí, si usted cumple, estará más contenta que en la *Huerta de las Palomas*. El salario ya lo sabe usted por la señorita. Viene usted para el cuerpo de la casa, pero de seguro que el trabajo no la matará. Mucha limpieza es lo que quiero.

VENTURA. Á güena parte va usté á dí. Es más limpia que er chorro e una fuente. Ze lava más que un gato. Le zaca briyo á un rayo'er zó.

Óyese á POLANCO silbar dentro. Á poco, después de la pregunta de don Baltasar, sale por la puerta del jardín silba que silba, con un collar con cadenilla en la mano.

DON BALTASAR. ¿Quién anda por ahí?

POLANCO. *¡Veneno! ¡Veneno!*

AMPARO. ¡Si es Polanco!

POLANCO. ¿No habéis visto á *Veneno?*

DON BALTASAR. No hemos tenido esa ventura.

POLANCO. Loco me trae. Le he dado la vuelta á la casa buscándolo, y no parece. *¡Veneno! ¡Veneno!*

AMPARO. No; por aquí no ha pasado; no se canse usted. Habla bajo con Encarnación y Ventura.

POLANCO. ¿Á que se ha ido á la panadería? ¡Seguro!¡ Sí; porque tiene allí la novia! Reparando de pronto en Encarna y mirándola con sorpresa y descaro. ¿Hola? Buenas noches.

ENCARNA. Güenas noches.

VENTURA. Güenas noches tenga usté.

POLANCO. Bajo á don Baltasar. Chico, ¡qué morena! ¿Es esta la que viene á sustituir á Mariquilla?

DON BALTASAR. Contestándole á regañadientes. No sé... Quizás...

POLANCO. ¿Qué te detiene? Tómala, tómala; que salimos ganando en el cambio.— *¡Veneno! ¡Veneno!* ¿En dónde se habrá metido ese bribón? *¡Veneno!* Vase por la puerta del patio sin dejar de silbar.

DON BALTASAR. Y en fin, ¿se ha convenido usted con mi hija?

ENCARNA. ¿Cómo dice usté?

DON BALTASAR. Que si al cabo se resuelve usted á servirnos.

ENCARNA. Yo zí. ¿Verdá, pupá?

VENTURA. Zi eres gustoza de eyo...

ENCARNA. ¿Dónde vi á está mejón?

DON BALTASAR. Mucho me place esa confianza, y desde luego le aseguro que si cumple usted con su obligación, no tendrá por qué arrepentirse de ella.

AMPARO. Entonces...

DON BALTASAR. Aguarda un poco, hijita. Ahora quiero yo hacerle algunas advertencias, de que no te has curado tú por entender sin duda que son de mi exclusivo fuero. *Encarna y Ventura lo oyen con la boca abierta.* En casa de don Baltasar de Quiñones nunca ha habido criados, en la baja acepción que da á esta palabra la mala crianza social. Mis criados son mis amigos. Por lo mismo que de mis mayores heredé blasones que no ostento, por estimar que la nobleza de las personas no está en su escudo, sino en sus acciones, trato á los que en mi servicio se emplean con aquella delicadeza y aquella bondad que únicamente pueden endulzar á los humildes el haber pobremente nacido. El bienestar de que yo disfruto, es por igual de todos cuantos me rodean; y mis escasas luces, mis discretas lecturas, son también para todos, puesto que procuro alumbrar su espíritu con mis enseñanzas. Todos mis criados aprenden, bajo mi inmediata dirección, por lo menos á leer y á escribir. Es costumbre que heredé de mis padres. Algunas burlas de los maliciosos é ignorantes me cuesta el practicarla, y en el Casino de este inculto pueblo, donde no se sabe hablar más que del ganado lanar y de cerda, se hace chacota de mí y se parodian mis lecciones: lo sé, y me importa un ardite. ¿No se ha de sembrar porque haya gorriones en el mundo? He dicho cuanto tenía que decir. *Se echa las manos á la espalda y vuelve á sus paseos.*

VENTURA. *Después de un momento de vacilación.* Güeno, pos... ¿Á ti qué te paece, Encarniya?

ENCARNA. Que me queo aquí... ¿qué va á parecerme?

VENTURA. ¿Tú te has jecho cargo bien de to lo que ha jablao er zeñorito?

ENCARNA. Zí, zeñó.

VENTURA. Ziempre has zío tú la más lista e la caza.

ENCARNA. Conque zi usté, zeñorita, no tiene na que mandarle á una zerviora, mi pupá y yo nos vamos con zu licencia, y usté dirá desde cuándo tengo que vení.

AMPARO. Desde mañana. Venga usted mañana. *Á su padre.* ¿No te parece?

DON BALTASAR. Tú lo dispones á tu conveniencia.

ENCARNA. Mañana, ¿verdá?

AMPARO. Sí; mañana.

ENCARNA. Ea, pupá, pos vámonos.

VENTURA. Antes quieo yo decirle también dos palabras ar zeñorito.

DON BALTASAR. ¿Á mí?

VENTURA. Zi usté me lo conziente.

DON BALTASAR. ¡Ya lo creo!

VENTURA. Mi niña, jasta ahora, en güena hora lo diga, ¿zabe usté? nunca ha cerdeao, que yo zepa...

DON BALTASAR. ¿Á qué llama usted cerdear?

VENTURA. Tocante á novios, zeñorito...

DON BALTASAR. Ah, vamos.

VENTURA. Y aunque eya es fié, y formá, y de ley, ziempre es güeno que haiga quien la vegile... ¿usté me entiende? De mo, zeñó don Bartazá, que

zi usté güele tanto azín de noviajo, tiene usté mi permizo pa eslomarla.

DON BALTASAR. Ha debido usted comprender después de haberme oído, que no entra en mis principios deslomar á nadie. Ni siquiera á las bestias. Mucho menos á quien en lugar de lomos tiene espaldas.

VENTURA. Pero zi le zale argún novio...

DON BALTASAR. Si le sale algún novio, cosa demasiadamente natural, puesto que es bella y joven, y el amor no sabe andar ocioso entre la belleza y la juventud, así como me propongo cuidar de su inteligencia, cuidaré también de su moralidad.

ENCARNA. Zeñorito, zi yo no pienzo en novios; zi es que á mi pupá le gusta abochornarme...

DON BALTASAR. Ni una palabra más sobre este asunto.

VENTURA. Pos entonces, jasta mañana, zeñorito.

DON BALTASAR. Id con Dios.

ENCARNA. Jasta mañana, zeñorita.

AMPARO. Adiós. Hasta mañana.

ENCARNA. *Á su padre, en tono de riña, mientras se encaminan al foro.* ¿Por qué dice usté ezas cosas, pupá? ¡Ni que fuera yo una cabra loca!... *Se van por el jardín disputando.*

AMPARO. ¿Sabes que me gusta mucho esta mujer?

DON BALTASAR. Sí que tiene muy buena gracia.

Sale POLANCO por la puerta del patio, con «Veneno», sujeto ya con la cadenilla. «Veneno» es un perro insignificante, pero algo cómico. Mo-

mentos antes de salir lo anuncia el ruido de un cascabelito que lleva en el collar.

POLANCO. ¿Se queda? ¿Se queda?

DON BALTASAR. ¿Cómo?

AMPARO. ¿Qué?

POLANCO. ¿Se queda?

DON BALTASAR. Pero, ¿quién se queda?

POLANCO. ¡La criada! ¿Estás tonto?

AMPARO. Sí se queda, sí.

POLANCO. Me alegro.

DON BALTASAR. ¿Dónde estaba ese?

POLANCO. En tu cama. Dormido como un ángel.

DON BALTASAR. ¿Sí, eh?

POLANCO. No te enfades, hombre. Como la tienes junto al balcón y allí corre fresco... Acariciando al animal. ¡Granuja!... Bueno, yo me voy. Adiós, nenita. ¡Ah! Ya sabía yo que tenía que deciros algo. Mañana, en la ceremonia, me presento así. Yo no me visto.

AMPARO. ¿Así, Polanco?

DON BALTASAR. Mira, Perico; en serio te hablo ahora. No por consideración á ti ni á mí, sino por respeto á mi hija, á su novio, á la solemnidad del acto y á las personas que han de asistir á él, te ruego que mañana por excepción te laves, te cepilles un poco, te limpies el calzado y te pongas una corbata.

AMPARO. No es mucho pedir.

POLANCO. ¿Con que una corbata? Dolido. ¿Es decir que juzgáis una amistad como la mía por un cintajo?

DON BALTASAR. No es eso, hombre...

POLANCO. ¡Sí es eso, hombre!

AMPARO. Váyase usted á la cama, Polanco. No la enredemos.

POLANCO. Me voy, me voy; y con muy mal sabor de boca, por cierto.

AMPARO. Ya se le pasará. Si Romana está en la puerta, dígale usted que cierre y que apague la luz.

POLANCO. Hasta mañana, niña. Que pases buena noche. Anda, *Veneno*. Vase por la puerta del patio.

DON BALTASAR. ¿Y no se despide de mí? ¡Es eminentemente ridículo!

POLANCO. Asomándose á la puerta picadísimo y retirándose en el acto. Cuando se marcha una persona de una habitación, se espera un poco más para hablar mal de ella. Buenas noches.

DON BALTASAR. ¡El diablo que te lleve!

AMPARO. ¡Virgen María, qué buen señor! Este nos da la boda mañana.

Llega ANDRESILLO por el jardín.

ANDRESILLO. ¿Se ofrese arguna cosa, señorito?

DON BALTASAR. Nada ya; puedes acostarte.

AMPARO. Escucha: ¿llevaron á *Pinatares* el vino?

ANDRESILLO. Sí, señorita; desde antes de anochesío está ayí. Esta noche en er cortijo no duerme naide. Hasta funsiones van á echá. Y mañana, me ha dicho el aperaó que ar paso der tren van á salí tos los hombres ar camino pa saludarla á usté con los sombreros.

AMPARO. Bueno está eso; no es mala despedida.

ANDRESILLO. ¿Manda usté argo más?

AMPARO. Nada. Hasta mañana.

ANDRESILLO. Hasta mañana.

DON BALTASAR. Adiós.

ANDRESILLO. ¿Suerto er chorro e la fuente?

DON BALTASAR. No; que luego no me deja dormir.

Vase Andresillo. Extínguese la luz que entraba del patio.

Sale por la puerta de éste ROMANA, criada vieja de la casa, dulzona y solícita, de corazón tierno y lágrimas fáciles; más respetada por tradición que por sus servicios presentes. Tiene los cabellos blancos y viste de oscuro. Los brazos siempre al aire.

ROMANA. Güenas noches, don Bartasá. Güenas noches, niña.

DON BALTASAR. Que descanses, Romana.

AMPARO. ¿Y Leonor?

ROMANA. En la ventana con er novio.

AMPARO. Pues dile que se meta dentro; que son las once ya.

ROMANA. ¿Te yamo mañana temprano?

AMPARO. No hará falta; yo me despertaré.

ROMANA. Ea, pos güenas noches. Vase.

AMPARO. Buenas noches. ¿Y tú vas á acostarte?

DON BALTASAR. No tan pronto. Quiero estar un rato contigo. Deseaba que todos se fueran...

AMPARO. Yo también.

DON BALTASAR. Es la última noche que pasamos juntos... la última que estás en tu casa. Ven acá. La sienta á su lado. Al despertar de la de mañana, otra gente, otro mundo, otra vida... En torno tuyo, otros muros que los de esta casa, que te han visto

crecer entre ellos; frente á ti otros ojos, que te miren como quieran, nunca te mirarán como yo.

AMPARO. Papá, si te vas á poner triste, lo dejamos.

DON BALTASAR. ¿Pues cómo quieres que me ponga? Malo sería que yo estuviera alegre esta noche. Me dejas muy solo, nenita; muy solo.

AMPARO. No te apures; ya vendré á verte; ya irás tú á Madrid. Además, Carmita...

DON BALTASAR. Sí; Carmita es preciso que vuelva. No es posible dilatar más tiempo... No es posible, no. Ni siquiera es humano.

AMPARO. Si vieras... Su última carta me ha hecho llorar yo no sé las veces... Siempre que la leo. No te la he dado porque no padecieras tú. ¡La ilusión en que vive le hace decir unas cosas tan tristes al hablar de mi boda!

DON BALTASAR. Cállate, por Dios... Menester es que esto concluya, cueste lo que cueste... ¡Pobre estrellita mía!... ¡Se asomó á la vida creyendo que estaba en el cielo, y se encontró con que estaba en la tierra!... *Silencio.* Yo he pensado—á ver qué te parece á ti—que así que pase esta tu primera temporada de mieles y de flores, si Rafael no tiene en ello reparo alguno, vengas conmigo, y juntos los dos vayamos por ella.

AMPARO. Sí; es lo mejor. Rafael no tendrá inconveniente.

DON BALTASAR. ¡Qué triste la vuelta de mi niña á esta casa!

AMPARO. ¿Ves, papá, por lo que yo no quería que hablásemos solos?

DON BALTASAR. Falta de ella quien la supo llenar con su alma en vida, y ahora la llena con su recuerdo.

AMPARO. No llores...

DON BALTASAR. ¿Para llorarlo todo tú?

AMPARO. Dices bien. Siempre que hablamos de esto acabamos así.

DON BALTASAR. Á Dios gracias, hija.

AMPARO. Bueno, pero ya esta noche no hay más lagrimitas.

DON BALTASAR. ¿Lo quieres tú?

AMPARO. Lo mando.

DON BALTASAR. Entonces... Silencio. Se levanta. ¿Vas á acostarte ya?

AMPARO. Sí. Y tú también.

DON BALTASAR. Yo, no. Ahora me sería imposible conciliar el sueño. Daré unos paseos por el jardín, á ver qué me dicen los árboles.

AMPARO. ¿Qué te han de decir? ¡Que te acuestes!

DON BALTASAR. Se guardarán muy bien, porque no les haré caso ninguno. Me hablarán de mis melancolías...

¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!

Los árboles no dicen más que lo que uno quiere que le digan. Por eso los prefiero siempre á las personas.

AMPARO. ¿Insistes en quedarte?

DON BALTASAR. Como no te enoje mucho, me quedo.

AMPARO. Haz tu gusto. Besándolo. Hasta mañana, papaíto.

DON BALTASAR. Hasta mañana, señora de Peñalver.

AMPARO. Aún no lo soy. ¿Por qué cambias las cosas? Yo te he dicho lo que todas las noches· hasta mañana, papaíto.

DON BALTASAR. Pues, entonces, hasta mañana, corazón. Amparo se retira por la puerta del patio, en la cual se detiene un momento para sonreirle cariñosamente á don Baltasar. Este se interna por el jardín diciendo los siguientes versos de Garcilaso:

¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!
Con mi llorar las piedras enternecen
su natural dureza y la quebrantan...

Cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Comedor en casa de don Baltasar. Al foro una puerta que da al patio, el cual es de gran amplitud, y una ventana grande sin reja. Á la izquierda del actor una puerta más pequeña de cristales, que conduce á un patinillo limpio y alegre. Á la derecha un torno que comunica con la cocina y por el cual se sirve la comida. Mesa en el centro. Un aparador en el foro. Mecedoras y sillas de vaqueta y un sillón frailuno de lo mismo. Inmediato al torno un aguamanil. Junto á la puerta del patinillo, en primer término, una pequeña anaquelería. Sobre su tabla superior papel y varias carpetas para escribir, algunas plumas de ave y dos ó tres tinteros. Las tablas inferiores llenas de libros. Ante ellos algunos retratos en fotografía. Suelo de lositas de colores. Zócalo alto de azulejos. Es de noche. Luces en el patio y en el comedor.

ENCARNA, ROMANA y ANDRESILLO esperan al señor. Estos dos últimos están sentados; Andresillo en una mecedora. Encarna muy emperejilada y limpia, con flores en el pelo, delantal blanco y un pañolillo de espuma sobre los hombros. Andresillo de «guayabera» de dril. Romana como en el primer acto.

ENCARNA. Ze tarda er zeñorito.

ROMANA. Es que ar pobre se le viene la casa ensima, y cuando sale de eya no quisiea gorvé.

ENCARNA. ¿Ande ha dío esta tarde, á *Pinatares*?

ANDRESILLO. Á mí me mandó ensiyá er *Morito*, y tiró como pa la Verea.

ROMANA. Yeva un mes, desde la boda e la señorita Amparo, que no es conosío. ¡Más triste, más triste!... ¡con un semblante e desconsuelo!...

ENCARNA. Pos á mí no me paece tanto.

ROMANA. Pos está, está mu caío.

ANDRESILLO. ¡Vaya si lo está! Como que tiene toa la cara der Señó amarrao á la colurna que hay en San José.

ENCARNA. Soltando la risa. ¡Qué reburlón eres!

ROMANA. Bonita condisión: divertirse de quien le da er pan que come.

ANDRESILLO. ¡Señora, si me jase grasia!... ¿Eso qué tiene que vé con que yo esté mu contento á su vera?

ENCARNA. ¿Cuánto tiempo yevas tú en la caza, Andreziyo?

ANDRESILLO. Cuatro años se han cumplío por San Juan.

ENCARNA. ¿Y usté, Romana, yeva mucho?

ROMANA. Mucho: cuasi la edá que tengo. Mi madre fué siempre lavandera de acá, y mi padre hasía tos los años la matansa... Con que aplica er cuento... Suspirando. ¡Ay, esta casa ha dao más güertas que una jaspa e molino! To está onde estaba; pero to ha cambiao. Ni siquiera las golondrinas vienen ya por Agosto á los alambres e la vela.

ENCARNA. Con curiosidad infantil, que va creciendo por momentos. ¿La zeñora era mu reguapa, verdá usté?

ROMANA. Mu reguapa, y mu recariñosa, y mu regüena, y to lo que se quiera desí; porque to es poco pa ponderarla. Yenaba la casa eya sola.

ANDRESILLO. Como aqueya mujé no se amasan ya más mujeres. Tenía un aqué, una manera de mandá, que la servía uno deseando gustarle. ¿Ves lo tieso que es er señorito, que paese que toa la vía lo están tayando?

ROMANA. ¿Quiés dejá ar señorito, hombre?

ANDRESILLO. Pos ar revés. Y aluego, era un aire de santa er suyo, y un agrao en to, que alargaba la mano asín pa darte dos pesetas, y te creías tú que te daba dos mil reales. ¿Verdá, Romana?

ROMANA. Como esta es noche.

ENCARNA. Don Bartazá me han dicho á mí que era mu celozo.

ROMANA. Más que un turco. Si yo contara las ersenas que he visto en este mismo comeó... Un día pensé que se liaba á tiros con toas nosotras.

ENCARNA. ¡Ay, Jezú, qué miedo! Y diga usté, Romana: la zeñorita que ze ha cazao, ¿ze paece á zu mamá?

ROMANA. No pué negá que es hija suya, ¿sabes tú? pero es más mandona, más tiesa; tiene más der genio e su padre. En cambio, Carmita es toa una estampa á doña Aurora.

ENCARNA. ¿Cuá Carmita?

ROMANA. La más chica de las dos hermanas.

ENCARNA. ¡Ah! la más chica.

ROMANA. Sí; la que está fuera.

ENCARNA. ¡Ah! la que está fuera.

ANDRESILLO. Esa me gusta á mí tanto como la madre. ¡Valiente niña más presiosa!... Aqueyo es un regalo.

ENCARNA. Cogiendo uno de los retratos. ¿Es ésta, no?

ROMANA. Sí; pero ese retrato es mu antiguo. ¿Ves este de su madre? Cogiendo otro. Pos más se le parese aquí.

ENCARNA. ¿Zí, verdá?... ¡Ya lo creo que era guapa la zeñora! ¡Y qué coza más particulá tenía en la vista!

ROMANA. Dos años antes de morí se lo hiso la pobre.

ENCARNA. ¿Y ze peinaba azín? Deja los retratos en su sitio.

ROMANA. ¡Claro, mujé!

ENCARNA. Pos yo ziempre que me vi á retratá me pongo otro peinao.

ROMANA. ¿Y vas tú á compararte con el ama, peaso e borrica?

ENCARNA. En mi baú tengo yo un retrato—mañana ze lo vi á enzeñá á usté—que ez estarme viendo. Describe á lo vivo, con candorosa vanidad, la actitud que tomó para retratarse y cómo se vistió. Me puze azín, con una mano azín, y la otra aquí azín; la cara azín; dos zarciyos de mi madre que me caían azín; un mantón de mi prima con er fleco jasta aquí azín, y este deo zeparao azín, enzeñando una zortija e briyantes que me prestó mi zeñorito. Aquí azín; estoy aquí azín.

ANDRESILLO. ¿Y la cara es la tuya, ó te la prestaron también?

ENCARNA. Amenazándolo. ¡Verás tú zi te doy un guantazo!

ANDRESILLO. Estáte quieta, que les temo á tus manos más que á enganchá las mulas.

ENCARNA. ¿Zí, eh? ¡Pos toma! Echa violentamente hacia atrás la mecedora en que está Andresillo, el cual se tira de ella para no caerse. Después corren persiguiéndose el uno al otro por todo el comedor. Ella no cesa de reir. ¡Pa que me lo digas de veras!

ANDRESILLO. ¡No seas bruta, Encarniya! Ahora verás tú.

ENCARNA. ¡Como que me vas á cogé!

ROMANA. Á vé si se lastiman ustedes.

ANDRESILLO. ¡Es que esta cabra se cree que está toavía á campo abierto!

ENCARNA. ¡Como que me vas á cogé!

ROMANA. Juegos de manos, juegos de viyanos.

ANDRESILLO. Ahora no te escapas, ladrona.

ENCARNA. ¡Ya jumates! ¡Como que me vas á cogé!

ROMANA. ¡Er señorito!

ANDRESILLO. Verás tú luego.

ENCARNA. Por lo bajo.

Rabia, rabiña,
tengo una piña,
tiene piñones
y tú no los comes.

Quietud completa. Llega DON BALTASAR por la puerta del patinillo Viene de dar un paseo á caballo. Trae amplio sombrero de fieltro, al

que sólo le falta una pluma, fusta en la mano y espuelas de plata. Su continente es grave y melancólico.

DON BALTASAR. Dios os guarde

ROMANA. Sea usté bien venío, señó.

ENCARNA. Tenga usté güenas noches.

ANDRESILLO. Güenas noches.

Don Baltasar, reposadamente, deja en una silla el sombrero y la fusta, se enjuaga los dedos y se sienta en su sillón frailuno. Estira las piernas y Andresillo le quita las espuelas sin decir palabra.

ROMANA. ¿Estaba Diego en la cochera?

DON BALTASAR. ¿Pues quién, si no, me iba á abrir el postigo? ¿Había yo de saltar por las bardas? Silencio largo. Se acomoda para comer; los criados lo miran esperando órdenes. Mis fieles servidores, dadme de yantar.

ENCARNA. Á Andresillo, bajo. ¿De qué ha pedío?

ANDRESILLO. Lo mismo á Encarna. De comé: sólo que jabla en griego.

DON BALTASAR. ¿Qué murmuráis ahí? ¿No habéis oído lo que he dicho? Obedecedme.

Andresillo y Romana se van por la puerta del foro hacia la derecha. Encarna se sitúa junto al torno y da dos golpes en él con los nudillos.

DON BALTASAR. Gritando de pronto, sin conciencia de lo que hace. ¡Amparo!

ENCARNA. ¡Zeñorito!

DON BALTASAR. ¡Jesús!

ENCARNA. ¿Yamaba usté á la zeñorita?

DON BALTASAR. Ya lo ves. Hace mucho tiempo que llamo... que llamo... dando al aire distintos nombres, y sólo el eco me contesta.

ENCARNA. ¿Qué ze le va á jacé?

DON BALTASAR. Bien dices. Callan.

ENCARNA. *Volviendo á dar golpes en el torno.* ¡Leonó! ¡Las zopas!

Ábrese el torno que comunica con la cocina, y por él va recibiendo y devolviendo los platos Encarna, que sirve la comida á don Baltasar en el transcurso de esta escena.

DON BALTASAR. *Contrariado, pero con dulzura.* ¡Mujer! ¿Cuántas veces he de corregírtelo para que no lo olvides?

ENCARNA. ¿Er qué, zeñorito?

DON BALTASAR. Bien que se trata de un defecto general de tu pronunciación, sencillamente gracioso por otra parte; pero es el caso que en esa palabra me crispa los nervios. ¿Por qué no dices *sopas*, y no *zopas?*

ENCARNA. Ay, es verdá; que me lo riñe usté tos los días.

DON BALTASAR. No te lo riño; te lo afeo.

ENCARNA. ¿Cómo es? ¿Cómo es?

DON BALTASAR. Simplemente con *ese:* sopas.

ENCARNA. ¿Con *eze*, verdá?

DON BALTASAR. ¡Con *ese!*

ENCARNA. De manera que ze debe decí: *zo...*

DON BALTASAR. *¡So!*

ENCARNA. *Haciendo un esfuerzo supremo.* *So...*

DON BALTASAR. ¡Justo!

ENCARNA. *So... pas.*

DON BALTASAR. Así, así. Dilo ahora seguido.

ENCARNA. *Con mucha decisión.* Zopas.

DON BALTASAR. ¡Vaya por Dios! Tráemelas ya, con ese ó con zeta, que aguardan en el torno.

ENCARNA. Zeñorito, es que me atorruyo; pero ya aprenderé.

DON BALTASAR. ¡Aturrullo!

ENCARNA. Atorruyo; güeno.

DON BALTASAR. Poco he de comer hoy. Me llevó el jamelgo hasta el *Molino de las Brujas*, más por su voluntad que por la mía, y quieras que no quieras, aquella pobre gente me regaló con un trozo de queso fresco de sus cabras, y un trago de vino de sus vides. Bien me supo el obsequio, esta es la verdad; pero me ha quitado el apetito.

ENCARNA. ¿Y cómo están los campos, zeñó?

DON BALTASAR. Como tú, de lozanos y alegres.

ENCARNA. ¿Como yo?

DON BALTASAR. Como tú, ¿qué te admira? Cien veces te he dicho que más pareces fruto de la tierra y del sol, que hija de los hombres.

ENCARNA. ¿Y ezo es malo?

DON BALTASAR. Riendo á pesar suyo. No... Nada te diré yo que lo sea, zagala gentil. Escúchame: ¿echas mucho de menos tu vida libre de la *Huerta de las Palomas?*

ENCARNA. No, zeñó.

DON BALTASAR. Con franqueza.

ENCARNA. No, zeñó; no, zeñó: que estoy mu á gusto en zu caza de usté.

DON BALTASAR. Que me place. Se atusa el bigote.

ENCARNA. Claro que acordarme... me acuerdo. Y azín tiene que zé: aunque no zea más que por las veces que he dormío la ziesta entre aqueyos pinares, y que me he bañao er cuerpo en aquel arroyo. Y zi usté zupiera una coza...

DON BALTASAR. ¿Qué cosa?

ENCARNA. Avergonzada. Na...

DON BALTASAR. ¿Qué cosa, mujer?

ENCARNA. Na, zeñorito... Toas las tardes ze lo quieo decí á usté... y toas las tardes me entra er mismo bochorno...

DON BALTASAR. Sabes cuánto me enoja que me tratéis como á señor de horca y cuchillo. De suerte, Encarna, que habla lo que quieras.

ENCARNA. Decidiéndose al fin. La noche que yo me ajusté acá, azín que zalimos á la caye, ze lo conté á mi padre: me estaba dando güertas en la cabeza... ¿Usté no ze acuerda de haberze perdío en er campo ninguna vez?

DON BALTASAR. Una, no: muchas.

ENCARNA. ¿Ze acuerda usté de una mañana que iba usté buscando la *Hacienda e las Flores?*

DON BALTASAR. *¿La Hacienda de las Flores?*

ENCARNA. Zí: más ayá del *Arminarejo*... Ahora hace cuatro años. Iba usté en una jaca negra.

DON BALTASAR. Cabalmente. Y recuerdo que me perdí aquella mañana.

ENCARNA. Por ezo lo digo. ¿No ze acuerda usté de na más?

DON BALTASAR. Aguarda... aguarda...

ENCARNA. ¿No iba usté abrazaíto e zé... y le pidió usté agua á una chiquiya?

DON BALTASAR. Sí; justo...

ENCARNA. ¿Y no acierta usté quién era la chiquiya?

DON BALTASAR. ¿Acaso tú?

ENCARNA. Yo mismita. ¿No ze acuerda usté de

que tenía un zagalejo colorao, y de que usté me dijo luego que le parecía una graná?

DON BALTASAR. Del requiebro no hago memoria, aunque está en mi naturaleza decirlos. Lo que sí recuerdo es que fuimos juntos en busca de la fuente...

ENCARNA. Que está mu escondía...

DON BALTASAR. Y no había vasija para beber...

ENCARNA. Y yo corté una pita der camino y le jice á usté una copa en un istante...

DON BALTASAR. Y bebimos los dos...

ENCARNA. Pero usté quizo que yo bebiera primero... Y azín que descanzó usté un poco, yo misma lo guié jasta er cazerío de la *Hacienda* pa que no gorviera á perderze.

DON BALTASAR. Es verdad. Y por el camino te hablaba yo de algunas cosas que tú no entendías...

ENCARNA. Ezo iguá que ahora; lo mismo que ahora... Zi por ezo he caío yo en que era usté... Porque usté está cambiao. Entonces yevaba usté er pelo de otra manera.

DON BALTASAR. Para cambio el tuyo: ¡lo que has espigado, muchacha! ¡De tierno brote á fruto sazonado y maduro!—¿Está esto soso, ó es mi boca?

ENCARNA. No zé; como no lo he probao...

DON BALTASAR. Prueba á ver.

ENCARNA. ¿Que pruebe?

DON BALTASAR. Sí, mujer; toma.

ENCARNA. Zeñorito...

DON BALTASAR. Toma, simple. ¿Qué mal hay en ello?

ENCARNA. Obedeciéndolo, con cierta vergüenza. Yo lo encuentro en zu punto; pero zi quiere usté la zá...

DON BALTASAR. No, déjalo. Ya no la toma bien... ¡Vaya, vaya! ¿Conque somos amigos antiguos?

ENCARNA. Azín parece, zí, zeñó...

DON BALTASAR. Todo lo bueno que viene á mí, del campo viene... Sus aires me orean, sus olores avivan mis sentidos... Mostrándole una yerbecilla que trae en el ojal de la solapa. Á ver, tú, ¿qué es esto?

ENCARNA. ¿Ezo? Mejorana.

DON BALTASAR. Mejorana es.

ENCARNA. ¡Qué oló más der campo!

DON BALTASAR. Huele, si te gusta.

ENCARNA. No es menesté; desde aquí la güelo.

DON BALTASAR. Acércate, mujer.

ENCARNA. Volviendo á obedecerlo, siempre ruborosa y cortada. Lo que usté quiera, zeñorito.

DON BALTASAR. Pero no te pongas colorada. Dime: ¿y á ti, á qué te huelen los cabellos?

ENCARNA. Á pretolio. Me junto pretolio pa zacarles lustre.

DON BALTASAR. Pues haces mal en dos cosas: en darte eso, y en llamarlo como lo llamas. No se dice *pretolio*, sino *petróleo*.

ENCARNA. ¿Cómo?

DON BALTASAR. Petróleo. Dilo á mi vez. Pe...

ENCARNA. Pe...

DON BALTASAR. Tro...

ENCARNA. Tro...

DON BALTASAR. Leo...

ENCARNA. Leo...

DON BALTASAR. Pe-tró-le-o.

ENCARNA. Pe-tró-le-o.

DON BALTASAR. Á ver tú sola.

ENCARNA. Pretolio.

DON BALTASAR. ¡Bueno va! Hoy no estás para lecciones de prosodia.

ENCARNA. ¿Y por qué me dice usté que no me junte ezo?

DON BALTASAR. Porque el brillo que tus cabellos adquieran, será postizo y contrahecho; y nunca son más bellas las cosas que en su ser natural.

ENCARNA. Yo lo que zé es que ze me ponen más bonitos.

DON BALTASAR. Lo dudo, zagala; pero, puesto que así sea, observo que te desvela el emperejilarte y pulirte. ¿Á quién le quieres gustar tanto?

ENCARNA. Á mí na más.

DON BALTASAR. ¿Nada más que á ti?

ENCARNA. Na más, na más...

DON BALTASAR. Con oculta emoción. ¿No quedó por aquellos contornos de la *Huerta* ningún pastor enzamarrado que para pastora te soñase?

ENCARNA. Turbada. No, zeñó, zeñorito...

DON BALTASAR. Pues ¿por qué te turbas?

ENCARNA. ¿Qué?

DON BALTASAR. ¿Que por qué te turbas y te amohinas?

ENCARNA. Porque me da mucha vergüenza de usté...

DON BALTASAR. ¿Vergüenza de mí?... Ya... ya lo veo... Harto dice tu rubor que es verdad que la sientes... Y ahí tienes tú cómo lo natural es bello:

mira tu rostro, transformado sin afeite alguno de rosa pálida en clavel encendido.., Advirtiendo que el rubor de Encarna sube de punto. ¡Y de clavel en amapola!

ENCARNA. Y zi no ze caya usté vi á yorá.

DON BALTASAR. ¡Muchacha!

ENCARNA. Me da mucho bochorno, zeñorito... no lo pueo remediá... Me da mucho bochorno...

DON BALTASAR. ¡Pero no te vayas!

ENCARNA. Zi es que están yamando á la cancela...

DON BALTASAR. Ah; bien...

ENCARNA. Me da mucho bochorno... me da mucho bochorno... Volviendo la cara desde la misma puerta. ¿Qué?

DON BALTASAR. Nada, hija mía; nada. No he dicho nada...

ENCARNA. Me da mucho bochorno... Se va.

Don Baltasar quédase silencioso, suspira después, y últimamente recita, saboreándolos, los siguientes versos de Virgilio:

DON BALTASAR.

Malo me Galatea petit, lasciva puella,
et fugit ad salices, et se cupit ante videri...
Me arroja una manzana Galatea,
y entre los sauces á esconderse huye
procurando primero que la vea...

Llegan PEPA RUIZ y DON JULIO. Vienen á pasar la velada. Don Julio es tío de Pepa. Un señor sin personalidad; de esos que se mueren un día y no lo nota nadie. Habla con cierto sonsonete monótono que no se puede resistir. Pepa viene con mantón de espuma en forma de chal. ENCARNA, durante esta escena, recoge los restos de la comida, quita el mantel y cubre con un tapete la mesa, ayudada por ANDRESILLO.

PEPA RUIZ. Pero ¿qué es esto? ¿Aún no ha terminado usté de comé? Vesino, usté va á perder el estómago...

DON JULIO. Sí, es tardecillo, sí...

DON BALTASAR. Es la hora de fumar un cigarro... Con que si usted quiere acompañarme, mi señor don Julio...

DON JULIO. Sí; echaremos un cigarro, sí...

PEPA RUIZ. Vengo esta noche porque no me diga usté descastada; pero tengo que marcharme muy pronto. Lo que sí me traigo es er mundiyo, como siempre. Por supuesto, voy á dejarlo acá, porque en casa no pongo mano en las labores.

DON BALTASAR. Haga usted lo que quiera y deje el mundillo donde le plazca; yo, de mis servidores y de mí, respondo; del perro de Polanco, no.

PEPA RUIZ. Riéndose. ¡Pero qué manía le tiene usté ar pobre *Veneno!* Se sienta á la mesa á hacer encaje de bolillos.

Don Baltasar se sienta á su lado en una mecedora. Don Julio, que también se sienta á la mesa, saca del bolsillo varias cartas cerradas, y se dispone á abrirlas.

DON JULIO. Consultando su reloj. Sí, ya hace hora y media, sí...

DON BALTASAR. ¿Eh?

DON JULIO. No; que ya hace hora y media que he comido... No me sentará mal. Con permiso de usted voy á leer estas cartas.

DON BALTASAR. Usted está en su casa, amigo don Julio.

DON JULIO. Ahí tiene usted; en mi casa no me gusta leer la correspondencia.

DON BALTASAR. Ya, ya lo veo.

DON JULIO. ¡Manías! Entrégase á su tarea con gran ahinco. Por cierto que es miope y lee incrustando las narices en el papel.

ENCARNA. ¿Quiere usté argo, zeñó?

DON BALTASAR. Nada; véte á comer, que es tarde.

ENCARNA. Güenas noches, doña Pepa.

PEPA RUIZ. Adiós, Encarniya.

ANDRESILLO. Güenas noches. Se va con Encarna por la puerta del foro.

PEPA RUIZ. Le tengo que desí á esa muchacha que no me yame doña Pepa.

DON BALTASAR. Pues ¿cómo ha de llamarla?

PEPA RUIZ. De cuarquier modo menos así. Ese nombre es de pupilera. Y yo estaré ya *fondonsiya*, don Bartasá, pero no pa echarme á los perros.

DON BALTASAR. Ciertamente que no, vecina.

PEPA RUIZ. ¿Lo sirve á usté bien?

DON BALTASAR. Á pedir de boca, señora.

PEPA RUIZ. Si no se malea...

DON BALTASAR. Creo que no.

PEPA RUIZ. No le dé usté muchas alas, por si acaso.

DON BALTASAR. Es fundamentalmente buena: candorosa, sin tocar en la tontería; con un candor primitivo, selvático, infantil... Luego, tiene una condición para mí inestimable: la de ser limpia como la arena de la playa, y tan cuidadosa de la persona que no parece sino que está enamorada de su cuerpo. Además...

PEPA RUIZ. Cortando la conversación. ¿Y de Amparo, ha sabido usté?

DON BALTASAR. De tarde en tarde... y por tarjetas. Y cuenta que si me escribiese cada vez que mi corazón y mi pensamiento la reclaman... ¡Me he quedado muy solo, Pepa; muy solo!

PEPA RUIZ. Suspirando. ¡Ay!... sí, señó. Mañana le pondré yo dos letras á esa pícara... Le diré que ha orvidado á su padre...

DON BALTASAR. No... si yo la disculpo... Usted calcule: luna de miel... y cuarto creciente.

PEPA RUIZ. Sea er cuarto que sea: en la luna de mié todos los cuartos son buenos.

DON BALTASAR. ¿Usted qué sabe?

PEPA RUIZ. Se me figura á mí. Y diga usté: ¿quién le corta á usté ahora las uñas de la mano derecha?

DON BALTASAR. ¡He tenido que aprender yo solo! ¿Qué remedio?

PEPA RUIZ. ¡Cuántas fartas estará usté notando, vesino!... ¡Cuántas fartas!... Yo digo que una casa sin mujé es como una iglesia sin santos.

DON BALTASAR. ¿Y una casa sin hombre?

PEPA RUIZ. ¡Oh! Eso es una cosa que no se puede resistí. Mirando el sombrero de don Baltasar. Un sombrero en la percha acompaña mucho.

DON BALTASAR. Vamos á ver, Pepa: en confianza: ¿cuándo hace usted feliz á don Federico?

PEPA RUIZ. ¿Yo á don Federico? ¡Ave María! No me considere usté tan prosaica. Don Federico es un sepiyo de betún. Con los pelos que le salen por las orejas se puede hasé un pinsé.

DON BALTASAR. ¡Ja, ja, ja!

PEPA RUIZ. Ríase usté, pero es la verdá pura.

DON JULIO. Comentando abstraído una de las cartas. ¡Animal!

DON BALTASAR. ¿Eh?

DON JULIO. Este se ha empeñado en no sulfatar, y vamos á tener epidemia. ¡Lástima de viñas!

DON BALTASAR. ¡Ah, vamos!

PEPA RUIZ. Además, vesino: don Federico es un hombre sin corasón. Y á mí déme usté un hombre que, si á mano viene, se emborrache, y que juegue er dinero, y... ¡vaya! hasta que ande tras otras; pero que yegue un momento y tenga corasón. Yo estoy muy gorda, don Bartasá; pero soy muy tierna. Lo primero en este mundo es sentí.

DON BALTASAR. ¡Bah, bah, bah! Hablemos claros, Pepa: usted le teme á don Federico porque es viudo... y la cencerrada sería inevitable.

PEPA RUIZ. Pierda usté cuidado. Con ese viu do no me dan senserrada á mí. Suspirando. Con otro... no sé.

DON BALTASAR. Por si llega el caso, cuente usted desde luego con mi cencerro. Riéndose. ¡Asistiré á la ceremonia!

PEPA RUIZ. Parese mentira que gose usté con una cosa tan grosera, tan insiví, tan basta... tan de poblacho... ¡Jesús!

DON BALTASAR. Mi espíritu, Pepa, es por demás flexible... Lo mismo admiro una costumbre como esa de las cencerradas, con su dejo popular y bravío, que me hechizo contemplando cómo esas manitas de nácar tejen encaje tan sutil.

PEPA RUIZ. ¿De verdá?

DON BALTASAR. Me parecen dos palomitas que se complacen en picotear en la nieve...

PEPA RUIZ. ¡Ay, pero qué cosas tan presiosas se le ocurren á usté!

DON BALTASAR. Viendo cosas bonitas, no se pueden ocurrir cosas feas.

PEPA RUIZ. Haciendo que se turba. ¡Jesús, qué galante!...

DON JULIO. Tus cochinos con la viruela, niña.

PEPA RUIZ. ¡Ay, tito, déjame de cochinos ahora!

DON JULIO. Por mí, ya ves; poco me da que se mueran todos.

Se oye en el patio el cascabel del perro de POLANCO. Don Baltasar lanza hacia la puerta una mirada que equivale á un aparte.

DON BALTASAR. ¿Oye usted, Pepa?

PEPA RUIZ. ¿Er cascabelito de *Veneno?*

DON BALTASAR. Ya tenemos ahí á Polanco. Miran los dos hacia la puerta, esperando verlo llegar. Hablan á media voz. Ese sí que es un partido que le conviene á usted. La fábrica de harinas sube como la espuma.

PEPA RUIZ. Y ér va siempre como si se hubiera revorcado por la fábrica. Parese que lo van á freí.

DON BALTASAR. Pero, ¿qué hace ya que no entra?

PEPA RUIZ. ¿Habrá venido er perro solo?

DON BALTASAR. ¡Ojalá!

Óyese en la cocina gran algazara. Pepa y don Baltasar miran hacia el torno.

PEPA RUIZ. ¡Jesús! ¿Qué pasa en la cosina?

DON BALTASAR. Levantándose incomodado. ¡Por vida de!...

POLANCO. *Abriendo el torno desde dentro y asomando la cabeza por él.* Hola: ¿qué hay?

PEPA RUIZ. ¡Digo!

DON BALTASAR. ¡Pero, hombre! ¿Qué haces ahí? Vente aquí con nosotros.

POLANCO. ¡En seguida!

DON BALTASAR. Deja á los criados comer tranquilos.

POLANCO. Si han acabado ya. ¡Ahora les estoy contando cuentos verdes! ¡Je, je!

PEPA RUIZ. *Con mucho susto.* ¿Les está usté contando cuentos verdes?

POLANCO. Sí, señora: todos los que usted me ha contado á mí.

PEPA RUIZ. ¡Ay, por Dios! ¡No sea usté animá! ¡Er demonio del hombre!

Polanco ríe á carcajadas.

DON BALTASAR. Pero, ¿desde cuándo estás ahí?

POLANCO. ¡Anda! Desde el principio de la comida, casi.

PEPA RUIZ. Nos ha engañado er perro entonses.

DON BALTASAR. Bueno, pues vente, vente; que ya sabes cuánto me enoja ese linaje de confianzas.

POLANCO. *Haciendo burla de su amigo.* ¡Oh! ¡oh! ¡qué atrocidad! ¡Cuánto te enoja! ¡Oh! ¡oh! ¡Cuidado, Baltasar, que eres tonto!

DON BALTASAR. Y cuidado, Perico, que eres indiscreto é impertinente.

POLANCO. Mira, no quiero incomodarme. Adiós.

DON BALTASAR. Escucha...

POLANCO. No quiero incomodarme, hombre; no quiero incomodarme. *Se retira del torno y lo cierra.*

Pepa Ruiz, mientras tanto, ha dejado su labor, ha colocado el mundillo sobre un mueble y ha hecho levantar á don Julio dispuesta á marcharse.

DON BALTASAR. ¡Pues, señor, está bien! Le aseguro á usted, Pepa... Pero, ¿qué es eso? ¿Ya se van ustedes?

DON JULIO. Sí; ya nos vamos, sí.

PEPA RUIZ. Quiero yegarme á casa de mi prima. Hase días que anda un poco malucha...

DON BALTASAR. Entonces nada arguyo. *Óyense en la cocina nueva algazara y grandes risas. Don Baltasar se vuela y aprieta los dientes y los puños mirando hacia allá.* Digo, ¿eh?

PEPA RUIZ. Con Dios, vesino.

DON BALTASAR. Adiós, amiga Pepa.

DON JULIO. Quede usted con Dios, don Baltasar.

DON BALTASAR. Adiós, mi buen don Julio.

PEPA RUIZ. Hasta mañanita. *Deteniéndolo.* No sarga usté... *Con las de Caín.* ¿Teme usté que me yeve argo de esta casa?

DON BALTASAR. Llévese lo que quiera.

PEPA RUIZ. ¿Lo que quiera?... No me va usté á dejá. Pero le tomo la palabra.

DON BALTASAR. Adiós, adiós... *Pepa se va por la puerta del foro con su tío. Don Baltasar permanece en ella viéndolos irse, hasta que se supone que pasan la cancela. Hace entonces una extremada cortesía, é inmediatamente corre hacia el torno y pega en él la oreja, rabioso de curiosidad y mortificado por el incipiente hormigueo de los celos.* Este hombre... no sé con qué derecho...

Nervioso y desasosegado. Yo no debo tolerar en mi casa... ¿De cuándo acá se ha visto?... ¿Qué dice?... ¿Qué dice?... ¿Qué dice?... No oigo bien... Suenan otra vez en la cocina risotadas y gritos. ¿Le parece á usted el escándalo? Llamando con los nudillos en el torno y dando voces. ¡Perico! ¡Perico! Se redobla el barullo. ¡Perico! Sale al patio gritando. ¡Perico! ¿No oyes que te llamo? Vuelve al comedor. ¡Pues, hombre!... ¡Pues estaría precioso!... ¡Le digo á usted que estaría precioso!

Llega POLANCO por la puerta del foro, con mucha calma.

POLANCO. ¿Qué tripa se te ha roto, Baltasar?

DON BALTASAR. Tripa, ninguna.

POLANCO. Entonces, ¿para qué me llamas con esas voces?

DON BALTASAR. ¡Para preguntarte si has creído que estás en una casa decente ó en un burdel!

POLANCO. ¡Baltasar!

DON BALTASAR. ¡Calla! ¡Para preguntarte si allá en tu tierra es uso y costumbre prescindir de los señores de la casa y de sus amigos, y colarse en la cocina de rondón á animar la tertulia de los criados!

POLANCO. ¡Baltasar!

DON BALTASAR. ¡Calla! ¡Para decirte si crees tú que está bien que en mis propias barbas cortejes de amor á una doncella que vive bajo mi techo y vigilancia, con la confianza absoluta de sus padres!

POLANCO. *¡Veneno!*

DON BALTASAR. ¿Á qué llamas al perro ahora?

POLANCO. Porque me voy.

DON BALTASAR. ¡Qué has de irte!

POLANCO. ¡Vaya si me voy! *¡Veneno!* Pero no será sin que me oigas, como yo á ti.

DON BALTASAR. Habla, que no me arredro.

POLANCO. Baltasar, eres el más ingrato de los amigos. ¿De manera que un afecto como el que yo te guardo, firme, leal, noblote, sin repliegues, lo pagas tú con una escandalosa semejante? ¡Está bien, hombre, está bien! ¿Es decir que un amigo del alma tuyo, cuya vida está á tu disposición cuando te haga falta, no puede pellizcar á tu fregona?

DON BALTASAR. ¡Claro que no! ¡Y mucho menos en mi casa!

POLANCO. ¡Bonito modo de entender la amistad! *¡Veneno!*

DON BALTASAR. ¡Y dale con *Veneno!*

POLANCO. Te confieso que me he llevado chasco. Yo pensé que tú tendrías en más estima la delicadeza de mis sentimientos; el eco que en mi alma encuentra la tuya; la consideración de que yo soy la única persona de la ciudad que escucha tus madrigales sin dormirse.

DON BALTASAR. ¿Es que vas á añadir la burla al abuso?

POLANCO. ¡Es que las verdades escuecen! *¡Veneno!* ¿En dónde está *Veneno?*

DON BALTASAR. ¡Estará en mi cama, por variar!

POLANCO. Ah, ¿también te molesta que el animalito se acueste en tu cama?

DON BALTASAR. ¡Naturalmente!

POLANCO. ¡Tú me dirás, entonces, para qué soy tu amigo!

DON BALTASAR. ¡Para achicharrarme la sangre! ¡Nada más!

POLANCO. Está bien, está bien... La ingratitud es la esposa natural del hombre... Me voy; no lo digo más. Me voy, me voy; es lo mejor. Y con muy mal sabor de boca.

DON BALTASAR. Peor me lo dejas á mí.

POLANCO. Adiós, Baltasar. No sé si volveré.

DON BALTASAR. Adiós, Perico. Sé que vuelves.

POLANCO. *¡Veneno!* Vase por la puerta del foro, hacia la derecha, silbando. Á poco se oye el cascabel del animalito.

DON BALTASAR. Paseándose agitadísimo. Lo pongo á raya... lo pongo á raya... Soy tolerante, pero no quiero que se burlen de mí. Tocando con los nudillos en el torno. ¡Vamos! ¡Á dar la lección! ¿Habéis oído? ¡Basta ya de retozo! Ahora tengo que estar doblemente enérgico, para borrar el mal efecto de las liviandades de ese majagranzas.

Sale ROMANA con LEONOR, por la puerta del foro.

ROMANA. Señorito.

DON BALTASAR. Hola.

ROMANA. Esta...

DON BALTASAR. ¿Qué?

LEONOR. Na, señorito; que yo quisiera que usté me dispensase de dá la lesión.

DON BALTASAR. ¿Á qué santo?

LEONOR. Sabe usté que desde esta tarde no estoy güena; pa mí que me va á dá calentura, señorito.

DON BALTASAR. Como la otra noche, ¿verdad?

LEONOR. Sí, señó.

DON BALTASAR. Pues bien, pase por ésta; pero

procura en lo sucesivo que no coincida el recargo con la hora de pelar la pava.

LEONOR. Señorito, si es que usté se figura...

DON BALTASAR. Ni una palabra más.

LEONOR. Ea, pos güenas noches.

ROMANA. Adiós.

DON BALTASAR. Buenas noches... y *que te alivies*.

LEONOR. Yéndose. Muchas grasias.

ROMANA. Toa la calentura de esa es er novio, ¿sabe usté?

DON BALTASAR. Lo sé: ¿me supones tan lerdo como para no dar en el hito? Sálese al patinillo en busca de más dilatado espacio para sus excitados nervios.

ROMANA. ¡Ay, Dios mío, cómo está esta noche!... Y lo ha puesto así ese sinvergonsón de Polanco. Se sienta á la mesa y se cruza de brazos, segura de que nada tiene que hacer.

Llegan ANDRESILLO y ENCARNA por la puerta del foro, soñolientos, bostezando mucho y con poquísimas ganas de leer y escribir.

ANDRESILLO. ¡Miste que un hombre que se ha yevao to er día bregando en la cuadra y en la cocherà, tené que vení á estas horas á escribí de los moros y de los cristianos!

ENCARNA. Dímelo á mí, que me vi á queá cuajá en los palotes. No veo de zueño.

ANDRESILLO. ¡Qué afán de que se istruya uno! Como dirigiéndose á don Baltasar. ¡Er día que sepa yo más que Salomón y se me esboquen los cabayos por la cuestesiya e Torreblanca, vas á echá güen pelo!

ROMANA. Cayarse ya y ponerse á escribí. Cuanto antes, mejó.

ENCARNA. No, zi á mí me gusta que me enzeñen; zino que esta noche me piya mu canzá. Dame mi carpeta, Andreziyo.

ANDRESILLO. Cógela tú si quieres, que te vas gorviendo mu señorita.

ENCARNA. Y tú mu fino.

Ponen sobre la mesa sus carpetas, tinteros, varias plumas y las cartillas y los libros de la lección diaria. En seguida se sientan y se disponen á escribir.

ANDRESILLO. ¿Por qué no empesaría er mundo er miércoles pasao?

ENCARNA. ¿Pa qué, hombre?

ANDRESILLO. Pa que no hubiera Historia'España.

ENCARNA. Esta noche va habé que pedirle que nos lea zus verzos. Azín ér ze emboba y nos deja dormí.

ROMANA. ¡Schssss! Cayarse, que viene.

Al sentir al señor, Andresillo empieza á escribir copiando de un libro, y Encarna á hacer palotes con ayuda de todos los músculos de la cara.

DON BALTASAR. ¿Se trabaja, eh? Eso me gusta.

ENCARNA. Mostrándole su plana á don Baltasar. Miste, zeñó.

DON BALTASAR. ¿Cuáles son los de hoy?

ENCARNA. Ezos tres de la esquina y este medio.

DON BALTASAR. Torcidillos salen todavía... Tienes que domar ese pulso.

ENCARNA. Á purzo no me gana usté.

DON BALTASAR. Ni á pulso ni á nada; pero aquí no se trata de fuerza, sino de educación. Si-

gue. Encarna obedece. Don Baltasar la observa encantado. Luego bromea. Encarnilla, ¿has comido mal?

ENCARNA. Tan bien como tos los días, zeñorito.

DON BALTASAR. ¿Entonces por qué te comes los palotes?

ENCARNA. Soltando la risa. ¡No ze divierta usté conmigo! Zi no me ayúo con la cara me zalen peó...

DON BALTASAR. Peor es imposible. Dame acá, mujer, que te guíe yo la mano.

ENCARNA. Ande usté. Guiada en efecto por su maestro y señor, hace casi perfectamente varios palotes. ¡Huy, qué bien zalen!...

DON BALTASAR. ¿Ves? Así... así... así...

ENCARNA. No me apriete usté mucho, que este ha zalío más gordo.

DON BALTASAR. Suspendiendo la tarea un sí es no es acalorado. Continúa tú. La observa otra vez. ¿Vuelta á los mohines?

ENCARNA. ¡Zi no pueo remediarlo, zeñorito!

DON BALTASAR. ¡Pues haz un esfuerzo! Cierra bien la boca y escribe.

ENCARNA. Vamos á vé zi zé... Hace cuatro ó cinco palotes sacando los morritos y se pone preciosa. Don Baltasar la contempla embobado. Ella lo mira de repente y él, con cierta vergüenza, cambia como por resorte de expresión y disimula hablando con Andresillo.

DON BALTASAR. ¿Y tú, cómo llevas tu plana?

ANDRESILLO. Místela.

DON BALTASAR. ¡Amigo! ¡amigo! Adelantas por manera notable. ¡Pero fíjate más en la ortografía!

ANDRESILLO. Es que tengo sueño esta noche.

DON BALTASAR. No es disculpa esa. Boabdil no se escribe *Voavdil*, sino Boabdil.

ANDRESILLO. En no apretando ar pronunsiá, ya está bien escrito.

DON BALTASAR. Salidas donosas no le faltarán á tu ingenio.

ENCARNA. Entusiasmada. ¡Viva er lujo y quien lo trujo! ¡Vaya un palote!

DON BALTASAR. Reparando en Romana, que duerme como un ángel. La pobre Romana se ha dormido...

ENCARNA. Como nos hemos puesto más tarde...

DON BALTASAR. Sí; que yo he comido á las tantas... ¿Os parece bien que leamos un ratillo y lo dejemos para que descanséis?

ANDRESILLO. Á mí me paese superió.

ENCARNA. No dirá usté otra coza tan güena.

DON BALTASAR. Pues anda, Andrés: en tu mismo libro de Historia: lee dos párrafos al azar.

ENCARNA. No, zeñorito; léanos usté zus verzos esta noche.

ANDRESILLO. Sí, sí; los versos de usté nos gustan mucho más que la Historia.

DON BALTASAR Con íntima satisfacción. ¿Más que la Historia?

ENCARNA. Mucho más, zeñorito.

DON BALTASAR. ¿No me lo decís por halagarme?

ENCARNA. ¡Por la zalú e mi madre que no!

DON BALTASAR. Basta. Sea como queréis. Ningún poeta sabe negarse á decir sus versos. Coge de la anaquelería un tomo chiquitín encuadernado en pergamino, y de pie, cerca de la mesa, se pone á leer como si estuviera esculpiendo

Me herís por el flaco; tengo acendrado amor á mis madrigales. Oid primero éste, á la manera de Cetina.

ENCARNA. Perpleja. ¿De Cetina, verdá?

Mientras lee don Baltasar como queda dicho, Andresillo deja llegar el sueño á sus ojos, y Encarna, con una de las plumas, se entretiene en hacerle á Romana cosquillas en la punta de la nariz. Romana, entre sueños, cree que se trata de una mosca y quiere sacudírsela á manotazos. Esto le produce á Encarna gran risa, que sofoca á duras penas para que no la advierta su señor.

DON BALTASAR.

Palpitando de amor el níveo seno,
se miraba mi ninfa á su albedrío
en el cristal sereno
que alegre cruza el pradecillo ameno.
Y al ver las florecillas
que pintó Primavera en las orillas
la imagen bella que copiaba el río,
de tan raros encantos codiciosas,
lloraban envidiosas,
vertiendo limpias perlas de rocío.
El Céfiro pasó cantando amores;
y al contemplar atento
el lastimero llanto de las flores,
rizando el agua con su leve aliento,
de la beldad divina
presto borró la imagen peregrina.

ENCARNA. Mu graciozo.

DON BALTASAR. Pues oye este otro, que me ensalzó en extremo un gran poeta sevillano:

Yo te quiero expresar, Filis hermosa,
la pasión que me abrasa silenciosa...

Encarna, viendo dormido á Andresillo, le mete por la boca, hasta la campanilla, la pluma de marras, haciéndolo despertar medio ahogado. La lectura, naturalmente, se interrumpe.

ANDRESILLO. ¡Ah!

DON BALTASAR. ¿Qué es eso?

ENCARNA. Riéndose. Na, zeñorito; que éste...

ANDRESILLO. ¡Diga usté que ha sío ésta!

DON BALTASAR. Ni digo, ni dejo de decir. Si lo echáis á chacota, cierro el libro.

ENCARNA. No, no...

ANDRESILLO. No...

ENCARNA. Ziga usté, que atendemos. Se sienta en una mecedora.

Uno y otra se esfuerzan en vano por atender. Á los pocos versos Andresillo vuelve á dormir y Encarna se contagia.

DON BALTASAR.

Yo te quiero expresar, Filis hermosa,
la pasión que me abrasa silenciosa,
y no encuentra mi pobre pensamiento
palabras que te digan lo que siento:
y en lucha el corazón y la cabeza,
crece al par que mi anhelo mi torpeza.
Mas ya, Filis divina,
que eres de ello la causa peregrina,
si curiosa siquiera
quieres saber mi cuita verdadera,
ó si á lástima al menos te provoca
este callado amor, este embeleso,
deja que bese tu purpúrea boca...
y aprende bien cuanto te diga el beso.

Mira al concurso, para ver el efecto causado, y al encontrar el sueño

en lugar de la admiración, se queda de una pieza. No obstante, la herida de su amor propio se cicatriza pronto. La visión de Encarna dormida, con la hermosa cabeza hacia atrás, entreabierta la boca, palpitante el seno y los brazos caídos, lo transporta á otro mundo.

¿Eh?... ¡Pobre gente!... Rendidos por la labor del día. **Fijándose en Encarna.** ¿Mas qué hermosura es esta que á mi vista se ofrece?... Salgo de un madrigal para entrar en otro... Á fe que no valdrían lo que tú, zagala imponderable, aquella Amarilis de Títiro... aquella Aminta de Menalcas... ¡Jesús!... ¿Qué pasa por mí?... ¿Qué vergüenza es esta?... **Silencio.** Me enciendes... y me hielas á la vez... Mientras más lejos quisiera mirarme de ti... más cerca me veo... **Aproximándose á Encarna, atraído por la admiración y el amor.** ¡Qué dulce movimiento el de su seno virginal!... ¡Qué frescura la de su boca!... **Con voz trémula.** ¿Romana?... Duerme ha rato... ¿Andrés?... ¿Andresillo?... También duerme Andresillo... Y yo tiemblo... tiemblo ante esta idea... que llena mi ser... ¿Soy un malandrín ó un enamorado?... ¿Encarna?... ¿Encarna?... Nada... ni un eco...

La picó, sacó miel, fuése volando...

Acerca su rostro al de Encarna para darle un beso. En el estantillo resbala un retrato y cae al suelo con ruido. Don Baltasar se estremece todo, se aparta de Encarna, y trata de inquirir con los ojos la causa de aquél. Mudo de espanto ve al fin en el suelo el retrato de la que fué su esposa, y exclama lleno de angustia y de vergüenza: ¡Ah!... ¡El retrato de Aurora!... ¡Jesús María!... **Pálido y tembloroso lo recoge del suelo y va á colocarlo donde estaba.**

Cae el telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Es por la mañana. Han pasado dos meses.

Don Baltasar está sentado en su sillón. Encarna, en una silla, á su lado. Viste un traje entre su merced y señoría, corbata de gasa y delantal blanco de peto. Á la cintura lleva una cadenilla ó una cinta de la cual pende un llavero con llaves diversas. En la mano tiene unas tijeras de uñas.

DON BALTASAR. Después de mirarse detenidamente las uñas de ambos manos y presentándole á Encarna la derecha. Redondéame un poquito esta del meñique, que encuentro menos roma que su compañera de la otra mano.

ENCARNA. Obedeciéndolo. ¡Jezús que vista tiene usté! Es usté capá de verle las pestañas á un mosquito. ¿Azí?...

DON BALTASAR. Remedándola. *Azí*... como tú dices. Tres meses poco más hace que te trato, y ya se me va pegando tu gracioso ceceo.

ENCARNA. Á mí también ze me han pegao argunas cozas.

DON BALTASAR. ¿Mías?

ENCARNA. De usté, zeñorito.

DON BALTASAR. Suplicante. ¡Señorito, no! Prefiero un don Baltasar como una casa.

ENCARNA. No ponga usté los ojos azín, que me da tentación de riza.

DON BALTASAR. ¡Picaruela!...

ENCARNA. Vamos á vé zi quea más que recortá. Ze cuida usté las manos como una monja.

DON BALTASAR. Ahora, Filis, tu labor es perfecta.

ENCARNA. Encarna me yamo. Á mí no me ponga usté ningún mar nombre.

DON BALTASAR. No lo es ciertamente el de Filis. Y aún te reservo otro más dulce.

ENCARNA. ¿Cuá?

DON BALTASAR. Otro: ya te lo diré.

ENCARNA. ¿Cuándo?

DON BALTASAR. Cuando me autorice tu confianza; cuando dejes de ver en mí completamente al amo y señor, para ver tan sólo al amigo... al amigo galante, que no me atrevo á decir al galán.

ENCARNA. Pos atrévaze usté... Las cozas por zu nombre. La vereíta no pué zé más derecha... Y me paece que ningún perro le ha ladrao á usté toavía.

DON BALTASAR. ¿Y qué hay al final de la *vereíta?*

ENCARNA. Ezo... usté lo zabe mejón que yo. Ningún camino güeno yeva á ninguna parte mala.

DON BALTASAR. *Cogiéndole con pasión una mano.* Dices bien, zagalilla mía.

ENCARNA. *Retirándola.* ¡Zuerte usté!

DON BALTASAR. ¡Si no nos ve nadie!

ENCARNA. Por ezo.

DON BALTASAR. Si este es el principio de la veredita...

ENCARNA. No, zeñó... que eze es er finá. Después de ezo ya to es cuesta abajo.

DON BALTASAR. Pero, ¿quién te ha enseñado á ti tales cosas, muchacha?

ENCARNA. Eza cencia nace con una; no es como la lertura y la escritura que enzeña usté. Pa lo que está bien y lo que está má no jace farta maestro.

DON BALTASAR. Admiro tu ingenio tanto como deploro tu esquivez. ¿Por qué eres tan arisquilla conmigo?

ENCARNA. ¿Arisca yo?

DON BALTASAR. Arisca, no; arisquilla. Y hasta ingrata, si me apuras mucho.

ENCARNA. Ezo lo dice usté porque quiere: zin razón pa decirlo. Usté ha estao malo días atrás, y creo yo que no me he portao como ninguna fiera dañina... No es que yo me alabe...

DON BALTASAR. Dulce fué tu trato, en verdad. Tan dulce... que hubiera querido seguir enfermo eternamente.

ENCARNA. ¡Jezús, y qué ponderativo!

DON BALTASAR. Trátame ahora como entonces, enfermera mía.

ENCARNA. ¿Pa qué? ¿Pa que la gente que es mu

mala ze figure lo que no hay? ¿Pa que vengan cartas zin firma poniéndome como los trapos?

DON BALTASAR. No hables de eso ahora, ni te preocupes de tales insultos. Mi caballerosidad y tu honradez nos escudan de todo. Responde á mi ruego.

ENCARNA. Zi ya está usté curao...

DON BALTASAR. De la fiebre, sí; pero me hallo más malito que nunca.

ENCARNA. ¿De qué?

DON BALTASAR. Apasionado. De sed.

ENCARNA. Pos beba usté agua fresca.

DON BALTASAR. ¿Ves si eres ingrata? No es agua lo que anhelan mis labios: es miel.

ENCARNA. La miel es mu ardiente.

DON BALTASAR. La de tu boca, no.

ENCARNA. ¡Zeñorito!

DON BALTASAR. ¿Así me llamas todavía?

ENCARNA. Pero zi dice usté unas cozas de pronto...

DON BALTASAR. ¡Usted! ¡usted!... ¿Cuándo no te escucharán mis oídos esa palabra?

ENCARNA. En cuanto usté lo mande...

DON BALTASAR. ¿Cómo mandar? ¿Ves tú?... Aquí no hay más voluntad que tu capricho: aquí el siervo soy yo. ¡Ah! ¡bien claro me dicen tus razones que sólo te inspiro un respeto enojoso... un afecto frío... muy lejos de ser como este que mi sangre caldea!...

ENCARNA. ¿Usté qué zabe?

DON BALTASAR. Con viva emoción. ¿Has dicho «usted qué sabe?» ¡Ven acá!...

ENCARNA. ¡Quieto!

ROMANA asoma á la puerta del foro y hace gestos de indignación y disgusto al ver lo que ve. Después avanza un poco y se dirige á Encarna.

ROMANA. Joven...

ENCARNA. Encarnación me yamo.

ROMANA. ¿Y qué más da?... Er vinagre se ha concluío.

ENCARNA. ¿Er vinagre?

ROMANA. Er vinagre. En la cosina, por supuesto: en la despensa hay mucho.

ENCARNA. ¡Jezús, y qué fuertes van á zalí las cozas!

ROMANA. Pos, hija, yo no me lo bebo: no tengo ganas de ponerme amariya. Colorá ya me pongo argunas veses sin ganas.

DON BALTASAR. ¿Qué?

ROMANA. Que colorá ya me pongo argunas veses, señorito.

DON BALTASAR. Picado. Lo celebro: eso prueba salud.

ENCARNA. Güeno; vamos por er vinagre.

ROMANA. Vamos ayá.

Se levanta Encarna y se van las dos por la puerta del foro: Encarna buscando una llave entre todas; Romana silenciosa y triste.

Se oye hacia el patinillo el cascabel del perro de Polanco.

DON BALTASAR. Esa mujer... amparada en sus canas... ¡Bueno va! Polanco por añadidura.

Llega POLANCO por la puerta del patinillo.

POLANCO. Quieto ahí, *Veneno*. Baltasar, Dios te guarde.

DON BALTASAR. Buenos días, Perico.

POLANCO. ¿Estás solo?

DON BALTASAR. Toda la mañana.

POLANCO. Sentándose en la silla que ocupaba Encarna y levantándose en seguida. Pues aquí no había un muerto. Esta silla echa bombas.

DON BALTASAR. Desconcertado. ¡Ah... sí!... Como que ha estado ahí un buen rato... el hijo del aperador de *Pinatares*...

POLANCO. Con retintín. ¿El hijo... del aperador... de *Pinatares?*

DON BALTASAR. Sí, hombre, sí. ¿Lo dudas?

POLANCO. Lo niego.

DON BALTASAR. ¡Perico!

POLANCO. No te alteres. Aguarda. Va al foro y cierra la puerta.

DON BALTASAR. ¿Qué haces?

POLANCO. Ya lo ves. Encarándose con su amigo, revestido de gran seriedad. Baltasar...

DON BALTASAR. ¿Qué quieres?

POLANCO. ¿Te encuentras enteramente bien de tus pasados males?

DON BALTASAR. ¡Pero si aquello no fué nada!... ¿Á qué viene ahora...?

POLANCO. ¿No ha vuelto á dolerte la cabeza... ni el hígado...?

DON BALTASAR. ¡No!

POLANCO. ¿De manera que estás fuerte del todo?

DON BALTASAR. Del todo.

POLANCO. ¿Es decir que se te puede dar un disgusto?

DON BALTASAR. ¡Hombre! ¡Eso no!

POLANCO. Pues yo vengo á dártelo.

DON BALTASAR. Será si yo te dejo.

POLANCO. Aunque no me dejes; es igual. Si la amistad no sirve para dar los disgustos á tiempo, ¿para qué sirve, entonces?

DON BALTASAR. ¡Bah! Siempre han de ser tus cosas...

POLANCO. Poco á poco. *Cierra la puerta del patinillo, echándole antes al perro un terrón de azúcar que saca del bolsillo, y vuelve.* Baltasar: *vox populi, vox Dei:* la voz del pueblo dice que estás en amoríos con una fregona de tu casa.

DON BALTASAR. *Blanco de cólera.* ¿Qué?

POLANCO. Lo dice el pueblo, y lo afirmo yo.

DON BALTASAR. ¡Pues ni hay fregonas en mi casa, ni yo tengo amoríos con nadie, ni tu amistad, con todos sus fueros, te autoriza para ofenderme así!

POLANCO ¡Hola! El que se pica, ajos come.

DON BALTASAR. ¡Los comerás tú, que debes de tenerlos por alimento natural desde que naciste!

POLANCO. Mira, Baltasar, menos desplantes y vamos claros: esa mujer—y ya sabes tú qué mujer digo—te ha trastornado el seso, te ha puesto una venda en los ojos, te ha vuelto idiota... El pueblo entero censura tu conducta, tus amigos se burlan de ti, no hay señora que quiera pisar esta casa... La misma Pepa Ruiz, amiga de siempre, está retraída; y si vengo yo á todas horas es porque no lo puedo remediar... porque te me has metido en el alma, ¡jinojo!

DON BALTASAR. ¿Y qué caso tengo de hacer yo de las calumnias de un pueblo hipócrita y ruin,

que no se ocupa más que de la vida ajena, porque le asusta pensar en la propia?

POLANCO. ¿Ves? ¿Ves como estás loco?

DON BALTASAR. ¡Soy yo más caballero que todos esos que me ponen en la picota! ¡El que no quiera venir á mi casa, que no venga; y eso irá ganando mi casa!

POLANCO. ¿Ves como has perdido el juicio?

DON BALTASAR. ¿Pero eres tú, tú, el que se escandaliza so capa de moralidad?

POLANCO. Yo; yo mismo.

DON BALTASAR. ¿Tú, el tenorio de cocinas y corrales, el salteador de fogones?

POLANCO. Yo: yo mismo. ¿Crees que con esa acusación estoy aplastado? ¡Pues te equivocas! Á mí me gustan las criadas hasta perecer...

DON BALTASAR. ¡Y tanto!

POLANCO. Pero yo...

DON BALTASAR. Pero tú...

POLANCO. ¿Me dejas que hable?

DON BALTASAR. ¿Para qué, si no has de confesar el móvil que te hace hablar así? ¡Bajo esa máscara hipócrita de tu amistad, lo que hay en este caso es una intención bastarda y egoísta!

POLANCO. Enterneciéndose. No, Baltasar; eso, de ninguna manera. Por ese aro se resiste á pasar tu fiel Perico. ¡La pasión te trastorna! ¡Los celos te ciegan! ¡Jinojo! Yo seré chinche, yo seré molesto, yo te llevaré la contraria muchas veces, yo vendré siempre hecho un adán, yo no podré soportar á Horacio, tú odiarás al pobre *Veneno*... que está ahí fuera escuchándolo todo... pero otra cosa no...

¡otra cosa no, Baltasar! Tan leal es el perro como el amo, el amo como el perro... y nunca pensé que en tu obcecación llegaras al punto de dudar de una verdad como esta... Termina sollozando.

DON BALTASAR. ¿Lacrimoso te pones después de haber querido meter el infierno en mi alma?

POLANCO. Yo no he querido más que cumplir con un deber de amigo; hacerte ver que estás en el ridículo más lamentable... y á dos dedos de la mayor vergüenza.

DON BALTASAR. ¿Vergüenza has dicho? ¡Cállate, ó no respondo de mi cólera!

POLANCO. Debiera callarme, después del agravio que he recibido de ti; pero Polanco no se calla así como quiera. He dicho vergüenza y lo sostengo. Pues qué, ¿no lo es grande que una fregona vaya á suplantar?...

DON BALTASAR. Asiéndolo violentamente. ¡Calla, ó te ahogo!

POLANCO. Logrando desasirse. ¿Qué?

DON BALTASAR. ¡Véte de mi casa ahora mismo!

POLANCO. ¿Me echas?

DON BALTASAR. ¡Te echo!

POLANCO. Enterneciéndose otra vez. ¿Que me echas dices?

DON BALTASAR. ¡Dicho está! ¡Véte!

POLANCO. No lo repitas; ya me voy... Me voy herido en lo más hondo de mi corazón, pero tranquilo en mi conciencia... Llorando. Tú te arrepentirás de haberme arrojado de tu casa...

DON BALTASAR. ¡De eso, nunca!

POLANCO. Bien está... bien está... no eches

leña al fuego... Embárcate con esa prójima en buen hora... que quizás algún día... algún día... Vaya, no puedo hablar. Abre la puerta del patinillo, y como dirigiéndose al perro, dice: *Veneno*, vámonos... que nos arrojan de la casa... Se va, en efecto, acompañado de la música del cascabelito, que se pierde en la distancia para siempre.

DON BALTASAR. Paseándose como fiera enjaulada, en todas direcciones. ¡Mentecato atrevido!... ¿Quién es él para...? ¡Ni él ni nadie!... ¿Me han de gobernar á su antojo?... ¡Gentecilla rutinaria y necia!... Sale ANDRESILLO por la puerta del foro, corriendo hacia la del patinillo, con un cencerro grande en la mano. Va riéndose y pasa sin ver al señor. Este lo detiene. ¿Adónde vas tú?

ANDRESILLO. Usté dispense, señorito: no había reparao...

DON BALTASAR. ¿Qué llevas ahí?

ANDRESILLO. Riéndose. Místelo: un senserro.

DON BALTASAR. ¿Un cencerro?

ANDRESILLO. Vengo de enseñárselo á Leonó, que tiene dispuesto pa lo mismo un latón de petróleo. ¡Güena se la preparamos á la viuda!

DON BALTASAR. ¿Cómo?

ANDRESILLO. Á la viuda de la tienda, que se casa luego y le vamos á amenisá la noche e novios. Suena el cencerro.

DON BALTASAR. Estallando. ¿Sí, eh? ¡Pues yo prohibo terminantemente á toda la servidumbre de mi casa, so pena de quedar despedida *ipso facto*, que tome parte alguna en broma tan grosera y vituperable!

ANDRESILLO. Desalentado y triste. Señorito... si va á dí to er pueblo.

DON BALTASAR. Razón de más para que no vayáis vosotros. El pueblo es inculto y soez.

ANDRESILLO. Pos á la senserrá der tío Lucas nos dejó usté dí... y á usté le jiso mucha grasia.

DON BALTASAR. *Furioso.* ¡Pues he cambiado radicalmente de criterio! ¡Y basta: que no tengo para qué discutir con mis lacayos!

ANDRESILLO. Güeno está; pero ¿qué me jago yo con er senserro después de comprao?

DON BALTASAR. ¡Te lo pones!

ANDRESILLO. *Entre dientes.* ¡Mardito sea er demonio!...

DON BALTASAR. ¡Y menos murmurar! Sigue tu camino.

ANDRESILLO. Está bien, señó. Lo guardaré por si con er tiempo se tersia otra... *Vase por la puerta del patinillo, resignado al parecer y sonando el cencerro intencionadamente.*

DON BALTASAR. ¿Qué ha dicho?

Sale ROMANA por la puerta del foro, cabizbaja y emocionada.

ROMANA. ¿Da usté su lisensia, señorito?

DON BALTASAR. Adelante, Romana. ¿Qué quieres?

ROMANA. Yo quería hablá con usté de una cosa.

DON BALTASAR. Si no es ninguna impertinencia, puedes hablar; que no parece sino que todos se han propuesto hoy encenderme la cólera.

ROMANA. Pos verá usté, don Bartasá... Er caso es que usté va á desirme...

DON BALTASAR. Sepamos primero lo que vas á decirme tú.

ROMANA. No se incomode usté conmigo, señó;

que poco tiempo le quea de aguantá mis chocheses.

DON BALTASAR. ¿Qué significa ese lenguaje?

ROMANA. Na... sino que como ya soy vieja... ¿sabe usté?... er trabajo me cansa... y no estoy pa er trajín de una casa tan grande como esta...

DON BALTASAR. Atendiendo precisamente á eso mismo, te he relevado en ella de algunas funciones.

ROMANA. Ya lo sé... y le estoy muy agradesía... Pero es que también hago farta en mi casa.. Más que acá... Mi hija Consuelo ha empesao á echá chiquiyos ar mundo... y se ve sola en su solo cabo pa bregá con tos... De mo y manera, señorito, que si usté me lo permite... yo he pensao de dirme con eya.

DON BALTASAR. ¿Pero no pueden ser compatibles el auxilio que á tu hija le prestes y la permanencia en mi servicio?

ROMANA. No, señó, no, señó... Y que ya se me ha puesto en la cabesa dirme con mi Consuelo, y los viejos somos como los chiquiyos de caprichosos...

DON BALTASAR. Por capricho, más bien que por razón, me inclino á pasarlo.

ROMANA. Mírelo usté por er lao que quiera, señorito... Y dispénseme usté que sea tan clara... pero me voy... me voy...

DON BALTASAR. Basta, pues. Es una determinación que lamento con toda mi alma; no sólo porque tus servicios me son necesarios...

ROMANA. Mis servisios no valen pa na...

DON BALTASAR. No me interrumpas. No sólo —decía—porque tus servicios me son necesarios, sino además porque tengo presente que casi has nacido aquí.

ROMANA. *Con amargura, sin poder reprimir su protesta.* Por eso mismo no pueo vé siertas cosas...

DON BALTASAR. *Colérico.* ¿Qué?

ROMANA. Que usté comprende mejó que yo puea desírsela la rasón de mi despedía... y que vale más que eche un punto á mi boca. Con que vamos á cayarnos, señó, que sin hablá nos entendemos.

DON BALTASAR. ¡Voto va! ¿Hase visto reticencia más procaz ni más intolerable osadía?

ROMANA. *Llorando.* Señorito, á usté lo han hechisao... á usté le han hecho mar de ojo...

DON BALTASAR. ¡Á mí me han hecho!... ¡á mí me han hecho!... ¡No te consiento que me juzgues! ¡Y ten en cuenta que sólo tus cabellos blancos y tu representación en mi casa, son capaces de contener mi enojo!

Sale LEONOR también por la puerta del foro.

LEONOR. Señorito.

DON BALTASAR. ¿Otra?

LEONOR. *Mirándolo asustada.* La señorita Pepa Ruiz lo espera á usté en la sala.

DON BALTASAR. ¿Á mí?

LEONOR. Eso me ha dicho.

DON BALTASAR. ¡Pues á fe que no tengo los nervios para otra cosa! ¡Serán menester toda mi prudencia y mi cortesía para no cometer con ella un desafuero, si viene á hablarme también de lo

que ya presumo! Se encamina hacia el foro, y en la misma puerta se vuelve y se encara con Romana de nuevo. ¡Ah, tú, Romana! Puesto que en tu voluntad, ó en tu capricho, ó en tu chochez está el marcharte de mi casa, mucho me guardaré de retenerte en ella. ¡Abiertas están sus puertas para ti, como para cualquiera de mis servidores ó amigos que no respire entre sus muros á todo su talante y satisfacción! Vase de estampía.

LEONOR. ¿Se va usté, Romana?

ROMANA. Ya lo ves, hija. Lloriqueando. Me he despedío, porque yo comprendo que estorbo; y me deja dí... porque ér se hase cargo también.

LEONOR. Pos sí que lo siento. No vi yo á sabé manejarme sin usté á mi lao.

ROMANA. Ya te irás acostumbrando á la otra.

LEONOR. Pero no yore usté, Romana...

ROMANA. ¿Y qué vi á hasé sino yorá? ¡Se me agorpan tantas cosas en la cabesa!...

Aparece ANDRESILLO por la puerta del patinillo, con cierta cómica precaución.

ANDRESILLO. ¿Anda por ahí er loco?

LEONOR. Escucha, Andresiyo: ¿sabes que Romana se va?

ANDRESILLO. ¿Que se va usté, Romana?

LEONOR. ¿No la ves yorando?

ANDRESILLO. ¿Á que va á habé que amarrá á ese hombre?

ROMANA. ¿Tú te crees que yo pueo resistí las cosas que estoy viendo en esta casa?

ANDRESILLO. Esa arrastrá mujé tiene la curpa. Lo ha levantao de cascos... y está er tío que hase títeres en la plasa como eya se lo mande.

LEONOR. ¡Quién se lo había e desí!... Porque Encarna no vale pa eso.

ROMANA. Y aunque varga, señó; ¿dejará de sé una de nosotras y no una iguá suya? ¿No es una mala vergüensa que un cabayero como este ande por ahí en lenguas de to er mundo? ¡Si levantara la cabesa la señora!... ¡Jesús, Dios mío!... Pos ¿y las niñas?... ¡Cuando las pobres niñas se enteren!... Á Carmita le cuesta la vía.

ANDRESILLO. ¿Ha reparao usté que ya no habla de eyas pa na?

ROMANA. Y que cuando se le habla muda de coló.

ANDRESILLO. Como que ca vez que se acuerde de sus hijas le sale una cana.

LEONOR. En mala hora entró esa mujé por las puertas.

ANDRESILLO. ¿Ves tú lo que te he dicho muchas veses? Sacando á tres ó cuatro pa mí, á toas las mujeres debían quemarlas en parriyas.

ROMANA. Y á muchos hombres. Yo no la curpo á eya tanto como á é

ANDRESILLO. ¿Pero no habrá un amigo que le tire un poco de las riendas y lo sujete?

ROMANA. Suspirando. ¡Ay, esto no tiene compostura, Andresiyo! El amo es otro ya.

ANDRESILLO. Cuéntemelo usté á mí, que le enseñé hase un rato er senserro pa la viuda, y por poco me pega un tiro.

ROMANA. Es otro, es otro...

ANDRESILLO. Lo que no sabe é, que vi á guardarlo pa cuando se case con *doña Perejila.*

LEONOR. ¿Pero se va á casá?

ANDRESILLO. ¡Toma! Por ahí acaban tos estos viejos encaprichaos.

ROMANA. ¡Jesús! ¡Jesús! La Virgen Nuestra Señora lo ilumine.

ANDRESILLO. Yo, en cuanto me cargue mucho de estera, me voy también. Así no aprendo más Historia'España. Mirando hacia la puerta del foro. ¡Atisa!

LEONOR. ¿Viene ahí?

ANDRESILLO. Er señorito, no; su *suegro: ¡Don Pedro er Crué!*

LEONOR. Ay, pos yo me voy, que está er tío mu tonto.

ROMANA. Y yo también: que le dé conversasión su hija.

ANDRESILLO. Ó su padre.

Preséntase VENTURA de tiros largos, como si dijéramos.

VENTURA. Güenos días.

ANDRESILLO. Güenos días. Desde la puerta del patinillo, yéndose al momento. ¿Quiere er señorito que enganche?

VENTURA. Volviéndose hacia él. ¿Qué?

LEONOR. Desde la del foro, lo mismo. Aunque la mona se vista de sea...

VENTURA. Volviéndose hacia ella. ¿Qué? Zi ze vendiera la envidia, eza ze jacía miyonaria.

ROMANA. Pos si se vendiera la vergüensa, no ganaba usté ni dos cuartos. Escupiéndole y yéndose por el patinillo. ¡Psá!

VENTURA. ¿Ah, zí? Escupiéndole también. Pos... ¡psá! Más vergüenza tiene mi niña y tengo yo, que tos ustedes juntos... Una coza es una coza y otra coza

es otra coza... ¡Acá vamos por er camino reá!... ¿Qué ze habrán figurao?

Sale Encarna por la puerta del patio.

ENCARNA. Dios guarde á usté, padre.

VENTURA. Ér te bendiga, hija e mi arma. Ca día estás más jermozota y más güena.

ENCARNA. Er trato de acá...

VENTURA. Ya ze conoce que no te matas trabajando.

ENCARNA. No me ocupo más que der jardín... y der cargo e la caza. Estoy mejón que quiero.

VENTURA. Paeces una princeza. Jasta vergüenza me da de zé tu padre. Confidencialmente. Escúchame, Encarniya: ¿y el amo?

ENCARNA. Erretío está: entregaíto á mi capricho... Jago lo que me da la gana... Mi gusto es ley.

VENTURA. ¡Ole! Por ahí, por ahí va la coza...

ENCARNA. ¡Miste que paece un cuento!... ¡Quién había e decirle á Encarniya, ayá en la *Güerta e las Palomas*, que iba á mandá y á zé la reina en un palacio como este!... Cuando lo pienzo azín de pronto me pongo colorá. ¿Y madre, qué dice?

VENTURA. Á madre ze le cae la baba. ¡Como eya ha tenío ziempre tantos muñecos con la aristocracia!... En fin, ¡está penzando en jazerce trajetas; conque ya ves tú!...

ENCARNA. ¡La pobre!... ¿Y Estebiya, qué dice?

VENTURA. Que le tienes que mercá una capa este invierno.

ENCARNA. Un gabán es más zeñorito.

VENTURA. Zí, pero pones á Estebiya con gabán y no yega vivo á la plaza.

ENCARNA. Ezo le paece á usté. To es que la vista ze acostumbre. ¿Zoy yo la mesma?

VENTURA. ¿Qué vas á zé, zi ca vez que vengo te jayo con un trapo distinto? Eza corbata es mu precioza. Y este vestío mu principá.

ENCARNA. ¡Pos zi viera usté cómo voy por dentro de tiras bordás y de encajes!...

VENTURA. ¿También por dentro te compones?

ENCARNA. Mejón que por fuera. Miz ojos valen más que los de la gente.

VENTURA. Dices bien.

ENCARNA. ¡Y me echo una de ezencias que me güervo loca! Haciéndole oler, sucesivamente, lo que va nombrando. Ventura aspira los olores con embeleso. Miste la bluza... Miste er pañuelo... Miste er delantá... Miste er moño...

VENTURA. ¡Jezú! ¡Jezú! ¡Zi ze esmaya uno!... Amigo, ezo tiene er meterze en er zeñorío...

ENCARNA. Mostrándole á Ventura una sortija que tiene puesta. Ayé me regaló este aniyo.

VENTURA. Admirado. ¡Arzá!

ENCARNA. Y antié, esta medaya e la Virgen. La saca del seno y se la enseña.

VENTURA. ¡Arzá!

ENCARNA. Y tras de antié una caja e jabones, que no jace más que tocá el agua la pastiya y levanta una espuma que yega ar techo.

VENTURA. Sacudiendo y sonando los dedos para expresar más á lo vivo su admiración. ¡Arzá!

ENCARNA. ¡Padre, no zuene usté los deos azín, que ezo está mu basto!

VENTURA. Zerá ahora; porque yo lo he jecho toa la vía.

ENCARNA. Pos á mí me ha dicho é que no los zonara.

VENTURA. No hay más que jablá entonces.

ENCARNA. Es mu güeno conmigo... Zobre que lo tengo farcinao... prendaíto de mi perzona... ¡Ze me quea mirándome azín, con la boca abierta!... To le gusta en mí, to le gusta: loz ojos, los dientes, el arranque 'er pelo, mi coló, mi manera de andá, mi manera de zentarme... esta coza que yo jago azín cuando me pongo azín... *Llevándose una mano á la mejilla y apoyando el codo del mismo brazo en la otra.* er jociquito zi me enfao... la riza zi me río... er mismo za pateo conque jablo... ¡To, to, to le gusta en mí; to me lo tiene ponderao! ¡Y hasta me zaca verzos, padre!

VENTURA. Eze jinca er pico.

ENCARNA. Padre, no lo trate usté azín.

VENTURA. Pero es mesté que te mantengas ziempre der lao acá der río.

ENCARNA. Como que otra coza no estaría ecente.

VENTURA. Déjalo que ze abraze; no le des ni un buchito de agua; ni ziquiea que ze yeve la taya á los labios... y tú lo verás caé reondo lo mesmo que un zegaó en medio e la era.

ENCARNA. Es mu cabayero; no vaya usté á creerze otra coza... No ze propaza en tanto azín. ¡Y zi viera usté qué palabras más finas tiene conmigo!...

VENTURA. Pos que vaya buscando un cura, que están baratos.

ENCARNA. ¡Miste que yo cazarme con un zeñó!... ¡Miste que Encarniya por Olivares der brazo de eze hombre!... ¡Los refregones que vi yo á dá á más e cuatro zeñoritas der pan pringao!... Porque ha e zabé usté, padre, que me mermuran, que me zacan tiras e peyejo, que me ofenden... que cuazi me escupen...

VENTURA. ¡Envidiozas!

ENCARNA. Cuando entro en miza los domingos me jacen cerco, como zi yo estuviera apestá... ¡Y voy más limpia que toaz eyas; y güelo más bien que toaz eyas; y zoy más ecente que toaz eyas... y como mejón que toaz eyas!...

VENTURA. ¡Ezo que tú has dicho!

ENCARNA. Ar zalí de la iglezia el otro día ¡ze me pazaron unas ganas!... Trompezó conmigo la de don Jenaro, la mayó, la bizca, y me jizo un mojín de desprecio que fué pa mí como una puñalá por la esparda. Me fartó er canto'una pezeta pa decirle: «Oiga usté, cara'arcuza, menos mojines y más vergüenza; que á mí ningún hombre me ha puesto un deo encima... y usté es zortera... y ze ha tenío que dí de viaje.»

VENTURA. *Sacudiendo los dedos otra vez.* ¡Arzá!

ENCARNA. *Contrariada.* ¡Que no zacúa uste los deos, padre!

VENTURA. ¡Mujé, tampoco ze pué uno afiná en un repente!

ENCARNA. Pos es precizo jacé un podé.

VENTURA. Te prevengo que en ezo ando. Er

mesmo diario que viene acá le he dicho ar niño'er ciego que me lo yeve toas las noches. Pa dirme dezasnando poco á poco... Y desde primeros e mes me lo yeva.

ENCARNA. Ezo está mu bien. Yo ya leo cuazi de corrío.

VENTURA. ¡Á mí me cuesta zuores e muerte!

ENCARNA. Ya ze irá usté jaciendo. ¿Ha visto usté los verzos que vienen en er de hoy?

VENTURA. ¿Qué vi á vé yo, chiquiya? ¡Zi toavía voy en er primero que me yevaron! ¡Tiene aqueyo más letras de lo que paece!

Óyese á DON BALTASAR *gritar dentro.*

ENCARNA. Caye usté.

VENTURA. ¿Qué paza?

ENCARNA. Que está gritando y viene pa acá. Hoy ze han propuesto darle er día. No ze pué zé tan güeno.

VENTURA. Pos yo quería hablarle de lo de Estebiya... Porque ponte tú que cae zordao...

ENCARNA. No, padre; no le diga usté na. No ze figure que acá penzamos zaquearlo.

VENTURA. ¿Pero vamos á dejá que Estebiya cargue con er chopo?

ENCARNA. Ayá veremos lo que ze jace. Váyaze usté primero que yegue. Por ahí... por ahí...

VENTURA. Por ande tú quieras. Jasta mañana, Encarniya.

ENCARNA. Jasta mañana, padre.

Vase Ventura por la puerta del patinillo. Por la del patio llega DON BALTASAR *dado á los demonios.*

DON BALTASAR. ¡Almas de cántaro!... ¡Canalla

ruin!... ¿Cómo habéis de comprender en vuestra bajeza moral los altos sentimientos de don Baltasar de Quiñones?

ENCARNA. ¿Qué es ezo?

DON BALTASAR. *Reparando en ella.* ¡Ah, tú! ¡Encarna! ¡Bendito sea Dios que pone por fin ante mis ojos persona cuya vista les es agradable!

ENCARNA. Pero ¿qué ocurre?

DON BALTASAR. ¡Ocurre lo natural, supuesto que Olivares es una madriguera de bellacos! ¡Como viven de la murmuración, se creen con derecho á husmear en mis acciones y á fallar sobre mi conducta!... ¡Y voto va que si imaginan que han de torcerla se engañan del todo! ¡Soy quien soy, y hago cuanto hago por mi libre albedrío! ¡Ante nadie me tengo que justificar, si no es ante mi propia conciencia!... Esa Pepa Ruiz ha venido á colmar mi indignación y á desbordar mi cólera... ¡No más! ¡no más! ¡Digo que no más!

ENCARNA. ¡Pepa Ruiz! ¡Envidioza!... Lástima es lo que da, no coraje... Quien espera y no arcanza, lástima na más es lo que merece.

DON BALTASAR. *Encantado de oirla.* ¿Lástima has dicho, Encarna? Si no te quisiera ya, desde hora te querría por esa revelación de tu alma sencilla y generosa.

ENCARNA. ¿Pos qué voy á tenerle más que ezo? Eya venía aquí buscando argo que no ze yeva...

DON BALTASAR. *Con arrebato.* ¿Qué? Dilo.

ENCARNA. Lo que voy á yevarme yo...

DON BALTASAR. ¡Sí!

ENCARNA. Pero me lo yevo por gracia naturá,

zin pedirlo, zin rogarlo, zin buscarlo de mala manera, zin queré quitárzelo á nadie... Aquí me trajeron der campo... aquí cayó bien mi perzona... aquí mis cozas y mi hablá farcinaron á quien mandaba en esto... y aquí me jayo bien y de aquí no me voy porque bien me quieren... ¿En qué libro está escrito que zea pecao enamorarze de una pobre?

DON BALTASAR. Con apasionado abandono y delicadeza. Por tus labios brota, zagala gentil, la inocente filosofía de las almas buenas... Tu boca es manantial de agua pura; panal de miel dulce y sabrosa...

ENCARNA. ¡Qué cozas tan zuaves me dice!...

DON BALTASAR. ¡Me dice!... ¡me dice!... ¿Quién te las dice?

ENCARNA. Ruborosa. Me las dice... usté...

DON BALTASAR. ¿Aún no se atreve tu confianza?

ENCARNA. ¡Zi es que me da mucho bochorno!...

Sale ROMANA por la puerta del patinillo, dispuesta para irse á la calle, con un envoltorio de ropa. Su presencia corta de improviso el diálogo de los amantes. Apenas puede hablar de emoción.

ROMANA. Señorito.

DON BALTASAR. ¿Qué, Romana?

ROMANA. Me voy.

DON BALTASAR. Adiós.

ENCARNA. Sorprendida. ¿Que ze va usté, Romana? ¿Por qué?

DON BALTASAR. Por su gusto; por su voluntad caprichosa.

ROMANA. Ya lo oyes. Á la noche mandaré á Juaniyo por mi baú y por la ropa que me quea.

DON BALTASAR. Bien está. Por última vez te invito á permanecer en mi casa.

ROMANA. No pueo, señorito, no pueo. De aqueya, de la grande, de la antigua, no queaba aquí más que esta vieja... y esta vieja se va. La casa es otra... Con Dios, señorito... Se encamina con lentitud y reprimiendo el llanto hacia la puerta del patio. Al llegar á ella rompe involuntariamente á llorar. Se detiene un momento, vuelve á despedirse con un ademán, porque no puede articular palabra, y vase entonces.

Silencio. Don Baltasar permanece inmóvil. Encarna la mira alejarse con angustia y al fin exclama, dirigiéndose á don Baltasar:

ENCARNA. ¡Yámala!

DON BALTASAR. Sorprendido de lo que le dice y encantado de cómo se lo dice. ¿Qué?

ENCARNA. ¡Yámala!

Va don Baltasar hacia Romana entre perplejo y gozoso. Cae rápidamente ei telón.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto primero. Es por la mañana y en el mes de Setiembre.

RAFAEL, sentado, fuma. Á poco llega DON BALTASAR por el jardín.

DON BALTASAR. ¿Rafael?

RAFAEL. Don Baltasar, muy buenos días.

DON BALTASAR. ¿Has dormido bien? ¿Has descansado del ajetreo del viaje?

RAFAEL. Á medias nada más. Los mosquitos de Olivares son muy cumplidos; ni uno solo ha dejado de saludarme durante la noche.

DON BALTASAR. ¿Y Amparo?

RAFAEL. Esperándola estoy. Quiere que la acompañe á dar una vuelta por ahí.

DON BALTASAR. Ya.

RAFAEL. ¿Carmita duerme?

DON BALTASAR. Presumo que sí. Hace poco dormía. Entré á verla cuando me levanté, y salí de puntillas de su habitación para no turbarle el reposo.

RAFAEL. La verdad es, respetable suegro, que, sin ningún género de salvedades, el engaño en que han tenido ustedes á Carmita respecto de su madre ha sido tan peligroso como inútil. Mil veces se lo he repetido á mi mujer.

DON BALTASAR. No hemos de renovar en este punto una discusión sobre lo pasado. Lo hecho, hecho está. Hablemos, sí, de lo reciente; ya que anoche, vuestra imprevista llegada y el tropel de emociones que nos asaltó, fueron causa de que no dijéramos cosa con cosa.

RAFAEL. Mire usted: cabalmente quería yo que echáramos un párrafo sobre el particular. Más que para nada, para justificación de Amparo y mía.

DON BALTASAR. Esa no la habéis menester ante vuestro padre.

RAFAEL. De todos modos... Yo sé que Amparo le escribió á usted dos cartas, con intervalo de ocho días ó diez, hablándole del proyectado viaje á Suiza de usted y ella, para recoger á Carmita. ¿Es verdad?

DON BALTASAR. *Grave.* Sí.

RAFAEL. Usted no contestó á esas cartas.

DON BALTASAR. No contesté. Mis nervios... preocupaciones diversas... ¡qué sé yo! El hecho es que no contesté.

RAFAEL. Pues en vista de que usted se hacía el sordo...

DON BALTASAR. Yo no acostumbro hacerme el sordo nunca.

RAFAEL. Ni en mi ánimo está molestarle. Perdone usted las crudezas de estilo. En vista de que

daba usted la callada por repuesta, Amparo, por consejo mio y para ir preparando á Carmita, le puso dos letras diciéndole que su madre se hallaba en Madrid con nosotros, un poco quebrantada de salud.

DON BALTASAR. ¿Es posible?

RAFAEL. ¡Algo habíamos de hacer! Á esa primera carta siguieron dos ó tres más, llenas de peores noticias, y cuando menos lo esperábamos, se nos entró la niña por las puertas con el tío Joaquín.

DON BALTASAR. ¡Tremenda sacudida para vosotros!

RAFAEL. Puede usted calcular. Ya Carmita, cuando llegó, sabía la desgracia terrible, y estaba al cabo de toda la triste ficción. El tío Joaquín, durante el viaje, consideró oportuno desengañarla.

DON BALTASAR. ¡Pobrecita mía!

RAFAEL. Yo no quiero recordar el encuentro de las dos hermanas: sería muy doloroso para usted. Carmita se obstinó desesperadamente en salir para acá en seguida, y no hubo forma de reducirla á la idea contraria. Por la mañana llegaron á Madrid ella y el tío, y por la tarde salimos todos para Olivares. Yo puse á usted un telegrama previniéndoselo, pero, naturalmente, vino dos ó tres horas después que nosotros. Ahí tiene usted toda la verdad.

DON BALTASAR. *Reflexivo.* No hay novela como esta de la vida... ¡Qué complicada es y cuán amarga de continuo!... Porque se mezclan lágrimas y

risas en sus pasajes, pero el final es siempre el dolor.

RAFAEL. Pues hay que sacar fuerzas de flaqueza, querido suegro. Es preciso comunicarle á Carmita la energía que le falta. La misma Amparo necesita también desimpresionarse.

DON BALTASAR. ¿Amparo?

RAFAEL. Sí. Mucho antes de la llegada de su hermana á Madrid, dió en andar preocupada y nerviosa... Ella se me disculpaba alegando como causa de ello el teje maneje de la correspondencia con la niña; pero á mí se me ha metido en la cabeza que la causa es otra.

DON BALTASAR. ¿Y por qué había de tener reservas contigo?

RAFAEL. Mi mujer no me cuenta nada que en su concepto pueda disgustarme. Yo, en cambio, creo adivinar lo que á ella le disgusta. Y le aseguro á usted que Amparo ha tenido un soplo de algo desagradable, y que ese soplo ha partido de aquí.

DON BALTASAR. ¿De esta casa?

RAFAEL. No: de este pueblo. Cuidado que no tengo realidad alguna en qué apoyarme; dato seguro que me lleve á pensar estas cosas... Todas son suposiciones mías... Aquí viene.

DON BALTASAR. ¿Quién?

RAFAEL. Amparo.

Sale AMPARO por la puerta del patio. Viste de oscuro y viene con velito á la cabeza.

AMPARO. Buenos días, papá.

DON BALTASAR. Dios te bendiga, hija de mi alma. ¿Has dormido bien?

AMPARO. No, señor; que estoy más rendida que antes de acostarme.

DON BALTASAR. Á veces, el excesivo cansancio... impide...

AMPARO. El cansancio... y la loca de la casa. ¡Jesús, qué noche!

RAFAEL. Lo menos has pensado en mi fuga con una odalisca.

AMPARO. Cállate, Rafael. ¿Te parece que estamos para chirigotas?

RAFAEL. ¿Es decir que ni una broma me consientes después que llevo dos horas esperándote? Le advierto á usted que de casada está más presumida que de soltera.

AMPARO. Bueno, mejor.

DON BALTASAR. Escucha, niña. ¿Y el tío Joaquín, no se ha levantado?

AMPARO. ¡Quiá!

RAFAEL. ¡Si eso es un gusano de seda!

AMPARO. ¿Tú qué sabes?

RAFAEL. Lo que me has dicho tú. Creo que se despierta á la una en punto: porque, eso sí, va como un reló. Se echa de la cama y se afeita; luego se da una ducha fría; después se pone á tirar al florete, y cuando á cosa de las tres se sienta á almorzar, no deja ni los huesos de las aceitunas.

AMPARO. ¡Pero qué ganas de mortificarme tienes siempre!

RAFAEL. ¡Como que para eso me casé contigo!

AMPARO. Ea, pues levántate y anda. ¡Pesado!

DON BALTASAR. ¿Adónde vas, si no es indiscreción el que te lo pregunte?

RAFAEL. Yo no lo sé, pero me dejo llevar por ella.

AMPARO. No es indiscreción... ¿qué ha de serlo? *Mirando intencionadamente á su padre.* Voy á ver á Romana.

DON BALTASAR. *Con mal disimulada zozobra.* ¿Á Romana?

AMPARO. Sí; quiero ver si la convenzo de que vuelva acá. Carmita y yo lo deseamos.

DON BALTASAR. Hice los imposibles por que no dejara esta casa... pero pretextando su mucha edad... y no sé qué deberes para con su hija...

AMPARO. Ninguna de las dos razones me convence. Algo más habrá que ella no te ha dicho, y eso es lo que á mí me dirá de seguro. ¿Vamos, Rafael?

RAFAEL. Vamos.

AMPARO. Hasta luego.

DON BALTASAR. Hasta luego.

AMPARO. Por aquí es más cerca.

Se encamina con Rafael hacia el jardín, y por él se van ambos. En la misma puerta se cruzan con ENCARNA *que llega y se detiene para que pasen. Viste como en el acto anterior, pero sin joyas ni corbata. Amparo la mira con curiosidad y ella baja los ojos. Después Encarna por una ventana y don Baltasar por la otra acechan el momento en que se supone que Amparo y Rafael salen de la casa. Entonces se vuelven para hablar, á tiempo que viene* CARMITA *por la puerta del patio. Don Baltasar se adelanta á abrazarla y Encarna se retira turbadísima por la misma puerta.*

ENCARNA. Escucha.

DON BALTASAR. Calla.

Carmita es una figurilla delicada y poética, blanca como el nardo, de cabellos negros, ojos brillantes y frente soñadora. Su expresión es de dolor resignado: su hablar sereno y persuasivo. Viste de luto.

DON BALTASAR. ¡Nena! ¡Nena mía! Carmita se le abraza llorando. ¿Qué es eso?... Vamos, no llores... Tranquilízate, corazón...

CARMITA. ¡Amanecer en esta casa... y no verla á mi lado!...

DON BALTASAR. Son leyes de la vida, que dicta la muerte, ante cuyo misterio deben callar nuestras protestas.

CARMITA. ¡Buscarla y no encontrarla!... ¡Llamarla y que no me conteste!... Con gritos de dolor. ¡Mamá!... ¡Mamá!... ¡Qué pena tan grande!... El día que me habéis dicho que murió, soñé yo que había muerto. ¿Ves qué cosas?

DON BALTASAR. No ahondes en tu herida... Ven acá... siéntate aquí conmigo... ¡Tenemos que hablar tanto! Carmita se deja llevar por su padre y se sienta á su lado. Cálmate... serena tu espíritu, abriéndolo al soplo suave del dolor resignado. No llores.

CARMITA. Dejaría de ser Carmita si no llorara.

DON BALTASAR. Es cierto, alma mía. Parece que las primeras lágrimas que llenaron tus ojos se enamoraron de ellos, y en ellos se albergan desde entonces.

CARMITA. Por todas partes se me figura que va á salir á darme la bienvenida; tan contenta, tan alegre de verme á su lado otra vez... No sabía dar un paso sin mí; ¿te acuerdas, papá?

DON BALTASAR. Me acuerdo.

CARMITA. Te encelabas tú de lo que me quería... Celos que acababan siempre en risas y en besos para mí.

DON BALTASAR. Por Dios, no evoques...

CARMITA. Ella no estará á mi lado, pero yo estoy al suyo; ella se fué de esta casa, pero ha de vivir aquí mientras vivamos todos; ¿verdad, papaíto?

DON BALTASAR. *Con angustia.* Sí, hija mía, sí.

CARMITA. Nuestro cariño mantendrá su recuerdo siempre á nuestro lado. Dondequiera que estemos nosotros, allí estará ella; nada nuevo entrará en nuestro corazón que borre su figura.

DON BALTASAR. *Dolorosamente.* ¡Ay!...

CARMITA. Lo que ella hacía, seguirá haciéndose como si viviera: la limosna á los pobres, la misa en el oratorio los domingos, la visita á Montemayor los días de santo... Lo que ella soñaba, lo realizaremos nosotros, para que lo vea y siga queriéndonos: la fuente del patio, la tapia de los jazmines en el jardín, el premio á los chiquillos en Nochebuena... ¿Qué tienes tú?

DON BALTASAR. Tu dolor y el mío disputándose mi corazón.

Callan los dos unos momentos: don Baltasar porque acaso no puede decir todo lo que siente; Carmita por dar tregua á su dolor, no expresándolo con palabras.

CARMITA. ¿Quién cuida del jardín ahora?

DON BALTASAR. *Turbado.* ¿Ahora?

CARMITA. Sí.

DON BALTASAR. Esa muchacha... tú no la conocías...

CARMITA. ¡Ah, ya sé!... La más compuesta... una que es muy huraña... Por lo menos á mí me huye.

DON BALTASAR. ¿Que te huye, dices?

CARMITA. Eso me ha parecido. El jardín lo tiene precioso. Lo he visto desde la ventana de mi cuarto. Está cuajadito de flores.

DON BALTASAR. Sí.

CARMITA. Todas han de ir á un mismo sitio... Todas... todas... Cuando vuelva Amparo iremos á llevárselas.

DON BALTASAR. Lo que quieras... lo que tú quieras...

CARMITA. El alma de ella está en toda la casa, guardándola y amparándola siempre... Le llevaremos á su cuerpo lo que de la casa le podemos llevar: flores... muchas flores.

Viene ENCARNA *por la puerta del patio, algo desconcertada.*

ENCARNA. Zeñó...

DON BALTASAR. *Con sobresalto.* ¿Qué hay?

ENCARNA. Er zeñorito Polanco... que lo busca á usté, porque dice que tiene que hablarle... y que viene pa acá.

DON BALTASAR. *Sorprendido.* ¿Polanco? ¿Es posible?

ENCARNA. Zí, zeñó... zí, zeñó...

DON BALTASAR. ¡Pobrecillo! Sea bien venido, ¡qué demonio!

CARMITA. *Deteniendo á Encarna, que hace ademán de irse.* No se vaya usted. *Á su padre.* ¿Quién es Polanco, tú?

DON BALTASAR. Apenas lo recordarás... Aquel montañés que puso la fábrica de harinas.

CARMITA. ¿Y ese es ahora amigo tuyo?

DON BALTASAR. Es un alma de Dios... No puedo dudar que me estima...

CARMITA. *Á Encarna.* Quiero que me acompañe usted al jardín. Acabo de decirle á mi padre que está primoroso. ¿Vamos á cortar las flores que haya?

ENCARNA. Lo que usté diga...

CARMITA. No le dé á usted pena cortarlas... Son para llevárselas á mi madre. Venga usted, venga usted... *Se va por el jardín. Encarna la sigue silenciosa.*

DON BALTASAR. *Viéndolas alejarse.* ¡Ay, Carmita, Carmita!... ¿Por qué tus palabras se me clavan en el corazón?... ¿Cuál es mi delito? ¿Cuál es?...

Aparece POLANCO en la puerta del patio y habla en tono un poco más grave que de costumbre.

POLANCO. ¿Baltasar?

DON BALTASAR. Perico.

POLANCO. Pruebas te tengo dadas de que mi amistad es oro de mil y un quilates; pero ninguna como esta. Me echaste de tu casa violentamente, y vuelvo, sin embargo; ¿sabes por qué? Porque sé que sufres. Mi amistad es mucho mayor que tu injusticia.

DON BALTASAR. Pasa, pasa... Si pude dudar de tu amistad, fué por alucinación pasajera; si te ofendí, yo te ruego que me perdones. Que sufro, es cierto.

POLANCO. ¡Pues ven aquí, y descansa sobre un pecho leal!

DON BALTASAR. *Abrazándolo.* ¡De muy buena gana!

POLANCO. ¿Ves? Ya me enternezco como un tonto. ¡Y me llamaste traidor y bellaco!

DON BALTASAR. Olvida...

POLANCO. ¡Ay, Baltasar, Baltasar! ¡Cómo me he salido con ella!

DON BALTASAR. Pero, escucha: ¿vienes á que yo desahogue mi sufrimiento, ó á darme tortura con tu testarudez?

POLANCO. Vengo, como siempre, á ser tu amigo antes que á nada.

DON BALTASAR. Pues no te olvides de ello.

POLANCO. Supongo, Baltasar, que tu primera resolución al llegar tus hijas, será plantar en la calle á esa señora.

DON BALTASAR. Respeto para esa señora es lo primero que te exijo.

POLANCO. ¿Cómo? ¿Pero estamos ahí?

DON BALTASAR. En respetar y hacer respetar estoy yo siempre.

POLANCO. ¡Parece mentira! ¿Serás capaz de consentir que se codeen tus hijas con ella?

DON BALTASAR. ¡No grites! De lo que seré capaz no lo sé, ni sé adónde voy, ni qué infierno es este que arde en mi alma.

POLANCO. ¿Pero es posible que en un corazón hidalgo como el tuyo haya echado raíces una pasión de bajo vuelo?

DON BALTASAR. ¡Alto allá! ¡Rechazo el torpe calificativo! Y ten en cuenta que ni el corazón elige pasiones, ni la pasión elige corazones tampoco.

POLANCO. ¡Por amor de Dios, un poco de sentido común! ¡Un poco de razón, Baltasar!

DON BALTASAR. ¿Y si ya la hubiera perdido? No es cosa fácil imaginar, Polanco amigo, la batalla que en mi interior se riñe, destrozando mi ser...

Pienso que en mi pasión por una mujer humilde no hay vergüenza alguna, y respiro á mis anchas tranquilo; pero pienso que mi Carmita ha venido á esta casa para hallar á su madre, soñando que vivía, y que no sólo no la encuentra, sino que puede ver en su sitio á otra mujer extraña para ella, sin remedio odiosa á sus ojos, y entonces mi razón se nubla, mi corazón se abre herido, desfallece mi cuerpo... y tiemblo, y lloro, y me asusto de mí.

POLANCO. No entiendo, no entiendo... Creo que le das al caso proporciones que está muy lejos de alcanzar. Digo, ¡á menos que sea verdad la especiota que corre por Olivares!

DON BALTASAR. ¿Corre una especie por Olivares referente al caso?

POLANCO. Corre, corre. Hasta que da con uno como yo que la para en firme.

DON BALTASAR. Pues ¿qué se miente?

POLANCO. ¡Figúrate! Echando bendiciones. Nada menos sino que en secreto ya os habéis... Don Baltasar baja los ojos en silencio. Polanco se alarma. Á ver, á ver... ¿Te has enterado, tú?

DON BALTASAR. Sí.

POLANCO. ¿Y qué dices?

DON BALTASAR. Nada. Dejo á los demás que lo digan todo.

POLANCO. Pero, oye, oye, oye; mírame á la cara.

DON BALTASAR. Ya te miro.

POLANCO. ¿Te ha pasado por la imaginación alguna vez tamaño disparate?

DON BALTASAR. ¿Y por qué lo tachas de disparate, hombre ligero?

POLANCO. ¡Ave María Purísima!... ¡Tú te has casado!

DON BALTASAR. ¡Calla! ¡imprudente!

POLANCO. ¡Ave María Purísima!... ¿De manera que es cierto?

DON BALTASAR. Es cierto. ¿Podías esperar otra cosa de mi caballerosidad?

POLANCO. De tu locura sí que no podía menos de esperarla.

DON BALTASAR. ¡Ah, ya lo veo! Me juzgas por ti. Tu conducta hubiera sido muy distinta.

POLANCO. ¡Pero muy distinta! ¡Adónde va á parar!

DON BALTASAR. ¿Pues qué? ¿Crees que hay desdoro en ello? Jamás te supuse tan vulgar.

POLANCO. Irónicamente. ¡Está bien!... ¡está bien!... ¡Bien!... ¡bien!... ¡Está bien!...

DON BALTASAR. Ya sé yo que está bien: huelga que tú me lo repitas. Podrán condenarme las circunstancias—me condenan, sin duda, y ya me duele;— pero el hecho en abstracto, está bien. De ahí no me apea nadie.

POLANCO. ¡Pues sigue en tu burra, hijo mío! Puesto en ella, aguantar los palos. Pero como amigo leal, como amigo de veras, lo lloraré con lágrimas de sangre; porque el hecho en concreto, y no sirve que le dé vueltas vuesa merced, es que don Baltasar de Quiñones y Díez de Miranda, con toda la gala y pompa que desde luego exigen su rango y su linaje, ha entrado en el gremio de los señores que se casan con la cocinera.

DON BALTASAR. Palideciendo de rabia. ¡Perico! ¡Ó te

retractas inmediatamente de cuanto acaba de salir por tu boca, ó estoy dispuesto á abofetearte!

POLANCO. Hombre, hombre, no lo tomes así...

DON BALTASAR. ¿Pues cómo lo he de tomar, mentecato? ¡Y quede esto aquí, y sabe de hoy más á quién debes en esta casa igual respeto que á mi persona! Vase por el patio.

POLANCO. Viéndolo marcharse. Está loco. No me cabe duda; está loco. Paseándose. Pero, hombre, ¿es posible?... Y todo por una mujer... No, si ya lo dijo el otro: «¿Quién es ella?»

Vuelven del jardín ENCARNA y CARMITA. Encarna trae muchas rosas recogidas en el delantal y Carmita algunas en la mano. Las dejan sobre una mesa al llegar, y luego se ocupan en agruparlas cuidadosamente en ramos distintos.

CARMITA. ¿Gritaba papá? Reparando en Polanco. ¡Ah! Buenos días.

POLANCO. Buenos días. ¿Usted no se acordará de mí?

CARMITA. ¿Es usted el señor Polanco?

POLANCO. ¡El mismo! ¡Caramba! ¡qué feliz memoria!

CARMITA. ¿Espera usted á mi padre?

POLANCO. Al contrario; me espera él á mí. Voy allá; á seguir peleando.

CARMITA. ¿Peleando?

POLANCO. Sí. Nuestra amistad tiene por acicate las peloteras. ¡Je! Si no reñimos no somos amigos.

CARMITA. Es particular.

POLANCO. Usted suspiraría ya por volver á su casa.

CARMITA. Con pena. Sí, señor, sí; pero de otro modo...

POLANCO. De eso ya me hago cargo... Hay que conformarse... El claroscuro de la vida es cruel... verdaderamente cruel... Despidiéndose. No quiero atormentarla... Si usted no tiene nada que mandarme...

CARMITA. Nada, no, señor; agradezco tanto...

POLANCO. Soy un amigo leal, señorita. Su papá de usted sabe cómo las gasto en ese terreno. Á los pies de usted.

CARMITA. Beso á usted la mano, señor.

POLANCO. Buenos días. Vase por la puerta del patio.

CARMITA. ¿Viene mucho por aquí este señor Polanco?

ENCARNA. Con voz temblorosa, sacudida por la emoción que ante Carmita siente. Cuazi no zale de la caza... Pero ahora yevaba más e dos zemanas zin vení.

CARMITA. ¿Por qué?

ENCARNA. Porque riñó con er zeñorito.

CARMITA. Sí; ya ha dicho que se pelean...

ENCARNA. Eza vez fué más zerio.

CARMITA. ¿Qué hubo, sabe usted? Encarna calla. ¿No lo sabe?

ENCARNA. No me acuerdo ya...

CARMITA. ¿Vamos á hacer los ramos?

ENCARNA. Loz haré yo zola... pa que no ze espine usté las manos...

CARMITA. Los haremos entre las dos.

ENCARNA. Como usté diga.

Callan unos momentos.

CARMITA. Suspirando. ¡Ay! ¡qué tarea más triste!... ¿Le vive á usted su madre?

ENCARNA. Gracias á Dios.

CARMITA. ¡Ojalá le viva á usted siempre! ¿Usted no vió á mi madre nunca?

ENCARNA. No...

CARMITA. ¿Pues usted no es del pueblo?

ENCARNA. Zí... pero ziempre he vivío en er campo...

CARMITA. ¿Ni le han hablado á usted de ella los otros criados?

ENCARNA. Mucho... mucho...

CARMITA. ¿Qué le pasa á usted?

ENCARNA. Que la pena de usté me yega, zeñorita...

CARMITA. Dios se lo pague. Con Romana hablaría usted mucho de mi madre, ¿verdad?

ENCARNA. ¿Con quién?

CARMITA. Con Romana. ¿Ó es que no la ha conocido usted?

ENCARNA. Á Romana, zí.

CARMITA. ¿Qué tiempo lleva usted acá?

ENCARNA. Más e cuatro mezes...

CARMITA. ¿Y Romana se fué hace mucho?

ENCARNA. Coza de quince días...

CARMITA. ¿Por qué motivo?

ENCARNA. Yo no zé... no zé...

CARMITA. ¿Tampoco sabe usted eso?

ENCARNA. Tampoco.

CARMITA. Mi hermana ha ido á verla, porque queremos que vuelva á la casa. Usted considere: antes de que naciéramos nosotras, ya era vieja

aquí. Aunque no sirva materialmente, acompaña mucho. ¿Verdad?

ENCARNA. Zí... zí...

CARMITA. ¿Y usted está contenta?

ENCARNA. Mu contenta...

CARMITA. Mi padre es bueno... Sabe tratar á los humildes... Silencio. Déme usted ese ramo.

ENCARNA. ¿Cuá?

CARMITA. Ese. Y ese otro también... Me los voy á llevar á mi alcoba. Al tomar los ramos de manos de Encarna. Pero está usté temblando, criatura.

ENCARNA. No...

CARMITA. ¡Vaya si tiembla! ¿Por qué es eso?

ENCARNA. No zé...

CARMITA. Extrañada. Déme, déme acá.

ENCARNA. ¿Le yevo á usté argunos?

CARMITA. No; no hace falta. Puedo yo sola.

Se va por la puerta del patio con los ramos de flores cogidos con suma delicadeza, y sin dejar de mirar á Encarna. Esta, baja la vista, juega maquinalmente con las hojas que quedan sobre la mesa. Así permanece algún tiempo. Por su frente pasan ideas contrarias, nacidas de la confusión que reina en su espíritu. «¿Se irá de la casa?» «¿Se quedará en ella?» «¿Podrá resistir su corazón la presencia de aquella niña que constantemente la acusa?» Su abstracción es completa y profunda. DON BALTASAR viene al fin por el patio receloso y sombrío. Llega junto á Encarna, sin que ella lo note. La llama entonces con voz sorda y turbada, y la moza vuelve de su abstracción, estremeciéndose de espanto.

DON BALTASAR. ¿Encarna?

ENCARNA. ¡Ah!

DON BALTASAR. Soy yo; no temas.

ENCARNA. Me azusté...

DON BALTASAR. Sosiégate.

ENCARNA. Desde anoche me azusta jasta er zilencio...

DON BALTASAR. ¿Á ti?

ENCARNA. No ze me zale der penzamiento eza Carmita, que no para de mentá á zu madre... como zi yo hubiera cometío argún delito en contra de eya...

DON BALTASAR. Ni tú ni yo lo hemos cometido.

ENCARNA. Pos argo malo habremos jecho cuando estamos de esta manera...

DON BALTASAR. En quererse rectamente no hay mal ninguno.

ENCARNA. Pa mí lo hay... Castigo de Dios es lo que me paza... Yo he nacío pobre, pa trabajá como miz iguales, no pa lucí como las zeñoras... Me tentó er demonio, me cegó el orguyo, me gorví avaricioza y mala... y ahora voy á penarlo to.

DON BALTASAR. Rechaza esas ideas supersticiosas... No niegues nuestra pasión, que es nuestra disculpa.

ENCARNA. Yo no niego na... pero con tus palabras durces debí jacé lo que con la parva en la era: al aire... al aire...

DON BALTASAR. No, Encarna, no: tu zozobra y la mía nada tienen que ver con nuestro cariño.

ENCARNA. Er cazo es que nos azusta que ze zepa...

DON BALTASAR. ¿Qué dices?

ENCARNA. ¿Á que no yamas á Carmita pa decirle quién zoy?

DON BALTASAR. *Con súbito miedo.* ¡Ah! ¡Muy pron-

to ha de saberse!... Amparo ha ido á ver á Romana.

ENCARNA. ¿Ves como estás amedrentao?

DON BALTASAR. ¡Si esto es lo que me tiene fuera de mí! Con Amparo vendrá la verdad—terrible y dolorosa... ¿á qué negarlo?—y yo, que saldría por esas calles diciéndole á la hipócrita gente: «esto hice», tiemblo de pensar en la tremenda conmoción de mi Carmita, que ya no quería vivir en el mundo más que para el santo recuerdo de su madre.

ENCARNA. ¡Jezús, qué espanto! ¡Yo me voy!

DON BALTASAR. ¡Encarna!

ENCARNA. ¡Yo no tengo való pa vé ezo!... ¡Yo me voy de aquí!

DON BALTASAR. ¿Adónde?

ENCARNA. ¡Qué zé yo! ¡Lo más lejos que puea! ¡Á los campos tranquilos, jasta que me caiga de andá!

DON BALTASAR. Cállate. No pienses locuras.

ENCARNA. No zon locuras... Es er mieo de jacé daño á nadie, que paece que me empuja pa fuera...

DON BALTASAR. Yéndote, me matarías á mí... ¿Pero qué hablo yo también, insensato?... No te irás, no te irás... Estamos unidos ante Dios por la atracción de nuestras almas... No te irás, Encarna, no te irás... Yo te hice mi esposa para no mancharte... No te irás, no te irás...

Dominado por la pasión ha ido estrechando á Encarna más y más Ella lo mira subyugada, con supersticioso terror. AMPARO, que momentos antes ha aparecido en el jardín, avanza hacia la sala atraída por lo

que ve y se detiene en la misma puerta con dolorosa perplejidad, cubriéndose el rostro con las manos y dando un grito.

AMPARO. ¡Jesús!

Sobrecogidos los amantes de terror y sorpresa, se separan violentamente. Don Baltasar mira á su hija con expresión en que se confunden la vergüenza, el dolor y el miedo. Encarna, avergonzada también y convulsa, vacila, tiembla, mira con espantados ojos, no sabe qué dirección tomar. De improviso, y más bien arrastrada por impulso secreto que por claro estímulo de su razón, escapa por la puerta del patio, no como quien se va, sino como quien huye.

DON BALTASAR. Amparo... Hija mía...

AMPARO. Con acento de recriminación. ¡Qué has hecho!

DON BALTASAR. No me mires así... no me huyas... ¡Perdóname!

AMPARO. ¡Qué has hecho!

DON BALTASAR. Ven acá... Necesito hablarte...

AMPARO. No... ¿Para qué?

DON BALTASAR. Para que me perdones.

AMPARO. Déjame... No me digas nada... no quiero oirte... No quiero saber más de lo que ya sé.

DON BALTASAR. Yo quiero que lo sepas. Lo que te diga yo, por doloroso que te sea, será honrado, será sincero; lo que la gente te haya dicho ó te diga, será villano. Por eso quiero que me oigas á mí. No, no estoy loco; no estoy prostituído; conservo sano mi juicio, entero y puro mi ser moral. Eso quisiera el pueblo cuyo aliento plebeyo acaba de turbar tu alma; eso quisiera, sí; que don Baltasar de Quiñones hubiese dado fundamento vergonzoso á sus torpes hablillas.

AMPARO. Vergonzoso ó no, fundamento has dado.

DON BALTASAR. Amparo, nena mía; que te desconozco si me acusas así. Oye primero la verdad, y luego júzgame; pero oye primero la verdad. Encarna es mi esposa.

AMPARO. *Llena de turbación y angustia.* ¿Tu esposa?... ¿Has dicho que es tu esposa?...

DON BALTASAR. ¿Pues no has visto que la abrazaba?

AMPARO. ¡Jesús! ¡Jesús, Dios mío!

DON BALTASAR. Si antes no pude darme cuenta de tu injusticia, ahora comprendo perfectamente tu estupor. Me dejaste llorando mi soledad y evocando en todo momento la sombra de la que fué tu madre, y al volver inopinadamente me hallas así... ¿Cómo salvar este abismo en tu alma?... Yo lo salvaré... Necesito llenarlo, para que descanse la mía; para que la tuya también descanse.

AMPARO. *Anhelante, desconcertada.* Dime, dime, sí; háblame, por Dios; explícame cómo ha podido suceder esto, que no acierto á juzgar, pero que me aterra, que me aflige... Ahora nada me importa de lo que la gente murmure... Lo primero es que tú me cuentes... que tú...

DON BALTASAR. Sosiégate, corazón... Sosiégate... y escúchame en calma.

AMPARO. ¿No nos oirá Carmita?

DON BALTASAR. No. Hace rato subió á la alcoba con unas flores... Está rezando.

AMPARO. ¿Ella nada sospecha?

DON BALTASAR. Aún no.

AMPARO. Ni después tampoco.

DON BALTASAR. ¿Qué?

AMPARO. Es una idea. Sigue tú...

Silencio.

DON BALTASAR. ¿Te acuerdas, nena, de nuestra última conversación la noche de vísperas de tu boda?... ¡Qué soledad la mía! ¡Qué abandono más triste aquel en que yo me quedaba!... ¿Te acuerdas? Tu hermanita lejos de mí, por dolorosa necesidad; tú, alejándote también, por ley de la vida; tu madre más lejos aún... por ley de la muerte. ¡Qué solo me dejaron todos!... ¿Bastará mi soledad de tantas horas interminables á disculpar siquiera lo que he hecho?

AMPARO. Sigue.

DON BALTASAR. ¿Porque no basta, ó porque lo quieres oir todo?

AMPARO. Sigue.

DON BALTASAR. Con Encarna entró en este caserón para mí un soplo de alegría... Pronto advertí que mi soledad no era ya absoluta, irremediable... La condición humilde de esa mujer, su traza campesina, que para otro señor hubieran sido un valladar, fueron para mí un incentivo, trajeron á mi alma como un reverdecer de mis aficiones más puras; y la atractiva belleza de su persona, juntamente con la ingenua sencillez de su corazón, acabaron de cautivarme. ¿Qué dices?

AMPARO. Nada te sé decir; estoy aturdida por el golpe. Se confunden en mi cabeza con tus razones las cosas que la gente habla, y me vuelvo loca.

DON BALTASAR. Desprécialas.

AMPARO. No puedo. No puedo tampoco vencer

la impresión que esto me produce... No sé, no sé... Lo que has hecho... sin duda lo has hecho bien; no te lo niego... no te lo discuto... ¡Pero déjame á mí sentirlo con toda mi alma!

DON BALTASAR. ¡Oh, sí! ¡Muy insensato sería yo, y muy egoísta, y tal vez muy malo, si pretendiese regatearte esa pena!

AMPARO. Pues óyeme ahora tú. Y confórmate, por Carmita, con lo que ya he resuelto.

DON BALTASAR. ¿Qué?

AMPARO. Sí; es mi idea; la idea que te dije... Es una determinación necesaria. Oye.

DON BALTASAR. Di.

AMPARO. En la verja espera el coche que ha de llevarnos á Montemayor. Allí dejaremos las flores que ella habrá cortado del jardín... Luego, yo la convenceré de que estos primeros días no los debe pasar en la casa, donde cada rincón tiene un recuerdo y cada objeto es un estímulo á su pena... Nos iremos al campo... á cualquier parte... Después, á Madrid.

DON BALTASAR. Comprendiendo. ¡Qué buena eres!... Mi dolor es el tuyo... ¡Carmita!... ¡Carmita!... Ella ha sido mi mayor tortura desde que llegasteis; ella mi espanto y mi zozobra... ¡Oh, sí... sí!... Hágase lo que tú has pensado, aunque á mí se me vaya tras de vosotras lo mejor de mi corazón.

AMPARO. ¿Te conformas?

DON BALTASAR. Me resigno... Con doloroso esfuerzo. Pero, dime: ¿volveréis algún día?

AMPARO. Calla, que viene.

DON BALTASAR. ¿Quién?

AMPARO. Carmita. Calla.

DON BALTASAR. Descuida: callaré.

Llega CARMITA, con gabancillo y velo negros.

AMPARO. Saliendo á su encuentro. ¿Te ha dicho Andresillo que te esperaba?

CARMITA. Sí. Ya están las flores en el coche. ¿Viste á Romana?

AMPARO. Sí. Ya te contaré.

CARMITA. ¿Vamos?

AMPARO. Vamos.

CARMITA. Á don Baltasar. ¿Tú no vienes?

AMPARO. No.

CARMITA. ¿Por qué?

AMPARO. Está afectadísimo... Sufriría mucho...

DON BALTASAR. Reprimiendo en vano los sollozos. ¡Mucho, sí!... ¡Mucho!

CARMITA. ¿Lloras?

DON BALTASAR. Lloro; ya lo ves.

CARMITA. ¿Y te vas á quedar aquí solo?

DON BALTASAR. Sí. Vosotras, á llevar las flores á Montemayor; yo, á llorar entre tanto.

CARMITA. Adiós, papaíto.

DON BALTASAR. Besándola con dolor contenido. Adiós, corazón.

AMPARO. Adiós, papá.

DON BALTASAR. Adiós, hija. Don Baltasar calla. Las dos hermanas se marchan lentamente por el jardín. Antes de desaparecer por completo, vuelven la vista hacia su padre. Este las mira alejarse con estupor. Alguna vez sacude sus músculos el impulso de correr tras ellas. Se van... se van... Se fueron... Y me dejan solo... solo... ¿Por qué es esto?... ¿Por qué es así

la vida?... Silencio. Me dejan solo... solo... Llamando dolorosamente á Encarna. ¡Encarna! Volviendo á gritar. ¡Encarna! Silencio. Espera. ¡Encarna! Con súbito temor de que Encarna haya huído. ¡Ah!... ¡Encarna! Vase por la puerta del patio, desconcertado y loco. Óyesele cada vez más lejos llamando á Encarna. ¡Encarna!... ¡Encarna!... ¡Encarna!... Silencio largo. Vuélvesele á oir por el jardín cada vez más cerca. ¡Encarna!... ¡Encarna!... ¡Encarna!... ¡Encarna!... Llega á la sala de nuevo lleno de dolorosa angustia, buscando á Encarna sin cesar, inquieto y agitado, y como queriendo hallarla en todas partes. ¡Encarna!... ¡Encarna!... ¡Encarna!... Cae el telón.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Agosto, 1903.

PEPITA REYES

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el TEATRO DE LARA el 30 de Enero de 1903.

DEDICATORIA

La noche del estreno de PEPITA REYES *fué aniversario de otro estreno, inolvidable para nosotros: el de* ESGRIMA Y AMOR, *nuestro primer ensayo dramático. Quince años hizo el 30 de Enero. La chiquillería del Instituto de Sevilla fué casi todo nuestro público; el éxito de la obra caluroso, franco, grande, indiscutible. Aquellos muchachos que hicieron punto de honrilla estudiantil que triunfase nuestra primera tentativa escénica, son ya hombres que desparramó la fortuna por el mundo entero... Donde quiera que se hallen, ricos ó pobres, dichosos ó desgraciados, alegres ó tristes, vaya hasta ellos nuestro saludo cariñoso; y á los que cayeron ya heridos por la muerte, quizás por ser los que más valían, consagremos en esta página un recuerdo, como homenaje de nuestro corazón á tanto noble anhelo desvanecido y á tanta esperanza malograda...*

De ninguna manera mejor que así podemos celebrar el éxito de esta comedia.

LOS AUTORES

Madrid, Febrero de 1903.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PEPITA REYES	Clotilde Domus.
MORRITOS	Concha Ruiz.
SEBASTIANA	Balbina Valverde.
GREGORIA	Leocadia Alba.
CLARITA	Matilde Rodríguez.
PETRA	María Castillo.
NICASIO	Manuel Rodríguez.
VICTOR	José Calle.
DON LOLO	Julián Romea.
PEDROSA	José Santiago.
EL MARQUÉS	José Montenegro.
TELERITA	José Santiago.
EL CALLAO	Antonio Pérez.
JULITO	Francisco Barraycoa.
MESA	Joaquín Pacheco.
PEREGRÍN	Luis Cantalapiedra.
UN MOZO DE CAFÉ	Pedro Zorrilla.
UN JOVENZUELO	Humberto Mani.
UN SEÑORITO	Pablo Barbero.
UN VECINO	Aniceto Alemán.

Una tiple, su criada y varios cómicos.

ACTO PRIMERO

Interior de una portería, en Madrid. Al fondo, la puerta que comunica con la escalera. Á la derecha del actor, otra tapada con una cortina, que conduce á las habitaciones de la portería. Á un lado de la puerta del foro una cómoda y al otro una máquina de coser; casi en el centro de la escena una camilla, y colocados sin orden alguno un maniquí de mujer con una blusa puesta, un costurero y varias sillas desiguales. Todo ello modesto, tirando á pobre. Sobre la cómoda, amén de algunos platos y cubiertos, varios cachivaches de adorno, uno ó dos cepillos y un fanal que resguarda del polvo cierto trabajo artístico hecho con almejas y coracoles. En las paredes un hormiguero de cuadros pequeñitos, con fotografías de toda la parentela y marcos de caña ó de junco. Entre ellos, el retrato de un guardia civil. Estera de pleita.

Es por la mañana y en el mes de Octubre.

Morritos, sentada junto á la camilla, monda patatas y lee el folletín de un periódico. Es una chiquilla como de quince años, y de clase tan pobre que sirve de criada á los porteros. Su expresión es de susto constante: las palizas diarias de su madre y su afición voraz á los folletines han grabado en su rostro el espanto y la alarma. Tiene siempre muy

abiertos los ojos, como en expectativa de algún suceso desagradable. Habla con la pronunciación fuerte y recortada de algunas hijas de Madrid.

MORRITOS. Leyendo con cierta dificultad el folletín. «Reinó luego en toda la estancia un silencio profundo. Sólo se oía el chisporroteo de la leña en la chimenea, el tic-tac acompasado del reloj y el ruido de algún vehículo que pasaba por los balcones. Dourpin paseaba meditabundo con los brazos cruzados y las manos metidas en los bolsillos.» ¡Qué bonito es este folletín! «Esperaba que hablase la Marquesa, que parecía sumida en gran abatimiento. En el fondo de la pieza, Rodin acariciaba el puño del revólver. Algo trágico iba á pasar allí.» Oye pasos dentro y suspende la lectura inmediatamente, consagrándose por entero á las patatas.

Asómase por la puerta del foro un JOVENZUELO, un si es no es turbado.

JOVENZUELO. Buenos días.

MORRITOS. Buenos días.

JOVENZUELO. Diga usted: ¿vive aquí una tal doña Irene?...

MORRITOS. Segundo derecha; sí, señor.

JOVENZUELO. Gracias. Vase.

MORRITOS. No hay de qué darlas. ¡Jesús qué susto! Creí que era el señor Nicasio. ¡Temprano empiezan hoy las visitas de doña Irene! Paece un médico. Enfrascándose de nuevo en la lectura.

«—Y bien, Dourpin—dijo al cabo la Marquesa de Roquefoul:—¿juráis no realizar vuestro propósito?

—¡Ah, señora Marquesa! Eso es imposible—

contestó Dourpin dando vueltas alrededor de las paredes.

—¡Sois un miserable aventurero!—replicó la Marquesa.—Ya veo que no amáis á la señorita Guillaume.

Dourpin se llevó una mano á la frente, se apretó el corazón con la otra y con la otra señaló al cielo. Después se puso lívido.

Rodin, á cuyos labios asomaba la sonrisa de la cólera, seguía acariciando el puño del revólver. ¿Cuáles serían los propósitos de aquel hombre infame?... De repente, en la pieza inmediata...» ¡Andá! Siempre se acaba á lo mejor. Se queda una con la curiosidá... ¡Este tío Rodin es mu perro! Veremos mañana la que hace. ¡Qué malitas tripas que tiene!

Viene PEPITA de la calle con un lío de costura que deja al llegar. Viste humildemente y trae puestas capa larga y toquilla. Es madrileña, de tipo fino. Con sombrero parecería una señoríta; con mantón, una chula. Se queda en modista y no vamos perdiendo nada.

PEPITA. Á un movimiento de Morritos. Soy yo.

MORRITOS. Hola. ¿Ya estás de vuelta? ¿Qué te pasa, que vienes tan telerá?

PEPITA. Que esto no es vida. Se sienta con cansancio y tristeza. ¿Y mi padre?

MORRITOS. Pués calculálo: ahí enfrente tomando unas tintas. Tienes un padre que es el rey de las tintas.

PEPITA. ¿Y los chicos?

MORRITOS. También te lo pués calcular: jugando en el arroyo, como siempre. Salen pa la escuela, pero no van nunca.

PEPITA. ¿Y mi tío don Lolo?

MORRITOS. Ese anda de paseo, por variar. No quié más que sol: paece un gato.

PEPITA. ¡Vaya una familia, Morritos! Sacrifíquese usté y mátese usté á trabajar, descuidando lo suyo...

MORRITOS. La tonta eres tú...

PEPITA. Pero ¿qué quieres que le haga? Si no miro yo por mi gente, si me echo el alma á la espalda, como todos, ¡á ver! Mis hermanos son chicos para el trabajo; mi padre... es mi padre... ¿Cómo voy yo á decirle ni esto? Mi tío don Lolo, no hay que contar con él; en su vida ha hecho más que lo que hace ahora... Ponte tú en mi caso, y dime si no arrimarías el hombro como yo.

MORRITOS. ¿Te pagó la blusa la Indalecia?

PEPITA. Ni me la paga. Esa es otra: para cobrar, algunas veces, es menester el juez de guardia. Por supuesto, que no me he venido sin plantarla dos frescas. Yo tengo mucho aguante, pero cuando me llega la hora... Lo mejor que la he dicho es que el día que le disequen á su marido la cabeza, me pase recao, para ir á verlo.

MORRITOS. ¡Andá!

PEPITA. ¡Pues claro está! Si no puede, que no presuma. Y si quiere presumir, que pague. Hecha un pingo voy yo, y valgo como siete millones más que ella.

MORRITOS. Y lo que tiés que valer toavía. Deja tú que entres en el teatro.

PEPITA. ¡El teatro... el teatro!... Si no fuera por esa ilusión... Pero ¡ay! Morritos, cada vez se la van llevando más lejos...

MORRITOS. Eso lo dices hoy, porque estás de mal temple. Tú verás como llega el día. ¿No llegó pa mí el de salir afuera de mi casa? Y aquello sí que era un presidio, Pepita; más que lo es el tuyo. Mi padre... bueno, el marido de mi madre—no el de ahora; el del año pasao—borracho siempre, siempre regañando, la pegaba ca paliza á mi madre, que... Mi madre, pa desahogar la furia, me agarraba á mí y me pegaba ca paliza, que... Y yo, pobre de mí, cogía al gato y le pagaba ca paliza, que... Un folletín. Y así to el santo día. Y á la noche, las paces, que era lo que me daba más rabia. En fin, tú lo ves; yo me acuerdo que cuando mi madre me trajo aquí pa que aprendiera—no hace un año toavía, — pesaba yo catorce kilos y una llave; y ahora, mírame, hasta colores voy echando.

PEPITA. Animándose y animando á Morritos. Pues deja tú que vayas al teatro á llevarme la ropa. ¿Eh, Morritos?

MORRITOS. ¡Ah!... ¡Mira que eso!...

PEPITA. Estaré yo en mi cuarto, ¿sabes? como una reina... En un cuarto con mucha luz y muchos espejos... Así he visto yo á más de cuatro... Y vengan autores, y venga el empresario, y vengan periodistas, y todos pendientes de ti, y todos á decirte cosas... Y yo, en esto, que te mando al escenario y te digo: Morritos, *ves* á ver en qué escena están. Y tú que vas y que lo ves, y yo que me despido de prisa, y que salgo á cantar, y me aplauden, y me regalan ramos de los proscenios, y me suben el sueldo tos los meses... y á retratarme tos los días.

MORRITOS. No me lo digas, que me vuelvo loca. Y yo te ayudaré á vestir.

PEPITA. ¡Claro! Y me hablarás de usté delante de la gente.

MORRITOS. ¿De usté, verdad? ¿Y te echaré tos los olores?

PEPITA. ¿Qué olores?

MORRITOS. ¡Andá! ¡Pues así que no huelen bien las del teatro!

PEPITA. ¿Tú has ido al escenario alguna vez?

MORRITOS. Una tarde—¿no te lo he dicho nunca?—fuí con una vecina, lavandera también como mi madre, que tenía dos hijas en el coro. ¡Lo que yo me pude reir! Juntas en un cuarto había lo menos seis mujeres. Llegaron de pronto, toas acelerás, y de moros que estaban vestías, se disfrazaron de niñeras y se fueron corriendo, que no se las veían los pies. Fué un paso de risa.

PEPITA. ¡Ay! Si Dios quisiera, Morritos, si Dios quisiera...

MORRITOS. Dios quedrá; no seas tonta. ¿Tu maestro no está en llevarte?

PEPITA. Sueña con eso; me aprecia mucho. Pero no hace más que decirme que tenga calma; que todo se andará... Y la calma que él tiene me consume á mí.

MORRITOS. Eso es que quiere darte una sorpresa.

PEPITA. ¡Ojalá fuera hoy! Yo no he nacido para portera, Morritos; ni para coser la ropa de nadie. Se me vienen encima estas cuatro paredes. Me tira el teatro de una forma, que sueño con él... de

noche... de día... ¡Mira tú que pasar de aquí al escenario! ¡Vamos!... ¡qué disloque!... Allí no hay más que alegría, y lujo, y flores, y dinero, y aplausos... y mimos... cosas que te ayudan á vivir á gusto; mientras que aquí... aquí ya ves tú lo que hay...

MORRITOS. Bacalao con patatas tos los días.

PEPITA. Cuando pienso en esto, Morritos, no me da más pena que una.

MORRITOS. ¿Cuála?

PEPITA. Que sé que me va á costar un disgusto.

MORRITOS. ¿Cuálo?

PEPITA. El de Víctor; mi novio.

MORRITOS. ¿Porque te lleva la contraria?

PEPITA. Por eso: porque no quiere que sea del teatro. Cada vez que hablamos del particular se pone por las nubes. Así es que he determinao de no tocar la cuestión hasta que no haya más remedio. Ya cambiará de parecer. Esto del teatro es como el jugar á la lotería, que lo critica mucha gente. Pero luego, si te toca el gordo: «chica, has estao buena.»

MORRITOS. Y es la verdá.

PEPITA. Víctor es muy celoso. No sé qué se le figura á él de que salga yo á que todos me vean.

MORRITOS. Pues le plantas, y en paz, en último caso.

PEPITA. ¡Plantarle! Eso se dice así muy fácil. Me quiere con ceguera. Si llega el día, yo le convenceré.

MORRITOS. Y si no se convence, no seas tonta; le plantas.

PEPITA. Sí se convence, sí... Me costará llorarle y que me llore, pero como media el cariño... En mediando el cariño, échate tú á pedir imposibles.

MORRITOS. Eso paece de un drama.

PEPITA. Pues ya tú ves que no es mentira. Luego dirán...

MORRITOS. ¿Á ti no te gustan los dramas?

PEPITA. Á mí, no.

MORRITOS. Á mí, sí. Como recordando escenas que ella ha presenciado. «¡Ah! ¡Tú! ¡Madre mía! ¡Hijo mío! ¡Traidor!» Da una cuchillada en la cazuela y clava una patata. Está una con el alma en la boca toa la noche.

PEPITA. Mira qué gusto.

MORRITOS. El *Don Juan Tenorio* no le pierdo yo ningún año. Y después sueño siempre con las estatuas... ¡Qué cosa!

Nuestros padres de «consumos»
nuestras bodas acordaron
porque los cielos «ajuntaron»
los destinos de los dos...

Llega NICASIO por el foro, á tiempo de oir los cuatro versos.

NICASIO. Morritos, que te la vas á ganar; que en mi casa no quiero yo novelerías.

MORRITOS. Hablaba con la Pepita, señor Nicasio.

NICASIO. Con la Pepita ó sin la Pepita, la cuestión es hablar.

PEPITA. Tampoco va á reventar la chica, padre.

Siéntase á coser á la máquina. Morritos le hace gestos y le saca la lengua á Nicasio cuando éste no la ve.

NICASIO. Pué que reviente yo antes que ella. ¡Maldita sea la!... Tengo una pata al mus... No vuelvo á coger las cartas en la mano.

Este señor Nicasio, aunque indigno, es padre de Pepita. Verlo á él, y pensar que á quien sale Pepita es á su madre, todo es uno. Viste pantalón de pana y chaquetón, pañuelo de seda al cuello y gorra.

PEPITA. Hasta mañana si Dios quiere.

NICASIO. Bueno; ese particular no es de tu distrito. Á Morritos. ¿Ha venido alguien?

MORRITOS. Un joven na más, preguntando por doña Irene.

NICASIO. ¿Otro? ¡Mecachis en la doña Irene! Hoy es el segundo que pregunta. ¡Qué escándalo! Voy á quejarme al azministrador, pa que la eche á la calle. Paco, el sereno, me ha dicho que por la noche es una romería. ¡Y esta es una casa decente, hombre!

Dentro, hacia la izquierda, óyese á GREGORIA gritar disputando con otra mujer. Morritos se estremece.

MORRITOS. ¡Andá! ¡Mi madre! Finge que trabaja con mucha actividad, muerta de miedo.

GREGORIA. ¡So borracha! ¡So ladrona! ¡Yo no la he dao á usté pie pa que se tome esas confianzas! ¿En qué asqueroso bodegón hemos comido juntas? ¡Quítese usté de delante, que la escupo! ¡Si no tiene usté una mala morrá, tía sinvergüenza!

Mientras grita Gregoria dicen Nicasio y Pepita las dos frases siguientes:

NICASIO. También tu madre se trai un diccionario por las mañanas...

PEPITA. Mándala callar.

NICASIO. Desde la puerta del foro. ¡Eh! ¡Señá Grego-

ria! ¡que no hay pa qué escandalizar de esa manera! ¡Á ver si nos echamos un punto en la boca!

GREGORIA. Dentro todavía, pero acercándose á la puerta del foro. ¡La muy marrana!... ¡la muy tía!... ¡la muy!... Asomando en la puerta, con dos talegos grandes de ropa. Hola, Nicasio.

NICASIO. ¿Sabe usté que gasta usté un lenguaje como pa impresionar un cilindro?

GREGORIA. ¡Mientras que no la arranque el moño á la tía tarasca!... ¡Siempre me ha de poner el cesto de los pimientos pa que tropiece! ¿Y esa, cómo se porta?

Morritos tiembla, con los ojos más espantados que de costumbre.

NICASIO. Así, por lo mediano.

GREGORIA. ¿Sí, eh? ¡Deje usté que la mate!

NICASIO. Deteniéndola. Ni que lo sueñe usté: lo uno es lo uno, y lo otro es lo otro.

PEPITA. Como que no se porta mal la chica. Tú también...

GREGORIA. ¡No la tenga usté lástima, Nicasio; que es mu perra; que es mu atravesá; que es mu judía!... ¡Miá si te agarrara ahora mismo!...

Á Morritos, de miedo, se le caen unas cuantas patatas, que recoge aterrada.

NICASIO. Usté á su avío, señá Gregoria; que la chica corre de mi cuenta.

GREGORIA. ¡Á ver si me la esbarata usté de un golpe!... ¡Maldita sea la hora que vine al mundo!... ¡Entre tos van á acabar conmigo!.. Sigue su camino hacia la derecha, gruñendo siempre, hasta que á poco se la oye gritar otra vez en la escalera de la casa.

PEPITA. ¡Ave María, qué fiera de mujer!

NICASIO. Vaya unos concetos pa una madre.

MORRITOS. ¡Andá! Pues aquí hace visitas de cumplido. En casa es donde se expresa sin arrodeos.

NICASIO. ¿Qué es eso? ¿Vuelta al escándalo? Desde la puerta, como antes. ¡Pero, Gregoria!

MORRITOS. Marchándose por la puerta de la derecha con sus patatas y su folletín. Se mete la mañana en agua. Manifestando su temor de zurra probable. Y to esto va á parar en que se sube el vino.

PEPITA. Déjala, padre; ya se callará. Lo peor algunas veces es decirla nada.

NICASIO. Mujer, es que esta es una casa decente.

PEPITA. Cantando á media voz mientras cose.

Si las mujeres mandasen
en vez de mandar los hombres...

NICASIO. ¿De dónde es eso, tú?

PEPITA. De *Gigantes y Cabezudos*.

NICASIO. Ah, sí; es verdá. Aquella que vimos con el vale que nos mandó don Ramiro, tu maestro.

PEPITA. La misma; sí, señor.

Á la puerta del foro llega, estando en esto, un SEÑORITO.

SEÑORITO. Buenos días.

NICASIO. Buenos días.

SEÑORITO. Diga usted, ¿una tal doña Irene?...

NICASIO. ¡El tercero!

SEÑORITO. Gracias.

NICASIO. ¡Oiga!

SEÑORITO. ¿Qué hay?

NICASIO. Que el tercero es usté: que ella vive segundo derecha.

SEÑORITO. ¡Ah! Vase.

NICASIO. ¡Te digo que me quejo! De hoy no pasa que le hable á don Lucas. Porque esta es una casa decente, y no está bien... Y que luego el carbonero, que es un *sátiro*, se me viene á mí con *epigramas*...

PEPITA. Rematando la copla empezada, mientras habla su padre.

Serían balsas de aceite
los pueblos y las naciones...

NICASIO. Para sí. Digo, si afina... El día que esta chica debute...

Preséntase en la puerta del foro PEDROSA.

PEDROSA. Felices.

NICASIO. Dios guarde á usté.

PEDROSA. ¿Vive aquí?...

NICASIO. Sin dejarlo acabar. Segundo derecha.

PEDROSA. ¿Cómo? Si me han dicho que es en la portería...

PEPITA. ¿Por quién pregunta usté?

PEDROSA. Por la señorita... Leyendo en un volante que trae en la mano. Pepita Reyes.

NICASIO. Servidora. Esta es.

PEPITA. Para lo que usté guste mandar.

PEDROSA. Gracias: por muchos años.

NICASIO. Pase usté.

PEDROSA. Gracias... gracias... Pasa el hombre, que es el avisador de un teatro y que se cae de viejo. Trae puesto un hongo que no ha sido suyo hasta ahora, y una capa que es suya hace cuarenta años. Vengo con este volante del Teatro Nuevo..

PEPITA. ¿Del Teatro Nuevo?

PEDROSA. Y de parte del maestro Benítez.

PEPITA. ¿De don Ramiro? ¿Me hace usté el favor? Coge el volante y lee. Á las tres, libro y música de *Los fuegos artificiales.* Loca de alegría. Papá, ¿tú oyes?

NICASIO. Leyendo también el volante. No comprendo. ¿Qué es?

PEPITA. ¡Pues que me llaman á ensayar! Digo yo.

NICASIO. Pero, ¿á ensayar qué, chica?

PEDROSA. ¡Lo que sea! ¿Á mí qué más me da? Al avisador. ¿No es verdá usté que es eso?

PEDROSA. Cabalito; eso es.

PEPITA. ¿Lo ves tú, padre? ¡Dame un abrazo!

NICASIO. ¡Toma los que quieras, hija mía! Se abrazan rebosando júbilo. Usté; siéntese usté, si gusta.

PEDROSA. Obedeciendo, y como si la satisfacción de hija y padre fuera cosa propia. Vaya si gusto... Y yo les explicaré á ustedes lo que hay.

NICASIO. Sí, hombre, sí; *despoje* usté la incónita.

PEPITA. ¡Ay, yo estoy que salto! Á su padre. ¿Querrás creer que la Morritos y yo hablamos antes de una sorpresa así?

PEDROSA. Pues verán ustedes: en esta zarzuela de *Los fuegos artificiales*—que será un alboroto ó he perdido yo los papeles, y le advierto á usted que á mí me han salido los dientes en el teatro,—en esta zarzuela, como digo... Saca una cajita de rapé y toma un polvo. Espera el estornudo haciendo gestos, y no viene. Vaya; no quiere romper. Vuelta á los gestos naturales. Nada, que tengo que

mirar al sol; porque si se me queda dentro me duele la cabeza. Acércase á la puerta del foro, mira hacia la izquierda y estornuda dos veces, causando el asombro mudo de Nicasio y Pepita. En seguida vuelve á sentarse.

PEPITA. ¡Jesús!

NICASIO. De salú sirva.

PEDROSA. Gracias.—Pues en *Los fuegos artificiales* hay un terceto de *Luces de bengala*, precioso; se repetirá la noche del estreno; lo verán ustedes. Iban á cantarlo la Sorianito, la Rebolledo y Mariquita Conde; pero Mariquita Conde se va á provincias—ahora sale con esas; le va á pesar; no es que yo me alegre; pero le va á pesar.— Que quién la sustituye, que á quién le echamos mano... que dónde hay una niña bonita... que el maestro Benítez pensó en usted. Esta es la historia; ni más ni menos.

PEPITA. ¡Ay, qué gusto! ¿Y usté sabe cómo me tengo que vestir?

NICASIO. De luz de bengala, ¿no has oído?

PEPITA. Ya, ya; pero ¿cómo es el traje?

PEDROSA. Hágase usted cargo: una luz... mientras menos sombras, mejor. ¡Je, je, je!

PEPITA. Eso sí que lo siento.

NICASIO. ¿Ahora te vas á andar con tiquis miquis?

PEDROSA. Mire usted, joven: en el teatro, como en todas partes, la que tiene vergüenza, tiene vergüenza. Créame usted á mí, que he echado los dientes viendo representar comedias.

NICASIO. Pero que ni má ni menos.

PEDROSA. Además, de las mujeres del teatro

se habla mucho... y se murmura mucho... y no hay de qué. De más de un señorito sé yo que se las echa de sultán y no cata ni esto. ¿Ve usted lo que se dice de la Rebolledo... que si fué... que si vino?... ¡Pues no es verdad! Pongo la cabeza. Es una muchacha modelo. Á costa suya vive un familión. ¿Ve usted lo que se dice de la Castrito... que si tiene ó no tiene que ver con ese matador que está de moda, y que si patatín, que si patatán?... ¡Pues no es verdad tampoco! ¡Qué más quisiera ella!

PEPITA. Pero si no necesita usté convencerme de eso; ¿á mí qué me importa lo que el día de mañana puedan decir de mí, con tal que yo tenga mi conciencia lo mismito que ahora?

PEDROSA. Ese es el toque.

PEPITA. Nadie está libre de una mala lengua; ya lo sé.

PEDROSA. Pero bueno es que vaya usted prevenida. Á mí me saca de tino esta cuestión; no puedo remediarlo. Calculen ustedes que todas las mujeres de mi familia han comido y comen del teatro.

NICASIO. Si pa mí que es el coro lo que más malea.

PEDROSA. ¡Otro error! Las pobres coristas son unas infelices casi todas... Hay mucho Tenorio de boquilla... ¿Á cuántos no se les dice algunas veces: «Hola, hola, ¿conque Fulanita y usted...» y ellos sonríen con cierta malicia, como si fuera cosa de clavo pasado?... ¡Pues ni agua, señor! Á mí mismo, ¿no me dan bromas con la Martínez? ¡Pues tampoco hay nada! ¡Lo puedo jurar por lo más sagrado!... Conozco bien el terreno que piso. ¿No ve

usted que á mí se me han picado los dientes entre bastidores? Sin ir más lejos, y por lo que hablábamos del coro de señoras: tres nietas coristas tengo yo; bueno, pues dos de ellas, solteras del todo las tiene usted; y la mayor, Felisa, que está en estado interesante, ¡lo está por la iglesia! ¡Pues no faltaba más! Se miente mucho, se miente mucho... Claro que algo hay... Como digo una cosa digo otra... Lo que cuentan de Antoñita Gómez, por ejemplo, ¡es verdad! Yo no los he visto, pero es verdad. Lo mismo de la Julia Rivas, que ya se ha hecho público, ¡también es verdad! ¡Y el marido lo sabe! ¡No, si le digo á usted que yo no tengo pelos en la lengua! Pero no me toque usted á la Costa, ni me toque usted á la Martínez, ni me toque usted á la Castrito, ni me toque usted á la Rebolledo.

NICASIO. No, no; ya estamos. Y le azvierto á usté que yo por mi chica no paso susto. La sale mu de adentro el ser honrá.

PEDROSA. Lo celebro en el alma. Levantándose. ¿De manera que les he traído á ustedes una buena noticia?

PEPITA. La mejor que podía usté traernos.

NICASIO. ¡Ah, pa esta!... Es una afición que se la come. No sé cómo no se ha puesto á bailar.

PEDROSA. Pues, hija, yo allí soy el último mono: el avisador, y está dicho en una palabra... pero si para algo me necesita... Ya ve usted; á lo menos sabré aconsejarla... Á mí se me han caído los dientes en el escenario... Con que hasta luego, ¿eh? Servidor de ustedes. Hasta luego. Toma otro polvito, vuelve luego á los visajes de antes y se va estornudando.

NICASIO. Vaya usté con Dios.

PEPITA. Y muchísimas gracias.

PEDROSA. No las merece. Es mi obligación... Que sea para bien me alegraré; que sí será, porque tiene usted muy bonita figura... Ya la estoy viendo en el cartel del estreno: «Bengala 1.ª, Señorita Reyes.» Je, je, je... Vaya, vaya, celebraré que la aplaudan mucho... Retírase.

PEPITA. Desde la puerta. ¡Muchas gracias!

NICASIO. ¡Y mande usté lo que se le ocurra!

PEPITA. ¡Hasta luego!

NICASIO. ¡Y ya sabe usté dónde tiene una portería!

PEPITA. ¡Y unos amigos!

NICASIO. ¿Te parece bien que lo llame y le dé este puro?

PEPITA. Ya, no; después, en el teatro.

Se apartan de la puerta.

NICASIO. Abrazando á Pepita, con toda la emoción de que es capaz. ¡Pues ven acá tú, hija de mi alma, que le proporcionas á tu padre la satisfación más grande que ha tenido desde que tu madre se murió!

PEPITA. ¡Ay, padre! ¿Se acabará esta vida?

NICASIO. ¡Pues qué duda coge! ¡Miá esta!... ¡Y á ver! ¡á ver qué dice ahora el tarugo de tu novio!

PEPITA. Eso sí que no es de tu distrito.

NICASIO. Sí que lo es; aunque tú no lo creas. Porque á mí me costa la oposición que te hace... y en cuanto á eso...

PEPITA. En cuanto á eso, déjame tú á mí que lo arregle y no me des el día. ¡Más contenta estoy! ¡más contenta!... ¡Ahora mismo se lo voy á

decir á la Morritos, y á la tía Sebastiana, y á la señá Gertrudis, y á todo el mundo!

NICASIO. Calma, calma, calma; no nos atorrullemos.

PEPITA. ¡Morritos!

NICASIO. Tú no pués ir al teatro de esa forma.

PEPITA. Es verdad.

NICASIO. Ni yo de la manera que estoy. ¡Morritos!

Sale MORRITOS alarmadísima, con un soplillo chamuscado en la mano y con cada ojo como una onza.

MORRITOS. ¿Qué pasa? ¿He hecho algo?

NICASIO. No, mujer. Esta, con los folletines y la madre, siempre está asustá.

PEPITA. ¡La gran noticia, chica!

MORRITOS. ¿Sí?

NICASIO. Ahí la tienes, de tiple.

MORRITOS. ¿Sí?

PEPITA. Voy al teatro esta tarde: me llaman para un papel en una obra nueva.

MORRITOS. ¿Sí? ¿Ves tú lo que hablábamos? ¿No te dije yo que iba á salir pronto? Señor Nicasio, ¿me deja usté que la acompañe yo?

NICASIO. ¿Y quién se queda en la portería?

MORRITOS. Se queda usté.

NICASIO. ¿Yo? ¿El padre de la eminencia? ¡Estaría bonito!

MORRITOS. ¡Mecachis! Pero miá tú como to lo que se piensa resulta después. Á mí me pasa mucho. El otro día pensé yo que si salía me iba á coger un elétrico...

PEPITA. Chica, ¿y te cogió?

MORRITOS. No; porque no salí... Pero si llego á salir, qué sé yo lo que hubiera pasao.

Se rien los tres. Morritos se abraza á Pepita llena de alegría, tira el soplillo por alto y rompe á bailar. Pepita canta.

PEPITA. *Me dijiste que era fea,*
me pusiste una corona...

NICASIO. Che, che, che: que vamos á perder la sesera. Formalidaz. Y no contradecirme. Morritos.

MORRITOS. Mande usté.

NICASIO. Toma mi reló: te vas y lo empeñas. ¿Sabes ir?

PEPITA. ¿Á la casa de préstamos? ¡Dormida!

MORRITOS. ¡Andá! Me pone usté en la puerta e la calle, me asopla usté... y como si llevara trole.

NICASIO. Bueno, pues me sacas á mí el pantalón rayao; ese que hace aguas... Y á esta la sacas... ¿Qué te saca á ti?

PEPITA. Á mí me sacas la blusa grana y la falda bajera. ¿Darán bastante por el reló?

MORRITOS. Y sobra. Dan seis duros, por ser pa mí.

NICASIO. Pues entonces te trais una docena de pasteles. Y to sobre la marcha. Yo voy á afeitarme, á tomar un vermú y á refregarle la noticia por los morros al señor Vitoriano. Hasta ahora. Vase.

MORRITOS. Dame las papeletas, tú.

PEPITA. Mientras busca las papeletas en la cómoda. Chica, estoy que no veo. Sacando un puñado de papeletas y repasándolas. ¿Le parece á usté? ¡Esto es mudarse á la casa de préstamos!

MORRITOS. ¡Andá! Como que hasta el gato disecao le tenemos allí.

PEPITA. Colcha... Sábanas... Tenedor... Cuchara... Traje de niño... Gabán saco... ¿Qué gabán es éste?

MORRITOS. Uno de don Lolo.

PEPITA. ¿Cuál?

MORRITOS. Uno amarillo al sol y verde á la sombra. ¿No te acuerdas? Está en tres reales.

PEPITA. Pues no será prenda de vestir.

Dentro, hacia la derecha, óyese como antes pelear á GREGORIA, que va acercando.

MORRITOS. ¡Mi madre que baja! ¡Dame las papeletas pronto!

PEPITA. Pantalón... Esta es una.

MORRITOS. ¡Anda aprisa, mujer!

PEPITA. Si no doy con ellas... Gemelos... Cuchara... Falda de seda... Blusa... Estas son las otras. Ahí tienes.

MORRITOS. Trai acá. *Va á salir, á tiempo que se presenta* GREGORIA *en la puerta del foro.* ¡Mecachis!

GREGORIA. *Dejando en el suelo un talego de ropa que trae, y que luego al marcharse recoge.* ¿Adónde vas tú?

MORRITOS. Á un recao de la Pepita. Me manda la Pepita.

GREGORIA. *Cogiéndola por un brazo, sacudiéndola y dándole golpes y pellizcos.* ¡Te manda la Pepita!... ¡te manda la Pepita!...

PEPITA. Sí, sí, Gregoria, yo la mando. Déjela usté.

MORRITOS. ¡Ay!

GREGORIA. ¡Que la deje!... ¡que la deje!... ¡Si

la voy á matar de un golpe! ¡Si ya sé yo que te tira la calle! ¡Si me has salío mu callejera!

MORRITOS. ¡Ay, ay!

PEPITA. ¿La quiere usté soltar?

GREGORIA. ¡No quiero; no me da la gana! ¡Pa eso es mi hija!... Morritos se escapa; su madre corre tras ella por la escena. ¡Anda pa alante, golfa, anda pa alante! ¡Si no paro hasta hacerte peazos!

PEPITA. ¡Pero, Gregoria!

GREGORIA. Yéndose detrás de Morritos, que va aterrada, sin dejar de pegarle. ¡Si te tengo de madurar como una breva! ¡Anda pa alante! ¡No te me escapas, grandísima arrastrá, no te me escapas!

PEPITA. Mirándolas ir desde la puerta del foro. Digo, ¿eh? ¿Y no hay justicia que la dé garrote á esa madre? De repente, muy sorprendida. ¡Calla! ¿Es Víctor aquél? ¡Sí que es Víctor! ¿Á qué vendrá á estas horas? ¡Yo que no lo esperaba hasta la noche!... ¿Le digo lo del teatro ó no se lo digo?... Se lo debo decir... ¿Si habrá sabido algo y viene por eso?

Llega VÍCTOR, contento como unas castañuelas. Viste con modestia y sin aliño alguno. Pertenece á esa clase social que es como el puente entre la clase media y el pueblo.

VÍCTOR. ¿No me esperabas, eh?

PEPITA. ¿Qué visita es ésta?

VÍCTOR. Pues que me dijo don Joaquín: ¿quiere usté venir conmigo á ver la nueva casa? Y fuí con él. Y así que la vimos, le dije yo: ¿usté no tiene más que ver, es verdad? Pues yo tengo que ver otra cosa que está aquí muy cerca. Con permiso.

PEPITA. Bueno, hombre, bueno. Cómo te gusta sorprenderme. Siéntate.

VÍCTOR. No quiero. ¿Ya me estás mandando?

PEPITA. ¡Toma! ¿Quién te va á mandar á ti sino yo?

VÍCTOR. En eso dices bien.

PEPITA. Óyeme, Víctor: ¿y qué tal es la casa nueva?

VÍCTOR. Un palacio, chica, un palacio. No hay en España litografía con mejores talleres. Pero no sabes lo más bueno.

PEPITA. Tú dirás.

VÍCTOR. Que don Joaquín está conmigo á qué quieres boca, y que pa mí que esta Navidad me sube el sueldo. Y como me suba el sueldo don Joaquín...

PEPITA. ¿Vas á echar coche?

VÍCTOR. Coche, no. Pero tú y yo el año que viene somos tres.

PEPITA. Siempre se exagera.

VÍCTOR, Al tiempo.

PEPITA. Nadie se alegrará más que yo.

VÍCTOR. Este cura.

PEPITA. ¡Vamos! ¡Ni que lo pienses! Tú no me quieres á mí lo que yo te quiero. Eso que te coste.

VÍCTOR. Te quiero más... y lo digo menos que tú.

PEPITA. Yo lo digo cuando hace falta.

VÍCTOR. ¿Y hace falta ahora?

PEPITA. No te creas que está mal traído. ¿Ves lo pacíficos que hablamos? Pues quizás que dentro de cinco minutos haya cambiao el aire.

VÍCTOR. ¿Á que no? Aunque me llames Ro-

cambole. Fijándose en el volante del teatro, que está sobre la camilla, y cogiéndolo con naturalidad. ¿Qué es esto?

PEPITA. Si antes lo digo, antes lo reparas. Por ahí va el agua al molino.

VÍCTOR. Leyendo. «Teatro Nuevo... Ensayos...» Á ver, á ver, explica, tú; que con estas cosas no se juega. Volviendo á leer. «Señorita Pepita Reyes...» ¿Quieres hablar?

PEPITA. Ya te has puesto serio. ¿Qué te dije?

VÍCTOR. Vamos, habla.

PEPITA. Pues eso; que tenía que llegar algún día, y ya llegó.

VÍCTOR. ¿Cómo?

PEPITA. Ni más ni menos; que á las tres y media me llaman al ensayo esta tarde. Ahí verás.

VÍCTOR. ¿Tú quieres que riñamos?

PEPITA. Yo no. ¿Y tú?

VÍCTOR. ¿Pero es que te entra por un oído y te sale por el otro lo que te he predicao tantas veces?

PEPITA. Ponte en la razón, y comprende que mi porvenir está en el teatro.

VICTOR. Tu porvenir está en mi casa.

PEPITA. En tu casa y en el teatro. ¿Por qué no ha de ser en las dos partes?

VÍCTOR. Porque yo no quiero.

PEPITA. ¿Ves como íbamos á reñir? Y eso que no te he llamao Rocambole.

VÍCTOR. No lo eches á broma, que es peor.

PEPITA. ¿Se te figura á ti que lo echo á broma?

VÍCTOR. ¡Cuidao que estás ciega con el teatro! ¿De cuándo acá vienes preparándome este golpe, niña?

PEPITA. Ha sido una casualidad.

VÍCTOR. ¡Sí!

PEPITA. Por la gloria de mi madre, que no lo esperaba. ¡Pero lo estaba deseando! De antiguo lo sabes.

VÍCTOR. Y tú también que no me gusta.

PEPITA. Un capricho tuyo.

VÍCTOR. Capricho ó razón, no vas al ensayo esta tarde.

PEPITA. Sí voy, sí. No des vueltas á eso.

VÍCTOR. ¿Que vas?

PEPITA. Y debuto muy pronto.

VÍCTOR. ¿Tan poco valgo para ti?

PEPITA. Lo que vales, si no lo sabes, tú lo verás.

VÍCTOR. No será mucho cuando me contrarías.

PEPITA. Puede que en eso esté la gracia. ¡Mira que sería chusco que yo tirase por la ventana tu porvenir y el mío, y mi afición de toda la vida, y la tranquilidad de mi gente, porque á ti se te haya puesto entre ceja y ceja!

VÍCTOR. ¡Tu gente!... ¡tu gente!... Ahí está el daño. ¡Que no sean gandules! ¡que trabajen! ¡que no quieran vivir á la sopa boba, á costa de la niña!

PEPITA. Esa es mi cuenta, ¿sabes?

VÍCTOR. Y como tú eres mía, es mi cuenta también.

PEPITA. Pero, Víctor, siempre has de ver las cosas por lo más malo.

VÍCTOR. No las veo más que como son.

PEPITA. Sólo que al revés que todo el mundo.

Claro: como en las piedras de la litografía dibujas al revés...

VÍCTOR. Dibujo al revés, precisamente pa que salga al derecho.

PEPITA. Es que no me convences. Echa aparte la ojeriza que tú le tengas á mi gente, y dime qué mal hay en que yo siga mi inclinación y me haga del teatro. ¡Si me tira desde así!

VÍCTOR. Desde así te tiro yo también, y á mí no me da la gana de que tú diviertas á nadie. ¡Se acabó! ¿Lo quieres más claro?

PEPITA. ¡Bueno, pues se acabó! ¿Lo quieres más claro tú también?

VÍCTOR. Mira que ahora me voy, y si sé que vas al ensayo esta tarde, no vuelvo.

PEPITA. Ni que vuelvas ni que no vuelvas, yo voy al ensayo.

VÍCTOR. ¿Te pones así?

PEPITA. Como no atiendes á razones...

VÍCTOR. Mira que no vuelvo.

PEPITA. Allá tú.

VÍCTOR. Adiós, Pepa.

PEPITA. Adiós, Víctor.

VÍCTOR. Yéndose. (No va; pero como vaya, no vuelvo.)

PEPITA. Con seguridad. Vuelve. Esta tormenta sabía yo que tenía que descargar. Ya pasará la nube; ya se convencerá de que está alucinao cuando me vea subir y subir... Porque yo subo... Se convencerá; y si no se convence... Sí; sí se convencerá...

Pausa. Suspira, y como para distraer sus pensamientos, recoge y ordena la costura con cierto desden, y pone después la mesa para el almuerzo.

Por el foro aparece el ya citado DON LOLO, que requiere punto y aparte.

Es bastante viejo, pero retocado y con pretensiones. Viste de americana y hongo, y usa piel al cuello y puños de goma. La ropa la lleva transparente de puro raída y cepillada. El hongo es prehistórico. Las botas muy viejas, pero brillantes como espejos. Al brazo trae un gabán de entretiempo, mostrando la única parte del forro que no está rota. Viene haciendo molinetes con el bastón y cantando un trozo de una zarzuela de su tiempo.

DON LOLO. *Tranquila está la venta,*
no se oye ni un mosquito...

PEPITA. Eso es lo que tiene la venta; lo tranquila que está...

DON LOLO. Hola, pitusa. ¡Qué día, chica, qué día!... Este otoño de Madrid es una primavera andaluza. Bueno; hoy se conoce que allá arriba están de gaudeamus y el sol ha tomado unas copas; sí, porque nunca lo he visto más alegre. Quítase el hongo, la piel y los puños de goma, y los cuelga de distintos clavos que hay en la pared. Luego se dedica á cepillarse de arriba abajo mientras habla con Pepita, que recoge la costura y pone la mesa. ¡Qué falta me está haciendo un sombrero!... Este pobre ya no puede con más café.

PEPITA. Anoche viniste cuando clareaba, don Lolo.

DON LOLO. No tanto, sobrina; me recogí tarde, pero no tanto. Estuve en el Real, viendo salir al público. Era función de gala, y yo no podía perder eso. ¡Chica, qué mujeres! ¡qué lujo! Me transporté á mis buenos tiempos. Saludé á la Infanta; pero me parece que no me vió.

PEPITA. Don Lolo, tú siempre estás hablando de tus buenos tiempos, y á mí me da el corazón que son las ganas. Mientes lo que puedes.

DON LOLO. ¿Por lo de la Infanta lo dices? Pues no eches en saco roto que me estima y que me ha concedido varias audiencias. Pronto serán sus días, y no seré yo quien deje de firmar en el álbum.

PEPITA. Sí; porque si nota la falta se va á picar. ¿Echaste al correo la carta que te di?

DON LOLO. No, chica, no he estado de humor. Y he pasado por veintitrés estancos lo menos. Pero basta que lleven en sí las cosas sombra de obligación, para que mi libre voluntad las rechace. Soy el soberano de mí mismo.

PEPITA. Lo que eres un soberano vago. En tu vida has hecho más que pasearte, don Lolo. Mi tía Remedios siempre lo decía: ese no morirá de la cabeza.

DON LOLO. Es que mi mujer era muy guasona, como buena andaluza. Pero ya trabajo, ya. ¿Se te figura poco trabajo el de vivir? Pues añade á ese, el de vivir sin dos pesetas.

PEPITA. ¿Adónde has ido esta mañana?

DON LOLO. ¡Uh!... No me he dado punto de reposo. He visto la parada en Palacio, que me gusta mucho; he oído media misa en San Francisco el Grande y en las Calatravas el resto; he visto entarugar la calle del Barquillo—¡qué mal lo hacen!—he visto regar la del Saúco, hoy Prim—por cierto que lo encharcan todo y voy á tener que comprarme unos chanclos de goma;— he mediado en Recoletos en una disputa entre un golfo y un guardia

—tenía razón el golfo;— he visto pasar por el Prado el batallón de Cazadores de Madrid... Tararea marchando con cierta marcialidad cualquier paso doble. Ta ta chin na, ta ta chin na... Y por último he visto una boda de esas de café popular, en la que la novia era más fea que el novio; como siempre... ¡Con que si te parece que he perdido la mañana!... Cantando.

¡Qué hermosa es la vida
que el cielo nos dió!...

PEPITA. Don Lolo, estás más loco que un cohete.

DON LOLO. ¡Ah! Otra cosa que he visto: me dejaba en el tintero lo principal. He visto á tu novio calle arriba, corriendo como perseguido y con cara *feroche*.

PEPITA. Salía de aquí.

DON LOLO. ¿Hola? ¿Es que ha habido borrasca?

PEPITA. Un poco. Para no aburrirnos.

DON LOLO. No hagas caso. Es ley del amor. El sol se pone, para volver con cara risueña al otro día... Te advierto que el sol y yo nos tuteamos.

PEPITA. No; si lo de Víctor de hoy no tiene fundamento...

DON LOLO. ¡Es que aunque lo tuviera! ¿Quién se apura por un amor á tu edad y con ese palmito? Cantando otra vez.

Tan, tan, niña, á tu puerta
llamando amor está...

PEPITA. Y que es una sinrazón lo que le ha puesto así. Estoy aquí como una boba y todavía no te lo he dicho.

DON LOLO. ¿Qué es ello?

PEPITA. ¡Poca cosa! Que he tenido un aviso del teatro, y que esta tarde ensayo por primera vez.

DON LOLO. ¡Chica! ¡chica! ¡Has debido recibirme con esa nueva! ¡Déjame que te estruje! La abraza. ¿En dónde está el sinvergüenza de tu padre?

Preséntase NICASIO oportunamente, con una botella de anís escarchado en la mano.

NICASIO. ¿Ha venido ya el sinvergüenza de don Lolo?

DON LOLO. ¡Ven acá, chico, ven acá! ¡Acaba ésta de darme la gran noticia! Se abrazan.

NICASIO. ¿Y qué dices tú?

DON LOLO. ¡Que estamos de buenas!

NICASIO. Pues lo mejor de to es lo sin pensar de la cosa.

DON LOLO. ¿Qué traes ahí?

NICASIO. Anís escarchao. Un osequio de mi compadre Orosio. El hombre se ha alegrao de corazón.

DON LOLO. Recreándose en la botella. ¡Es bueno! ¡es bueno!

NICASIO. ¿Orosio? Un alma e Dios.

DON LOLO. Digo el anís.

NICASIO. El anís es mejor que Orosio.

Siguen hablando bajo.

Viene MORRITOS por el foro con dos ó tres líos y una bandejita de cartón con pasteles envuelta en un papel.

MORRITOS. Aquí estoy ya.

PEPITA. ¿Lo traes todo?

MORRITOS. Todo. Verás la cuenta: á real por duro. El pantalón estaba en Febrero. Febrero, uno; Marzo, dos...

PEPITA. Ven, ven allá dentro, que habrá que poner al aire las tres cosas. ¿Esto qué es?

MORRITOS. Los pasteles.

PEPITA. ¿Una docena?

MORRITOS. Relamiéndose todavía. Vienen once na más... porque se me ha perdido uno en la calle.

PEPITA. ¿Y te relames, eh?

MORRITOS. Como es un pastel lo que se me ha perdido... ca vez que me acuerdo...

PEPITA. Buena pieza estás tú. Anda, anda...

NICASIO. Pero ¿se almuerza ó qué?

PEPITA. Ahora mismo. Podéis sentaros. Éntrase por la puerta de la derecha.

Morritos va á seguirla y se detiene un instante.

MORRITOS. Señor Nicasio... así que se concluya el anís, me da usté la botella con el azúcar, ¿sabe usté? porque yo la echo agua... y sale otra botella... Más flojo, pero otra botella.

NICASIO. Está bien, mujer, está bien...

DON LOLO. ¿Y cuando se acabe la segunda?

MORRITOS. Se tira el casco; porque entonces ya no queda más que el arbolito.

PEPITA. ¡Morritos! ¿vienes?

MORRITOS. ¡Voy! Éntrase por la misma puerta que Pepita.

DON LOLO. Chico, ¿sabes que si la Pepita pega es un golpe de suerte?

NICASIO. ¿La Pepita? La Pepita es una mina. Si á mí me lo ha dicho el maestro: la Pepita, á la vuelta e dos años, es tiple de dié duros. El maes-

tro, de ti para mí, pué que venga buscando otra cosa... ¿tú me comprendes?...

DON LOLO. Lo eterno; sí... La bestia humana.

NICASIO. La bestia; eso es. Pero lo que yo le digo á la chica: déjate tú querer, que aquí estoy yo con el ojo abierto y la estaca en la mano.

DON LOLO. ¡Admirable! Es todo un programa. Descorcha el anís.

NICASIO. Toma un puro pa luego.

DON LOLO. Dios te dé muchos.

NICASIO. No, si yo no fumo más que papel.

DON LOLO. ¡Pues por eso! Verás tú éste... *Saca del bolsillo un fajín de un cigarro habano y se lo pone al que Nicasio le acaba de dar, mientras Nicasio destapa la botella.* ¿Eh? ¡Cualquiera dice que es el mismo! De ilusiones vive el hombre...

Asoma PETRA *en la puerta del foro. Es la criada más bonita del barrio.*

PETRA. ¿Me hace usté el favor de mi llave, señor Nicasio?

NICASIO. ¿Dónde la ha puesto la Pepita, sabes tú?

PETRA. *Entrando, y cogiéndola de la pared, donde está colgada de un clavo.* Esta es.

DON LOLO. *Galante.* ¿La cambia usted por la de mi corazón, ilustre fregona?

PETRA. La de su corazón de usté no le sirve á mi puerta.

DON LOLO. ¿Quién se lo ha dicho á usted?

PETRA. Porque es de otro sistema más antiguo.

DON LOLO. Antiguo y todo, la llevo á usted á cenar á la Bombilla cuando se la antoje.

PETRA. ¿Sí, eh? Pos esta tarde. Las cosas en caliente.

DON LOLO. Convenido. Á las tres y media tiene usted á la puerta un carruaje con dos caballos. Elija usted pelo.

PETRA. Prefiero un automóvil. Anda más y mete más ruido. Abur, señor Nicasio. Cuide usté á su cuñao, que no está bueno. Vase.

NICASIO. Adiós, chica.

DON LOLO. Gritándole desde la puerta. ¡Su novio de usted va á vivir muy poco!

PETRA. Gritando, también dentro. ¡Ya irá al entierro de usté, ya!

NICASIO. ¡Pero cuidao, don Lolo, que eres fantasmón!

DON LOLO. Genio y figura... El sol y las mujeres, chico... No hay más. Digo, sí; el anís. Échame una copita.

Beben ambos.

Por la puerta del foro llega SEBASTIANA loca de alegría.

SEBASTIANA. ¿Ande está? ¿ande está eza muchacha, que le vi á dá un bezo? ¡Ya quizo Dios, ya quizo Dios!

Esta Sebastiana es una andaluza que tuvo buen Abril, pero que está en Noviembre. Viste con pobreza; trae una toquilla nada flamante y un mantón de estos que llaman las chulas «alfombrados».

NICASIO. ¡Hola, Bastiana!

DON LOLO. Dios te guarde.

SEBASTIANA. Á Nicasio. Por zupuesto, eres er bigardón de más zuerte que he conocío... ¿Ande está mi zobrina?

NICASIO. ¿Pero te han dicho la novedaz que hay?

SEBASTIANA. Orozio er de la tienda. Vengo loca, loca... No bebérzelo to; darme una copita. Se la dan y bebe mientras sigue el diálogo. ¿Tú zabes lo que es conzeguí en un Madrí debutá en un teatro? ¿Tú zabes laz ardabas que zon precizas?—Es bueno este aguardiente, oye.

NICASIO. ¿Quieres agua?

SEBASTIANA. No; no me gusta mezclá.—Pos zí, hijo, zí; me ha fartao poco pa echarme á yorá de alegría... Porque Pepita va ayí, y azí que la vean, y azí que la oigan, con eza voz tan reprecioza que tiene, ¡cinco duros e zuerdo, hombre! ¡Me corto la cabeza zi no ze los dan! ¡Ay, Jezús, Jezús, qué farta nos estaba haciendo á tos un gorpecito e fortuna como este!... Porque mia que yevamos una crujía...

DON LOLO. ¿Y tu chico?

SEBASTIANA. No me hables, don Lolo; fritito está el hijo e mi zangre; dezesperao. Aqueyo no es caza. Bardomero y zu mujé, como nos tienen recogíos poco menos que de limosna, abuzan, ¿zabes? Y to ze güerven indirertas... y motes... y puyas... y molé... y molé... y molé... y ni mi niño ni yo zomos café en grano.

DON LOLO. Con aplomo que indigna. ¿Y por qué no trabaja tu niño? Vamos á ver.

SEBASTIANA. Digo, Nicazio; ¿te paece? Miá er que habla; y trabaja menos que un cuadro. Ze le va á dormí to er cuerpo de no hacé na.

NICASIO. ¡Pero qué desahogo tienes, don Lolo! Eres el primer *cívico*.

DON LOLO. Ah, pero ¿es que vosotros creéis que yo no hago nada?

SEBASTIANA. No haces más que burto.—Lo que le paza á mi pobrecito Jozé es que ez un chiquiyo, y está en la edá de divertirze. Zeñó, zi tiene veinticinco años, ¿qué le vamos á pedí á la criatura? ¿No digo bien? ¿No es razonable lo que digo? Pos véle tú con esto á Bardomero. El otro día ze liaron de palabras y en na estuvo que acabaran á gorpes. ¿Y to por qué? Porque ar pobrecito e mi vía le gusta recogerze por las mañanas cazi toas las noches. Zeñó, ¡zi está en la edá!... Zi no la corre ahora, ¿cuándo la va á corré? Pero eze Bardomero ez atroz. Ze le ha cuadrao, y le ha dicho: «En mi caza, er que no haya venío á la una, ze quea en la caye.» Y en la caye ze quea toas las noches el hijo e mi arma. Ya ves tú qué dijusto pa una madre. Y zin capa, porque la empeñó el otro día.

NICASIO. Baldomero ha sido siempre un reacionario.

SEBASTIANA. Verás, verás tú... Zi esto es comenzá y no acabá...—Dame otra copita, que no me ha zentao malamente.

NICASIO. Sirviéndosela. ¿Paece que te aplicas?

SEBASTIANA. No, pos no me entuziasma tan durce. Me gusta más er de Chinchón.

DON LOLO. ¡El de Chinchón! ¡el de Chinchón! ¡El que se presente!

SEBASTIANA. Déjame zeguí. Er domingo... er domingo hubo toros... Bueno, lo que hizo mi Jozé no estuvo bien hecho: á mí la pazión de madre no me ciega. Er pobrecito cogió una cuchara y la vendió, pa dí á la corría... Zeñó, ¡zi tiene veinticinco años! Excuzo referirte la que ze armó á

cuenta e la cuchara... La gente no ze pone en las cozas, ¿zabes? Como er tema que traen los dos, la mujé y er marío, porque ar chiquiyo le hace gracia la cocinera, y á la cocinera—no es pazión de madre—le hace gracia er chiquiyo... ¿Qué mal hay en esto, vamos á vé? Pos antinoche me puzieron la cabeza azí á cuenta de que dicen que lo cogieron dándole un abrazo. Zeñó, ¡zi está en la edá! Pero, na; ze empeñan en no verlo. Yo quiziera que Dios les diera estas luces que á mí me ha dao, pa mirá las cozas como zon y no apazionarze. ¿No es verdá, Nicazio? ¿Don Lolo, no es verdá?

NICASIO. Ni que decir tiene. Te sobra la razón por la raya del pelo. Pero, déjate estar, que el mundo da muchas vueltas, y basta que tú seas la única hermana que vive de mi pobrecita mujer que esté en gloria y de la de éste, pa que yo, si prospero con esto de la chica, te dé un repaso.

SEBASTIANA. ¡Ay, Nicazio, hijo, qué bueno has zío ziempre pa mí!

NICASIO. Te vendrás á vivir á casa, y serás quien la lleve al teatro, y quien la acompañe á toas horas. Porque pa eso sois que ni pintás las mujeres.

SEBASTIANA. Y á vé zi conzeguimos que mi pobrecito Jozé meta la cabeza en arguna parte.

NICASIO. En la taquilla.

DON LOLO. Yo puede que me asigne un cargo honorífico: vigilar el coro.

NICASIO. Don Lolo siempre matándose á trabajar.

DON LOLO. Adiós, tú. Este no se ve la joraba

SEBASTIANA. No me hables de jorobas por tu zalú, que un jorobao quié empapelá ahora á mi pobrecito Jozé. Le firmó un documento por zacarle unas pezetiyas pa zus gastos, y no ha podío devorverle na; y er tío mal arma, que con zombrero y to paece una rinconera, lo ha amenazao con meterlo prezo. ¿Te paece á ti, qué trago pa una madre?

DON LOLO. ¡Déjalo que lo prendan, mujer!

SEBASTIANA. ¡Don Lolo!

DON LOLO. ¡Si está en la edad!

PEPITA. Cantando, dentro.

Yo no tengo ofisio;
naide me enseñó...

NICASIO. ¡Callar! ¡La Pepita cantando!...

SEBASTIANA. Ez una alondra.

DON LOLO. ¿De dónde es eso?

NICASIO. Calla.

La oyen en silencio, y como siguiendo el canto con gestos y ademanes.

PEPITA. ...*Vivo cantando como golondrina,*
como ruiseñó...
Darme un ochavito,
tengan cariá,
que hoy no he probao ni gotita e agua
ni cachito e pan...

Casi con la última frase del canto sale PEPITA.

NICASIO. ¡Una mina, una mina!

SEBASTIANA. ¡Hija de mi zangre, ven acá, que te coma á bezos!

PEPITA. ¡Hola, tía!

SEBASTIANA. ¡Hija de mi corazón, qué garganta tienes! ¡Dios te bendiga! *Afligiéndose y contagiándolos á todos.* ¡Ay, lo que disfrutaría contigo mi pobrecita hermana! ¡No lo quiero penzá... no lo quiero penzá! Tenía delirio por zu hija...—Nicazio, échame ahí un deíto... *Nicasio obedece.* ¡Ay, Jezús, qué roñozo! Me haz echao er meñique.

NICASIO. ¡Como no es de Chinchón, que es el que te agrada!...

Sale MORRITOS *con una cazuela humeante llena de patatas con bacalao, que pone en medio de la mesa.*

MORRITOS. El almuerzo.

NICASIO. Ea, pues á almorzar, á almorzar, que hoy es día de satisfaciones pa tos.

PEPITA. ¿Usté ha almorzado, tía?

SEBASTIANA. Zí, hija, zí; muchas gracias.

Se sientan en torno de la camilla Pepita, Morritos, Nicasio y don Lolo. Sebastiana se sienta aparte.

NICASIO. ¿Hay café?

PEPITA. Anoche sobró.

MORRITOS. Sí, pero lo ha gastao don Lolo esta mañana en darle á su sombrero, que va á coger una enritación.

Todos se ríen.

PEPITA. Como que el sombrero es lo único de sus tiempos que le queda á don Lolo.

Vuelven á reirse. Sebastiana se levanta celebrándole la gracia á Pepita, y la achucha y la besa.

SEBASTIANA. ¡Hija de mi vía, qué gracia tiene! ¡Es mu chula, mu chula!—Don Lolo, porme ahí unas gotiyas pa enjuagá la copa.

DON LOLO. Obedeciéndola y cantando.

Mirad cómo chispea
la espuma del licor...

PEPITA. Eso también es del tiempo del hongo.

Nuevas risas de todos los presentes, que en tal momento no se cambian por nadie.

Pasa por el foro un VECINO, de derecha á izquierda.

VECINO. Buenas tardes.

NICASIO. ¡Buenas tardes! Gritando. ¿Usté gusta, amigo?

VECINO. Desde dentro, gritando también. ¡Gracias, que aproveche!

NICASIO. ¿Trajiste los pasteles, Morritos?

MORRITOS. Relamiéndose de nuevo. Diez he traído, sí, señor.

NICASIO. Pues á almorzar ahora en santa paz... que un día es un día... y hoy hay que estar contentos... y luego al teatro... y Dios dirá... y viva la Pepa... y vamos alante... y alegrémonos de haber nacido... porque á eso estamos... y detrás del domingo sigue el lunes... y el que venga detrás que arree... y así es el mundo... y no hemos de perfecionarlo nosotros... y no digo más... que bastante he dicho... y vamos viviendo... y ole, morena...

Comen todos. Sebastiana se relame y pide otra copa. Durante las elocuentísimas palabras de Nicasio va cayendo muy lentamente el telón, de suerte que pronuncie las últimas á telón corrido.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Interior del cuarto de Pepita Reyes en un teatro de Madrid. Al foro la puerta de entrada. Á la izquierda del actor una puerta pequeña que conduce al cuartito ropero. Ambas tienen cortinas. Á la derecha un tocador grande con espejo. Á uno y otro lado del tocador esterillas con retratos de autores, actores y actrices. Las paredes y el techo cubiertos de tela plegada. Sillas, butacas y un sofá de tapicería. Un par de sillitas volantes. Alfombra. En el techo un globo de luz.

Es de noche y en el mes de Noviembre.

PEPITA, oculta en el cuarto ropero, se viste; SEBASTIANA dormita sentada en un rincón, á la izquierda, y NICASIO, también sentado, toma café de un servicio que tiene ante sí en una silla.

Ha pasado un año del acto primero al segundo. Nicasio y Sebastiana se han elegantizado, en lo que cabe. Nicasio usa hongo, que no se quita ni para dormir, y se riza el bigote.

MESA, el traspunte del teatro, grita dentro.

MESA. ¡Se ha empezado!

NICASIO. ¿Sabes que está mu bien el artículo este? Alude á un semanario ilustrado que lee.

PEPITA. Dentro. ¿Sí?

NICASIO. Hace toa la historia de tu carrera. Lo llama «Un año de trunfos.»

MESA. Volviendo á gritar, algo más cerca que antes. ¡Se ha empezado!

NICASIO. ¿Quieres que te lo lea?

PEPITA. Bueno.

MESA. En la puerta del cuarto de Pepita. Pepita, que ha empezado.

NICASIO. Ya está, hombre, ya está. ¿Qué prisa tiene esta?

PEPITA. Oye una cosa.

MESA. ¿Es á mí?

PEPITA. Asomando la cara por entre las cortinas del ropero. ¿Se repite el dúo?

MESA. Y el coro de la jota del segundo cuadro. Te sobra tiempo para todo.

PEPITA. ¡Digo! Hasta el tercero... Retírase.

NICASIO. Á Mesa, que va á irse. ¿Quieres café?

MESA. Lo que quiero es el puro que me debes.

NICASIO. Vendrá, vendrá; no llores por tan poca cosa.

MESA. En tono confidencial. ¿Te has enterao? La Rivera y Jacinto de monos.

NICASIO. ¿Lo estás viendo? ¿Qué te dije yo? ¡Si tengo una vista!... Vase Mesa, riéndose. Bastiana, ¿te apetece café?

SEBASTIANA. Abriendo un ojo. ¿Hay gotas?

NICASIO. Sí.

SEBASTIANA. Pos dame las gotas.

NICASIO. Obedeciéndola. Mira que esto es petróleo Gal.

SEBASTIANA. Zi es pa las muelas, hombre. Se bebe las gotas de un trago y vuelve á dormitar.

PEPITA. ¿Lees eso ó no lo lees?

NICASIO. Ahora voy. Escucha. Disponiéndose á leer en el semanario ilustrado. Tu retrato no ha salido bien: tiene aquí una motita en un muslo que no me agrada.

PEPITA. Eso es del grabao.

NICASIO. Ya lo sé. Atiende, tú. Leyendo. «Un año de trunfos.» Este es el rétulo. «Pocas artistas en España han hecho una carrera tan rápida y brillante como la de nuestra simpática paisana Pepita Reyes. Y es que ninguna como ella reune á los atrativos de una figura gentil y bonita, y de un rostro picaresco y lindo, una flesibilidá de talento nada común y una voz que la envidiarían los ruiseñores.» Da las gracias. «Entre la hechicera *Bengala* del tango de *Los fuegos artificiales*, y la gitanilla del reciente estreno de *Mala puñalá te den*, hay una no interrumpida serie de vitorias. Todavía recordamos los *ama*... los *ama*...—aquí hay una palabra con otra letra que no sé lo que es—los *amateurs*—cuando cambian así de letra me echo á temblar — la creación azmirable de este verano, y cómo dijo aquella célebre frase de *La Mari-Rosa*... Á un MOZO DE CAFÉ, que asoma en la puerta del cuarto y que se va en seguida. Vuélvete luego por el servicio, que no he terminao.

PEPITA. ¿Cómo?

NICASIO. No es á ti. Oye.

MOZO. Volviendo á asomarse. ¿Quiere usté algo?

NICASIO. No es á ti.

PEPITA. ¿Qué dices?

NICASIO. ¡Dale! ¡que no es á ti! Escucha.

MOZO. Mándeme usté.

NICASIO. Pero ¿no te enteras de que no es á ti?

MOZO. Ah, bueno; creía... Se va.

PEPITA. Asomando la cara otra vez. Papá, ¿qué sucede?

NICASIO. El mozo que se pensó que lo llamaba. Un *qui por quo*.

PEPITA. Sigue leyendo eso. Se retira.

NICASIO. Leyendo. «... Y cómo dijo aquella célebre frase de *La Mari-Rosa*: «¡Ay, José de mi arma! Ar presiyo que vayas, ar presiyo te seguiré.» Pepita suelta una carcajada. ¿De qué te ríes? No me llama Dios por este camino, ¿verdá? «Nosotros, desde las columnas de nuestro semanario, tenemos la satisfación de enviarle á la bellísima atriz, á la adorable Pepita, nuestro aplauso incondicional y caluroso y nuestra enhorabuena más entusiasta.» Creo que no pués quejarte. Es un bombo disparatao.

PEPITA. Es muy fino ese chico. Y estoy quedando mal con él. Ahora mismo le voy á dedicar el retrato que me ha pedido, y á escribir las declaraciones íntimas para el periódico.

NICASIO. No está mal pensao; por si viene esta noche. Yo no he querido tampoco que se lo firmaras hasta ver si soltaba prenda. Hay que tener malicia.

Pausa.

PEPITA. Oye, papá: ¿tú has cogido una carta que había en Contaduría para mí?

NICASIO. Turbado. ¿Cuándo? ¿Quién te lo ha dicho?

PEPITA. El avisador.

NICASIO. (Voy á tener que romperle una pata.)

PEPITA. Me dijo hasta que venía de Zaragoza

NICASIO. ¡Ah, vamos! Esas son bromas de la Pérez. Como se ha sabido en el teatro que tuviste un novio... y que regañasteis... y que él se fué á Zaragoza... y to el escándalo que se armó... Ni má ni menos.

PEPITA. No deja de chocarme; porque ya son dos veces...

NICASIO. Hasta que tenga que cuadrarme yo.

Le hace gestos de inteligencia á Sebastiana, que por un milagro no está dormida.

PEPITA. Ciera la puerta.

NICASIO. Obedeciéndola. Ya está.

PEPITA. Saliendo en justillo y enaguas, y con un mantón de lana celeste puesto en forma de chal. En la mano trae un retrato suyo, tintero, pluma y carpeta, y un par de números de un periódico ilustrado. Deja el tintero sobre el tocador, se sienta, y apoyándose la carpeta en las rodillas se dispone á escribir. Si en este rato no hago esto, nunca lo voy á hacer.

NICASIO. Miá no te costipes.

PEPITA. No.

SEBASTIANA. ¿Por qué no te vistes der to?

PEPITA. Espero á la Morritos, que se dejó los zapatos en casa.

SEBASTIANA. ¡También Morritos!... Vuelve á dormitar.

NICASIO. ¿Qué le vas á poner á ese en el retrato?

PEPITA. Cállate ahora. ¡Maldita sea!... Ya me cayó un borrón.

NICASIO. No te apures: tráilo. Esto se quita así. Coge el retrato, lame el borrón y se lo devuelve á su hija. Ahí lo tienes.

PEPITA. Papá, ¿qué has hecho?

NICASIO. ¿Se conoce algo? ¡Pues entonces!

PEPITA. Después de escribir en la fotografía. Mira lo que le digo: «Al distinguido escritor don Manuel Liaño: recuerdo de su agradecida amiga Pepita Reyes.»

NICASIO. Está bien.

PEPITA. Esto de las declaraciones íntimas sí que es *azarante.*

NICASIO. Yo te ditaré: tú verás qué pronto se despacha.

PEPITA. De uno de los números del periódico ilustrado saca una hoja con varias preguntas impresas al margen, cuyas respuestas va escribiendo ella. «Flor que prefiero.»

NICASIO. Eso, allá tú.

PEPITA. El clavel.

NICASIO. Á mí me gusta más el nardo.

PEPITA. Á mí no. «Animal que prefiero.»

NICASIO. Se me está ocurriendo un *epigrama.*

PEPITA. Dímelo.

NICASIO. Es sólo pa hombres.

PEPITA. ¡Bah! Escribiendo. El perro chiquitín. «Color que prefiero.» El celeste.

NICASIO. ¡El rosa!

PEPITA. ¡Papá, si prefiero el celeste! «Manjar que más me agrada.»

NICASIO. ¿Manjar, tú?

PEPITA. Manjar es algo de comer.

NICASIO. Entonces, bacalao á la vizcaína.

PEPITA. ¡No!...

SEBASTIANA. *Entre sueños.* Pon bizcochos borrachos.

PEPITA. Eso no está mal. «Mi poeta predilecto.»

NICASIO. Espronceda; no tiene duda. «La desesperación» y «El arrepentimiento» por una perra grande.

PEPITA. *Tomándolo de una hoja igual, pero llena ya, que viene en el otro número del periódico.* Zorrilla.

NICASIO. Bueno; allá tú.

PEPITA. «Mi pintor predilecto.»

NICASIO. Allá tú, allá tú.

PEPITA. Murillo.

NICASIO. Allá tú.

PEPITA. Lo estoy copiando de la hoja de la Felisa, que se la habrá puesto el Marqués.

NICASIO. ¡Ah, vamos!

PEPITA. «Hecho histórico que más admiro.»

NICASIO. Daoiz y Velarde.

PEPITA. Eso es, Daoiz y Velarde. «Personaje histórico que más admiro.»

NICASIO. Daoiz y Velarde.

PEPITA. ¿También, papá?

NICASIO. Y si no, pon al Teniente Ruiz.

PEPITA. Ese pone Felisa.

NICASIO. ¿Estás viendo?

PEPITA. «Páís en que desearía vivir.»

SEBASTIANA. ¡En Chinchón!

PEPITA. En Madrid, tía. En Madrid. «Lo que constituiría mi desgracia.»

NICASIO. *Suspendiendo un trago de café para contestar en el acto.* ¡Que se me muriera mi papá!

PEPITA. ¿Lo pongo?

NICASIO. ¡Pues claro! ¡Me parece que mayor desgracia!...

PEPITA. «Cómo quisiera morirme.»

NICASIO. Suspendiendo otro trago. ¡Y dale con la muerte! Di que de ninguna de las maneras.

PEPITA. De ninguna de las maneras. Y San Se-acabó. Ahora la firma... y listo.

Viene MORRITOS jadeante. Se ha adecentado mucho en su nuevo cargo de doncella de Pepita, y ha crecido cosa de un par de dedos. En la mano trae unos zapatitos de raso.

MORRITOS. ¡Ya estoy aquí!

NICASIO. ¿Y qué horas son éstas?

MORRITOS. Señor Nicasio, es que vi á mi madre por la acera de enfrente, y escapé á correr, y he tenido que dar un arrodeo á toa la Plaza de la Cebada. Pero en la Puerta del Sol no son más que las once.

NICASIO. Bueno, bueno. Á vestir á ésta antes que sea más tarde. Me voy al ecenario un poco. Vase.

PEPITA. Saca el vestido, anda. ¿Sabes cuál es?

MORRITOS. ¡Pues tendría que ver que no lo supiera! Entra en el cuartito ropero y sale á poco con el traje de Pepita y una mantilla blanca. El traje es de maja de principios del siglo pasado.

PEPITA. Trae también la mantilla de blondas.

MORRITOS. Dentro. ¿Y la peineta?

PEPITA. La peineta está aquí.

MORRITOS. Oye.

PEPITA. ¿Qué?

MORRITOS. Saliendo. En el cuarto de la Ramos hay dulces y fiesta.

PEPITA. Pues ¿qué pasa?

MORRITOS. Que son hoy sus días. Á mí me han dao una yema y una copa de anís. ¡Más rico!...

SEBASTIANA. Como movida por resorte. No me he acordao yo de felicitarla. Voy á yegarme en un momento. Zí; porque es de lo más decentito que hay en er teatro... Zi ocurre argo ya zabes dónde estoy. Se va.

Apenas desaparece Sebastiana cierra Morritos la puerta del cuarto y principia á hablar sin ton ni son, y como con prisa de soltar todo lo que le bulle en el cuerpo.

MORRITOS. He dicho eso del anís pa que se fuera. ¡La noticia que te traigo, chica!...

PEPITA. ¿Á mí? ¿De qué?

MORRITOS. Te vas á quedar con tanta boca abierta. Vítor está en Madrid.

PEPITA. ¿Víctor?

MORRITOS. Como lo oyes. Me le he encontrao... he hablao con él... me ha dicho que te ha escrito tres cartas desde Zaragoza...

PEPITA. ¿Tres cartas?

MORRITOS. Que ya no sufre más... que lleva un año de martirio... que quiere verte... que viene á hacer las paces... que se tiene que casar contigo por encima del señor Nicasio, de tu tía Sebastiana, de don Lolo y de todo el mundo... Está más guapo... le ha crecío el bigote... yo le encuentro más hombre que se fué... Se hartó de hacerme preguntas... por eso he tardao... Me metió en un café de la calle de Toledo... y allí venga hablar... y qué vas á tomar, Morritos... y que tú no te acuerdas de él, lo cual que yo le dije que se equi-

vocaba... y que ha pasao mu malitas noches por ti, lo cual que debe de ser verdá, porque trai ojeras... y que no le has contestao á sus cartas, lo cual que yo le juré que tú no las has recebío... y que le han contao que tienes novio, lo cual que yo volví á jurále que es mentira... Y aluego salimos... porque se hacía mu tarde... y en na estuvo que me pillara un elétrico, lo cual que me asustó... y él no me hizo caso... y vuelta á lo mismo... y dale con su tema... y que te quiere... y llegamos á la Puerta del Sol... y por poco me pilla otro elétrico... y que lo has olvidao... y que te quiere... y que eres una mala mujer... y que te quiere... y que va á matar á tu padre... y que te quiere... y que ha visto á don Lolo en automóvil... y que se ha indinao... y que va á matálo también... y que te quiere... y que te quiere... y que te quiere... Y sobre to... me encargó mucho... que no te dijera una palabra de na de esto...

PEPITA. ¡Ay, Morritos! Mira, mira cómo me he quedao.

MORRITOS. Chica, estás yerta y toa temblando e frío. ¿Quiés que te vista?

PEPITA. ¿Dices que me ha escrito tres cartas?

MORRITOS. Tres. Desde Zaragoza. ¿Quiés que te vista?

PEPITA. ¡Las mismas que ha cogido mi padre!... Seguro.

MORRITOS. ¿Quiés que te vista?

PEPITA. Seguro. Pero ¿por qué harán esas cosas conmigo? Va á venir á verme, ¿es verdad?

MORRITOS. Anda, que estás como la nieve.

PEPITA. ¿Verdad que va á venir?

MORRITOS. De ese particular no hemos hablao.

PEPITA. Morritos, no me engañes.

MORRITOS. Pero tú calcula: te escribe tres cartas y aluego se planta en Madrí pa hacer las paces... ¡con que no vendrá á ver á la Cibeles!

PEPITA. *Suspirando y dejándose caer en el sofá.* ¡Ay!... ¡gracias á Dios! Déjame que me desahogue, Morritos.

MORRITOS. ¿Vas á llorar ahora?

PEPITA. *Llorando de alegría.* Si las lágrimas se me salen, ¿qué le voy á hacer? Te advierto que desde esta mañana estoy en que me tiene que pasar algo muy bueno...

MORRITOS. ¿Por qué?

PEPITA. ¡Qué sé yo! ¿Quién explica esas cosas? Pero ¿ves tú? Ya empieza. Hay días que se levanta una como si llevara cascabeles por dentro... ¿Con que ahora dice que me quiere?... ¡Vaya una novedad!... ¿Con que con el cariño lejos se pasan malas noches?... ¡Y á quién se lo cuenta!... ¿Con que por fin he podido yo más que su orgullito?... ¡Anda! ¡y decía que no! Si yo lo sabía de memoria; si no es ningún asombro lo que ocurre; si las mujeres, en esto de esperar, tenemos mucho más aguante que los hombres... Míralo... ¿no lo ves? Yo aquí quieta, callada, en mi sitio, en mi puesto, pensando en él por la mañana, por la noche, pero sin darle cuenta á nadie; todo en mi interior. ¿Que hay fuego por dentro? ¡Pues á cerrar puertas y ventanas y á achicharrarse una solita! ¿Quién me

lo ha conocido?... Él, en cambio, se encastilló en su tema; peleamos por él; por él nos separamos; se marchó á Zaragoza... y en Zaragoza habrá hecho locuras, se habrá arrancao los pelos, habrá tirao piedras por la calle antes que ceder... ¡Si le conozco bien á ese! ¡Pero no le ha valido! Ya se lo diré yo; para acabar así, como tenía que ser, ¡bien hemos podido ahorrarnos un año de penas!

MORRITOS. Chica, estoy congelá. Tiés más razón que la dotrina. Pero no es hora de ponerse triste.

PEPITA. ¿Triste yo? ¡Ha sido un desahogo! ¡Pues si estoy más contenta!... ¡más contenta, Morritos!... ¿Por quién crees tú que yo me cambiaría?

MORRITOS. ¡Toma! Hasta ver en qué para to, por nadie.

PEPITA. En lo que para yo lo sé... Óyeme una cosa.

MORRITOS. No te oigo na si no te vistes.

PEPITA. ¡Y es verdad, chica! Ya no me acordaba. Anda, pronto; date prisa, no se haga tarde... Coge la falda. Morritos la auxilia. Pensando las dos más en lo que hablan que en lo que hacen, pónese Pepita el vestido de maja y los zapatos en lo que resta de la escena. Y escúchame lo que iba á decirte.

MORRITOS. ¿Qué?

PEPITA. Te metió en un café para hablar de mí, ¿no es verdad? Porque en la calle se le hacía que tú no te enterabas.

MORRITOS. Sí.

PEPITA. ¿Y qué más?

MORRITOS. Pues que él tomó cerveza, lo cual que me chocó, porque estamos en el ivierno.

PEPITA. ¿Y qué fué lo primero que te dijo?...

MORRITOS. Ya no me acuerdo yo.

PEPITA. Atiende á otra cosa.

MORRITOS. Mujer, que así no hay forma de vestirte.

PEPITA. ¿Estará esta noche en el teatro?

MORRITOS. Pué ser.

PEPITA. No me lo digas. Mira que como yo salga y él esté, no veo más cara que la suya.

MORRITOS. Mejor pa ti. ¿Qué tenemos con eso?

PEPITA. Que á ver si me aturrullo.

MORRITOS. ¿Y qué si te atorrullas?

PEPITA. ¡Que me la gano!

MORRITOS. ¿Que te la ganas tú? ¡Con las simpatías que tienes en el público!... Vamos, ¿te quiés callar?

PEPITA. Eso de las simpatías ha de agradarle á él, por más que diga...

MORRITOS. ¡Se le cairá la baba!

PEPITA. ¡Ojalá que me aplaudan mucho!

MORRITOS. ¡*Ves* y díselo al de la *clá!*

PEPITA. Ya se lo habrá dicho mi padre. Y lo que es como Víctor esté, las sevillanas del final se las dedico. Rompe á bailar, tarareando unas seguidillas.

MORRITOS. ¡Chica, te aseguro que así!... Pepita se ríe. Siéntate y te pondré los zapatos; á ver si paras.

PEPITA. Pero, ¿tú sabes? ¡Si estoy bailando por fuera y por dentro!... Continúa tarareando las seguidillas y moviendo los pies.

MORRITOS. ¿Quiés estarte quieta?

PEPITA. No. Á ver qué haces tú.

MORRITOS. Callarme y seguir. ¡La pacencia que es menester para ser doncella de una tiple!

Se ríen las dos.

Preséntase de improviso NICASIO y cierra misteriosamente la puerta.

NICASIO. Con gozo satánico y en voz baja. La están arrimando un *zumbi* á la Pérez, que me río yo. ¡Toma eminencias! ¡Esas son las tiples de dié duros! Voy á ver si la meten dentro. Retírase presuroso y ufano.

MORRITOS. Me alegro; por fantesiosa.

PEPITA. La peineta y la mantilla me las pongo yo.

Llega DON LOLO, retocado y hasta elegante, y con el bigote y el pelo teñidos de azul, aunque él se figura que de negro. Lo sigue CLARITA.

DON LOLO. Chica, un favor tengo que pedirte. No me lo niegues, porque es cuestión de faldas. Entra, Clarita.

CLARITA. Saliendo vestida de charra. Adiós, tú: buenas noches.

PEPITA. Hola: ¿qué hay?

DON LOLO. Esta verterá perlas por mí.

CLARITA. Cállate, cursi. Verás tú, mujer. Tenemos todas el primer disgusto.

PEPITA. ¿Y eso?

CLARITA. Figúrate que han despedido á la Julia.

PEPITA. ¿Á la Julia? ¿Por qué?

CLARITA. Dicen que por fea. Ya ves tú: con seis chicos que tiene... y el marido que no hace na.

DON LOLO. ¡Lo eterno! ¡Las abejas y el zángano! ¡Lo eterno! *¡Nihil novum sub sole!...*

CLARITA. ¿Te quiés callar, golfo?

DON LOLO. ¿Así me tratas, reina?

PEPITA. Bueno: ¿y tú qué querías?

CLARITA. Pues que le hablaras á la Empresa. Ya sabes que pidiéndoselo tú, lo hace de coronilla.

PEPITA. Pues sí que le hablaré. ¡Vaya! ¡Pobre Julia! Como si al nacer eligiéramos cara.

CLARITA. Es lo que digo yo. Y como si en el coro no hubiera más que Venus. Sacándome á mí, sacando á mi hermana, y sacando á mi prima... ¡á ver lo que queda! ¡Fenómenos!

MORRITOS. (La procesión de los jorobaos sale de noche.)

PEPITA. Di á la Julia que eso está arreglao: que corre de mi cuenta.

CLARITA. Chica, muchas gracias. ¡El alegrón que la voy á dar!

DON LOLO. Sobrina, hago mías esas nuevas perlas. Y cuidado que yo intervengo en este asunto por mi Dios y mi dama: no por convicción. Yo siempre he pensado que lo feo no debe vivir.

MORRITOS. ¿Y qué hace usté que no se muere?

Se ríen todos.

PEPITA. Ahora has estao bien.

DON LOLO. ¡Morritos! ¡Morritos!

CLARITA. La verdá es que tienes poco que agradecerle á Dios. Me voy, chica, no me echen multa. Y gracias ¿eh? muchísimas gracias. (¡Cómo se está estropeando la Pepita!) Vase.

Don Lolo va á marcharse tras ella, pero se detiene saludando al MARQUÉS, que llega á tiempo. Ambos extreman la amabilidad.

DON LOLO. ¡Mi querido Marqués!

MARQUÉS. ¿Cómo va, don Lolo?

DON LOLO. ¡Muy bien: para servirle!

MARQUÉS. ¡Lo celebro mucho!... ¡Jeeeeee!...

DON LOLO. ¡Jeeeeee! (¡Á mí no me ganas tú á sonrisa!) ¡Hasta luego!

MARQUÉS. ¡Adiós!

DON LOLO. Alejándose, cantando.

Yo soy en la corte de España
el caballero
más pendenciero
y enredador...

Después del MARQUÉS, van llegando sucesivamente al cuarto de Pepita los contertulios habituales: TELERITA, PEREGRÍN, el CALLAO y JULITO.

El MARQUÉS es uno de estos señores guapos que les gustan á algunas mujeres y les molestan á todos los hombres. Lleva impresa en el rostro una sonrisa empalagosa y exagerada, que él tiene por el colmo del encanto y la cortesía y que no es sino el sello de su imbecilidad. Se rasca sin reparo alguno, cruza las piernas según le conviene, se coge los pies á cada paso y se tumba donde quiera á su antojo; todo ello con extraordinaria elegancia. El TELERITA es un novillero de moda, sin más luces que las de los brillantes que lleva. PEREGRÍN, un señorito hueco que lo acompaña siempre. El CALLAO, un picador de la cuadrilla de Telerita que se pasa la vida justificando el mote que le han puesto. JULITO, por último, un gomosín de diez y seis años, harto ya de la miserable existencia.

MARQUÉS. Contemplando á Pepita, que aún se acicala ante el tocador. ¡Encantadora! ¡sugestiva! ¡monísima!

PEPITA. *Mirándolo por el espejo.* Usté siempre tan fino y tan amable, señor Marqués.

MORRITOS. (Lo que es que paece que se va á rajar cuando se ríe.)

PEPITA. Un millón de gracias por las violetas.

MARQUÉS. ¿Quiere usted callar, ó reñimos?... Eso no vale nada...

PEPITA. Para mí, mucho.

MARQUÉS. Me han dicho que hace usted el papelito de la Corales en esta obra.

PEPITA. Sí, señor. Como se ha puesto mala...

MARQUÉS. ¿Qué tiene?

PEPITA. El marido. ¿Le parece á usté poco?

MARQUÉS. ¡Hola, hola! Trancazo, como si dijéramos. ¡Bien, hombre, bien! ¡Mire usted si es un peligro el casarse!

PEPITA. No crea usté, que él tampoco va mal servido.

MARQUÉS. ¡Pepita!

PEPITA. Donde las dan las toman.

MARQUÉS. En efecto: dice usted bien. Yo, en realidad, siempre he creído que el hombre lleva las de perder en el matrimonio. ¡Por eso no me caso!

PEPITA. No se casa usté, porque no ha encontrado todavía quien le haga tilín.

MARQUÉS. ¡Tilín!... ¡tilín!... ¡No tendría que salir de este cuarto!

PEPITA. ¿De veras?

MARQUÉS. Pero crea usted que lo malo no es el tilín... tilín... sino el tolón... tolón... ¿Usted me comprende?

PEPITA. Riéndose. ¡De sobra!

MARQUÉS. ¿Se ríe usted? Á todas las mujeres les cae muy en gracia ese chiste. Lo he observado.

PEPITA. Pues, sin embargo, y diga usté lo que quiera, la que pierde cuando se casa, es una.

MARQUÉS. No, querida Pepita, no... Á ustedes les va siempre mejor que á nosotros... La prueba está en las estadísticas... ¡Se casan muchas más mujeres que hombres!...

PEPITA. ¿Sí? Suelta la carcajada. ¡Todos los días aprende una algo!

Vuelve el MOZO DE CAFÉ.

MOZO. Buenas noches.

PEPITA. Buenas noches.

MOZO. Con permiso. Coge el servicio de café y se lo lleva.

PEPITA. Adiós.

MARQUÉS. ¡Vaya, vaya, vaya con Pepita!

MORRITOS. Reparando en el Marqués, que se coge una bota con las dos manos. (¡Andá! ¡Quié meterse los pies en los bolsillos!)

Se asoma TELERITA á la puerta del cuarto. Lo acompañan PEREGRÍN y el CALLAO.

TELERITA. ¿Ze pué pazá?

PEPITA. ¡Adelante, Manolo!

TELERITA. ¿Zigue usté bien, Pepita?

PEPITA. Bien, ¿y usté?

PEREGRÍN. ¿Qué tal, Pepita?

PEPITA. Perfectamente; muchas gracias.

CALLAO. Dios guarde á usté, Pepita.

Este Callao estrecha la mano de los demás como si estuviera apretando la garrocha. Todo personaje á quien salude debe hacerlo notar.

TELERITA. Zeñó Marqués...

MARQUÉS. ¿Cómo va?...

PEREGRÍN. Señor Marqués...

MARQUÉS. ¿Cómo va?

CALLAO. Zeñó Marqués...

MARQUÉS. ¿Cómo va?

MORRITOS. (Les hace á tos lo mismo.) Vase.

PEPITA. Siéntense ustedes.

Se sientan todos. Pausa.

TELERITA. Güeno; zi es que estaban ustedes hablando de argo rezervao, zigan ustedes.

PEPITA. Sí que hablábamos en secreto, ¿verdad, Marqués?

MARQUÉS. ¡Mucho!

PEPITA. Tratábamos de un particular que les va á hacer á ustedes la mar de gracia.

PEREGRÍN. ¡Je!

TELERITA. Venga, venga...

PEPITA. Sepan ustedes que me caso.

TELERITA. No zerá ezo verdá.

PEREGRÍN. ¡Je!

MARQUÉS. ¡Sí, señor; se casa conmigo!

CALLAO. Riéndose groseramente. ¡Ju, ju, ju!

MARQUÉS. ¿Qué?

CALLAO. Me ha jecho usté gracia.

TELERITA. ¿Te quiés cayá, Cayao? Este bárbaro no zabe más que picá toros. ¿Con que cazarze?... Güeno está, hombre, güeno está...

MARQUÉS. ¡Para mí no puede estar más bueno!

TELERITA. ¡Cazarze Pepita!... ¡cazarze Pepita!...

PEPITA. ¡Sí, señor! ¿Qué hay?

TELERITA. ¡Miste que cuando le diga á usté er cura: espozo te doy, y no ziervo!...

Risas generales.

MARQUÉS. ¡Hombre! ¡hombre! ¡no! ¡Es precisamente al revés!

TELERITA. Güeno: ¿qué más tiene? Ziervo te doy, y no espozo...

MARQUÉS. ¡Magnífico! ¡magnífico!

CALLAO. ¡Ju, ju, ju! Me ha jecho gracia este.

Llega JULITO con NICASIO.

JULITO. Buenas noches. Saludando á todos. Pepita... Manolo... Peregrín... Francisco... Marqués...

MARQUÉS. ¿Cómo va?

NICASIO. ¡Hola, señor Marqués!

MARQUÉS. ¿Cómo va?

NICASIO. Á los demás, ya los he visto á todos. Quédase á la puerta del cuarto.

MARQUÉS. ¿De dónde se viene, pollito?

JULITO. Del Real.

MARQUÉS. ¿Qué dan hoy?

JULITO. *Walkiria.* Una lata. Esta música alemana será sublime, portentosa; pero es una lata.

MARQUÉS. ¿Sabe usted lo que darán mañana, para el segundo turno?

JULITO. *Lohengrin.* Otra lata.

TELERITA Á propózito de latas, zeñó Marqués... Que zea enhoragüena.

MARQUÉS. ¿Á propósito de latas?

PEPITA. Ah, sí; es verdad; que ayer en el Congreso batió usté el cobre.

TELERITA. Como que le dieron la oreja.

PEREGRÍN. ¡Je!

NICASIO. Sí que estuvo usté la mar de oportuno.

MARQUÉS. No... no... lo de ayer no vale la pena... Fué una escaramuza... no dije más que cuatro tonterías...

PEPITA. ¿Nada más?

MARQUÉS. Nada más... Cuatro gansadas... cuatro vaciedades... poca cosa...

PEPITA. Ya sería algo más; sino que usté es muy modesto.

TELERITA. Diga usté que zí; yo he leído que er ministro ze jartó de pinchá en güezo y que tuvieron que zacarle los manzos.

JULITO. ¡Ese ministro es un latero!

CALLAO. ¡Ju, ju, ju!

TELERITA. ¡Cayao!

CALLAO. Me ha jecho gracia er niño este.

PEREGRÍN. ¡Je!

Por el foro pasan una TIPLE y su CRIADA. La Tiple viste un traje andaluz y va cubierta con un chal de estambre.

NICASIO. Á Pepita, al verlas. Oye, tú: ya acabó el segundo cuadro. Ahí va la Gómez.

PEPITA. ¿Sí? Con permiso de ustedes. Se levanta y va ante el tocador á darse las últimas pinceladas. Llega MORRITOS.

JULITO. ¿Sustituye Pepita á la Corales?

NICASIO. Sí, señor. Y con tres ensayos; que eso no lo hace aquí más que ésta.

JULITO. ¡Qué lata es la obra! Estoy deseando que la quiten.

MARQUÉS. Pollo, pues yo encuentro que en este género de revistas, es de lo más agradable que se ha escrito. No tiene sentido común, pero eso para mí es lo de menos...

NICASIO. ¡El coro de las cuarenta y nueve provincias es precioso!

PEPITA. Y este personaje que hago yo, que representa á España, dice unos versos muy bonitos.

JULITO. ¡Calle usted, por Dios!

MARQUÉS. Y usted los recitará á maravilla. Claro está que no se trata de *La vida es sueño*, señor; ¡pero Lope de Vega no ha habido más que uno!...

NICASIO. Uno na más.

TELERITA. Á Pepita, que se da brillo en los labios con un lápiz rojo. Oiga usté, Pepita, ¿me deja usté que me junte con ezo en los labios?

PEPITA. ¿Y si se me pega la manera de hablar que usté tiene?

TELERITA. ¿Es fea, quizá?

PEPITA. Imitándolo. Á mí no me dijusta, ¿zabe usté? pero no me zirve pa la ecena.

Risas.

TELERITA. ¡Jozú!

PEPITA. ¡Jozú! Suelta la carcajada.

TELERITA. ¿Cuándo ze va usté á canzá de zé gracioza?

MARQUÉS. Á Pepita le ocurre algo satisfactorio; no me cabe duda.

PEPITA. ¿Por qué?

MARQUÉS. Porque la encuentro á usté esta noche más jovial y expansiva que de ordinario.

MORRITOS. Remedándolo exageradamente. (¡Caramba, hombre!)

PEPITA. Sí que es verdad: estoy contenta, y

como no tengo por qué hacer disimulo... Además, la compañía de ustedes...

MARQUÉS. ¡Huy! ¡huy! ¡huy! ¡huy! Eso llega un poco tarde, Pepita. Nicasio arrea de pronto, mirando hacia la pared de la derecha. ¿Qué pasa?

NICASIO. Aquí al lao, hombre; que se gastan unas conversaciones que no puén ser... Se asoma á la puerta y grita. ¡Higinio! ¡Dile á tu mujer que baje la voz; que aquí hay señoras!

MARQUÉS. ¡Que le diga que hay caballeros también, porque del vocabulario de la Gómez podemos asustarnos todos!

NICASIO. Adulando. ¡Señor Marqués, eso ya... eso ya me resulta *sanguinolento!*

MARQUÉS. Á Pepita. Pídale usted á la Empresa que la cambie de cuarto.

PEPITA. Si este es el mejor. Y de vecindad allá se van todos.

CALLAO. Como siempre. ¡Ju, ju, ju!

TELERITA. ¿De qué te ríes?

CALLAO. Me ha jecho gracia Peregrín, que no ha abierto er pico en toa la noche.

Risas generales.

PEREGRÍN. Azorado. ¡Je!

MESA. Asomándose á la puerta del cuarto. Á escena, Pepita.

PEPITA. Vaya, con permiso.

MARQUÉS. Este Mesa es un criminal: se la lleva á usted siempre.

PEPITA. Ustedes se quedan en su cuarto, señores.

MARQUÉS. ¡Oh, no, no, no! ¡Vamos á batir palmas! ¡Esta noche es casi un debut!

TELERITA. Zí, zí; vámonos ar público.

CALLAO. Vámonos.

TELERITA. Luego vorveremos tos á decirle á usté ¡ole!

MARQUÉS. ¡Ole! ¡ole! ¡Me adhiero al ole!

JULITO. Hasta después, Pepita.

PEPITA. Adiós á todos. Morritos, anda.

MORRITOS. Vamos. **Vase con Pepita, llevándose su mantón de estambre.**

MARQUÉS. Hasta ahora, Nicasio.

NICASIO. Adiós, señor Marqués: adiós, señores.

CALLAO. **Dándole á Peregrín un golpe en la espalda.** ¡Arza pa alante, zozo!

PEREGRÍN. ¡Je!

MARQUÉS. **Á Julito, al marcharse.** (Me molesta este ganso de Telerita.)

JULITO. **Al Marqués.** (Es un latero.)

TELERITA. **Al Callao, al irse también.** (Me jace er Marqués la misma gracia que er zegundo avizo.)

NICASIO. El Marqués y Telerita se las train... Pero aquí estoy yo con el ojo abierto. Me voy al ecenario.

Oportunamente llega DON LOLO y lo detiene en la misma puerta.

DON LOLO. Quieto aquí.

NICASIO. Pues ¿qué pasa?

DON LOLO. Quieto aquí. Ya le he dicho á Sebastiana que venga también.

NICASIO. ¿Ocurre algún aquel?

DON LOLO. Espera.

NICASIO. Me pones en cuidao, don Lolo.

Llega SEBASTIANA.

SEBASTIANA. Aquí me tienes. ¿Qué querías?

DON LOLO. Después de cerrar la puerta del cuarto. Sentaos, que hay tela cortada.

SEBASTIANA. ¿No zerá una mojiganga tuya, don Lolo?

DON LOLO. Sentaos, digo. ¿Me visteis alguna vez mojiganguero?

SEBASTIANA. Vaya que zea.

Se sientan los tres.

DON LOLO. Cuando sepáis la novedad, os vais á levantar de un salto.

NICASIO. ¿Entonces, pa qué has querío que nos sentemos?

SEBASTIANA. Me da er corazón, don Lolo, que tú haz estao en er cuarto de la Ramos y haz empinao un poquito.

DON LOLO. Quien ha estado en el cuarto de la Ramos, y ha empinado más de la cuenta, has sido tú. Lo que yo tengo que deciros es más serio que todo eso.

NICASIO. ¡Pues acaba ya!

DON LOLO. *Rotrón falta sólo:*
Rotrón está aquí.

NICASIO. Tratando de irse. ¿Pero se te figura á ti que estoy yo pa romances?

DON LOLO. Oye. ¿Tú no sabes quién es Rotrón en el caso presente? Pues es Víctor.

NICASIO. ¿Víctor?

SEBASTIANA. ¿Víctor?

DON LOLO. Víctor. Está en Madrid; le han visto esta mañana y me lo han dicho á mí esta noche.

Sensación.

NICASIO. Don Lolo, ni que me hubieras dao un pastel de hojaldre, me sienta peor.

SEBASTIANA. Eze no viene más que á enredá la guita.

NICASIO. Ni má ni menos. Y si no, ya habéis leído las cartas suyas que yo he intercetao. Toas con el mismo cuento: que la chica se retire del teatro y que se quié casar con ella. ¡Que se quié casar!... ¡Como no se case con la maja e Goya, que está frente á la Casa e fieras!... Pasea como loco.

SEBASTIANA. Dices mu bien, Nicazio. Primero es la obligación que la devoción.

NICASIO. ¡Vamos, quita! ¡Si na más pensarlo me da náuseas!

SEBASTIANA. ¡Miá tú dejá er teatro! ¡con la fortuna que eya principia zu carrera!... ¡con er delirio que tiene er público por la muchacha, que zale y ze la quién comé!... ¿No zería un doló? ¿Qué dices tú, don Lolo?

DON LOLO. ¿Qué he de decir? Que debemos oponernos á que una vida que pertenece al Arte... ¡al Arte!... ¡como quien no dice nada! se sacrifique y se encierre en el prosaico hogar. Prosaico, sí; hay que tener el valor de confesarlo.

NICASIO. Choca ahí, don Lolo. Esa es la fija.

DON LOLO. Cantando.

Esa es la fija;
bebamos más...

NICASIO. ¡Calla ahora!

SEBASTIANA. Y luego, Nicazio, que aquí es precizo hablarlo to... La pobrecita e mi arma—que

azí Dios la bendiga como yo lo dezeo—es la Providencia e la familia.

NICASIO. ¡Pues ahí está, hombre, ahí está! ¿Vamos á volver tos á la vida de antes, porque á ese estúpido de Víctor se le antoje? ¿Qué iba á ser de mí... que ya no tengo costumbre de trabajar? ¿Qué iba á ser de los dos inocentes chicos, que empiezan á vivir ahora? ¿Qué iba á ser de Baldomero y de su gente, que están á expensas nuestras desde la desgracia que les pasó?

SEBASTIANA. ¿Qué iba á zé de esta pobre vieja y de mi pobrecito Jozé, que no zabe ganarlo? ¡Hijo de mi arma! ¡Tres días hace que no lo veo! Como ahora tiene más dineriyo...

DON LOLO. Bien, bien, bien: todo eso es muy humano, muy cierto y muy triste. Pero no vale lo que vale en el aire una pelusilla, ante una figura que se le arranca al Arte. ¡Señores, es que hay que ver despacio lo que es el Arte!

NICASIO. ¡Que sí, hombre, que sí! Y además, y esta es otra cuestión: á la vuelta de un año que hace que riñeron, ¿sabe ese presumido si se acuerda mi hija del santo de su nombre?

SEBASTIANA. ¡Qué ze ha de acordá! Engolozina eya con zu teatro, no pienza más que en las parmas der público, y en ponerze bonita, y en que le echen muchos gemelos. ¡Zi yo también he tenío veinte años!

NICASIO. ¡Na, hombre, na: que como vuelva Víctor á las andadas y me hurgue mucho á mí, de un estacazo le abro la sesera! ¡Y se ha terminao! *Volviendo á pasearse agitadísimo.* ¡Pues no faltaba más! ¡Mal-

dito sea el mundo! ¡Si ya me estaba yo temiendo alguna de estas!

SEBASTIANA. Hombre, Nicazio, tampoco te pongas tú azí; que paeces un perro que ha visto á un lacero.

DON LOLO. La luz, hija del sol, es lo primero que hace falta en todas las cuestiones.

NICASIO. La luz, hija del sol, y una estaca, hija de una bastonería. Y *nosce te ipsum.*

Aparece MORRITOS con cara de espanto al ver á la familia allí.

MORRITOS. ¿Pero qué hacen ustés aquí los tres?

NICASIO. ¿Pues qué sucede?

SEBASTIANA. ¿Qué hay?

MORRITOS. ¡Que están aplaudiendo á la Pepita que es una ovación! ¡que es un delirio!

NICASIO. Digo, ¿eh?

SEBASTIANA. ¡Como que ze las come á toas!

DON LOLO. ¡No tenemos vergüenza! ¡Vamos á presenciar su triunfo!

MORRITOS. Ella no hace más que mirar pa las cajas... buscándolos á ustedes... To el mundo está asombrao... el autor está loco... el impresario la ha dao un beso...

NICASIO. ¿Ves tú?

SEBASTIANA. ¿Ves tú?

DON LOLO. ¿Ves tú?

NICASIO. Corriendo al escenario. ¡La voy á estrujar de un abrazo!

SEBASTIANA. Lo mismo. ¡Zobriniya de mi arma!

DON LOLO. Lo mismo. Lo que yo digo: ¡el Arte; el Arte!...

Se van los tres hacia la izquierda.

MORRITOS. ¡Jesús! ¡Virgen de la Paloma! ¡Me quedé sin sangre en las venas cuando los vide aquí reuníos! *Asómase á la puerta del cuarto, mira primero hacia la izquierda, poco después mira hacia la derecha y llama con la mano.* Quiera Dios que no tarde la Pepita.

VÍCTOR penetra en el cuarto con misterio. Trae capa.

VÍCTOR. Morritos, ¿estás sola?

MORRITOS. Sola, con un miedo que no es pa muchas veces.

VÍCTOR. No te apures, que nada te pasará. ¿Y Pepita?

MORRITOS. Va á salir de ecena mu pronto.

VÍCTOR. ¿Y vendrá en seguida?

MORRITOS. Yo la he dicho que tengo una carta tuya que darla: que busque algún pretexto pa venir sola.

VÍCTOR. Dios te lo pague. Antes de verme cara á cara con cualquiera de su familia, quiero hablar con ella diez minutos. Oye una cosa. ¿Tú le has dicho que me has encontrao?

MORRITOS. Se me salió: no pude contenerme.

VÍCTOR. Ya me lo figuraba.

MORRITOS. Lo que no la he dicho es que ibas á venir esta noche, pa sorprendéla. Pero me voy á ganar el primer regaño.

VÍCTOR. No, no; descuida.

MORRITOS. Tú verás como sí. Por supuesto, que si me regaña...

VÍCTOR. Dime, dime: ¿y es verdá que está contenta en el teatro?

MORRITOS. ¿No lo tiene que estar? Tú figúrate: son tos á miràla; tos á regalála; tos á ponderá-

la... El impresario, los autores, los abonaos... Tiene los pretendientes así... Pero ella, ¡que si quieres! Hay noches que se pone este cuarto, que me tengo yo que salir pa que no rebose. Y gente de posibles, no creas tú. Aquí viene un Marqués, que no hace más que entrar y ya está tendío, porque es mu elegante, que bebe los vientos por ella. La manda flores tos los días... Aquí viene un torero, que trai brillantes hasta en el cielo de la boca—no es ponderación — y que la ha regalao un traje de luces y un capote... Está el tío chiflao... Aquí viene un viejo mu rico, calvo desde mitá e la espalda, que la ha dicho que quiere casarse con ella... ¡Y qué sé yo cuántos más, porque no acabaría de contarte!... Es claro que tos de mírame y no me toques, ¿eh? Ella no consiente ni esto... Á uno de los autores de más cartel, que se le escurrió una noche la mano, fueron pocas las que le dijo. Yo me alegré la mar. Porque te azvierto que es el primer desahogao pa pellizcála á una... Un tío que cierra los ojos, y conoce al tazto á toas las coristas.

VÍCTOR. No sé, no entiendo cómo ha podido acostumbrarse...

MORRITOS. Hombre, lo que se llama tener, también tiene sus murrias. Algunos días me dice mu alegre: ¡Morritos, vamos al ensayo! Pero otros días me dice mu triste: ¡Morritos, vamos al ensayo! El teatro es así. Que la reparten un papel bonito: ¡aquella noche no cena, de contenta que está! Que la reparten uno feo: ¡no quieas oíla de incomodá que se te pone!... ¡Ahí me paece que viene ya!

VÍCTOR. ¿Sí?

MORRITOS. Vitor, por Dios; miá que si me regaña...

VÍCTOR. No te regaña, tonta.

MORRITOS. Bueno, pero defiéndeme tú.

VÍCTOR. No pases cuidao.

Llega PEPITA presurosa. Al entrar en el cuarto no ve á Victor, que está á la izquierda del foro. Sólo ve á Morritos, que está á la derecha, hacia el primer término, y que se le hinca de rodillas con las manos cruzadas.

PEPITA. ¡Morritos! ¿Qué haces? ¿Qué haces, chiquilla?

MORRITOS. Tú mira pa atrás.

PEPITA. Obebeciéndola. ¿Qué? ¡Víctor!

VÍCTOR. ¡Pepa!

Se abrazan emocionadísimos y silenciosos. Morritos se levanta, da en torno de ellos una vuelta, mirándolos sin pestañear, y se va con paso trágico por el foro, cerrando la puerta tras de sí.

PEPITA. Dejándose caer en el sofá. Habla tú... si puedes... que yo no puedo hablar en un rato.

VÍCTOR. Sentándose junto á Pepita. ¡Qué cosas! Un año separao de ti... en Zaragoza ayer... y hoy abrazándote... ¡Qué cosas!... ¡Y cómo te abrazo! Vestida como nunca te vi... como no hubiera querido verte... ¡Desagradecida!

PEPITA. ¿Y me lo dices tú, que te fuiste?

VÍCTOR. Yo, que vuelvo. ¿Te alegras de mi vuelta?

PEPITA. Si es la alegría la que no me dejaba hablar.

VÍCTOR. ¡Mentirosa!

PEPITA. Ya sabes tú que no.

VÍCTOR. Oye.

PEPITA. Qué.

VÍCTOR. ¿Mis cartas no han llegao á ti?

PEPITA. Ni falta que llegaran tampoco. ¿Has recibido tú cartas mías?

VÍCTOR. ¿Pero las has escrito?

PEPITA. No. Por eso lo digo; ¡á ver qué falta han hecho! Cuando una persona vive en el ánimo de otra, que se quite la escritura, que está de más.

VÍCTOR. Me da gusto oirte... y me da rabia.

PEPITA. Rabia... ¿por qué?

VÍCTOR. Porque me hace daño este cuarto... esta ropa... ¡La destrozaría de mejor gana que lo digo!

PEPITA. Vamos, hombre, suéltame; que aun tengo que volver á escena.

VÍCTOR. ¡Á escena, á escena! ¡Maldita sea!... ¡Qué poquito va á durar eso! Se levanta.

PEPITA. Con sorpresa, que procura disimular. ¿Cómo?

VÍCTOR. Ya que lograste tu capricho, que á estas horas se ha convertido en obligación, ¿no razonas de otra manera? ¿No te da pena de ti misma, al salir ahí fuera á divertir á la gente? ¿Te puede á ti gustar este oficio?

PEPITA. Levantándose también. Pero, escucha: ¿vuelves á esto? ¿Sigues con tu ceguera, Víctor? ¿Crees tú que yo cambio mi vivir de ahora por mi vivir de antes? Ni que lo pienses un minuto. Antes, de todo carecía, menos de ti; ahora, todo lo tengo; me faltabas tú, y aquí estás ya... ¿Qué más puedo querer?

VÍCTOR. ¿Pero tú crees que vas á ser mía y á seguir trabajando en la escena?

PEPITA. ¿Pero tú te figuras que en esta vida no hay decoro? *Víctor calla.* Entonces, ¿para qué has venido?

VÍCTOR. ¡Pepa! ¿qué dices?

PEPITA. Que para qué has venido, sin haber mudao de parecer.

VÍCTOR. Yo pensé que tú mudarías.

PEPITA. Si el que se equivoca eres tú, que discurres como los chicos de la escuela. ¿Iba yo á dejar un cariño como el tuyo por una aventura de un año? No me hagas tan loca. Estaba muy honda en mí la afición á esta vida; era muy grande la necesidad que yo tenía de ella, por todos estilos, para esperar que algún día pudiera arrepentirme. ¿Lo oyes, Víctor? Por todos estilos. Tú eres para mí lo primero del mundo—ni que lo creas ni que no;—pero, por desgracia, no eres lo único á que yo tengo que atender. Detrás de mi trabajo hay mucha gente: mis hermanos, mi padre... mucha gente.

VÍCTOR. Eso; mucha gente... que encontró ya la manera agradable de vivir; la postura cómoda para tumbarse al sol. Y todo ello á costa de tu salud y de tu vida. ¿Cómo quieres que consienta yo esto? ¿Cómo no he de tratar de sacarte de aquí, obligándote con todo el peso de mi cariño, mientras me lo tengas?

PEPITA. *Suspirando y sentándose de nuevo.* ¡Qué triste es volver á empezar!

VÍCTOR. No seas niña; vente conmigo. Deja el

teatro; deja esta vida, que me repugna á mí... y por algo es.

PEPITA. Después de un silencio, con resolución. Mira, Víctor, ¿á qué cansarnos? Mala ó buena, te repugne ó no, en ella tengo que seguir.

VÍCTOR. ¿Por qué?

PEPITA. No me hagas repetirlo; debo seguir en ella, y nada más.

VÍCTOR. Molesto. Cuidado no engrías á tu gusto poniéndole esa pantalla del deber.

PEPITA. ¡Vaya, hombre! Eso es nuevo. Has venido también á ofenderme.

VÍCTOR. No llores. Perdona.

PEPITA. ¿Pero por qué me pides á mí el sacrificio de mi gente y de todo lo mío, y no sacrificas tu preocupación, que vale mucho menos? Me harás pensar que ese cariño que me tienes no es tan grande como yo creía.

VÍCTOR. ¡Qué pronto me has devuelto la ofensa!

PEPITA. Perdona tú también.

VÍCTOR. Ello es que mientras más hablamos, peor. Tú le llamas preocupación á lo que yo le llamo dignidad, y yo le llamo capricho á lo que tú le llamas deber. Ahí lo tienes todo; no hay para qué darle más vueltas. La consecuencia es clara...

PEPITA. ¿Y cuál es?

VÍCTOR. Que yo me voy ahora como hace un año... y que no vuelvo más.

PEPITA. ¡Eso no!

VÍCTOR. Eso sí.

PEPITA. ¡No digas eso, Víctor!

VÍCTOR. ¿Qué importa que lo diga, si vamos á tenerlo que hacer?

Llega MESA despavorido.

MESA. ¡Pepita! ¡á escena! ¡Que pensé que estabas allí! ¡que estás haciendo falta!

PEPITA. Asustadísima. ¡Es verdad!

MESA. ¡Pronto!

PEPITA. Á Víctor. Espérame aquí.

VÍCTOR. ¿Para qué?

PEPITA. Espérame.

VÍCTOR. No.

PEPITA. ¡Pues no salgo á escena!

MESA. ¡Pepita, que me comprometes!

PEPITA. Espérame, Víctor.

VÍCTOR. Te digo que no; que me voy.

PEPITA. ¡Pues no salgo!

MESA. ¡Por Dios, Pepita!

PEPITA. ¿Me esperas ó no?

VÍCTOR. Véte; sí... te espero.

MESA. ¡Vamos ya!

PEPITA. ¡Vamos!

MESA. ¡Á escape!

Se van los dos corriendo.

VÍCTOR. Tomando su sombrero y su capa, dispuesto á marcharse. Es la primera vez que la engaño: ¿para qué esperarla? Sería inútil.

Viene NICASIO irritado y descompuesto.

NICASIO. ¿Quién era? ¿quién?... ¡Ah, eres tú!

VÍCTOR. Yo soy; ¿no lo ve usté?

NICASIO. Es que me lo había figurao. ¿Á qué has venido aquí?

VÍCTOR. Á todo, menos á verle á usté.

NICASIO. Pues mira tú como es verdá que el hombre propone y Dios dispone. Víctor...

VÍCTOR. Señor Nicasio...

NICASIO. Hombre... eso de señor Nicasio no me suena. Eso era de antes. El señor Nicasio ha fallecido.

VÍCTOR. No será verdá.

NICASIO. El padre de la Pepita Reyes se llama de otro modo.

VÍCTOR. Ah... ¿Don Nicasio?

NICASIO. Por *áhi*.

VÍCTOR. Pues oiga usté, don Nicasio... ó don Rábano—que le sienta á usté el Don como á un santo Cristo dos pistolas:—por Pepita he venido... y me voy sin ella.

NICASIO. ¡Toma! ¡qué remedio!

VÍCTOR. No quiero turbarle á usté las digestiones.

NICASIO. Gracias, chico. Ya te consolarás.

VÍCTOR. Mucho antes que usté si me la llevara. Y no por el cariño que usté la tenga, sino por lo que le conviene.

NICASIO. Eso es meterte en mi moral, y no te dejo.

VÍCTOR. ¡Su moral de usté! Explotár á la chica: no hay otra.

NICASIO. ¡Á ver si callas, Víctor!

VÍCTOR. ¡No me sale de adentro el callar!

NICASIO. ¿Vas á darme un escándalo en el teatro?

VÍCTOR. Si á usté le escuecen las verdades y

se alborota, sí, señor. ¡El don Nicasio de chanfainas este!

NICASIO. Mira, Víctor: esto te lo digo yo á ti de hombre á hombre: si me quiés buscar, búscame en otro lao.

VÍCTOR. ¿Y para qué tengo yo que buscarlo á usté en parte ninguna? Por desgracia le he visto aquí.

NICASIO. Ea, pues véte ya, si tanto te pesa.

VÍCTOR. Sí, señor: ya me voy. Quede usté con Dios... ¡Á engordar, á vivir, á pasarlo á gusto, que para eso tiene usté una hija que se lo gane!

NICASIO. ¡Ele! Pa eso na más. Hasta ahora no lo has dicho. Y si te pica, ráscate.

VÍCTOR. No me pica, no; me duele, me hace daño, que en vez de llevármela yo, que quería trabajar para ella, se quede ella aquí, á trabajar para usté y para su tropa.

NICASIO. Vuelvo á decirte que pa eso es mi hija.

VÍCTOR. Ni para eso es su hija de usté, ni usté es su padre para eso. ¡Abur! Y el día que se le ocurra á usté reventar, póngame dos letras, que me dará la satisfacción más grande del mundo. ¡Abur!

Vase de estampía por la derecha.

NICASIO. Cuando ya se ha ido Víctor, y como reprimiendo el coraje. ¡Ay... si no hubiera fallecido el señor Nicasio!... ¡Le vale que soy el padre de la Pepita Reyes... y que estoy en su *camarino!*

Aparece DON LOLO con cierta curiosidad.

DON LOLO. Chico, ¿qué ha sido eso?

NICASIO. Nada; niñerías.

DON LOLO. ¿Pasó?

NICASIO. Á Dios gracias.

DON LOLO. ¡Pues entonces!... Te advierto que la Pepita ha dado esta noche un paso de gigante. ¡Qué ovación, chico!

NICASIO. ¿Digo, eh? ¡Pa que venga ese cursi!... ¡Vamos!

DON LOLO. El padre de la Corales tiene una cara así; media vara justa. Está el tío que echa café.

NICASIO. ¡Me alegro!

Loca de alegría, llega de repente SEBASTIANA.

SEBASTIANA. ¡Tres veces ze ha levantao ya er telón ar finá de la obra! ¡Ze la están comiendo loz abonaos! ¡ze la están comiendo!

DON LOLO. ¡Es que ha hecho la última escena de un modo, que ha habido que verla despacio!

NICASIO. ¡Como que la chica tié madera, hombre; y quitarla de esto es un crimen!

SEBASTIANA. Un crimen, zí, zeñó.

NICASIO. ¡Aunque le digan á uno lo que le digan!

SEBASTIANA. Aquí viene, aquí viene ya...

NICASIO. ¡Hija de mi alma!

Antes de aparecer PEPITA, óyese dentro rumor de felicitaciones. Por el pasillo pasan varias figuras de cómicos y cómicas vestidos con diversos trajes de carácter regional. Todos van comentando el triunfo de Pepita.

SEBASTIANA. En la misma puerta del cuarto, besando á su sobrina y achuchándola. ¡Hija de mis zueños, ven acá! ¡Ven acá, tú, pimpoyo! ¡alegría de la caza! ¡gloria!

PEPITA. Jesús... por Dios... se han vuelto locos todos...

NICASIO. ¡Déjamela á mí, mujer, que tengo más derecho que tú! ¡Aquí están los brazos de tu padre!

PEPITA. Entra al fin en el cuarto, y al ir á abrazar á su padre se detiene notando la falta de Víctor. ¿Y Víctor?

NICASIO. ¿Víctor?

PEPITA. Víctor, sí.

NICASIO. Se fué.

PEPITA. ¿Se fué? ¿Pero no vuelve?

NICASIO. No.

PEPITA. ¿Le has obligado tú?

NICASIO. No. Él estaba ya en irse. Y yo, viéndole así... le abrí el camino. Esto se ha terminao, ¿lo oyes? Buena cara á to el mundo, toas las monerías que tú quieras, pero aquí novios no, porque tiras el porvenir por la ventana. Y no hablemos más. Pepita va á romper á llorar. Su padre la ataja reconviniéndola, al oir que se acerca gente hacia el cuarto. ¡Eso es: ponte á llorar ahora que vienen los amigos!

DON LOLO. Cantando.

¡Adelante, caballeros,
entren todos de rondón!...

En este momento asoma en la puerta del cuarto el MARQUÉS. Pepita, al oir su enhorabuena, convierte de improviso de triste en alegre la expresión de su rostro, y se esfuerza en atender con sonrisas afectuosas á todos los que van llegando: TELERITA, el CALLAO, JULITO y PEREGRÍN.

MARQUÉS. ¡Bravo! ¡bravo! ¡bravo! ¡Admirable, Pepita! ¡Un encanto!

PEPITA. Muchas gracias, Marqués... muchísimas gracias...

SEBASTIANA. Ha estao pa chiyarla, ¿verdá?

TELERITA. ¡Venga usté acá, paloma! ¡Jozú! ¡qué disloque! ¡La he aplaudío á usté hasta jacé espuma con las manos!

Risas generales.

PEPITA. Gracias... gracias.

MARQUÉS. ¡Espuma con las manos! ¡Qué atrocidad!

TELERITA. Lo que usté quiziera ez un gorpe azí pa er Congrezo una tarde.

Nuevas risas.

CALLAO. ¡Choque usté: en to lo arto!

PEPITA. Muchísimas gracias...

PEREGRÍN. Muy bien, Pepita.

PEPITA. Gracias, muchas gracias...

JULITO. Te has metido en el bolsillo á la Corales.

PEPITA. Calla, por Dios...

MARQUÉS. ¡Ha estado portentosa! ¡exquisita!

TELERITA. ¿Que zi ha estao? ¡Jozú!

PEREGRÍN. Ha estado inimitable.

JULITO. Ha estado monísima.

CALLAO. Ha estao güena, ha estao güena.

MARQUÉS. Ha puesto el mingo, como vulgarmente se dice.

PEPITA. Por Dios... por Dios... no exageren ustedes... Y lo que siento es que tengo que vestirme para la última...

MARQUÉS. Ya nos echa la ingrata...

TELERITA. ¿Quiere usté que yo me quede y le ayudo?

PEPITA. Muchas gracias; se ofendería la Morritos.

TELERITA. Ya le daría yo una propiniya...

PEPITA. No... no... muchas gracias... Señores... lo siento en el alma...

MARQUÉS. Nada, nada; nos vamos ya...

TELERITA. Vámonos, vámonos.

NICASIO. Sí, que se le hace tarde... Pero vuelvan luego. Bastiana, llégate por la Morritos.

SEBASTIANA. ¿Ande estará eza loca? *Vase.*

MARQUÉS. *Despidiéndose.* Adiós... Repito mis plácemes. Le auguro á usted muchas noches como esta en el teatro.

PEPITA. Muchas como esta... Gracias... gracias...

MARQUÉS. ¡Está emocionadilla!

TELERITA. Hasta luego, y que zea enhoragüena.

PEPITA. Gracias...

CALLAO. Que zea enhoragüena.

PEPITA. Gracias...

PEREGRÍN. Que conste que me alegro mucho.

PEPITA. Gracias... gracias...

JULITO. Siguen las firmas...

PEPITA. Muchas gracias...

NICASIO. Hasta luego.

DON LOLO. Hasta luego.

Se van todos comentando el triunfo animadamente. El Marqués, desde la misma puerta del cuarto, se vuelve hacia Pepita y la aplaude una vez más, dándose golpecitos con los guantes en una mano y dirigiéndole la más expresiva de sus sonrisas.

PEPITA. *Casi sin voz, por la emoción que siente.* Gracias... muchas gracias... *Al quedarse sola, estalla el llanto contenido, y llorando se deja caer en una butaca.*

Pausa. Llega presurosamente MORRITOS con la cara alegre y satisfecha. Al ver á Pepita llorando se sobrecoge y cambia de expresión, y abre los ojos más que nunca.

MORRITOS. En voz baja. ¡Ah!... Está llorando... ¡Ah!... Acercándose á ella con solicitud y cariño, abrazándola luego. Pepita... Pepita...

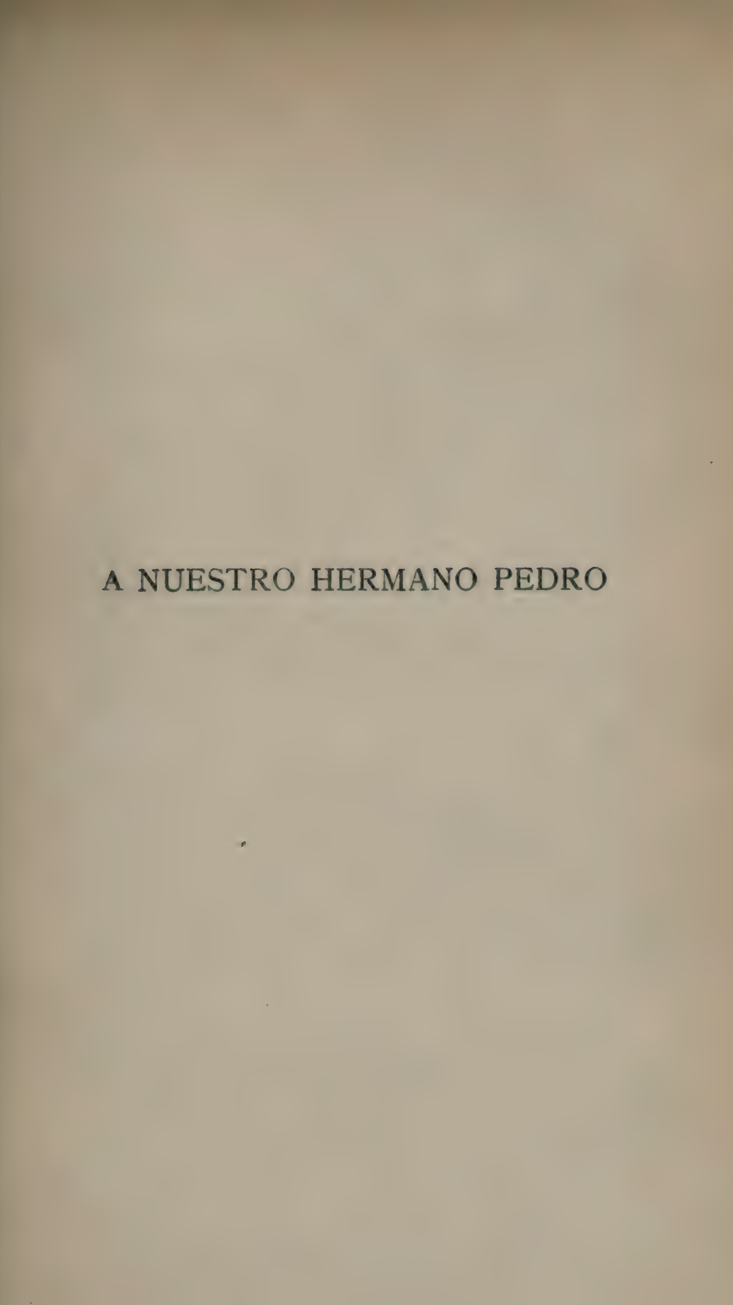
Cae rápidamenle el telón.

FIN DE LA COMEDIA

EL GENIO ALEGRE

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el TEATRO ODEÓN, de Buenos Aires, el día 29 de Setiembre de 1906.



A NUESTRO HERMANO PEDRO

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CONSOLACIÓN.........	MARÍA GUERRERO.
DOÑA SACRAMENTO ..	MARÍA CANCIO.
CORALITO.............	NIEVES SUÁREZ.
SALUD...............	ELENA SALVADOR.
LA CHACHA PEPA. ...	MATILDE BUENO.
FRASQUITA......... ...	ENCARNACIÓN BOFILL.
CARMEN.........	MERCEDES SALVERDA.
ROSITA...............	MERCEDITAS DELGADO.
JULIO.................	FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA.
DON ELIGIO..........	FELIPE CARSÍ.
LUCÍO (1)..............	JOSÉ SANTIAGO.
AMBROSIO.............	MANUEL DÍAZ.
PANDERETA..........	JOSÉ SORIANO VIOSCA.
ANTOÑITO.............	RICARDO VARGAS.
DIEGO.................	JOSÉ URQUIJO.

Todos ellos, á excepción de *Doña Sacramento, Julio* y *Don Eligio*, hablan con pronunciación andaluza, más ó menos acentuada, según su clase y condición.

Doña Sacramento habla el castellano con reposo y dulzura, aunque con cierta afectación señoril; *Julio* con la suavidad de un andaluz que ha vivido en Madrid mucho tiempo, y *Don Eligio* como si tuviese la lengua de metal y la campanilla de madera.

---

(1) Se llama la atención sobre el nombre de este personaje, que no es *Lúcio*, sino *Lucío*, con acento sobre la í.

ACTO PRIMERO

La escena es en Alminar de la Reina, ciudad andaluza, y en el amplio, vetusto y sosegado patio del palacio de doña Sacramento Alcázar, marquesa de los Arrayanes. Al foro, hacia la derecha del actor, está la ancha escalera del palacio, y hacia la izquierda, el portón y una gran ventana con reja, por la que se ve el zaguán. Á la derecha hay una sola puerta y á la izquierda dos: la del segundo término es más pequeña que las otras y conduce á la casa de labor. Arcos anchos y airosos, que descansan en gruesas columnas de mármol. El suelo, de mármol también en el centro del patio, y de ladrillo en los corredores. En medio, una fuente. Balcones en el piso superior, que corresponden á los corredores altos. Colgada ante el portón una gran farola. Pocos muebles; entre ellos, un arcón, un banco, dos sillones y una mesa frailuna. Decoran las paredes retratos al óleo de los ilustres antepasados de la familia, dos de los cuales son un fraile y una monja.

Es por la tarde.

Don Eligio, administrador de doña Sacramento hace muchos años y hombre de unos sesenta, aparece vestido con traje negro á la usanza del siglo XVII, y en la actitud que le ha parecido más propia para que lo

retrate ANTOÑITO. Gasta lentes redondos, lo cual cree él que le da cierto parecido físico á Don Francisco de Quevedo. Claro que no hay tal cosa. Se tiñe la mosca y el bigote, y no se tiñe el pelo porque no le queda ninguno.

Antoñito, sentado ante una silla de que se vale á modo de caballete, retrata al óleo á don Eligio. Es un muchacho paliducho y enclenque, gran aficionado á la pintura, de genio avinagrado, y de los que piensan que todo el toque está en pelarse poco y en usar una corbata desaforada.

DON ELIGIO. Me parece que ya falta luz, Antoñito.

ANTOÑITO. ¿Se cansa usted?

DON ELIGIO. Yo no me canso nunca.

ANTOÑITO. Pues luz hay de sobra.

DON ELIGIO. Cierto que en este mes es cuando oscurece más tarde. Lo que sí quiero es que desde mañana nos vayamos á pintar al jardín, ó al patinillo, ó á la azotea, ó al corral.

ANTOÑITO. Es que á mí me gusta más este fondo.

DON ELIGIO. Pues pinta el fondo cuando termines la figura; porque, la verdad, es triste gracia que todo el que llegue á esa puerta, tenga algo que mirar ó que decir de mi catadura. Ya se me alcanza á mí que es extraño capricho este de que tú me retrates de esta guisa; pero no hay por qué darle dos cuartos al pregonero.

DIEGO, viejo cochero de la casa, asómase por la ventana del zaguán en traje de faena.

DIEGO. Señó arministradó.

DON ELIGIO. Estremeciéndose. ¿Eh? Ah, ¿eres tú? ¿Qué sucede?

DIEGO ¿Engancho ó no engancho?

DON ELIGIO. No enganches. La señora no sale hoy.

DIEGO. ¿Ni er señorito Julio?

DON ELIGIO. Ni el señorito Julio.

DIEGO. Güeno está. *Retírase.*

DON ELIGIO. ¿Ves tú? No gano para sustos, Antoñito.

ANTOÑITO. Dejémoslo, si le parece á usted.

DON ELIGIO. Sí, sí; dejémoslo.

ANTOÑITO. Hoy hemos trabajado mucho.

Mientras va recogiendo sus bártulos, echándole miradas á su obra con los ojos plegados, don Eligio la examina detenidamente.

DON ELIGIO. Á ver, á ver... Lo que te dije ayer, Antoñito: los pies grandes y la cabeza chica.

ANTOÑITO. *Sulfurándose.* ¿Sí, eh? Don Eligio, mírese usted al espejo.

DON ELIGIO. Paso, paso; la justa proporción de la figura humana son siete cabezas, y esta figura tiene más de siete cabezas.

ANTOÑITO. ¡Y usted también!

DON ELIGIO ¿Que yo tengo más de siete cabezas?

ANTOÑITO. ¡Sí, señor! Además, usted entenderá de libros antiguos y de administrar bienes ajenos, pero no sabe usted una papa de arte.

DON ELIGIO. Primero: la papa no es unidad de medida para el arte; segundo: entiendo de arte y de todo más que tú, pintamonas...

ANTOÑITO. ¡Que lo estoy retratando á usted!

DON ELIGIO. Déjate de chanzas. Y tercero: tienes una vanidad que puede ser grave enemiga de

tu talento. Tu padre, humilde servidor de nuestra señora la marquesa, hace esfuerzos por completar tu educación artística, y tú no corresponderás á ellos como debes, desoyendo los consejos de las personas serias. Si ahora crees que pintas ya como Velázquez...

ANTOÑITO. ¡No lo permita Dios!

DON ELIGIO. ¡Blasfemo! ¿Qué dices?

ANTOÑITO. ¡Que tengo á Velázquez por una máquina de pintar! ¡Por un practicón!

DON ELIGIO. ¡Calla, Antoñito, calla, si no quieres que te tire la caja de pinturas á la cabeza!

ANTOÑITO. ¡Abajo idolillos!

DON ELIGIO. ¡Oh! Juventud presuntuosa, juventud necia. En mi libro sobre las personalidades ilustres de Alminar de la Reina, no te concederé un lugar ni en la fe de erratas. Abre, que están llamando.

ANTOÑITO. Ya abrirán las criadas.

DON ELIGIO. Yéndose escaleras arriba. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué cosas se oyen! La culpa tiene quien se deja retratar por un tal mocoso.

ANTOÑITO. Es idiota. ¡Vamos á pasarnos aquí la vida entera admirando á Velázquez y al otro cursi de Murillo! ¡Bah! Llaman al portón más fuerte. Pues, señor, me han tomado por el portero. Va á abrir por fin, y al darse de manos á boca con AMBROSIO, le dice en tono despectivo. ¡Ah! ¿eres tú?

AMBROSIO. Yo zoy; ¿qué paza?

ANTOÑITO. ¡Que has podido entrar por el postigo!

AMBROSIO. ¿Zí, verdá? Tu padre entra aquí

por esta puerta principá, porque no hay otra más principá toavía.

ANTOÑITO. ¡Cualquier cosa!

AMBROSIO, padre de Antoñito y antiguo mayordomo de doña Sacramento, es un viejo de blancos cabellos y rostro encendido. Un rayo no lo parte. Viene del campo. Viste sombrero ancho, chaquetón al hombro, faja y zahones.

AMBROSIO. ¿Y la zeñora?

ANTOÑITO. ¿Yo qué sé? ¿Soy yo el perro de la señora?

AMBROSIO. ¿Y yo, zoy tu criao, *pajolero* niño? Te vas á ganá un día una bofetá por ezas contesciones que tienes, que ze te va á queá la corbata chica. Vamos á vé qué has pintao hoy.

ANTOÑITO. Como si miraras la pared. ¡Lo que tú entiendas!

AMBROSIO. Contemplando el retrato de don Eligio y meneando la cabeza en son de burla. ¡Bendito zea Dios!

ANTOÑITO. Papá, papá; contén la jaca.

AMBROSIO. ¡Bendito zea Dios! Hay en er pueblo ca patio que ze junde e flores; ca azotea que marea la vista; ca peazo e campo que ez una gloria e Dios; ca mocita que ez un amanecé de Mayo; y to lo que ze te ocurre á ti es pintá este mochuelo.

ANTOÑITO. ¡Papá!

AMBROSIO. Porque esto ez un mochuelo; con eza nariz y ezas dos reondelas en loz ojos... ¡Á vé!

ANTOÑITO. Vaya, tienes el don de sacarme de quicio. Coge con vehemencia todos sus trastos y echa á correr hacia la casa de labor. ¡Que te alivies!

AMBROSIO. ¡Jozús! ¡Ayá va ezo! Paece un co-

hetito de á ochavo. ¿Á quién zardrá eze *pajolero* niño con eze *pajolero* genio? ¡Mar fin tenga la bilis!

Por la escalera baja en esto pausadamente la señora MARQUESA DE LOS ARRAYANES. Es una dama de hasta sesenta años, y de porte grave y majestuoso. En su Abril fué sin duda muy hermosa. Conserva toda la dentadura y se cuida las manos con primor. Sus cabellos son blancos; sus ropas negras y sencillas. Usa toca de seda y gafas de oro.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Qué es eso? ¿Qué es eso? ¿Con quién reñías?

AMBROSIO. Buenas tardes, zeñora.

DOÑA SACRAMENTO. Buenas tardes.

AMBROSIO. ¿Con quién había de zé? Con eze hijo que Dios me ha dao, que me va á zacá er zó de la cabeza.

DOÑA SACRAMENTO. Después de sentarse en un sillón. ¿Vienes del campo?

AMBROSIO. Der campo vengo.

DOÑA SACRAMENTO. Tengo que ir una de estas tardes.

AMBROSIO. Años hace ya que no ze ve er campo tan bonito. Hasta en la arena y en los chinarrales han zalío espigas. Por la vera 'er Zotiyo, zeñora, er trigo tapa ya á loz hombres.

DOÑA SACRAMENTO. El Señor ha oído nuestras preces.

AMBROSIO. El año pazao ze hizo er zordo.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Qué dices? El Señor oye siempre á los pecadores, y puede castigarte porque dudes de su bondad infinita para con nosotros.

AMBROSIO. La zeñora me perdone. Ze me fué er tapón.

DOÑA SACRAMENTO. ¿La gente está buena?

AMBROSIO. Buena está toa. Y trabajando mu á gusto. Gaspariyo er del aperaó ez er que anda azí por lo mediano.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Pues qué le sucede á Gasparillo?

AMBROSIO. Zeñora, que es mu bestia, y le gustan loz higos á perecé, y la otra tarde ze lió con eyos y ze comió tres varas e vayao.

DOÑA SACRAMENTO. ¡Ave María!

AMBROSIO. Loz hay que no escarmientan nunca.

Dentro, hacia la casa de labor, óyese á Lucío, que se acerca al patio cantando la siguiente copla:

Vente conmigo ar molino
y zerás mi molinera,
le echarás trigo á la torva
mientras yo pico la piedra.

Durante el canto doña Sacramento y Ambrosio continúan hablando.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Quién canta así?

AMBROSIO. Lucío, que paece una cigarra.

DOÑA SACRAMENTO. Bien se conoce que lleva en mi casa pocos días.

AMBROSIO. Ér ze irá haciendo á los gustos de acá. No es malo, zino que ez un chiquiyo, y acostumbrao á la libertá der cortijo, no repara. Á Lucío, que sale en este momento remantando su copla. ¡Caya, hombre! ¿No estás viendo que está aquí la zeñora, peazo e bruto?

LUCÍO. Riéndose. ¿Cómo iba á verlo con la puerta cerrá, zeñó Ambrozio?

DOÑA SACRAMENTO. Lucío.

LUCÍO. ¿Qué manda zu mercé?

DOÑA SACRAMENTO. Ven acá: acércate.

AMBROSIO. Me da á mí er corazón que tú vas á vorvé mu pronto á agarrá el arao.

LUCÍO. ¿Yo? ¿Por qué? ¿He jecho yo arguna coza mala?

DOÑA SACRAMENTO. Callad.

AMBROSIO. ¿Estará don Eligio en zu despacho, zeñora?

DOÑA SACRAMENTO. Seguramente.

AMBROSIO. Con permizo de usté voy á verlo. Sube.

Lucío es un zagal algo tosco, de alma infantil y risa bulliciosa y fresca.

DOÑA SACRAMENTO. Oye, Lucío.

LUCÍO. ¿Me va usté á reñí?

DOÑA SACRAMENTO. Sí que voy á reñirte.

LUCÍO. Afligido. ¡Mardito zea er demonio! ¡Ezo ez arguna mentira que le han contao á usté! ¿Quién ha zío er *chivato?*

DOÑA SACRAMENTO. ¡Schsss! ¿Qué palabrota es esa?

LUCÍO. *Chivato* quié decí *zoplón,* con permizo de la zeñora.

DOÑA SACRAMENTO. Bueno, bueno, déjame hablar á mí. Todas las tardes, cuando se descorre la vela, vienen las golondrinas á los alambres y me cuentan á mí lo bueno y lo malo que se hace en mi casa durante el día.

LUCÍO. ¡Míste las golondrinas también!

DOÑA SACRAMENTO. Esta casa, Lucío, no es

una casa como las demás; es una casa seria; no lo olvides nunca. Pasas el día cantando y riendo; alborotando en la cocina, en las cocheras y en el corral. Esta mañana, durante la misa en la capilla, quitaste á todos la devoción aguantando la risa.

LUCÍO. Es que me jicieron gracia dos moscas que ze iban perziguiendo.

DOÑA SACRAMENTO. Pues cuando se oye misa, no se mira más que al altar.

LUCÍO. Yo iré aprendiendo á poquito á poco.

DOÑA SACRAMENTO. Porque confío en que lo harás así no te he devuelto ya al cortijo.

LUCÍO. Dios ze lo pague á usté. Lloriqueando. Zi usté me mandara á mí ar cortijo... ¡mardita zea!... me tiraba ar pozo er día menos penzao, por no verme ayí.

DOÑA SACRAMENTO. No te apures, hombre. Tan pronto lloras como ríes. Pareces loco.

LUCÍO. Es que er campo no es pa mí, zeñora. Ayí loz hombres no zon más que unas bestias, y yo quieo zé un hombre como loz hombres. No me parió mi madre á mí...

DOÑA SACRAMENTO. Reporta tu lenguaje, Lucío.

LUCÍO. ¿También está mar dicho que me parió mi madre? Po zi no me parió mi madre, ¿qué jizo entonces? Enzéñamelo usté, doña Zacramento, que nadie nacemos zabijondos.

DOÑA SACRAMENTO. Calla, calla.

LUCÍO. Lo que yo he querío decí, zeñora, zino que por lo visto me iba exprezando malamente, es que yo no he venío ar mundo pa destripá terrones.

¡Ze me figura á mí! ¡Tengo yo muchas cozas en la cabeza!... Er manijero der cortijo ze queaba embobao oyéndome hablá. Er manijero y tos. Una noche en la gañanía me puze á jacé una explicación de laz estreyas, y de cayaos que estaban loz hombres, jasta er viento ze zentía corré por los trigos.

DOÑA SACRAMENTO. Bien, bien. Ya sé que eres listo, aunque está mal que te alabes de ello; pero si no te enmiendas pronto, á la gañanía volverás á seguir embobando á los gañanes.

LUCÍO. Güeno, vamos á vé: ¿qué es lo peó que he jecho: lo de las moscas?

DOÑA SACRAMENTO. Son muchas cosas juntas; de sobra lo sabes. Ayer metiste por el postigo á unos amigotes, y hubo en la casa de labor vino y fiesta.

LUCÍO. ¿Quién habrá zío er *chivato?* No quiziea más que cogerlo pa darle azín en mitá e la cara.

DOÑA SACRAMENTO. ¡Lucío!

LUCÍO. Lo que pazó, zeñora, es que vinieron tres paizanos á verme, con un chavá que ze ha criao conmigo y ya está jecho un hombre, y yo me alegré muncho y le zaqué un *verzo*. Le dije, digo...

DOÑA SACRAMENTO. No lo quiero saber.

LUCÍO. Zi es pa que vea zu merzé que no es ninguna picardía. Le dije, digo...

«Este amigo que está aquí
ze yama Francisco Ozuna,
y por ezo es menesté
que pague er vino y las acitunas.»

Se ríe escandalosamente.

DOÑA SACRAMENTO. Mira, mira; no te rías así.

LUCÍO. Me río porque tuvo que convidarnos. ¿También está malamente reirze?

DOÑA SACRAMENTO. Con escándalo, sí. ¿Ó te piensas que sigues aún en lo alto de los cerros?

LUCÍO. ¿Yo que vi á penzarme, zeñora?

DOÑA SACRAMENTO. Silencio. La oración. Principia á oirse lejos el toque de *Angelus*. Atraídos por él, y según costumbre de la casa, vienen todos los criados y servidores á rezar la oración donde está la señora. Lucío le abre el portón á DIEGO, el cochero; por la puerta de la casa de labor salen FRASQUITA y CARMEN, criadas viejas, y por la escalera bajan AMBROSIO y DON ELIGIO. Este último vestido ya con su traje ordinario de americana. Cuando están todos, doña Sacramento pregunta: ¿Y mi hijo?

DON ELIGIO. Señora, no lo sé. Presumo que se hallará en sus habitaciones.

DOÑA SACRAMENTO. Con tristeza. Hasta de esto se olvida. Comenzando á rezar. «El Ángel del Señor anunció á María, y concibió del Espíritu Santo. Ave María, Dios te salve, María...» Continúa rezando entre dientes.

CRIADOS. «Santa María, Madre de Dios...» Siguen ellos lo mismo.

DOÑA SACRAMENTO. «He aquí la sierva del Señor. Hágase en mí según tu palabra. Ave María, Dios te salve, María...»

CRIADOS. «Santa María, Madre de Dios...»

DOÑA SACRAMENTO. «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Ave María, Dios te salve, María...»

CRIADOS. «Santa María, Madre de Dios...»

DOÑA SACRAMENTO. *Después de terminar la oración entre dientes.* Amén. *Se santigua.* Buenas noches.

Todos se santiguan también y contestan á las buenas noches, aunque claro está que no á coro. Luego, primero don Eligio y después los demás, van besando uno á uno la mano de la señora. Ambrosio y las criadas se entran en la casa de labor; Diego, por el portón, que deja entornado, vuelve á las cocheras; Lucío se va arriba y don Eligio se queda en el patio. Hay una pausa.

DON ELIGIO. *Calándose los lentes redondos, como en todos los momentos solemnes.* ¿En qué piensa mi señora la marquesa?

DOÑA SACRAMENTO. Amigo Frías, ¿en qué he de pensar? Usted lo sabe.

DON ELIGIO. Le ha disgustado á la señora que el señor marqués no baje á rezar la oración.

DOÑA SACRAMENTO. No es eso sólo. Es que parece como que se goza en mortificarme, desdeñando ó tomando á burla todas las severas prácticas de esta casa.

DON ELIGIO. Sí, señora; es muy cierto.

DOÑA SACRAMENTO. Ayer tarde vinieron á verme el señor vicario, el señor Marqués de la Cava y doña O, personas las tres graves y sesudas, y él se pasó toda la visita divirtiéndose cuanto pudo á costa de ellas. Si no se marchan pronto tienen que sangrarme.

DON ELIGIO. En ese respecto el señor marqués es incorregible. Á mí, según el dicho vulgar, me trae frito.

DOÑA SACRAMENTO. Le consta que es tradición de la familia que la puerta de esta casa se cierre todas las noches á las diez. Pues bien: una

noche que pase aquí, ha de recogerse lo más temprano á las diez y media, para que la puerta no se cierre á las diez, y alterar la costumbre, y dar que decir á la gente.

DON ELIGIO. Y lo que es más grave, mi señora; entra á las diez y media por el portón y á las once se va á la calle por el postigo.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Por el postigo? ¿Qué me cuenta usted? ¿Y adónde va tan á deshora, señor de Frías?

DON ELIGIO. Señora marquesa, no lo sé; pero sospecho que no irá á contemplar la ciudad á la luz de la luna.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Ve usted? Cada viaje de mi hijo á esta casa me cuesta á mí un año de vida. ¿Quiere usted mayor suplicio para una madre que adora en él? Ayer de mañana llegó, y ya estoy deseando que se vaya.

DON ELIGIO. Y yo; con todos los respetos.

DOÑA SACRAMENTO. Sí, sí; que se vaya otra vez á Madrid, ó á Granada, ó á Sevilla, ó adonde quiera; á vivir solo como un aventurero; á arrastrar su título por el Albaicín ó por Triana; á derrochar su hacienda con mujeres indignas y con amigos de la peor estofa; á envenenar su cuerpo, á perder su alma y á entregarla al diablo. ¡Ay! ¡Soy muy desgracia, amigo Frías! ¿Á quién saldrá ese hijo con esa cabeza tan loca?

DON ELIGIO. Á mí no...

DOÑA SACRAMENTO. Á usted no tenía por qué salir.

DON ELIGIO. Perdone. Á mí no se me alcanza.

Doña Sacramento. ¡Ah!

Don Eligio. Porque el señor marqués, su señor padre, fué siempre hidalgo de muy caballerosas costumbres, y mesurado en el hablar.

Doña Sacramento. ¡Oh, si mi marido levantara la cabeza, y viera que su único hijo, el actual marqués, tiene cubiertas las paredes de su dormitorio, en el palacio solariego de los Arrayanes, con retratos de cómicas y de bailarinas!... ¡Oh!

Don Eligio. Y una Venus de Médicis encima de la mesa de noche.

Doña Sacramento. ¿Usted la ha visto, señor administrador?

Don Eligio. Sí, señora; pero desde el punto de vista artístico; como un tal hombre como yo puede ver esas desnudeces.

Doña Sacramento. Ya. Y dígame usted, querido Frías, puesto que hay que hablar de ello: ¿Julio habrá venido por dinero, como siempre?

Don Eligio. Nunca viene á otra cosa.

Doña Sacramento. ¿Debe?

Don Eligio. Hasta el modo de andar, según otro dicho del vulgo, que á las veces acierta con lo gráfico de la expresión.

Doña Sacramento. ¿Y cuánto quiere?

Don Eligio. ¿Lo digo?

Doña Sacramento. ¿Pues no lo pregunto?

Don Eligio. Basta. Necesita... dice que necesita veinte mil pesetas.

Doña Sacramento. ¡En el nombre del Padre!

Don Eligio. Esa fué mi exclamación al oirlo,

señora marquesa. Y añadí: y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Baja Lucío y enciende las luces de la escalera, del zaguán y del patio. Luego se va á la casa de labor.

Doña Sacramento. Niégueselas usted en redondo. Que hable conmigo. ¿Se ha propuesto quizás que concluyamos por pedir limosna?

Don Eligio. Es literalmente insensato, si la señora marquesa me permite expresarme así.

Doña Sacramento. Insensato; insensato. Bien claro lo vió usted, mi querido Frías: mi hijo hallaba un freno en la disciplina militar; pidió su reemplazo en Madrid pretextando el deseo de vivir en mi compañía, y no sólo no vive conmigo, sino que ha dado á sus vicios rienda suelta.

Pausa. Sale por el portón la Chacha Pepa. Es una viejecita del pueblo, que habla á tontas y á locas, chocha ya por el peso de los años.

Chacha Pepa. ¿Ze pué pazá?

Don Eligio. ¿Otra vez aquí?

Doña Sacramento. ¿Quién? ¡Ah! La chacha Pepa. ¿Qué quieres?

Chacha Pepa. Dios guarde á usté, doña Zacramento. ¿No ha venío la niña toavía?

Doña Sacramento. Si la niña no viene hasta el domingo, mujer.

Don Eligio. Si ya hemos quedado en avisarte, Pepa.

Chacha Pepa. No ze incomode usté, don Ramón. Doña Zacramento, dígale usté que no ze incomode. Hágaze usté cargo que la he tenío en mis brazos, que le he cantao la nana, que le he dao mi zangre... y que ya va pa veinte años que no la

veo. ¡Niña de mi vía, qué ganas tengo de comerle á bezos la cara! ¿Vendrá con er marío, no?

Doña Sacramento. ¿Estás loca, chacha? ¿De dónde sacas que mi sobrina se ha casado?

Chacha Pepa. ¡Ay, qué gorpe! Aquí está don Pedro que me lo dijo.

Don Eligio. ¿Donde está don Pedro?

Chacha Pepa. ¿Usté no es don Pedro? ¿Pos cómo ze yama usté, que ziempre me trabuco?

Don Eligio. Don Eligio. Y yo no he podido decirte palabra de ese casamiento.

Chacha Pepa. ¿No?

Don Eligio. No.

Doña Sacramento. Es que te has confundido, Pepa.

Chacha Pepa. ¿Zí?

Doña Sacramento. Sí. El que se ha casado es mi pariente don Alfonso, el señor Conde de la Luz. ¿Tú no te acuerdas de él?

Chacha Pepa. ¿No tengo de acordarme? Á mí las cozas de acá no ze me orvían. Eze don Arfonzo y la madre de la zeñorita Conzolación eran hermanos.

Doña Sacramento. Justamente. Y fué quien se hizo cargo de la niña cuando murió su padre, mi pobre hermano Rafael.

Chacha Pepa. ¡Ah, don Rafaé! ¡Cómo ze me reprezenta á mí don Rafaé! Andaba azín: con los brazos mu meneaos. ¡Miste que cazarze ahora don Rafaé!

Don Eligio. ¿Cómo don Rafael?

Chacha Pepa. Digo, don Rafaé: pobrecito. ¿Don Alonzo, no ez er que ze ha cazao?

Don Eligio. ¡Don Alfonso!

Chacha Pepa. ¿Qué más da don Arfonzo que don Alonzo? ¿Y con quién ze ha cazao, á la edá que tiene er güen zeñó?

Doña Sacramento. Mujer, ya te lo hemos dicho cien veces: con una joven de Solar del Rey, donde reside.

Chacha Pepa. Ay, zí, zeñora, zí. Po zi er motivo de venirze acá la zeñorita Conzolación es que no ze yeva bien con la zeñora de don Arfonzo. ¿No es verdá?

Doña Sacramento. Verdad.

Chacha Pepa. ¿Ve usté como me acuerdo mu bien? No ze enfurruñe usté, zeñó, que ya me voy. ¿De manera que la niña viene aluego?

Don Eligio. ¡No!

Chacha Pepa. Güeno, pos quié decí que usté me mandará una razón azina que yegue. De eza manera no incomodo. Miste que mi pobrecito Juan está impedío, y no hace más que pincharme pa que venga á preguntá por la niña. Y yo, que necezito poco, pos nos juntamos el hambre y la gana e comé. ¡Zeñó, zi mis brazos han zío zu cuna, zi la he enzeñao á hablá, zi le he dao la zangre e mis venas!... Estará ya hecha una rear moza. ¿Quién me contó á mí que la había visto y que era mu bonita? Mi comadre, la mujé de mi compadre Antonio, que vino aquí por una promeza. ¡Ay, zeñó, cómo vuela er tiempo! Ya me voy, ya me voy. Doña Zacramento, que usté ziga güena. Don Benito, quéeze usté con Dios.

Doña Sacramento. Adiós, chacha.

DON ELIGIO. Adiós, mujer, adiós.

Vase por el portón la Chacha Pepa, charlando sola.

DOÑA SACRAMENTO. Esta infeliz de Pepa no sabe ya dónde está de pie.

DON ELIGIO. No lo sabe.

DOÑA SACRAMENTO. Verdaderamente chochea. Y la noticia de la llegada de mi sobrina Consolación, á quien ella ha criado, le ha vuelto el poco juicio que le quedaba.

DON ELIGIO. ¿La señorita Consolación llegará seguramente el domingo próximo?

DOÑA SACRAMENTO. Con la voluntad de Dios así será. Al menos tal me dice en su última carta. Deseo verla aquí. Espero hallar en ella una consoladora compensación á las amarguras que me proporciona mi hijo.

DON ELIGIO. Amén.

DOÑA SACRAMENTO. Es joven; es rica; seguramente es buena. Gozo yo, amigo Frías, encauzando estas vidas juveniles que el azar, ó la mala educación, ó la falta de sentimientos cristianos puede malograr ó perder.

DON ELIGIO. Aquí baja el señor marqués de los Arrayanes. Con la venia de la señora marquesa, yo me quito de en medio.

DOÑA SACRAMENTO. Así como así, deseo conversar á solas con mi hijo.

DON ELIGIO. No lo olvide usted: veinte mil pesetas.

Se va por la puerta de la derecha como gato que teme una pedrada. JULIO, que lo ve, baja las escaleras riéndose. Es un muchacho alegre y decidor, fuerte y sano, y nada gomoso. Viste un traje sencillo de casa.

Doña Sacramento. ¿De qué te ríes, Julio?

Julio. Del gran don Eligio, que se escabulle en cuanto me ve. Me teme más que á un tiro con sal.

Doña Sacramento. Justificadamente, por supuesto; lo mortificas con tu informalidad y con tus chanzas de mal gusto.

Julio. Eso te cuenta él; pero lo que hay es que le he descubierto una aventurilla amorosa que tiene por el barrio de los gitanos.

Doña Sacramento. Mira, Julio: tus chocarrerías me lastiman á mí más que á él. Don Eligio es incapaz de lo que le atribuyes. Don Eligio es un hombre serio.

Julio. Ay, mamá, perdóname, pero se la tengo jurada á esos que tú llamas hombres serios.

Doña Sacramento. Así andas tú, mala cabeza. Tenemos que hablar, y no poco.

Julio. ¡Hola! ¿El sermón de todos los viajes? Pensé que esta vez me escaparía.

Doña Sacramento. ¿Estás decidido á marcharte mañana?

Julio. Decidido.

Doña Sacramento. ¡Y viniste ayer! ¿A Granada, naturalmente?

Julio. Naturalmente.

Doña Sacramento. Ahora sopla el viento de Granada.

Julio. Es una tierra hermosa. En ninguna de las que yo conozco se ama la vida tanto como allí.

Doña Sacramento. ¿Ni en Alminar de la Reina, al lado de tu madre?

JULIO. No te enfades, mamá; á tu lado viviría yo siempre. Cuando no vivo es porque no puedo. Somos incompatibles. Vemos la vida de distinta manera, y desde este momento, al hacer yo la mía, amargo la tuya sin querer. Para ti la vida es un martirio; para mí es un regalo. Para ti el mundo es un valle de lágrimas; para mí es un campo de flores. Tú quieres vivir encerrada en un calabozo; yo quiero que me dé el sol en la cara. Si la vida es alegre, como creo, ¿por qué entristecerla? Y si es triste, como piensas tú, ¿no es humano alegrarla un poco?

DOÑA SACRAMENTO. ¡Alegrar la vida! ¿Y tú le llamas alegrar la vida á vivir como vives?

JULIO. ¡Claro! ¿No es alegre mi vida?

DOÑA SACRAMENTO. De puro alegre es loca.

JULIO. Pues ya ves si la llamo bien.

DOÑA SACRAMENTO. Bueno, Julio: esto es menester que concluya.

JULIO. ¿Esto? ¿Y qué es esto?

DOÑA SACRAMENTO. No finjas. Sé á lo que has venido.

JULIO. Don Eligio, el administrador, me parece que también sabe algo.

DOÑA SACRAMENTO. Déjate de burlas. Sé cómo vives. ¿No te avergüenza que á todo un marqués de la ilustre casa de los Arrayanes, en una ciudad como Granada, le señale la gente por derrochador y por tramposo?

JULIO. Con gravedad cómica. ¡Ah, sí! Me avergüenza que me señalen por tramposo. Por eso quiero pagar cuanto antes, para evitar una cosa tan fea.

Doña Sacramento. Y volver á empezar la madeja, ¿verdad? ¿No te enciende la cara que de una mujerzuela de mal vivir se diga en todas partes: «Esa es la... *amiga* del marquesito?»

Julio. Lo primero, mamá, que quien me critique por eso, es porque deplora que no pueda decirse lo mismo de él; y lo segundo, que eso no es más que un sueño, hijo de tu candoroso prejuicio de cierta vida.

Doña Sacramento. ¿Vas á negarme á mí lo que se pregona á los cuatro vientos? ¿Crees que yo, por desgracia, no sé que la afición á las mujeres te domina, te ciega?

Julio. Ni me domina ni me ciega; es simplemente que me gustan á perecer. Más te digo: creo que sin ellas no valdría la pena de vivir en el mundo. Por algo Dios, que es tan sabio, ha creado siete mujeres para cada uno de nosotros.

Doña Sacramento. ¡Jesús, Dios mío! ¡Qué disparate!

Julio. Estoy convencido, mamá. En la vida de cada hombre, ocultas ó á la luz del sol, hay siete mujeres. Sólo que yo tengo la franqueza de confesarlo, y los hombres serios le dicen al mundo que van al casino, ó á una junta cualquiera... ó á velar á un enfermo... y yo sé adonde van.

Doña Sacramento. ¡Silencio, Julio! Cuando te oigo desbarrar de esa manera, cada día más despeñado hacia tu perdición, temo y deseo al mismo tiempo que estos venerables retratos que nos escuchan se animen con vida momentánea tan sólo para acusarte y confundirte.

JULIO. ¡Mamá, por Dios, mamá! Que aquí estamos hablando familiarmente y en confianza; que no estamos ante la historia, que miente mucho. Si cualquiera de estos varones, antepasados míos, á quien yo venero y respeto como hombres de honor, sintiera de improviso correr por su cuerpo un soplo de vida, no dudes que lo aprovecharía para decirme: «Julio, vámonos á conocer á esa moza.»

DOÑA SACRAMENTO. ¿Qué estás diciendo?

JULIO. La pura verdad. *Señalando sucesivamente á varios retratos.* Mira: el primer marqués de los Arrayanes, don Gonzalo de Miranda, dejó al morir siete bastardos nada menos.

DOÑA SACRAMENTO. ¡Julio!

JULIO. Eso que se sepa. El venerable y reverendo Fray Tomás, modelo de virtudes, dejó...

DOÑA SACRAMENTO. ¡Julio!

JULIO. Dejó un hospital para leprosos, cuando ya el buen señor no podía dejar otra cosa. El diablo harto de carne... Sor Teresa de la Caridad...

DOÑA SACRAMENTO. ¡Calla!

JULIO. Sor Teresa...

DOÑA SACRAMENTO. ¡Te mando que calles! ¿No contento con prostituir tu presente, osas manchar y escarnecer tu pasado?

JULIO. Nada de eso, mamá; recuerdo sólo los hechos que fueron; declaro la verdad lisa y llana. Tu mismo abuelo, hombre intachable, aunque de buen humor, escribió un libro lleno de gracia, que á escondidas leí yo cuando niño, y en el cual pude ver impresas todas esas hazañas que ahora te escandalizan tanto.

Doña Sacramento. Ese libro se quemó y no hay que hablar más de él.

Julio. Pues no debe quemarse ningún libro que diga la verdad.

Doña Sacramento. La verdad, la única verdad que aquí existe, es que eres incapaz de enmienda; es que me hieres con tus liviandades; es que me matas con tu falta de seso y de moralidad, con tu desdén por cuanto yo más amo y venero. ¡Oh! No eran como tú ciertamente aquellos mozos de Alminar de la Reina, que en la bodega de esta casa se adiestraron en el manejo de las armas y que luego se batieron en Bailén.

Julio. No, no eran como yo; ciertamente valían más que yo. Pero tampoco eran como esos á quien tú llamas ejemplares y con quienes me das en cara á cada paso. Digo de estos de ahora, frívolos, hipócritas, calculadores... á los veinte años, incapaces de apasionarse ni por una mujer ni por una idea; jóvenes sin juventud, negros como sotana por dentro y por fuera, que no llevan en la cabeza más que el plan de una buena boda, ajustando á la novia como una finca ó como una jaca. Créeme, mamá: créame usted, señora marquesa de los Arrayanes: seguramente se parecían más á mí que á estos otros aquellos mozos que se batieron en Bailén. Y doblemos la hoja, que por excepción me he puesto serio, y temo parecerme á don Eligio, que sería lo peor.

Doña Sacramento. ¿Quieres dejar en paz á don Eligio? Este buen hombre, honrado adminis-

trador de nuestros bienes, merece todos mis respetos.

JULIO. Y los míos. Y aun pienso darle un beso en cada mejilla, con mucho cuidado para no desteñirle el bigote, en cuanto me entregue lo que le he pedido.

DOÑA SACRAMENTO. ¡Oh! En ese particular, ya tiene mis órdenes más terminantes.

JULIO. Las quebrantará de seguro.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Cómo?

JULIO. De seguro. ¿No ves que lo domino? Tengo su secreto... y el hombre que tiene el secreto de otro, es su amo. Además, pienso llegar para ablandarlo hasta la adulación más baja. Él ha escrito un libro de erudición, al que no hay manera de hincarle el diente. Tiró mil ejemplares, y hoy tiene en casa cerca de dos mil. La edición ha crecido, que es el colmo de no venderse. Pues en cuanto le diga yo que sé de dos ó tres compradores entusiastas... no resiste. Se vuelve loco y se me rinde sin condiciones.

DOÑA SACRAMENTO. Tú sí que eres loco de atar.

Á la puerta de la calle se supone que para un coche, cuyo cascabeleo se ha sentido y se ha ido acercando momentos antes.

JULIO. ¿Qué es eso, un coche?

DOÑA SACRAMENTO. Así parece.

JULIO. Y ha parado aquí.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Á estas horas? Lo extraño mucho.

Se asoma DIEGO alborozado por la ventana del zaguán.

DIEGO. ¡Doña Sacramento! ¡Doña Sacramento!

DOÑA SACRAMENTO. ¿Qué pasa?

DIEGO. ¡Que aquí está ya la señorita Consolación!

DOÑA SACRAMENTO. ¿Mi sobrina? ¿Qué dices, hombre?

DIEGO. ¡La mismita! ¡La mismita en persona! ¡Místela! Retírase corriendo hacia la puerta y vuelve luego.

JULIO. ¡Cuánto me alegro! Así la conozco antes de irme.

DOÑA SACRAMENTO. Pero si no puede ser... si no debía llegar hasta el domingo. Á DON ELIGIO, que sale por donde antes se fué. ¿Usted oye esto, amigo Frías?

DON ELIGIO. He oído los cascabeles de un vehículo.

DOÑA SACRAMENTO. ¡Pues creo que es mi sobrina que ha llegado!

DON ELIGIO. ¿Su sobrina? Lleno de asombro. ¿Sin telegrama previo? Vamos á ver, vamos á ver...

JULIO. Atisbando por la ventana. ¿Hola, hola? ¡La primita es guapa de veras!

Dirígense todos al portón, á tiempo que por él llegan CONSOLACIÓN y CORALITO, su doncella. Consolación es lo mejor que ha salido de Alminar de la Reina, con permiso del administrador de la casa. Fuerte, ágil, inquieta, revoltosa, llena de salud, de alegría, lleva el sol en el alma y en los ojos. Su doncella, muy linda por cierto, es más presumida que una mona.

La entrada de ellas es triunfal. Empujando el portón entreabierto, penetra Consolación en aquel patio como el sol por las claraboyas de un castillo en ruinas. Llega, por decirlo así, á despertar la casa; á sacudir á sus moradores. No queda gato ni perro que no salga á darle la bienvenida y no se regocije de verla allí. Viste de blanco, y en a mano trae un gran ramo de flores.

CONSOLACIÓN. ¡Tía!

DOÑA SACRAMENTO. Pero ¿eres tú, demonio? Se abrazan y se besan.

CONSOLACIÓN. ¿No me esperaba usted, verdad?

DOÑA SACRAMENTO. ¡Hasta el domingo!

CONSOLACIÓN. ¡Pero qué bien está usted! ¡Y qué guapa! ¡Parece que no pasan los años!...

DOÑA SACRAMENTO. ¡Vaya si pasan! Don Eligio, ¿quién la conoce?

CONSOLACIÓN. ¡Ay, don Eligio! No había reparado... ¿Qué tal, don Eligio?

DON ELIGIO. Defendiéndonos del tiempo implacable. ¿Y usted, señorita?

CONSOLACIÓN. Ya usted me ve. Á usted lo hallo más joven, si cabe.

JULIO. Es que se tiñe.

CONSOLACIÓN. ¿Cómo? Confundiendo á Julio y saludándolo con gran efusión. ¡Pacheco! ¿Usted aquí? ¿Cómo le va, Pacheco?

JULIO. Á Pacheco, no sé. Á mí no me puede ir mejor.

CONSOLACIÓN. ¿No es usted Pacheco?

JULIO. No soy Pacheco. Y lo siento mucho en vista del éxito de Pacheco.

CONSOLACIÓN. Pues tiene usted su misma cara.

JULIO. Pues acompaño á Pacheco en el sentimiento.

DOÑA SACRAMENTO. ¡Muchacha, si es tu primo!

CONSOLACIÓN. ¿Julio? ¿Este es Julio?

JULIO. Sí, prima, sí: Julio soy.

CONSOLACIÓN. ¡Jesús! ¿Quién lo había de pen-

sar? ¡Si hace ya más de veinte años que no nos vemos! Pero ¿no me escribió usted, tía, que este no estaba aquí?

DOÑA SACRAMENTO. Y no estaba.

JULIO. He venido á conocerte nada más. ¿Verdad, don Eligio?

DON ELIGIO. Nada más.

CONSOLACIÓN. Muchas gracias, hombre. No lo creo, pero muchas gracias. ¡Mira que hemos corrido y saltado por este patio! ¿Te acuerdas, Julio? ¡Pero qué bien los encuentro á todos! Hasta Diego se conserva como un chiquillo. ¿Qué vino se bebe en esta casa? ¿Y Cinta, Diego, y Cinta?

DIEGO. Tan güena que está.

CONSOLACIÓN. ¡Pobre Cinta! ¡Cuánto la hacía rabiar cortándoles las orejas á los gatos! ¡Ja, ja, ja! El patio es el que me parece más chico. ¡Claro, como yo soy mayor! Mañana mismo, tía, hemos de ir á la casa en que yo nací. ¿Quién vive allí ahora? ¡Le advierto á usted que traigo en la cabeza un revoltijo de recuerdos de mi niñez!... ¡Lo que yo voy á gozar andando por las calles de Alminar de la Reina! En el tren se lo decía á Coralito. Ven acá, Coralito. *Presentándola.* Tía, mi doncella.

CORALITO. Coralito Moreno y Rivas, para servir á usted y á todos.

JULIO. Gracias, Coralito Moreno y Rivas.

CONSOLACIÓN. Qué guasón es mi primo. Ahí donde usted la ve, es una gran persona esta muchacha. Y me quiere á morir. Lo malo es que voy á perderla pronto, porque saca novios hasta en el desierto.

DON ELIGIO. *Alarmado.* ¿Sí, eh?

JULIO. Se explica.

CORALITO. *Mirándolo con un caramelo en cada ojo.* Grasias.

CONSOLACIÓN. ¡En el tren nos hemos reído!... Un señor cura que venía acompañándonos, y que mañana pasará á saludar á usted, enseñaba hasta la última muela. Todo porque ésta ha hecho tres conquistas durante el viaje: una de primera, otra de segunda, y otra de tercera.

CORALITO. De segunda, dos.

CONSOLACIÓN. Es verdad, dos; el teniente de Carabineros y el otro.

CORALITO. La señorita Consolasión tiene muy buen genio y le gusta oirme. Todo eso de las conquistas es guasa suya. No ha habido más sino que los hombres la miran á una... y una no va á taparse la cara con er pañuelo.

Coralito pronuncia las eses como si tuviera un diente roto.

Principian en este punto á salir de la casa de labor las figuras de segundo y de tercer orden, AMBROSIO, LUCÍO, FRASQUITA y CARMEN, algunas de las cuales ya revelaban su impaciencia y su curiosidad asomándose con disimulo á la puerta.

AMBROSIO. Con permizo de los zeñores, yo vengo á zaludá á la zeñorita.

CONSOLACIÓN. ¡Hola, Ambrosio! ¿Qué tal?

AMBROSIO. Vamos viviendo. Á usté ya la veo como una roza...

CONSOLACIÓN. ¿Y tu mujer?

AMBROSIO. Á mi mujé no hay quien le dé una pena.

CONSOLACIÓN. ¿Y Antoñito? ¿No se llama Antoñito?

AMBROSIO. Antoñito ze yama. Á pintó ze ha metío. Ayá veremos lo que zale.

CONSOLACIÓN. ¿Y Joaquina?

AMBROSIO. Joaquina, mejorando lo prezente, es la honra e la caza. ¡Jozús, qué criatura! No tiene fin de bonita, zeñorita Conzolación.

CONSOLACIÓN. ¡Digo! ¡Si está aquí Carmen! ¡Y Frasquita! ¡Jesús, Jesús! ¡Se me figura que no me he ido de Alminar de la Reina!

Empiezan á repartirse besos que suenan lo mismo que cohetes.

CARMEN. Señorita Consolasión, me alegro de verla tan lusía.

FRASQUITA. Que sea usté bien venía, señorita Consolasión.

CONSOLACIÓN. Ya me tienen ustedes aquí á darles trabajo.

CARMEN. Señorita Consolasión, usté no da trabajo.

FRASQUITA. Y á eso está una, señorita Consolasión.

CONSOLACIÓN Por Lucío, que la mira embobado. Y este, ¿quién es? Á este no lo conozco.

LUCÍO. Ni yo á usté, zeñorita.

JULIO. Ah, pues hay que presentarlos en el acto. La señorita Consolación y el animalote de Lucío.

Lucío suelta una carcajada escandalosa, que secundan todos los que no son personas serias.

DON ELIGIO. En tono reprensivo. ¡Lucío!

LUCÍO. ¡Me ha jecho gracia er zeñorito don Julio! ¡Como me ha yamao animalote! Pos ya zabe la zeñorita Conzolación que pué mandá á Lucío jasta

que ze tire por er barranco, zi tiene la zeñorita eze gusto.

DOÑA SACRAMENTO. Calla, Lucío, calla.

Preséntase de improviso la CHACHA PEPA, arrebatada y temblorosa de emoción y de júbilo. Materialmente se come á besos á Consolación, pero con «entreactos» en que la contempla hechizada.

CHACHA PEPA. ¿Ande está? ¿Ande está? ¡Hija de mi arma! ¡Hija de mi corazón y de mi zangre!

CONSOLACIÓN. ¡Chacha Pepa!

CHACHA PEPA. ¡Hija de mi vía! ¡Déjame que te coma! ¡Me traían engañá! ¡Me querían hacé creé que no venías nunca! ¡Pero á mí ze me puzo en er corazón que iba á verte esta noche!

CONSOLACIÓN. ¿Y Juan, chacha?

CHACHA PEPA. Bardao lo tengo ar pobrecito. ¿Tú vendrás á verlo, verdá, mi arma?

CONSOLACIÓN. ¡Vaya si iré!

CHACHA PEPA. ¡Ay, que retegüena y que retehermoza te ha parío tu madre!

LUCÍO. Zeñora, ¿ze quié usté cayá?

CHACHA PEPA. ¿Yo? ¿Por qué?

LUCÍO. ¡Porque en esta caza no está bien decí que lo ha parío zu madre á uno!

JULIO. ¿Qué dice este salvaje?

CHACHA PEPA. Yo hablo aquí to lo que ze me venga á la boca. ¡Hija de mi corazón, Dios te bendiga! ¡Qué guapízima estás! ¿No es verdá, doña Zacramento, que paece la Virgen der Carmen?

DOÑA SACRAMENTO. Sí, sí; pero basta ya, chacha Pepa. Déjala, que te vas á poner mala de alegría.

DON ELIGIO. Y cada uno á su quehacer y á su

puesto, que se hace harto prolijo el capítulo de expansiones.

Doña Sacramento. Aguardad un segundo. Mi sobrina, la señorita Consolación, viene á vivir conmigo. Quiero para ella igual consideración é igual respeto que para mí. No lo olvidéis. Y tú, sobrina, ven arriba ahora y te llevaré á tu departamento. Tenemos que hablar mucho.

Consolación. ¡Y tanto, tía! ¡Qué casa aquella! El pobre de tío Alfonso...

Doña Sacramento. Calla. Á solas me dirás...

Consolación. Ea, pues vamos adonde usted me lleve.

Chacha Pepa. ¡Adiós, niña mía! ¡Adiós, lucero!

Consolación. Adiós, chacha; que vengas.

Chacha Pepa. ¿Tú no vas á dí á vé á mi Juan?

Consolación. ¿No te he dicho que sí?

Chacha Pepa. Pos mañana mejó que pazao. ¡Adiós, reina der cielo! ¡Adiós, pimpoyo bonito!

Don Eligio. ¡Basta ya, basta ya! ¿Cómo ha de decirse?

Chacha Pepa. ¡Cáyeze usté, don Dificurtaes, que gruñe usté más que er carriyo de un pozo!

Doña Sacramento y Consolación se encaminan hacia la escalera. Coralito las sigue. Los otros criados van á retirarse también. En este momento Lucio, que está en primer término, con la mirada distraída y un dedo en la boca, sale con la siguiente improvisación:

Lucío. «La zeñorita ha yegao
mu gracioza y mu bonita;
parece una fló der campo;
Dios bendiga á la zeñorita.

Y con zu tía, aquí prezente,
y don Julio, mucha zalú les dezea
zu zervidó que lo es
Lucío Fernández y Perea.»

El poeta, entre satisfecho de su obra y corrido, suelta otra carcajada que estremece el patio. Doña Sacramento sonríe con cierta benevolencia; don Eligio se pone más serio que nunca, porque le molesta la incorrección de los versos, y porque el poeta se ha olvidado de citarlo á él; los demás ríen y charlan á un tiempo, comentando la buena ocurrencia de Lucío y la belleza de la señorita. Tía y sobrina, con la doncellita á la zaga, siguen subiendo las escaleras. Consolación ríe de muy buena gana.

CONSOLACIÓN. ¡Ay, qué demonio de muchacho! Ha tenido sombra de veras.

CORALITO. Es grasioso ese hombre.

CHACHA PEPA. ¡To ze lo merece el ánger mío! ¡To, to, to!

AMBROSIO. Eze chiquiyo no ze paga con oro.

DIEGO. Ha estao mu salao.

CARMEN. Ha estao mu oportuno.

AMBROSIO. ¡Y qué bonita está la zeñorita!

FRASQUITA. Está presiosa.

CARMEN. Está hecha un lusero.

AMBROSIO. ¡Mujeres azí es lo que debía pintá mi niño! ¡Mardita zea!...

JULIO. Lucío, venga esa mano; eres un gran poeta.

DON ELIGIO. Abrumado por tal algarabía. ¡Ay, ay, ay, ay!...

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es por la mañana.

DOÑA SACRAMENTO, sentada en uno de los sillones, lee un libro forrado de pergamino. De pronto, á lo lejos, óyese el voltear de las campanas de una torre, que repican como si algún suceso fausto ocurriese en Alminar de la Reina, ó como si los campaneros se hubieran vuelto locos. Á los ojos de la noble dama, que deja la lectura, asoma el asombro más grande.

DON ELIGIO sale por la puerta de la derecha con una pluma de ave en la oreja, y en un gesto tal de estupefacción, que no parece sino que le han dicho que la edición de su libro se agota por puntos.

DON ELIGIO. ¿Oye usted, mi señora?

DOÑA SACRAMENTO. Oyendo estoy, querido Frías. ¿Qué repique es este?

DON ELIGIO. En Dios y en mi ánima que no adivino cuál pueda ser la razón de tan desatado campaneo. Hallábame ordenando los apuntes para mi conferencia de esta noche, sobre el empleo del *la* en el dativo femenino—yo soy *laísta,*—cuando

el recio tole tole de las campanas me distrajo de mi tarea.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Mañana es fiesta de guardar?

DON ELIGIO. Para mi santiguada que no.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Las campanas son las de Nuestra Señora del Carmen?

DON ELIGIO. Ellas me parecen.

DOÑA SACRAMENTO. Y repican con desusada furia. ¡Bah! Pronto hemos de saber á qué se debe todo.

DON ELIGIO. Así es la verdad. Va á irse y vuelve. Dígame, doña Sacramento: ¿aún no ha regresado la señorita Consolación?

DOÑA SACRAMENTO. Aún no ha regresado. ¿Tuerce usted el gesto, amigo Frías? Á ver, á ver...

DON ELIGIO. Si la señora me lo permite le diré que el paso de hoy no merece mi aprobación.

DOÑA SACRAMENTO. ¡Ay, señor don Eligio! Ya lo he podido comprender. Yo estoy contrariadísima. Pero vinieron sus amigas por ella, y no supe oponerme á su resolución.

Cesa el repique.

DON ELIGIO. ¿Quiere decirme la señora qué lección seria ha de sacar la señorita de la boda de unos gitanos?

DOÑA SACRAMENTO. Y menos mal si todo se quedara en la boda; pero de seguro habrán llegado frente á sus cuevas, donde tendrán zambra todo el día.

DON ELIGIO. ¡Lamentable espectáculo! Las danzas de las gitanillas son harto deshonestas,

y sus cantares, chabacanos y libres, pican que rabian.

Doña Sacramento. Cierto es.

Don Eligio. La señorita Consolación, señora marquesa, tiene el diablo en el cuerpo, como suele decirse. Esa alegría suya, desenfrenada, atolondradora, febril, entiendo yo que debe ser combatida por todos los medios. La encuentro peligrosísima á sus años, y desde luego poco señoril y poco seria.

Doña Sacramento. Amigo Frías, ha ido usted á poner el dedo en la llaga. Mi sobrina me tiene disgustadísima. Diez días lleva aquí y Dios sabe cuántas contrariedades me ha causado ya. Su genio alegre, como usted ha dicho muy bien, es realmente perturbador é incontrastable. Nada le intimida: nada respeta. En esta casa, donde había el silencio de un claustro, se oye ahora por todas partes un loco reir y un charlar sin tregua ni reposo.

Don Eligio. Además, señora, ¿qué viene á ser esto de recibir aquí, á cualquier hora del día ó de la noche, á todo el que llama á esa puerta? Cuando no es el Tío Carando, que la vió nacer, es la Tía Pilonga, que la vió abrir los ojos; cuando no es el Tuerto de la Plaza, que le debe el estanco á su señor padre, es otro lisiado cualquiera, que viene á pedirla una limosna. Y aquí el ama; y aquí el marido del ama en una silla, porque está baldado; y aquí los seis hijos del ama; y aquí todos los criados y criadas que fueron de su casa paterna, y aquí el pueblo entero, ¡qué diablo! Y una de be-

sar, y una de reir, y una de charlar, que no me permiten poner una coma en su sitio. Esto no, señora marquesa, esto no.

Doña Sacramento. Pues ¿y la doncellita, es de oro? No ha de sacudir una falda, si no es cantando; siempre ha de replicar á lo que se le dice; con todos los mozos de la vecindad coquetea; usa unos vestidos de colorines escandalosos; se echa encima una de olores que trastorna, y se baña como si fuera una duquesa, casi todos los días.

Don Eligio. ¿Sí?

Doña Sacramento. Sí, señor.

Don Eligio. ¿Dónde...?

Doña Sacramento. ¿Cómo?

Don Eligio. ¿Dónde se ha visto cosa igual?

Doña Sacramento. Le aseguro á usted que si no se corrige, aun á riesgo de incurrir en el enojo de mi sobrina, la plantaré en la calle.

Don Eligio. Y hará usted muy bien. En el bolsillito del delantal lleva un pedacito de espejo, y apenas se ve sola en un rincón, ya se está arreglando los *nenes*.

Doña Sacramento. Lo he observado.

Don Eligio. Otrosí. Le gusta, ó hace que le gusta, Lucío.

Doña Sacramento. ¿Lucío? ¿Tan zafio?

Don Eligio. Sí, señora, Lucío. Y trata de embaucarlo y desvanecerlo con todo linaje de coqueterías.

Doña Sacramento. ¡Oh, no! Pues eso, no. En mi casa, no.

Don Eligio. Y aun hay algo más lamentable.

Ayer leía á hurtadillas un librejo que escondió al verme á mí.

DOÑA SACRAMENTO. ¡Hola, hola! Á propósito: ¿examinó usted la biblioteca de mi sobrina?

DON ELIGIO. Sí, señora. ¡Vaya una biblioteca!

DOÑA SACRAMENTO. ¿De quién tiene libros?

DON ELIGIO. De Bécquer, el poeta nocivo y peligroso; de Campoamor, que llamaba las cosas por su nombre; de Valera, que tampoco se mordía la lengua; de Pérez Galdós... ¡y de Luis Taboada!

DOÑA SACRAMENTO. ¿Y en francés, ha visto usted algo?

DON ELIGIO. Dos ó tres noveluchas de Daudet, que pienso quemar sin autorización de nadie.

DOÑA SACRAMENTO. Con la mía.

DON ELIGIO. Sospecho que la señorita Consolación tiene el deplorable hábito de dormirse leyendo.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Por qué no le da usted su libro, querido Frías?

DON ELIGIO. Con mil amores, si lo desea la señora marquesa. Yo no había pensado en cosa tal, porque soy naturalmente modesto. *Pasa* CORALITO *desde la primera puerta de la izquierda hacia la escalera. Su andar menudito de paloma y el incitante juego de sus curvas, sacan de quicio al administrador.* ¡Niña!

CORALITO. ¿Es á mí?

DON ELIGIO. Á usted. Hágame el favor de acercarse.

CORALITO. *Obedeciéndolo muy sonriente.* ¿Qué me manda usté?

DON ELIGIO. Ante todo, menos sonrisita.

CORALITO. Si es agrado naturá.

DON ELIGIO. Pues menos agrado natural. Y muchísimo menos guiñarme á mí.

CORALITO. ¡No es guiño, señó!

DON ELIGIO. ¿Qué es entonces?

CORALITO. Picardía del ojo izquierdo.

DOÑA SACRAMENTO. Bien está ya, sea lo que fuere. Diga usted, Coralito.

CORALITO. ¿Señora?

DOÑA SACRAMENTO. ¿Qué libro leía usted ayer tarde?

CORALITO. ¿Me vió usté? No, que fué este cabayero er que me vió.

DON ELIGIO. ¡Quien la viera á usted es aquí lo de menos! ¡Aténgase al interrogatorio! ¿Qué libro leía?

CORALITO. Un libro grasiosísimo. «Las veintisinco maneras de que se vale una mujé para sacá novio, y un hombre para sacá novia.»

DOÑA SACRAMENTO. Pues ese libro se lo entregará usted al señor administrador.

CORALITO. ¿Va usté á sacá novia?

DON ELIGIO. ¿Eh? ¡Voy á sacar lo que á usted no le incumbe!

CORALITO. ¡Huy qué palabra!

DON ELIGIO. ¡Usted es la que está sacando ya los pies del plato!

DOÑA SACRAMENTO. Sí, por cierto. Coralito, si no quiere usted obligarme á una reprensión dura, replique menos y obedezca más. Hoy mismo le dará usted al señor don Eligio el libro que leía, para que lo queme.

CORALITO. Pero ¿es que er libro es malo?

DON ELIGIO. ¡Es deleznable!

CORALITO. ¿Pues qué va una á leé: «Bertordo, Bertordino y Cacaseno»?

DON ELIGIO. ¿Cómo se entiende? ¡Retírese!

CORALITO. Sí, señó. Sigue su camino hacia la escalera.

DON ELIGIO. Contemplándola y moviendo la cabeza con disgusto. ¡Ay qué meneíto!... ¡qué meneíto!...

CORALITO. ¿También está mal er meneíto? ¡Vaya! ¡Esta casa es la Inquisisión! Sube.

DON ELIGIO. ¡Silencio!

CORALITO. Señó, si no pío. Desaparece.

DON ELIGIO. ¡La última frase ha de ser de ella! ¡Esto me vuelve loco!

CORALITO. Dentro, cantando.

Yo no sé...
yo no sé lo que le ha dao
este serrano á mi cuerpo...

DON ELIGIO. Yéndose al pie de la escalera á gritar. ¡Coralito!

CORALITO. *Contra más...*
contra más quiero orvidarlo
menos conseguirlo puedo...

DON ELIGIO. ¿Pero ve usted, señora marquesa? ¿No es esto burlarse de mí abiertamente?

DOÑA SACRAMENTO. Estoy callada, porque con la tal mocita no hay modo de hablar. Luego le diré á mi sobrina lo que hace al caso. Comprendo ahora que si la mujer de mi primo Alfonso es una muchacha seria, como ya me inclino á creer, hayan saltado de allí Consolación y su doncellita.

DON ELIGIO. ¿Sabe mi señora cuál es la que estimo única suerte de este caso?

DOÑA SACRAMENTO. Me lo figuro, amigo Frías. Se refiere usted á que no está mi hijo entre nosotros.

DON ELIGIO. Cabalmente.

DOÑA SACRAMENTO. ¡Ah, ya lo creo! Mi hijo, dado su natural, alentaría y aun aplaudiría todas estas cosas que á usted y á mí tanto nos desagradan. Por eso, señor don Eligio, transigí con él, y le dije á usted que le diese todo lo que pedía, para que levantara el vuelo cuanto antes. Su presencia aquí estaba llena de peligros.

DON ELIGIO. Á Dios gracias, se fué al día siguiente de llegar la señorita Consolación, y no debemos temer que vuelva por ahora ni en algún tiempo.

Aparece JULIO tras la ventana del zaguán.

JULIO. ¿Hay posada para un peregrino?

DOÑA SACRAMENTO. *Estupefacta.* ¡Julio! ¿Tú?

DON ELIGIO. *Como si tomara ruibarbo.* ¡Don Julio! ¿Usted?

JULIO. Yo mismo. ¿Hay posada ó no? Vengo á molestar lo menos posible; cuestión de un par de horas.

DON ELIGIO. Habrá usted visto que nos hemos quedado de una pieza su mamá y yo.

JULIO. Lo que veo es que no quiere usted abrirme. Palabra de honor que me iré sin pedir más dinero.

DOÑA SACRAMENTO. Ábrale, don Eligio, ábrale.

JULIO. Gracias, mamá. Don Eligio se fía menos que tú.

DON ELIGIO. *Obedeciendo á la señora.* ¡Qué cosas tiene el señor marqués!

JULIO. *Abrazándolo en el mismo portón, que queda entreabierto.* ¡Don Eligio! ¡Mi ángel tutelar! ¡Ya sabe usted que yo lo quiero muy de veras! *Besando á doña Sacramento.* ¿Qué hay, mamaíta?

DOÑA SACRAMENTO. ¿Qué ha de haber? Que me desconciertan tus salidas de tono. ¿Me quieres explicar qué es esto?

Julio viste traje de campo al uso de la tierra.

JULIO. Esto es que tu hijo el calavera, tu hijo el pródigo, tu hijo el malo, viene con unos amigos á un tentadero en La Temprana, á media legua de Alminar, y mientras ellos preparan el almuerzo alegremente, él monta en su jaca y se llega á darle un beso á su madre. ¿Qué tal, don Eligio? ¿Soy ese aborto del abismo de que usted habla?

DON ELIGIO. Señor marqués... yo nunca he dudado... Esas bromas de usted son injustas... Lo cual no empece...

JULIO. Sí empece.

DON ELIGIO. No empece...

JULIO. No empecemos. Y perdone usted este chiste. Sé que usted odia el chiste.

DON ELIGIO. Según. Cuando es de buena ley, lo celebro como el que más.

JULIO. Pero sin reirse. Yo no lo he visto á usted reirse nunca. ¿Tú has visto reirse á don Eligio, mamá?

DOÑA SACRAMENTO. ¡Julio!

DON ELIGIO. Señora...

JULIO. Don Eligio, no haga usted caso de mis chirigotas. Estoy contento... y no reparo en que quizás lo moleste á usted.

DON ELIGIO. De ninguna de las maneras.

De la casa de labor sale AMBROSIO.

AMBROSIO. Tengan ustés muy buenos días. Sorprendido. Don Julio, ¿cómo usté por aquí?

JULIO. Hombre, no es tan raro verme por aquí.

AMBROSIO. ¡Pero tampoco es coza que ze vea tos los días, como er zalí der zo! Con permizo. Don Eligio de mis curpas.

DON ELIGIO. ¿Qué hay?

AMBROSIO. Á mi niño lo tiene usté ya en er jardín con la paleta y los pinceles, y pregunta zi va usté á ponerze la ropa con que lo está pintando ó zi hoy también lo deja.

DON ELIGIO. ¡Válgame Dios! Dile que hoy tampoco podemos hacer nada. Tengo mucho que trabajar. Mientras no salga de mi conferencia, no quiero distraer un minuto. Tanto que, con permiso de todos... ¿La señora marquesa me necesita?

DOÑA SACRAMENTO. Para nada.

DON ELIGIO. ¿El señor marqués quiere algo?

JULIO. Que le pase á usted el susto.

DON ELIGIO. Siempre ha de chancear el señor marqués. Vase por la puerta de la derecha.

JULIO. ¡Pero no se ríe! Escúchame, Ambrosio.

AMBROSIO. Mándeme usté, don Julio.

JULIO. Te felicito. Sé que tu hijo progresa en la pintura.

AMBROSIO. ¿Que progreza?

JULIO. Así me dicen todos.

AMBROSIO. ¿Zí, verdá? Pué zé que progreze; pero lo que yo le pío á usté, y á tos los que dicen que progreza, es que no me mienten ar niño.

JULIO. ¿Por qué?

AMBROSIO. *Conteniendo su mal humor.* Por na. No me miente usté ar niño, don Julio, no me miente usté ar niño. Yo cuando me enfao no zé hablá zin zortá ajos y ceboyas... y me voy á enfadá zi me mienta usté ar niño. ¿Estamos, don Julio? Ez un favó que yo le pío á usté que no me miente ar niño. Y usté ziga bueno. *Vase á la casa de labor.*

JULIO. Adiós, hombre. *Riéndose.* ¿Qué le ocurre á Ambrosio con el niño?

DOÑA SACRAMENTO. No lo sé á ciencia cierta; pero me figuro que se trata de un gran desacuerdo en materias de arte.

JULIO. Ya.

DOÑA SACRAMENTO. Dejemos á Ambrosio y vamos á cuentas nosotros dos.

JULIO. ¿Cómo á cuentas? ¿No he jurado que soy moro de paz?

DOÑA SACRAMENTO. Respóndeme: ¿puede creerse lo que me has dicho del tentadero y de que vienes á verme tan sólo?

JULIO. ¿Pues á qué he de venir sino á eso? ¿Te he engañado yo alguna vez?

DOÑA SACRAMENTO. Es cierto; nunca

JULIO. No lo digas con retintín. ¿Y mi prima?

DOÑA SACRAMENTO. ¡Tu prima! ¡No me hables de ella! ¿Dónde creerás que está tu prima?

JULIO. ¿Dónde?

Doña Sacramento. Con seis ú ocho amigas en una boda de gitanos.

Julio. ¿Ah, sí?

Doña Sacramento. Como lo oyes.

Julio. ¿Es quizás la novia la hija de Chiribiqui?

Doña Sacramento. ¡Qué sé yo!

Julio. Seguramente. Acabo de encontrarme á Chiribiqui con una borrachera, que si no era de boda era de bautizo. Me saludó tirando el sombrero por alto.

Doña Sacramento. ¿Y de qué te conoce á ti ese hombre?

Julio. Somos compadres.

Doña Sacramento. ¡Julio!

Julio. Le bauticé el último chiquillo.

Doña Sacramento. ¡Jesús! Así te parece cosa natural que tu prima haya ido á esa boda; sin reparar en que aquellas cuevas no son, ni con mucho, escuela de buenas costumbres.

Julio. Mamá, por Dios, no confundas las cosas. Ponte alguna vez en la realidad. Precisamente me agradó de mi prima, en lo poco que hablé con ella, lo espontáneo de su carácter; lo franco, lo ingenuo de su corazón; su irreflexión simpática, su alegría juvenil, que nacen de un alma clara, de un cuerpo saludable... Una mujer así, ni de las cuevas de gitanos ni de ninguna parte saca nada que no deba sacar.

Doña Sacramento. No me sorprende oirte. Harto presumía yo que tu señora prima había de encontrar en ti juez bastante benévolo para sus ligerezas.

JULIO. Mamá, me desespera que hayas de verlo siempre todo á través de los lentes de don Eligio. Yo apenas conozco á mi prima, ni tengo para qué ser su abogado; pero vale mucho más que sea como yo me la figuro, que no como estas niñas del pueblo, de que Dios nos libre.

DOÑA SACRAMENTO. No midas por un rasero á las niñas del pueblo. En el pueblo hay de todo. Y bien sabes tú que sobresale una muchacha entre las demás, de la que te he hablado mil veces con elogio de sus virtudes.

JULIO. Sí; para que yo tomara estado; para que yo dejara mis devaneos; para que yo sentara la cabeza... Ya, ya lo sé; pero como lo primero que se necesita en un matrimonio es amor, y yo no siento amor por esa señorita, aunque sea una rica heredera, ahí tienes por qué no andamos de acuerdo. Y basta ya de dimes y diretes, mamá, que siempre hemos de estar riñendo ó cosa parecida, y yo me he propuesto no volver á reñir contigo.

DOÑA SACRAMENTO. Esa sería buena señal.

JULIO. No sería mala; pero no por lo que tú piensas. Porque te advierto una vez más que yo no he de parecerme nunca á tu administrador.

DOÑA SACRAMENTO. ¡Y dale con el pobre administrador!

JULIO. Para eso haría falta, como dice la copla,

otro mundo y otro cielo
y otro Dios que dispusiera.

Óyese en el zaguán algarabía de muchachas y muchachos que se despiden.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Eh? Ahí está ya Consolación.

JULIO. ¿Mi prima?

DOÑA SACRAMENTO. Siempre se anuncia así: con risotadas y bullicio. Sentiré que entre alguien. Esta casa, desde que ella llegó, es la casa de Tócame Roque.

CONSOLACIÓN. Dentro todavía. Hasta luego, hasta luego. No faltes tú, Mariquita Antonia. Sale por el portón. Viene de traje claro y mantón de Manila ó de espuma, puesto en forma de chal. Lucío la sigue. Tía, ¿ve usted cómo no me han matado? ¡Hola, primo! ¿Tú por aquí otra vez? ¿Has venido al casorio?

JULIO. ¿Cómo te va, primita?

DOÑA SACRAMENTO. Ha venido al campo, á almorzar con unos amigos, y se ha llegado á vernos. Pero se va en seguida.

JULIO. Bien se ve que has andado de fiesta. ¡Buenos colores traes!

CONSOLACIÓN. ¡Y qué fiesta! Me hubiese alegrado que la hubieras visto. ¡Ay, tía, me he reído hasta ponerme mala!

DOÑA SACRAMENTO. Para eso necesitas tú poco. Lucío observa embobado á Consolación.

CONSOLACIÓN. Es que no hay gente como los gitanos para pasarlo bien. ¡Me han dicho una de cosas!... Con lo que á mí me gusta que me digan cosas los gitanos. Los gitanos y los que no son gitanos. Mire usted, tía, un hombre del campo me dijo... Lucío, ¿cómo fué?

LUCÍO. ¿Er qué? ¿Lo que le dijo á usté Vinagre?

CONSOLACIÓN. ¿Vinagre?

LUCÍO. Aquer de la chaqueta al hombro y la mancha en la oreja.

CONSOLACIÓN. El mismo.

LUCÍO. Eze tiene mu güena zombra. Le dijo, dice... *Se ríe recordando la ocurrencia.* Le dijo, dice... con permizo de la zeñora... le dijo, dice...

JULIO. ¡Acaba!

LUCÍO. Don Julio, güenos días.

JULIO. Buenos días. ¡Acaba!

LUCÍO. Le dijo, dice: «Toavía estaba zu mamá de usté echando cuentas... y ya era usté bonita.»

Se ríen él, Consolación y Julio.

DOÑA SACRAMENTO. ¡Qué disparate!

LUCÍO. Poz un gitano mu negrucio, conocío por Maceta, le dijo otra coza, que usté, zeñorita Conzolación, ó no la oyó bien, ó jizo azín como que no la oía. Le dijo, dice...

CONSOLACIÓN. Calla. *Remedándolo.* Hice «azín como que no la oía.»

Lucío torna á reir.

DOÑA SACRAMENTO. Me maravilla que te puedan halagar tales piropos.

CONSOLACIÓN. Por Dios, tía; ¿pero usted cree que son más finas las cosas que nos dicen los señoritos? Yo he pasado un rato que no se me olvidará en mucho tiempo. Había allí una gitanilla, ¡que bailaba de una manera!... ¡Qué salero, qué brío, qué encanto más particular!... Y era preciosa. No me la traje para que usted la viera, por miedo á don Eligio.

DOÑA SACRAMENTO. ¡Muchacha!

JULIO. Esa sería la Chamarina, ¿verdad?

CONSOLACIÓN. ¿La conoces tú?

JULIO. Mucho. Nació bailando.

CONSOLACIÓN. El que nació bailando, por lo visto, es un zagalillo de este alto, más negro y más feo que mandado hacer. ¡Lo que se zarandeó aquel cuerpo, Dios mío!

JULIO. Ah, sí: Malos Pelos, sin duda.

CONSOLACIÓN. ¡Malos Pelos! Así le llamaban.

JULIO. Ese es hijo de Micaela la Bonita y nieto de Petaca.

CONSOLACIÓN. Estás metido en el gran mundo, primo.

JULIO. Completamente. Mamá, no te enfades.

DOÑA SACRAMENTO. No me enfado, no. Ya estoy acostumbrada á oirte.

LUCÍO. Cuente usté lo der repique, zeñorita Conzolación.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Lo del repique?

CONSOLACIÓN. Sí. ¿No ha oído usted repicar en el Carmen?

DOÑA SACRAMENTO. Con gran sorpresa, ciertamente.

CONSOLACIÓN. ¡Pues he sido yo!

DOÑA SACRAMENTO. ¿Tú?

CONSOLACIÓN. Yo.

JULIO. ¿Tú, prima?

CONSOLACIÓN. Yo, yo.

LUCÍO. La zeñorita ha zío.

DOÑA SACRAMENTO. ¡Virgen de las Angustias!

JULIO. ¿Campanera también?

Consolación. ¡Campanera y sacristana y cuanto hay que ser en el mundo! Verá usted, tía. No arrugue el entrecejo: alégrese conmigo, por Dios. Volvíamos las muchachas y los muchachos charlando y riendo del casamiento de los gitanos, y al pasar por el Carmen dijo una: «Vamos á entrar á rezarle á la Virgen.» Y entramos todos á rezar. En esto, yo, que rezo más aprisa, me levanto y me subo á la torre, recordando mis siete años. Lo mismo fué verme, que todos á la torre conmigo. ¡Qué barullo! ¡qué risa por aquella escalera, oscura como boca de lobo! Cuando llegamos al campanario nos deslumbró la luz. ¡Es gloria del cielo lo que se ve por aquellos ojos de la torre! Al sentirnos, una bandada de palomas echó á volar. La mañana era hermosa: el aire, fresco y saludable. El sol parecía que pintaba de amarillo el trigo, de rojo las amapolas, de blanco el pueblo, de verdes los pinares... Temblaba yo, mirando todo aquello, de emoción, de alegría, de ganas de vivir... Allá lejos, muy lejos, había unos hombres encorvados segando la mies... Quise yo en un momento levantar el vuelo como las palomas, saltar, gritar, cantar como un pájaro; quise yo agradecerle á Dios la vida que me dió, los ojos que me puso en la cara y la alegría que me puso en el corazón para ver y sentir todo cuanto veía y sentía; quise yo llevarles, comunicarles mi bienestar á aquellos campesinos, alegrar su trabajo penoso, hacerlos descansar un instante siquiera... Sentí el impulso de los momentos buenos, estalló mi corazón en risa y en lágrimas, y ni visto ni oído: sentido

y hecho: cogí la cuerda de una de las campanas y empecé á voltearla como si hubiera sido campanera toda mi vida ¡Talán tan! ¡Talán tan! Se estremeció el aire. En la torre se armó un revuelo de risas y gritos que ensordecía. Lucío se agarró á otra campana. Un monaguillo, contagiado también y encantado con la indisciplina, se agarró á otra. ¡Talán tan! ¡Talán tan! ¡Talán tan! ¡Talán tan! Parecíamos locos. Las palomas, que habían vuelto á la torre, echaron á volar otra vez... Y algunos de aquellos hombres que trabajaban lejos, levantaron los cuerpos que tenían inclinados sobre la tierra, y un buen rato estuvieron mirando hacia arriba; hacia la torre, hacia el cielo. Ya sabe usted, tía, por qué ha habido esta mañana repique en el Carmen.

LUCÍO. ¿Pos no ze me han zartao las lágrimas?

JULIO. No ha sido á ti sólo. Mira tú por dónde la alegría de la señorita nos ha enternecido á los dos.

LUCÍO. Es que ha contao la coza que ha zío estarla viendo. Mejón que estarla viendo.

DOÑA SACRAMENTO. Consolación, Consolación: eres buena, pero eres loca.

CONSOLACIÓN. Ay, tía, pues yo me esforzaré en ser un poquitito más buena y un poquitito menos loca, para darle á usted gusto. Poquitito, ¿eh?

Baja CORALITO tan pizpireta como siempre.

CORALITO. Señorita Consolasión. *Sonriendo.* Hola, Lusío.

CONSOLACIÓN. ¿Qué quieres?

CORALITO. ¿Se puede hablá?

CONSOLACIÓN. ¿Por qué no, mujer? ¿Qué hay?

CORALITO. ¿Sabe usté que están ahí las masetas?

CONSOLACIÓN. ¿Mis macetas? ¿Todas?

CORALITO. Todas; hasta la der perejí.

DOÑA SACRAMENTO. Es verdad; no te he dicho... Á poco de irte tú llegaron los tres carros.

CONSOLACIÓN. ¿Dónde las han puesto?

CORALITO. En er jardín en cuatro filas.

CONSOLACIÓN. ¡Voy á verlas corriendo! Tía, venga usted. ¡Verá usted qué primores! ¡Mis macetas son famosas en todo el contorno! Yo las quiero más que á muchos parientes. Ande usted, ande usted.

DOÑA SACRAMENTO. Mujer, déjame á mí; yo no estoy para nada.

JULIO. ¿Ni para ir al jardín, mamá? ¿De manera que llegan las macetas de Consolación y la dueña de la casa no va á recibirlas como merecen?

CONSOLACIÓN. ¡Pues claro! Si no viene, me pico. En serio.

DOÑA SACRAMENTO. Sea como tú quieras. Vamos al jardín.

Se encaminan las dos hacia la puerta de la casa de labor.

CONSOLACIÓN. Usted se alegrará. Lo que siento es que ya hay pocos claveles; pero rosas... ¡verá usted qué rosas!

CORALITO. Una viene como la cabesa de un niño chico.

JULIO. Ahora iré yo á verlas también.

CONSOLACIÓN. Te gustarán.

JULIO. Lo creo. Hay cosas que gustan, más que

por ellas en sí, por la persona que anda en torno de ellas. Conociéndote á ti, por fuerza han de encantarme tus macetas.

CONSOLACIÓN. ¡Mira qué galante es mi primo!

DOÑA SACRAMENTO. Buen par de taravillas estáis tu primo y tú.

Ríen los muchachos. Ellas entran en la casa de labor y él sube. Lucío se queda como cuajado mirando á la puerta. Coralito, que cree que no es á la puerta precisamente adonde debe mirar Lucío, le dice al cabo:

CORALITO. Pero oye: ¿te han embarsamao con estopa?

LUCÍO. Sin oirla. ¡Er zó ze ha metío en esta caza!... ¡Pintores no la pintan!... ¡Bonita es como la fló der granao!

CORALITO. ¿Estás hablando solo?

LUCÍO. ¡Mardita zea la pobreza! ¡Á ladrón me vi á echá pa tené dineros! ¡Zi yo fuea zeñorito!...

CORALITO. ¡Jesú! Tú no estás bueno de la *armendra*.

LUCÍO. ¿De dónde?

CORALITO. Por la cabeza. De la *armendra*.

LUCÍO. ¡Déjame á mí ahora! Volviendo á sus pensamientos. ¡Qué mirá!... ¡Qué hablá!... ¡Qué andá pa arriba y pa abajo como una pluma!... ¡Qué reí... que paece que entra en la caza un bando e golondrinas!...

CORALITO. Picada. Lo primero que hay que tené en este mundo es educasión.

LUCÍO. ¿Qué dices?

CORALITO. ¿Soy yo argún trapo?

LUCÍO. Compará con tu zeñorita eres trapo y medio.

CORALITO. Grasias. ¿Tú te has fijao en la soga der poso?

LUCÍO. ¿Por qué?

CORALITO. Porque así eres de fino.

LUCÍO. ¿Pero te quiés tú poné con eya?

CORALITO. Yo no, hijo mío; yo no quiero ponerme con nadie. Cada una es como Dios la ha hecho. Lo que sí te digo es que yo, aunque sea en er campo, hago así en er suelo con er pie... y salen siete novios.

LUCÍO. ¡Ziete griyos es lo que zardrán!

CORALITO. Arguno me canta por las noches. Acostumbrá estoy yo á que hombre que me ve, hombre que siente la *punsá*.

LUCÍO. ¿Y á mí á qué me cuentas tú ezo?

CORALITO. Pa que te enteres con quien tratas.

LUCÍO. ¡Zi ya lo zé de zobra! ¡Que siempre habemos de está lo mesmo! Quéate con Dios: me voy á verla entre las flores.

CORALITO. ¿Á quién?

LUCÍO. ¡Á doña Zacramento va á zé! ¡Mía ésta! ¡Á tu zeñorita, pamplinoza! ¡Eza zí que da azín con er pie en er zuelo, como dices tú, y zalen ziete claveles reventones!

CORALITO. Despechada. ¡Vaya!

LUCÍO. Siguiendo el hilo de su admiración. ¡No ze dice por mucho que ze diga lo bonita que es! ¡Bonita á toaz horas y en toas partes! Ayé ze puzo toa de negro y ze fué á miza zola conmigo, y no zé cómo er Pae Ramón no ze equivocó ar decí: «Dominus vobiscum», y le dijo: «¡Bendita zea tu madre!» Zi yo zoy er Pae Ramón, me equivoco. ¿Poz y cuando

ze encasqueta eze zombrerito tan zerrano, que debe zé de Parí de Francia, y ze monta en la jaca baya y echa á corré por er camino e los Parrales que no hay quien la ziga? ¿Y cuando está zentá y ze levanta de pronto? ¿Y cuando está de pie y da una carrerita pa zentarze?

CORALITO. ¿Y cuando nase un hombre tonto, tonto, tonto de la cabesa y no hay quien lo componga? ¿Qué te parese á ti? ¡Er demonio 'er gañán, que debía está tirando de una carreta con otro buey! ¿Sabes tú lo que yo te digo? ¡Que mardita la farta que me hasen á mí tus piropos! ¡Pos de buena lana es er carnero! Volviéndose de pronto y encarándosele. Mira: er marquesito de la Cruz de la Fuente, que es un rear moso, que se lava er cuerpo tos los días, me mandó á mí unos sarsiyos de briyantes, con una cartita en que lo que menos que me desía era surtana: en er baú la tengo; Periquito Mora, de lo mejó de Solá der Rey, se ha querido casá conmigo, ¿te enteras tú? ¡casarse conmigo! y me ha dao su retrato, firmao por é: en el baú lo tengo; aquí yevo diez días, y sin salí á la caye, como aquer que dise, tengo ya cuatro pretendientes...

LUCÍO. ¿En er baú?

CORALITO. En er baú tengo las cartas; que te coste á ti. Y va er resto: er boticario de esta caye, que es más guapo que tú, y más fino que tú, y que fuma con estenasiyas, está envenenando á medio pueblo, trastornao desde una noche que fí yo á comprarle sargatona. ¿Lo sabes? ¿Te enteras? ¿Me has oído? Cuando menos te piensas tú que se tomó mi madre er trabajito de echarme ar mundo pa un

cortijero. ¡Jesú, Jesú, qué ilusiones se hase la gente! ¡Quítate de ahí, feo to, que hueles á piara! ¡Uf, qué asco me ha dao de pronto este mendrugo, pero qué asco! ¿Adónde iríamos á pará? ¡Por María Santísima! ¡Estaría yo loca! **Éntrase por la primera puerta de la izquierda huyendo con repugnancia cómica de Lucío, é indignada ante la suposición de que ella lo mire con buenos ojos. Él da rienda suelta á sus carcajadas.**

Lucío. ¡Ju, ju, ju! ¡Ze ha enfadao! ¡Ze ha enfadao, porque yo no le digo na! ¡Ju, ju, ju! ¡Prezume más que un zordao con un puro! ¡Ju, ju, ju! **De improviso se queda serio, fijándose en un retrato que hay colgado sobre la ventana del foro.** Güeno está, hombre; no es mala penzión la que tengo. Dende que la zeñora me riñó porque me reía, en cuantito ze me va la riza ya me está mirando er tío eze. **Variando de puntos de vista.** Y zi me pongo aquí, me mira. Y zi me pongo aquí, me mira. Y zi me pongo aquí, me mira también. Donde quiea que me pongo, me mira. **Encarándosele.** ¡Zeñó, pero zi la riza no va con usté... y ezo que paece que zaca la cabeza de un quezo! **Aludiendo á la gola.** ¡Ju, ju, ju! **Suelta otra vez la risa y vuelve á quedarse repentinamente serio ante la mirada del caballero retratado, y á buscar nuevos puntos de vista para ver si logra esquivarla. En este ir y venir lo sorprende Doña Sacramento, que sale de la casa de labor y se encamina á la escalera.**

Doña Sacramento. Lucío.

Lucío. Zeñora.

Doña Sacramento. ¿Qué estás haciendo?

Lucío. Ganas de armorzá.

Doña Sacramento. ¿No te has llegado á la botica por lo que te encargué?

LUCÍO. Como no corría prieza hasta la noche... Pero iré ahora en un zarto. Zólo que vi á dí á otra botica.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Por qué?

LUCÍO. Porque er boticario de esta caye está enamorao de Coralito, y ze le píe marnezia y da lamedó. ¡Ju, ju, ju!

DOÑA SACRAMENTO. ¿Qué risa es esa? ¿No te la tengo reprendida?

Al mismo tiempo que la reprensión de la señora, lo ataja en su risa la mirada de marras.

LUCÍO. Sin quitarle ojo al de la gola. Zí, zeñora, zí.

DOÑA SACRAMENTO. Pues mal se conoce. Procura no perder la memoria. Y procura, además, cuando salgas á la calle, no detenerte en la ventana de esa mujer conocida por la *Morisca* en el pueblo.

LUCÍO. ¿También ze lo han contao á usté las golondrinas?

DOÑA SACRAMENTO. También. Retírase por la escalera.

LUCÍO. ¡Ju, ju, ju! Al retratado. Á ti te vi yo á zortá una pedrá en un ojo.

DOÑA SACRAMENTO. Desde la escalera. ¿Eh?

LUCÍO. Zeñora, no va con usté. Usté dispenze.

Por tercera vez trata de descubrir nuevos puntos de vista para burlar la mirada acusadora.

Sale luego CONSOLACIÓN.

CONSOLACIÓN. Lucío.

LUCÍO. Mándeme usté.

CONSOLACIÓN. Escucha: voy á adornar el patio con macetas mías.

LUCÍO. ¡Ole!

CONSOLACIÓN. ¿Te gusta la idea? Llégate al jardín, y todas aquellas que hay allí separadas, junto á la pila, vémelas trayendo ahí al lado.

LUCÍO. ¡Como zi quié usté que le traiga er jardín entero, y la pila, y los peces!

CONSOLACIÓN. No; no es menester. Que te ayude Diego.

LUCÍO. Lo que usté me mande, y na más que lo que usté me mande. *Vase el hombre todo alborozado.*

Baja JULIO, *que ha trocado el traje de campo por uno de casa.*

CONSOLACIÓN. *Sorprendida al verlo.* ¡Julio!

JULIO. Consolación.

CONSOLACIÓN. Pero ¿no vas al campo ya?

JULIO. No voy.

CONSOLACIÓN. ¿Qué bicho te ha picado?

JULIO. ¡Venates!

CONSOLACIÓN. Pues ¿sabes que me alegro?

JULIO. ¿Sí?

CONSOLACIÓN. Sí; porque he pensado adornar el patio con mis macetas, y tú vas á ayudarme á ello.

JULIO. ¡Ahora mismo!

CONSOLACIÓN. Cuando ese las traiga. He mandado traerlas á Lucío.

JULIO. Ya.

CONSOLACIÓN. Oye: ¿te ha pedido tu madre que te quedes?

JULIO. No.

CONSOLACIÓN. ¿Y de verás te quedas?

JULIO. Sí.

CONSOLACIÓN. Perdóname.

JULIO. ¿Por qué?

CONSOLACIÓN. Porque yo me malicié que la reunión del tentadero no era sólo de amigos; y cuando no vas...

JULIO. Cuando no voy...

CONSOLACIÓN. Claro se ve que es sólo de amigos. Ya sé, ya sé que te gustan un poquillo las faldas.

JULIO. ¡Un poquillo, no! De aquí á la casa de enfrente no voy yo si no es por unos ojos.

CONSOLACIÓN. Ya sé también que tienes el genio demasiado alegre.

JULIO. ¿Demasiado alegre? ¿En qué sentido?

CONSOLACIÓN. En los cinco sentidos.

JULIO. Eso es muy cierto. Soy gran aficionado á ver, á oir, á oler...

CONSOLACIÓN. *Interrumpiéndolo.* Y á lo otro que falta; no te canses. Y naturalmente, te quedarás en Alminar para ver, para oir, para oler.

JULIO. Etcétera, etcétera; no te canses tampoco tú.

CONSOLACIÓN. ¡Bueno! Me voy arriba.

JULIO. *Contrariado.* No te vayas ahora. ¿No vamos á arreglar las macetas? ¿No hemos quedado en adornar el patio juntos?

CONSOLACIÓN. Sí, pero todavía... Voy á escribir antes.

JULIO. ¿Á escribir? ¿Á quién?

CONSOLACIÓN. ¡Qué curiosidad, primo!

JULIO. ¿Al tío Alfonso?

CONSOLACIÓN. No. Y eso que no me olvido de aquella casa.

JULIO. ¿Á su mujer?

CONSOLACIÓN. Tampoco. ¡Dios me libre!

JULIO. *Con cierto asombro.* ¿Entonces á quién vas á escribirle tú?

CONSOLACIÓN. Es claro: si no es al tío Alfonso ó á su mujer, ya no hay á quien escribirle en el mundo.

JULIO. ¿A alguna amiga?

CONSOLACIÓN. ¡Pero qué curioso!

JULIO. ¿Á algún amigo?

CONSOLACIÓN. Ni amigo ni amiga; ¿tú qué tienes que ver?

JULIO. Pues, hija, como no le escribas á San Antonio... porque se te haya perdido algo...

CONSOLACIÓN. Á San Antonio le escribí hace ya tiempo, certifiqué la carta, le metí dentro un sello... y no tuvo más remedio que contestarme.

JULIO. Ya.

CONSOLACIÓN. ¿Comprendes?

JULIO. Sí. ¿Tienes novio?

CONSOLACIÓN. Uno.

JULIO. ¿Querías tener dos?

CONSOLACIÓN. Con uno bueno basta y sobra.

JULIO. Lo siento en el alma.

CONSOLACIÓN. ¡Primo!

JULIO. Sí, hija, sí; te soy franco. Me molesta que las mujeres bonitas tengan novio. Las quiero ó libres como el pájaro, ó ya con su marido al margen. Por lo que no paso es por el novio. El novio es una figura molestísima.

CONSOLACIÓN. Pues, hijo, hay que sufrir. Yo tengo otra opinión del mío. Voy á escribirle.

JULIO. Poquito, ¿eh?

CONSOLACIÓN. ¡Ay, qué gracia! Lo de todos los días. Un pliego tan cruzado que parece una tela metálica.

JULIO. ¿Ves tú? Si no fuera por ese hombre, tú y yo seguiríamos charlando ahora. ¡Porque para algo me he quedado yo aquí!

CONSOLACIÓN. Para algo, sí; pero para eso, no. Sé también que eres muy embustero.

JULIO. Achaques de la imaginación andaluza. ¿Tú no mientes?

CONSOLACIÓN. Mejor y más que tú.

JULIO. ¿Hola?

CONSOLACIÓN. Mira: tú acabas de decirme que no te vas por el gusto de charlar conmigo, y eso es mentira, y yo no lo creo; y yo te he dicho que tengo novio, y es mentira también, y tú te lo has creído.

JULIO. ¿No tienes novio? ¿Hola, hola? ¿Con que no tienes novio?

CONSOLACIÓN. No, hijo mío; ni me sale. Yo digo lo que una muchacha de mi pueblo, que es muy salada: «Con mi media naranja han hecho por ahí un refresco.»

JULIO. ¡Esto ya es otra cosa! ¡No tienes novio! ¿Arreglamos las macetas?

CONSOLACIÓN. Así que las traiga Lucío.

JULIO. Conformes. Es particular lo que me sucede. Mi madre se va á quedar con la boca abierta. Porque te prevengo que ahora me voy á llevar un mes sin salir de casa.

CONSOLACIÓN. La verdad es que eres un taram-

bana, primo. ¿Qué razón hay para que no vivas con tu madre?

JULIO. Eso es muy complejo. Diferencias de caracteres, de opiniones, de gustos... Claro que hay algo más...

CONSOLACIÓN. ¡Y tanto!

JULIO. No, no va por donde tú imaginas.

CONSOLACIÓN. Pues cerca le andará.

JULIO. Eso sí.

CONSOLACION. ¿Á ver?

JULIO. Vale más que sigas sin saberlo. Por todo pasaría yo, si mi madre pasara por una sola cosa mía.

CONSOLACIÓN. *Con interés.* ¿Te gusta alguna mujer que á ella no le agrade?

JULIO. Me gustó... y mucho.

CONSOLACIÓN. ¿De dónde era?

JULIO. De Málaga.

CONSOLACIÓN. ¿Cómo se llamaba? Dilo.

JULIO. Antoñita la buñolera.

CONSOLACIÓN. ¡Julio!

JULIO. Tú me lo has preguntado.

CONSOLACIÓN. ¿Pero si eso se acabó, según parece?...

JULIO. Se acabó... cuando se murió ella.

CONSOLACIÓN. Ah, ¿no vive?

JULIO. No vive; pero dejó rastro.

CONSOLACIÓN. Ya. El aceite de los buñuelos se agarra mucho á la garganta. *Con sorna.* ¿No puedes olvidarla, eh?

JULIO. Tengo un hijo.

CONSOLACIÓN. ¿De la de los buñuelos?

JULIO. De la misma.

CONSOLACIÓN. ¡Vaya por Dios! ¿Y tú qué pretendes de tu madre?

JULIO. Que venga mi hijo aquí.

CONSOLACIÓN. ¿Y á tu madre... le hace daño la masa?

JULIO. ¡No es que le hace daño; es que no consiente hablar de ello! ¡Le subleva la conversación!

CONSOLACIÓN. ¿Se parece á ti?

JULIO. ¿Mi madre?

CONSOLACIÓN. Tu hijo.

JULIO. Es un retrato mío.

CONSOLACIÓN. Menos mal.

JULIO. ¿Cómo menos mal?

CONSOLACIÓN. Porque... dichosa la rama que al tronco sale.

JULIO. Ya sabes lo que me separa de esta casa. De esta casa... y de algunas mujeres.

CONSOLACIÓN. ¿De algunas mujeres? ¿Por qué?

JULIO. Porque sueño yo con que la mujer que llegue á ser mi esposa, acepte ese hijo mío como primera condición... y lo quiera como yo lo quiero. Si no, no me caso.

Silencio.

CONSOLACIÓN. ¿No tienes más que uno?

JULIO. No.

CONSOLACIÓN. Alarmada. ¿Eh?

JULIO. Que no tengo ninguno.

CONSOLACIÓN. ¡Mentiroso!

JULIO. ¡Que no tengo ninguno! Del mismo barro que hiciste á tu novio hice yo á mi hijo. Y acaso con la misma intención.

CONSOLACIÓN. ¡Pero lo has adornado mucho más! ¡Grandísimo cómico; farsante! ¡Si ha habido un momento en que creí que se te saltaban las lágrimas! No seré yo quien se fíe de ti.

JULIO. Ni yo de ti, primita. Hablemos claro.

CONSOLACIÓN. ¡Ja, ja, ja!

JULIO. Y oye en serio una cosa.

CONSOLACIÓN. ¿En serio?

JULIO. En serio, sí.

CONSOLACIÓN. Dime.

JULIO. Aguarda.

Por la primera puerta de la izquierda sale CORALITO en dirección á la escalera. Sonríe, mira maliciosamente al pasar y sube.

CONSOLACIÓN. ¿Qué me ibas á decir?

JULIO. Muy sencillo. Á ti te ha preocupado un instante que yo tuviera un hijo, y á mí me ha interesado un punto que tú tuvieras novio. ¿Por qué es esto? ¿Me quieres contestar?

CONSOLACIÓN. Busca la contestación, no la encuentra, y dice: ¿Vamos á arreglar las macetas?

JULIO. ¡Vamos á arreglarlas! ¡Ya era hora!

CONSOLACIÓN. Llamando. ¡Lucío! ¡Lucío!

JULIO. ¡Lucío!

Sale LUCÍO de la casa de labor seguido de DIEGO.

LUCÍO. ¡Aquí están ya toas las macetas, zeñorita!

CONSOLACIÓN. ¡Pues vengan todas una á una, que vamos á poner el patio que va á reirse solo!

LUCÍO. ¡Ole! ¡ole!

En menos que se dice y con presteza y alegría juveniles, cubren y rodean de macetas la fuente y ponen otras al pie de las columnas, de tal suerte que truecan el patio en un jardín, cambiando su aspecto. Lucío y

Diego les van entregando las macetas, que ellos distribuyen á capricho. Las hay de rosas, de geranios y de alelíes.

CONSOLACIÓN. Verás tú qué prontito.

JULIO. ¡Cuántas hay!... ¿Dónde pongo yo esta?

CONSOLACIÓN. Esa, junto á la fuente. Las pequeñas en torno de la fuente. Dame acá, Lucío.

LUCÍO. Tome usté.

CONSOLACIÓN. Y las grandes rodeando las columnas.

JULIO. Ajajá. ¡Qué bonita es esta!

CONSOLACIÓN. ¿Y esta, vale algo? Esta es mi orgullo.

JULIO. Esta aquí. Y esta aquí.

LUCÍO. ¡Ju, ju, ju!

CONSOLACIÓN. Esta remonona á la fuente.

JULIO. Otra á la fuente.

CONSOLACIÓN. Y otra á la fuente.

JULIO. ¡Cualquiera va á conocer el patio!

LUCÍO. ¡Ju, ju, ju! ¡Cuando don Eligio lo vea!

CONSOLACIÓN. ¡Lo que pesa esta, demonio!

JULIO. Esta aquí.

CONSOLACIÓN. Y aquí esta.

JULIO. Y esta.

CONSOLACIÓN. Y esta otra aquí.

JULIO. ¡No se acaban nunca!

CONSOLACIÓN. Y tú aquí.

JULIO. Y tú con la de antes.

CONSOLACIÓN. Y esta chica aquí para que la vean.

JULIO. Y esta grande aquí para que descuelle.

CONSOLACIÓN. Y esta aquí.

JULIO. Y esta aquí.

Consolación. Y ya no hay más.

Julio. Y ya se acabaron.

Lucío. ¡Ju, ju, ju! ¡Qué bonito! ¡Pero qué bonito!

Julio. Sí que está bonito de veras.

Ríen satisfechos y se dejan caer fatigados cada uno en un sillón.

Doña Sacramento ha bajado á tiempo de ver el fin de la faena, y pregunta llena de estupor:

Doña Sacramento. ¿Qué es esto, Julio?

Consolación. ¡Tu madre!

Julio. ¡Mamá!

Doña Sacramento. ¿Qué es esto, Julio?

Julio. Pregúntaselo á Consolación.

Doña Sacramento. Consolación, ¿qué es esto?

Consolación. Pregúnteselo usted á Lucío.

Doña Sacramento. ¿Qué es esto, Lucío?

Lucío. ¡Pregúntazelo usté á las golondrinas!

Doña Sacramento pasea la vista por el patio, entre severa y sonriente, y los otros la contemplan gozosos, esperando su aprobación segura.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El patio es el mismo, pero parece otro. La transformación iniciada al final del acto segundo es ya completa. Los severos sillones han sido sustituídos por sillas de paja y mecedoras de rejilla; donde estaba el arcón hay un piano; por doquiera hay plantas y flores; en los arcos macetas colgantes. Corre el surtidor de la fuente, diciendo cosas peregrinas. Es por la tarde.

Coralito, á quien ya le consienten en la casa, bien que á regañadientes de don Eligio, dos deditos de escote, hállase asomada á la ventana del zaguán, como en acecho de una víctima. En esto, Antoñito baja las escaleras á escape y cruza corriendo hacia la casa de labor con unos pinceles y un frasco de aguarrás.

Coralito. Parando en su carrera al polluelo. ¡Jesú! ¿Quién ha tirao er tiro?

Antoñito. ¿Cómo?

Coralito. ¿Dónde va usté tan desesperao?

Antoñito. Á seguir retratando al don Eligio ese. Á ver si quiere Dios que acabe hoy. Me dejé arriba el aguarrás...

CORALITO. Humó se nesesita pa pintá á semejante bicho, y más con esa ropa antigua que se pone. Paese una sanguijuela. ¿Cuándo va usté á pintarme á mí?

ANTOÑITO. Dejando la «pose» por un momento. Cuando usted quiera, Coralito.

CORALITO. Por mí... usté carcule. Me puedo poné otra blusita que tengo toavía más vaporosa, y con el escote un poquito más bajo; sin yegá á lo grave, naturarmente.

ANTOÑITO. Lo grave... lo grave es lo bonita que es usted.

CORALITO. ¡Carambo!

ANTOÑITO. Coralito...

CORALITO. ¿Qué hay con Coralito?

ANTOÑITO. Coralito... usted va á tener la culpa de que se haga una revolución en mis ideas artísticas.

CORALITO. ¿Sí?

ANTOÑITO. Al tiempo. Voy á ver si concluyo con aquella momia, que por cierto está hoy de un humor de perros. Éntrase en la casa de labor.

CORALITO. Cuando Antoñito se ha marchado. Frito. Pero frito. Yo debo de tené solimán en los ojos.

Por la primera puerta de la izquierda sale AMBROSIO lleno de alegría y se dirige á Coralito.

AMBROSIO. ¡Duro, duro! ¡Dale por ahí to lo que pueas!

CORALITO. ¿Ha estao usté escuchando la conversasión?

AMBROSIO. *Zí*, hija mía; y Dios te lo premie. No lo dejes viví; envenénale el aire; que haga nú-

meros con los pinceles por tu perzona; que ze muera por ti... ¡Á vé zi me lo cambias, precioza, y acaba por pintá argo bonito!

CORALITO. ¿Pero qué le pasa á usté con é, que lo tiene tan irritao?

AMBROSIO. ¿Qué quiés que me paze? ¡Que er *pajolero* niño no pinta más que dezastres y cozas feas! ¡La caza me ha yenao de cimenterios, y de ciprezes, y de niños *tábiros*, y de mujeres flacas!

CORALITO. ¡Vaya un gusto que tiene!

AMBROSIO. ¡No hay un liziao en er pueblo á quien no haya copiao! El único hombre cabá que ha pintao zoy yo, y pa ezo me ha puesto un coló verde y una tiriya en pie, que paece que me están ajorcando.

CORALITO. ¡Ay, qué risa!

AMBROSIO. ¡Miá pintarme á mí verde! Poz ahora está retratando á zu madre, y verde; y á zu hermana, y verde. *Pajolero* niño, ¿zomos pimientos ó zomos tu familia?

CORALITO. ¡Ja, ja, ja!

AMBROSIO. ¡Zi yo yego á penzá que iba á tomá eze rumbo, en zeguía lo dejo zé pintó! Dale, Coraliyo, dale tú, hasta meterle er zó dentro e la cabeza. Miá que zi conzigues que te pinte tar como eres, ó que pinte este patio, ó que pinte una zandía... ¡verde por fuera, zi quié gastá er verde, pero colorá por dentro, como zon las zandías!... ¡te compro un mantón de Manila de dos mir reales, bordao en tos los colores que er *pajolero* niño tiene en la caja y que no zé pa qué rejinojo le zirven! Se encamina á la casa de labor.

CORALITO. Riéndose. Vaya usté con Dios... y prepare usté los dos mir reales.

AMBROSIO. Volviéndose en la misma puerta. ¿De verdá?

CORALITO. Cuando yo lo digo...

AMBROSIO. ¡Ole! ¡Bendita zean las caras graciozas y los cuerpos zerranos! ¡La diferencia que va de esta mujé á la colerción de fieras que tengo yo corgás por las paredes de mi caza!

CORALITO. También le gusto ar padre. Una familia atravesá por mí.

Asómase SALUD por la ventana del zaguán. Viene con su marido, el gran PANDERETA, y con ROSITA, su hija. Son un matrimonio popular, feliz si los hay.

SALUD. Ssss... ssss... Güenas tardes.

CORALITO. Güenas tardes.

SALUD. ¿Está la señorita?

CORALITO. ¿Cuá señorita?

SALUD. La señorita Consolasión.

CORALITO. Sí que está.

SALUD. Pos abra usté, que venimos á verla. Nos ha mandao vení.

CORALITO. ¡Ah! ¿Ustedes son los jardineros?

SALUD. Sí, señora.

Abre Coralito el portón y salen los tres recién llegados. Quédase entornado el portón.

PANDERETA. Salú, pimpoyo.

CORALITO. Dios guarde á ustedes. Ayé sintió muchísimo er no está aquí cuando ustedes vinieron. Dise que á usté no lo conose, pero que con usté ha jugao en er patio e su casa.

SALUD. Miá como eya se acuerda. ¡Es más güena la señorita!

CORALITO. Vi á avisarle. Sube.

PANDERETA. ¿Tú has reparao, Salú? ¿Ha cambiao este patio? Se conose que la señorita nueva trae mucha alegría.

SALUD. ¡Si anoche me dijo Frasquita la cosinera que hasta va á meté aquí un teatro! ¡Y que don Eligio el arministradó está con eso por las nubes!

PANDERETA. Riéndose. ¡Je, je! ¡Don Eligio! ¡Qué mursiélago es don Eligio!

SALUD. Yo tengo muchas ganas de vorvé á vé á la señorita. Tú carcula: era mi madre lavandera en su casa...

PANDERETA. Me lo has contao noventa veses; pero sigue.

SALUD. ¿Pa qué? Joseliyo María, ¿te acuerdas tú de cuando servíamos acá?

PANDERETA. ¡No que no!

SALUD. ¿Y de cuando entramos en relasiones? ¿Te acuerdas?

PANDERETA. Señalando á una columna. Ayí te di er primero.

SALUD. Señalando á otra. No, que fué ayí.

PANDERETA. Ayí fué donde nos pescó don Eligio y nos plantó en la caye.

Se ríen los dos. CONSOLACIÓN baja.

CONSOLACIÓN. ¡Salud!

SALUD. ¡Señorita!

Se besan.

CONSOLACIÓN. ¡Qué guapa estás, mujer!

SALUD. Este es mi marío.

PANDERETA. Pa servirla á usté, señorita.

CONSOLACIÓN. Gracias. ¿La niña es tuya?

PANDERETA. Y mía también.

CONSOLACIÓN. Ya me hago cargo. Tiene buen humor tu marido.

SALUD. Pandereta le yaman.

CONSOLACIÓN. La chiquilla es preciosa. *La besa y la acaricia.* ¿Cómo te llamas tú?

ROSA. Rosita.

SALUD. Es la mayó que tengo. Tres más quean en casa.

CONSOLACIÓN. ¿Tres más?

PANDERETA. Y la imaginasión proyertando.

CONSOLACIÓN. Sentarse. ¿Y tú que haces ahora, Salud?

SALUD. Este, que es un poquiyo hortelano y otro poquiyo jardinero.

PANDERETA. Na: una güertesiya que tenemos ahí á la salía der pueblo, con cuatro lechugas y cuatro flores. Rosa que no se vende en la caye se la pone mi mujé en er moño; y tomate que no se vende en la prasuela, tomate que se echa en er gazpacho.

SALUD. ¿Qué se le va á hasé, señorita? Si semos probes, ¿ensima nos vamos á apurá?

PANDERETA. ¡Eso sí que no! En mi casa tengo yo prohibío arrugá el entresejo. Yo no he estao triste más que una vez en toa mi vía: cuando enfermó la madre de ésta, y dijo er médico... que no era cosa de cuidao.

SALUD. ¡Caya, sinvergüensa! ¿Será sinvergüensa? Es mu sinvergüensa. Nos yevamos mu bien.

CONSOLACIÓN. Ya, ya lo veo. Sin embargo, Pandereta, á mí me han dicho que se le va á usted la mano con Salud.

SALUD. Diga usté que no es verdá, señorita.

PANDERETA. Diga usté que sí, que es verdá. Cuando bebo, que es de tarde en tarde... vamos, toas las tardes, argunas veses me da negra y le sacudo tres ó cuatro gorpes.

SALUD. Güeno, pero luego nos reímos.

PANDERETA. Como que si no nos riyéramos luego, yo no te ponía un deo ensima.

SALUD. Señorita, si una no tiene más tesoro que está contenta. ¿Qué va una á sacá con emberrenchinarse? Perdé la salú.

PANDERETA. ¡Eso! Miste, probes semos como las ratas, pero ni eya ni yo envidiamos á nadie. Yo voy á casa de don Manuer Tinaja, que debajo e ca ladriyo tiene una onsa e oro, y no veo más que esaborisiones por toas partes. Se ponen á armosá, y un niño toma la emursión, y el otro el aseite, y el otro una pírdora en ca plato, y er padre agua de una boteya asú, y la madre agua de una boteya con un grifito... ¡Pa eso que se muden á la botica!

SALUD. ¿Pos y en casa de doña Guadalupe, donde vi yo á hasé los mandaos? Er marío pelea con la mujé; la mujé pelea con er suegro; er suegro pelea con la cuñá; la cuñá pelea con er cuñao; er padre esloma á los chiquiyos; las criás no paran dos días... ¿Y eso es viví? Miste nosotros. De mi vera no se espegan mis hijos.

CONSOLACIÓN. Ea, pues vamos á lo nuestro.

PANDERETA. Usté nos dirá, señorita.

SALUD. ¿Es pa argo der jardín pa lo que usté quiere á mi marío?

CONSOLACIÓN. Justamente. Es una lástima de jardín; está perdido, abandonado. ¿Usted lo conoce?

PANDERETA. ¿Er jardín? Mejó que er genio de mi suegra.

CONSOLACIÓN. ¿No es verdad que se puede poner muy bonito? Con varios cuadros de rosas y claveles, algunos de violetas, un par de celindas, un jazmín en un muro, una enredadera en el otro... ¿Verdad? El cenador, que es lindísimo, quisiera yo cubrirlo de rosas, á ser posible de pitiminí. Gracias á Dios la tierra es buena y hay agua abundante, y me da pena que la tierra esté sin dar flores, y el agua parada, y todo muerto.

PANDERETA. Sí que da pena, señorita.

SALUD. Usté verá qué bien lo arregla este. Á fantesía no le gana ningún jardinero.

PANDERETA. Yo le pongo á usté una enredaera de campaniyas en er muro de frente á la casa, que en cuanto prinsipie á da fló hasta van á tocá las campaniyas.

CONSOLACIÓN. Mejor que mejor. ¿Y á qué van á tocar, Pandereta?

PANDERETA. Según. Cuando entre usté en er jardín, á gloria; cuando se presente el arministradó, á las ánimas.

CONSOLACIÓN. ¡Ja, ja, ja! ¿Tu marido también conoce á don Eligio?

SALUD. ¡Digo! Si nosotros servíamos acá; sino que nos echaron á la caye á los dos días de novios.

CONSOLACIÓN. ¿Por qué?

PANDERETA. Porque esta se reía de to y yo también, y se hartaron de tanta risa.

CONSOLACIÓN. Bueno, pues vengan ustedes al jardín. Allí sobre el terreno veremos lo que puede hacerse. Ande usted, Pandereta.

PANDERETA. Vamos donde usté diga.

Se encaminan á la casa de labor, á tiempo que sale de ella DON ELIGIO echando chiribitas y vestido con la ropa de dos siglos há que ya le conocemos.

DON ELIGIO. ¡Mamarracho de pintorcillo! Al encontrarse con el grupo. ¿Eh? Buenas tardes.

El efecto que tamaña aparición les produce á todos es extraordinario. La risa se les escapa de los labios y se esfuerzan en contenerla. Primero Consolación, luego Salud con su niña, después Pandereta, contestan como pueden á las buenas tardes y uno detrás de otro se van á soltar la risa allá dentro.

CONSOLACIÓN. Buenas tardes.

SALUD. Güenas tardes.

PANDERETA. Güenas tardes. (¿Se ha escapao de un cuadro este hombre?)

DON ELIGIO. ¡Ah! ¿También he de servir yo de chacota? ¡Voto va, que se engañan muy mucho! ¡Pues buen día llevo para aguantar ancas de nadie!

Baja DOÑA SACRAMENTO.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Qué es eso, señor don Eligio?

DON ELIGIO. Señora marquesa, perdone usted si llega á alcanzarle alguna chispa de mi cólera, pero me hallo fuera de mí.

DOÑA SACRAMENTO. ¿De su cólera? ¿Y por qué causa se le ha encendido así, amigo mío?

DON ELIGIO. No es una causa sola; son miles de causas, que conspiran contra mis ideas, contra mis hábitos, contra mis nervios. En esta santa casa ha entrado un vendaval que todo lo ha desordenado y revuelto.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Se refiere usted por ventura á mi sobrina Consolación?

DON ELIGIO. ¡Á ella misma! Hora es ya, señora marquesa, de que pongamos freno á sus locuras.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Á sus locuras?

DON ELIGIO. De alguna manera he de llamarlas.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Y si yo le dijese á usted, bondadoso amigo, que las locuras de mi sobrina van ganando mi ánimo?

DON ELIGIO. *Perplejo.* ¿Será posible, señora marquesa?

DOÑA SACRAMENTO. ¿Por qué no? Aún no hace un mes que vive conmigo, y ya ha modificado en algo mis costumbres, y ha alterado la severidad de mi casa, llenándola de gritos, y de risas, y de pájaros, y de flores; y si bien esto empezó por desconcertarme y aturdirme, y por levantar mi protesta —usted es testigo,—hay una razón que puede más que todo... que me lleva á agradecer esa alegría.

DON ELIGIO. *Doblemente perplejo.* ¿Á agradecerla?

DOÑA SACRAMENTO. ¡Y quién sabe si á bendecirla!

DON ELIGIO. ¡Yo voy á perder el juicio!

DOÑA SACRAMENTO. Mi hijo Julio, desde aquella misteriosa aparicion de hace quince días, no

sale de esta casa; él que, á pesar mío, no paraba jamás en ella, arrastrado por los atractivos de otra vida sin disculpa alguna. ¿Es el amor quien aquí lo retiene? No lo sé. ¡Ojalá lo sea! Porque yo sé decirle á usted, excelente Frías, que mi hijo, llenando con su prima este patio de flores; planeando la reforma del jardín; ideando la construcción del teatrito en las habitaciones cerradas; discurriendo sobre la comida á los pobres, y la fiesta á los trabajadores del cortijo, y todas las cien cosas que sueñan juntos, es dichoso; es honradamente dichoso. Y así lo quiero.

DON ELIGIO. ¿He oído yo mal, señora marquesa, ó soy víctima de algún maleficio? ¿Es decir que usted está pronta á sepultar sus más caras ideas?

DOÑA SACRAMENTO. Nada de eso: en todo caso á modificarlas, si á ello me llevaran mis reflexiones. Pero á lo que sí estoy decidida es á que mis sentimientos más legítimos vivan á la par que ellas.

DON ELIGIO. ¡Bien! ¡Muy bien! ¡Perfectamente bien! De todo lo cual yo colijo que usted autoriza en el austero palacio de los Arrayanes, la construcción de ese teatrillo de que antes ha hecho mérito.

DOÑA SACRAMENTO. Teatrillo, no; teatrito. Lo he prometido ya.

DON ELIGIO. Despechado y furioso. ¡Soplan vientos de libertinaje!

DOÑA SACRAMENTO. Con severidad. Señor de Frías...

DON ELIGIO. La señora marquesa me disculpe. Y luego me oiga.

DOÑA SACRAMENTO. Hable usted.

DON ELIGIO. Como ya creo percibir claramente que, de hoy más, cosa que yo refute ó discuta en esta su casa, será cosa hecha, para darme á mí con la badila en los nudillos, tengo el sentimiento de anunciar á la señora marquesa que en este punto y hora han acabado mis servicios aquí.

DOÑA SACRAMENTO. ¡Querido Frías!

DON ELIGIO. ¡Señora marquesa!

DOÑA SACRAMENTO. ¡Me dará usted el mayor disgusto de mi vida!

DON ELIGIO. No es menor el que á mí me causa, mi señora.

Sale JULIO por la primera puerta de la izquierda un poco sorprendido é interesado.

JULIO. ¿Qué ocurre? ¿Qué charlan ustedes? Reparando en la guisa de don Eligio. ¡Hola! ¿Dónde va vuesa merced tan galán, señor caballero?

DON ELIGIO. La señora marquesa de los Arrayanes tiene la palabra. Con todos los respetos.

Hace el hombre un par de cortesías y se va por las escaleras á cambiar de traje cuando menos.

JULIO. ¿Qué yerba ha pisado don Eligio, mamá?

DOÑA SACRAMENTO. La yerba que ha pisado, no sé; pero se nos viene encima una gran desgracia.

JULIO. ¿Qué? ¿Va á dar quizás otra conferencia?

DOÑA SACRAMENTO. No es caso de broma. Está contrariadísimo con todo lo que aquí sucede, y acaba de participarme que nos deja.

JULIO. ¡Bah! Creí que era otra cosa. Ya lo convenceremos.

DOÑA SACRAMENTO. Mira que está muy enojado.

JULIO. Mejor.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Qué ha de ser mejor? ¿Me prometes tú hacer cuanto puedas por retenerlo?

JULIO. Cuenta con que se queda en casa. Don Eligio es un infeliz. La adulación lo rinde, ya lo sabes. Como yo le proponga que inaugure el futuro teatrito con una conferencia á propósito del teatro griego, es hombre al agua. Y aun lo verás trabajar en algunas comedias. ¿Qué digo comedias? ¡En el intermedio de baile!

DOÑA SACRAMENTO. Calla, calla por Dios.

JULIO. Sobre todo, mamá, tú y yo no reñimos. ¿Hemos vuelto á tener más tiquis miquis desde que te lo prometí?

DOÑA SACRAMENTO. No en verdad; y así te quiero siempre.

JULIO. Y así espero seguir mucho tiempo.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Cuánto?

JULIO. ¿Cuánto? Pronto lo sabré. Á CORALITO, que sale de la casa de labor. Coralito.

CORALITO. Mande usté.

JULIO. ¿Y la señorita Consolación?

CORALITO. Por usté preguntaba ahora. En er jardín está con Pandereta.

JULIO. ¡Caramba! ¿Y cómo no me lo ha avisado? ¿Vienes, mamá?

DOÑA SACRAMENTO. ¿También yo he de ir?

JULIO. Sí; quiero que se haga todo á gusto tuyo.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Á gusto mío?

JULIO. Á gusto tuyo, sí; no subrayes.

DOÑA SACRAMENTO. Pues vamos al jardín.

Se van hijo y madre por la puerta de la casa de labor.

CORALITO. Ya lo creo que se quieren. La señorita jura que ér no le ha dicho nada todavía; pero ni de espardas pué negá er señorito que le ha tomao cariño. Suspirando. ¡Ay! Saca un espejito de bolsillo y se da un vistazo.

Lucío, que sale por el portón, se queda contemplándola burlonamente. Viene del campo. Trae una espiga en el sombrero.

LUCÍO. ¿Te vas á retratá?

CORALITO. Volviendo la cara. ¡Hola! ¿Ya yegaste?

LUCÍO. ¿Prezumes tú argo?

CORALITO. Hombre, el arreglo siempre dise bien de la persona. Con coquetería. Y las que somos feas... nos tenemos que componé.

LUCÍO. Ezo zí.

CORALITO. Indignada. ¿Que sí?

LUCÍO. Tú mesma lo has dicho.

CORALITO. Lo que digo yo *mesma* es que estás más ganso ca día.

LUCÍO. Mejón pa mí. Er zé ganzo engorda. Oye: ¿y la zeñorita Conzolación?

CORALITO. ¿Yo qué sé? En er jardín con er señorito.

LUCÍO. ¡La zuerte e loz hombres! ¡Miá que zi argún día me quiziera á mí una mujé como la zeñorita Conzolación! ¡Ah!

CORALITO. Siempre en la brecha. ¡Quién sabe!... Si tú te sivilisaras un poco...

LUCÍO. ¡Vamos, quita! Lo más que me quié á

mí ez una zurrapastroza der barrio e los gitanos. ¡Ju, ju, ju! Mirando de pronto al de la gola y poniéndose serio. ¿Ya empezamos, amigo? Á Coralito. ¿Qué te zucede á ti?

CORALITO. Quemadísima. ¡Nada!

LUCÍO. Poz esto de la zeñorita y der zeñorito, yo me lo malicié. Y ar principio me jizo er corazón azín pa arriba y pa abajo, porque me había enamorao como una bestia de la zeñorita.

CORALITO. No se hiso la mié...

LUCÍO. Pero aluego ze me pazó aqué delirio, ze me zalió er jumo e la cabeza, ¿zabes? y me entró una alegría mu grande de que pazara lo que paza. Tanto ez azín que antié, mientras limpiaba er patiniyo, estuve zacando un *verzo* pa los dos. Pero no una aleluya como otras que he zacao, zino un *verzo* largo, azín por el estilo de un romance. Conque fí y agarré y ze lo yevé escrito á don Juan Martínez er procuraó, que es poeta y tiene una corona en zu despacho, con intención de que me lo arreglara. Y me lo ha arreglao... pero ahora rezurta que á mí me gusta más como yo lo jice. Y estoy acechando una ocazión pa echárzelo á eyos. En cuantito los vea juntos á los dos diciéndoze ternuras. Verás tú, Coraliyo, verás tú. Principia azín:

«Todas las flores der campo
ze han puesto er traje de gala,
y también er zó ze ha puesto
zu corona de oro y plata...»

CORALITO. ¡Ay, qué bonito!

LUCÍO. Zi zigue toavía. Verás tú.

CORALITO. ¿Cuándo me sacas á mí un *verso?*

LUCÍO. ¿Á ti?

CORALITO. Sí.

LUCÍO. Mirándola con cierto orgullo satisfecho. Yo te lo zacaré; no te apures.

CORALITO. ¿De veras, Lucío?

LUCÍO. Zí, mujé; de veras.

CORALITO. Á vé cuántas cosas me dises.

LUCÍO. Zegún me coja. Zi me da por lo fino, por lo fino; zi me da por lo graciozo, por lo graciozo; zi me da por lo verde...

CORALITO. Mira, que te dé por lo fino y así se lo mando á mi madre.

LUCÍO. ¿Á tu madre?

CORALITO. Sí.

LUCÍO. Po zi ze lo mandas dirle de quién es.

CORALITO. ¿No tengo de desírselo? Acercándosele con zalamería. Le diré: «Mamá, sabrás que te mando ese *verso* que me ha sacao un muchacho que está aquí en casa, y que tiene esa habilidá. Un muchacho muy guapo... muy listo... muy simpático...»

LUCÍO. ¡Ju, ju, ju! ¡Pos no te pones tú mu meloza!

CORALITO. ¡Qué brutísimo eres!

LUCÍO. ¡Ju, ju, ju! Encarándose de nuevo con el de la gola. ¿Güerta á mirá, compadre? ¡Ea, pos ya me jarté yo! ¡Me río jasta que ze me zarten las muelas!

CORALITO. ¿Qué dises?

LUCÍO. ¡Y zi á usté también le jace la pascua que ze haigan traío flores ar patio, y que corra la fuente y que tos estemos contentos, ze güerve usté

pa la paré y azín ze ajorra eze dijusto! Dando un respingo de repente lleno de pavor. ¡Eh!

CORALITO. ¿Qué te pasa, Lusío?

LUCÍO. ¡Que me paece que me ha zacao la lengua!

CORALITO. Tú estás loco.

LUCÍO. ¡No estoy loco! ¡Es que eze gachó no me deja viví! ¡Me mira de tos laos!

CORALITO. ¿Y tú no sabes por qué es eso?

LUCÍO. ¿Ze ha enamorao de ti también?

CORALITO. ¿De mí?

LUCÍO. Á tu parecé zerá el único que farte en la caza.

CORALITO. ¡Vaya! No se puede tratá contigo. Cuando está una más tranquila suertas una patá.

LUCÍO. ¡Pos nadie te ha yamao á mi vera!

CORALITO. ¡Otra, hijo, otra!

LUCÍO. ¡Zi no prezumieras como prezumes!... Y después e to, zi te ze mira espacio, ¿qué tienes tú que varga dos pezetas? Un cojunto azín que no es repunante, un ojo más chico que otro, una nariz que ez un peyizco, y pare usté e contá. ¡Ea! ¡Me vi adentro á jugá con la perra, que gasta menos posturitas!

Éntrase en la casa de labor.

CORALITO. Á punto de un ataque nervioso. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! qué bestia! ¡qué bestia! ¡qué bestia! ¡Y lo malo es que tiene rasón mi señorita! ¡Es el único que me gusta! ¡Ay! ¡ay! ¡Bien carito voy yo á pagá to lo que me he divertío con los hombres! Pasea agitadísima, haciéndose aire con el delantal y queriendo tranquilizarse

Salen de la casa de labor CONSOLACIÓN y DOÑA SACRAMENTO

CONSOLACIÓN. Sí, señora. ¡Pues ya lo creo! Cuanto antes, mejor. Escucha, Coralito.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Qué te ocurre?

CORALITO. ¿Á mí? ¿Pues qué tengo?

CONSOLACIÓN. Los carrillos como tomates y los ojos echando bombas.

CORALITO. Tomaré sarsaparriya.

CONSOLACIÓN. ¡Ah, ya sé! Esto ha sido una pelotera con Lucío. Siempre andan así. Acabarán casándose.

CORALITO. Eso quisiera é.

CONSOLACIÓN. ¿Y tú no?

CORALITO. ¿Yo? No como telera.

DOÑA SACRAMENTO. Bien está. Sube y avísale al señor administrador que la señorita Consolación quiere hablarle.

CORALITO. Ahora mismo. Sale andando y sube con tal gracia que hace inverosímil el desdén de Lucío.

DOÑA SACRAMENTO. Prefiero que seas tú quien interceda, porque mi hijo Julio á lo mejor lo echa á perder todo con una broma.

CONSOLACIÓN. ¡Y yo lo hago encantada! Esté usted tranquila. Un pobre señor que tanto quiere á usted, que lleva tantos años á su servicio, honrado, bueno...

DOÑA SACRAMENTO. ¡Oh! Á carta cabal. Su conducta siempre ha sido intachable.

CONSOLACIÓN. Le digo á usted que no me lo perdonaría. Déjeme usted sola con él.

DOÑA SACRAMENTO. Eso es muy acertado. Aquí aguardo yo.

Éntrase por la puerta de la derecha.

CONSOLACIÓN. ¡Pobre don Eligio! La verdad es que está pasando las de Caín. Se sienta. Ahí viene.

Baja, en efecto, DON ELIGIO, vestido ya de americana, y con toda la rapidez que exige lo interesante de la entrevista, si bien con cara de pauela.

DON ELIGIO. ¿Es cierto, señorita, que desea usted hablar con mi humilde persona?

CONSOLACIÓN. Es cierto.

DON ELIGIO. Pues aquí me tiene á sus órdenes como caballero y como servidor.

CONSOLACIÓN. Muchas gracias; pero vamos á hablar sólo como amigos. Si usted no quiere serlo mío, yo me empeño en ser amiga de usted. Siéntese aquí á mi lado.

DON ELIGIO. ¿Que yo no quiero ser su amigo, señorita?

CONSOLACIÓN. No, señor; acaba usted de decirle á mi tía que se va de esta casa, porque yo estoy loca como un cencerro y usted no me puede resistir.

DON ELIGIO. Escandalizado. ¡No, no! ¡Así no! ¡No hay que alterar los textos!

CONSOLACIÓN. Bueno; la forma será otra, pero ese es el zumo del limón. Mi tía ha tenido un verdadero sentimiento; yo, no se diga. ¿Cómo no me ha de doler que por mi causa determine marcharse de aquí, donde casi ha nacido, un servidor leal, un amigo excelente y un consejero bondadoso?... No, no, no. Señor de Frías, antes que consentir que usted salga por esa puerta, salgo yo con mi doncella, con mis flores, con el loro, con el piano, con

la perrita y con toda la balumba que conmigo ha venido para desesperarlo á usted.

DON ELIGIO. ¡Señorita!

CONSOLACIÓN. Así como suena. Usted no me conoce todavía, don Eligio.

DON ELIGIO. *Sumido en un mar de confusiones.* Pero, bueno... Pero... poco á poco... Entendámonos... Precisa ordenar la discusión.

CONSOLACIÓN. Lo que precisa es que usted y yo nos digamos las verdades claras. Vamos á ver. ¿Qué motivos tiene usted para irse? ¿Qué ventolera es esa?

DON ELIGIO. El caso es que... hecha así la pregunta...

CONSOLACIÓN. ¿Le ha molestado á usted quizás que llene el patio de macetas?

DON ELIGIO ¡Oh! ¡Por Dios!... Eso, nunca... nunca... ¿Á santo de qué?

CONSOLACIÓN. Naturalmente. Las macetas á nadie estorban; alegran la vista, perfuman el aire... ¿Entonces, qué le contraría: que la fuente corra, que suene el surtidor?

DON ELIGIO. Menos aún... Corra el surtidor en buen hora.

CONSOLACIÓN. Buscaremos otro pecado. ¿Es quizás la canariera que he puesto arriba lo que subleva á usted?

DON ELIGIO. ¿La canariera? ¿Me lo pregunta usted en serio?

CONSOLACIÓN. Ya veo que no es la canariera. Á otra cosa. ¿Es el loro?

DON ELIGIO. El loro es harina de otro costal.

No por el ave en sí, sino por las lecciones que aprende.

CONSOLACIÓN. Le advierto á usted, y hasta se lo juro, que yo no soy quien le ha enseñado á decir: «Que baile don Eligio.»

DON ELIGIO. ¿Que baile don Eligio? ¿Pero dice el loro tal cosa? ¡No lo dirá más de una vez en presencia mía! ¡Eso es una burla que no se puede tolerar! Mas ya comprenderá usted, señorita, que son razones de mayor entidad las que me han impulsado á despedirme.

CONSOLACIÓN. ¿Luego las hay?

DON ELIGIO. Confieso que las hay.

CONSOLACIÓN. Seguiremos buscándolas con un candil. ¿Acaso es una que yo reciba en este palacio á los pobres que vienen á verme? *Don Eligio tuerce un poco el gesto.* Eso podrá parecerle mal á la gente frívola, á la gente que vive de la etiqueta y de la farsa; pero un hombre todo corazón, como usted, no es posible que desapruebe que trate yo con bondad y cariño á los que sufren, á los que necesitan.

DON ELIGIO. No pinta usted más que el lado agradable de las cosas...

CONSOLACIÓN. Y si las cosas tienen un lado que es agradable, ¿á qué se han de mirar por ningún otro? Pero ¡tonta de mí! Ya caigo en lo que ha sacado á usted de sus casillas. Lo del teatrito.

DON ELIGIO. Lo del teatrito...

CONSOLACIÓN. Lo del teatrito por fuerza lo ha entendido usted mal. ¿Usted se figura que en ese tablado se van á bailar tangos y peteneras?

DON ELIGIO. ¡Presumo que no!

CONSOLACIÓN. Y cuidado que á mí las peteneras me gustan. Y aun las bailo. Ese teatrito no será más que un recreo casi inocente... agradable, culto... Lo primero que he pensado yo es que comedia que se represente, comedia que usted ha de elegir.

DON ELIGIO. ¿Ha pensado usted eso?

CONSOLACIÓN. ¡Pues claro! ¿Quién mejor que usted, que tanto sabe y tanto ha leído? Porque yo le hago la justicia de creer que no será usted de los que cierran abiertamente contra el teatro.

DON ELIGIO. No en mis días. El teatro es lugar de honesto esparcimiento, á la vez que de provechosa enseñanza.

CONSOLACIÓN. ¡Muy bien! ¿Ve usted como no peleamos? Pues usted será el que lleve la voz cantante en el de casa. Y si quiere, para la primera función, elige una comedia de un religioso. Por ejemplo: de Tirso de Molina. ¿No era... fraile Tirso de Molina?

DON ELIGIO. Sí, sí; pero... Tirso de Molina... Ya maduraremos ese asunto. Porque á pesar de que era fraile... es más verde que un apio.

CONSOLACIÓN. Quien dice Tirso de Molina, dice Lope de Vega... ¿No era cura?

DON ELIGIO. Sí... sí era cura... pero era un cura muy especial.

CONSOLACIÓN. ¿Muy especial? ¿Pues qué especialidad tenía?

DON ELIGIO. Dejemos ahora esto... Es cosa que debe meditarse muy mucho...

CONSOLACIÓN. Me he fijado en los autores antiguos, porque como de estos del día dicen por ahí que no escriben más que cosas que no podemos ver... Pero, en fin, sigamos nuestro pleito. Explicado lo del teatro, ya veo que no sólo somos amigos, sino amiguísimos.

DON ELIGIO. Indudable.

CONSOLACIÓN. ¿Quiere usted que escribamos una obra en colaboración? Usted pone lo serio y yo los chistes.

DON ELIGIO. *Apretando la cara para no soltar la risa.* ¡Jesús!

CONSOLACIÓN. Don Eligio, si le hace á usted gracia alguna cosa que yo le diga, ríase sin cuidado, que yo no se lo cuento á nadie.

DON ELIGIO. Eso temo; que acabará usted por hacerme reir.

CONSOLACIÓN. Como que después de tanto hablar vengo á sacar en limpio que nada le molesta á usted de mi persona más que las ganas con que me río; lo que atolondro, lo que charlo; lo que voy de aquí para allá, lo que revuelvo...

DON ELIGIO. Le diré á usted...

CONSOLACIÓN. No, no, señor; en este punto no me diga usted nada: no hay discusión posible. Tiene usted que tragarme así. Á mí no me gustan esos lentes redondos que usa usted, y tampoco le he dicho nada hasta ahora. Yo he hecho siempre, y hago, y haré, todo lo posible por alegrar mi vida y la de aquellos que me rodean. Alegrar la vida es quererla, y quererla es una manera de adorar á Dios, que nos la ha dado. Convénzase usted, don

Eligio: el que está alegre es más noble, más bueno, menos egoísta, más fuerte...

DON ELIGIO. ¿Más fuerte también?

CONSOLACIÓN. También. Ayer me decía mi primo hablando de esto, que él vió cuando estuvo en campaña, que los soldados que mejor resisten la vida dura de la guerra son los más alegres, los que saben cantar y reir. De modo que yo tengo razón que me sobra por la punta del pelo; que usted antes se acaloró; que ahora me da un abrazo...

DON ELIGIO. ¿Un abrazo?

CONSOLACIÓN. Ó dos, si le parece poco. Y que para tal culpa, tal pena: usted le proporcionó á mi tía el disgusto de anunciarle su marcha, y ahora va á entrar en esa habitación, donde ella está, á decirle que sigue honrándonos con su compañía.

DON ELIGIO. Señorita Consolación, la honra... el honrado...

CONSOLACIÓN. Ni una palabra más: el abrazo, y adentro.

Don Eligio la abraza, tambaleándose de pura turbación.

DON ELIGIO. **En ademán de darle otro abrazo.** Repito que...

CONSOLACIÓN. No repita usted nada: adentro. Advirtiéndole á usted una cosa: que esta escena es única en su género.

DON ELIGIO. Entendido, entendido... Obligadísimo á su bondad...

Hace una cortesía lo mejor que puede y se va en busca de doña Sacramento, enjugándose un par de gotas que asoman á sus ojos, probablemente de tinta china.

CONSOLACIÓN. ¡Lo he convencido! ¡Claro! ¡Si no hay como tener razón y no dejar hablar!

Salen de la casa de labor JULIO, PANDERETA, SALUD y su niña.

JULIO. Consolación.

CONSOLACIÓN. ¿Qué hay?

JULIO. Pandereta que se va y quiere saber si viene ya desde mañana.

CONSOLACIÓN. Sí, sí, desde mañana.

SALUD. Ea, pos muchas grasias, señorita, por haberse acordao de nosotros.

PANDERETA. Yo me pienso traé á tres ó cuatro hombres.

JULIO. Los que necesites: allá tú.

PANDERETA. Me traeré al hijo 'er Siego, me traeré á Torniyo, me traeré á Seboya, me traeré á Caralata...

SALUD. No te traigas á ninguno que se emborrache.

PANDERETA. Pos entonses vas á tené que vení tú sola con los retratos e los sinco.

SALUD. Conque, vámonos ya, que es tarde. Señorita, quéese usté con Dios. Con Dios, señorito.

CONSOLACIÓN. Adiós, Salud.

JULIO. Adiós.

CONSOLACIÓN. Niña, dame un beso.

SALUD. Á vé si va usté una tarde por la güerta.

PANDERETA. Con Dios, don Julio. Con Dios, señorita. Que haiga salú, y que muchos años les baile á ustés la risa en la boca, como ahora.

SALUD. ¿Quiés no charlá más?

PANDERETA. Después e to, dentro e sien años, tos carvos.

SALUD. Anda, hombre.

PANDERETA. Ya nos vamos, ya. Yo lo paso tan bien en este mundo, señoritos, que er día que me muera, si por casolidá ven ustés mi entierro, no digan ustés: «¡Hombre, probesiyo Pandereta! ¡Lástima e Pandereta! ¡Tan güen jardinero como era Pandereta!» No lo digan ustés. Lo que tienen ustés que desí es esto otro: «¡Más quemao que las ánimas va ese!» Ea, echa pa alante ya. Hasta mañana, señoritos

SALUD. Que ustés sigan güenos.

CONSOLACIÓN. Vayan con Dios.

JULIO. Hasta mañana.

SALUD. Niña, ¿qué se dise?

ROSITA. Güenas tardes.

Se va á la calle el regocijado matrimonio.

CONSOLACIÓN. ¡Pobre gente! ¡Bendita su alegría! Hace sonar distraídamente las teclas del piano.

JULIO. Oye.

CONSOLACIÓN. ¿Qué quieres?

JULIO. ¿Para qué te llevó mi madre del jardín?

CONSOLACIÓN. Porque quería hablarme.

JULIO. ¿De mí quizas?

CONSOLACIÓN. De ti... y de otra cosa. Dice que está sorprendida... y contenta; que pareces otro.

JULIO. Pues soy el mismo.

CONSOLACIÓN. Le llama la atención que pases tanto tiempo en la casa.

JULIO. ¿Y á ti, te llama la atención?

CONSOLACIÓN. Como no sé tus costumbres de antes...

JULIO. ¿De antes... de qué?

CONSOLACIÓN. De antes... de confundirte yo con Pacheco.

JULIO. Pues mis costumbres de entonces y de siempre, y hasta mi sistema filosófico, consisten en vivir contento y en hacer la vida agradable y risueña. Allí donde puedo lograrlo, allí me estoy. Ahora le ha tocado á mi casa; pero es porque mi casa es otra; yo no.

CONSOLACIÓN. ¡Si vieras lo que me gusta oirte hablar así!

JULIO. ¿De veras?

CONSOLACIÓN. Me enorgullece que por mí quieras á tu casa. Antes no la querías.

JULIO. Antes, no. Me parecía una cárcel, te soy franco.

CONSOLACIÓN. Y á mí me encanta que las personas quieran á su casa. No te puedes imaginar la rabia que siento al hablar con cualquiera que no hable de su casa nunca. Tú sabes que hay personas así. Me pasó á mí con un señor, que después de tratarlo más de tres años, sin que ni por casualidad sacara á relucir á su casa, ni á su gente, ni siquiera á su perro, acabé por encararme con él un día y por preguntarle: don Fulano, pero ¿usted vive en una palmera?

JULIO. ¿Y qué te contestó?

CONSOLACIÓN. Que sí.

JULIO. Era de esperar.

CONSOLACIÓN. La casa es la mitad de la vida. Yo compadezco á los que no la tienen, y á los que tiemblan al llegar á la suya.

JULIO. Pues calcula tú lo que sería mi casa, regida por el criterio estrecho y antipático de don Eligio, á quien mi pobre madre tiene por el hombre más sabio de este mundo.

CONSOLACIÓN. ¡Infeliz don Eligio! Lo que te ocurre á ti con él es que lo has tomado entre ojos, y no quieres luchar. Enemigo más débil no he visto. Acabo de tener con él una escena conmovedora.

JULIO. ¿Suplicándole que se quede?

CONSOLACIÓN. Sí. Para eso también me llamó tu madre. Casi ha llorado y casi se ha reído.

JULIO. ¿Reirse? ¡No lo puedo creer!

CONSOLACIÓN. ¡Pobrecillo! Á mí don Eligio me parece un eclipse de sol.

JULIO. Riéndose. Explica eso.

CONSOLACIÓN. Porque es la negación de la alegría. Esa luz pálida, esa sombra triste que proyectan las cosas, ese frío que se siente, ese temor de que el sol no vuelva...

JULIO. Tienes razón: todo eso es don Eligio.

CONSOLACIÓN. En el último eclipse que yo vi, cuando volvió á brillar el sol, me eché á llorar como una tonta. ¡Tengo una lástima de los ciegos!...

JULIO. El sol, el sol bendito es el que contigo ha entrado en esta casa. Tú lo has traído de la mano... ó en los ojos; pero lo has traído. Tu alegría es la suya, prima Consolación: fuerte, sana, fecunda, generosa. Á todos alcanza; á todos llega. Y llegó á esta casa, cerrada como sepulcro á toda luz, y alumbró con la suya hasta los últimos rinco-

nes. Y puertas y ventanas se abrieron para que entrase y saliese el aire de la vida; de la vida alegre, de la vida buena, de esta vida que se nos dió para que nosotros le demos digno y sabroso empleo.

CONSOLACIÓN. Sigue, sigue hablándome así.

JULIO. Seguiré... diciéndote lo que nos decimos sin palabras á todas horas. Te quiero; me quieres. Me enamoraste el día aquel en que contabas que habías volteado la campana del Carmen, porque tenías el alma llena de alegría y querías llevársela de alguna manera á unos campesinos que trabajaban lejos. ¡Alegrar el trabajo de los hombres! ¡Bendita tú, que eres capaz de pensarlo y de hacerlo! En aquel momento debí caer á tus pies de rodillas y decirte que te quería. Porque vi claro entonces que tu alma era grande, porque era alegre; que era buena, porque era alegre, y que tu alegría, bienhechora y fecunda, podría recoger toda la de mi alma, perdida, desparramada, estéril... Y mira cómo no me engañé.

CONSOLACIÓN. *Suspirando con amor satisfecho.* ¡Ay! ¡Ya era hora!

JULIO. ¿Qué dices?

CONSOLACIÓN. ¡Ya era hora de que te oyera yo decir todo eso!

JULIO. Consolación, ¿pero no lo sabías?

CONSOLACIÓN. ¿Sabes tú que te quiero?

JULIO. Sí.

CONSOLACIÓN. Pues no te lo digo, y ya verás qué buen rato se pasa.

JULIO. ¡Consolación!

CONSOLACIÓN. Pero sí te lo digo. Te quiero... Bueno, primero, porque te quiero.

JULIO. ¿Y después?

CONSOLACIÓN. Después... porque á través de tu buen humor y de tus ligerezas, he adivinado el corazón de un hombre capaz de sentir todo eso que me has dicho, y capaz también de algo más que de tomar unas copas de vino con Chiribiqui ó con Petaca. Y te quiero además—voy á confesártelo todo,—porque no hay mujer á la que no le halague ser la última á quien quiera un hombre que ha querido á muchas.

JULIO. ¡Qué tiene que ver!...

CONSOLACIÓN. Por si tiene... y porque supongo que seré la última.

JULIO. ¡La última! ¿Y si yo te dijese que la primera?

CONSOLACIÓN. No lo creería.

JULIO. ¡Pues por eso no te lo digo! Faltaba aquí la alegría del amor, y ya está entre nosotros. Somos y seremos felices.

CONSOLACIÓN. Tenemos el deber de serlo.

JULIO. Mi casa, será nuestra casa; mi madre, será nuestra madre; mis hijos, serán nuestros hijos.

CONSOLACIÓN. ¡No faltaría más!

JULIO. Diez, doce, catorce, diez y seis...

CONSOLACIÓN. ¿Qué estás contando, loco? ¿Las macetas?

JULIO. ¡Los hijos que tendremos!

CONSOLACIÓN. ¡Ave María Purísima!

JULIO. Y todos fuertes, sanos, limpios, alegres, amando la vida...

CONSOLACIÓN. De eso me encargo yo. Antes de mandar á ninguno á la escuela, le preguntaré: «Niño, ¿qué es lo mejor que hay en la vida?» Y cuando él me responda: «La vida», entonces lo mandaré á la escuela á que el maestro le enseñe paparruchas.

JULIO. ¡Ja, ja, ja!

CONSOLACIÓN. Así me educaron á mí; en esta alegría crecí yo. Recuerdo que mi padre, siempre que levantaba en alto una copa de vino—y esto era á menudo, porque le gustaba bebérsela después,—entre burlas y veras, decía: «¡Alegrémonos de haber nacido!»

JULIO. ¡Alegrémonos, sí! Si en mi vida no hubiera más que este momento, por él sólo la bendeciría. Á DOÑA SACRAMENTO, que sale. ¡Mamá!

DOÑA SACRAMENTO. ¿Qué quieres?

JULIO. Ven aquí.

CONSOLACIÓN. Tía, venga usted.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Qué queréis?

JULIO. Que estamos muy contentos, y hace falta que tú lo estés con nosotros. ¿Vámonos al campo los tres?

DOÑA SACRAMENTO. ¿Ahora?

JULIO. Ahora, sí.

CONSOLACIÓN. Vámonos.

JULIO. Anda, mamá, daremos un paseo; charlaremos de muchas cosas; te contaremos nuestros sueños, nuestra ventura...

DOÑA SACRAMENTO. ¿Pero os habéis vuelto locos?

CONSOLACIÓN. Sí, tía Sacramento; y queremos que usted se vuelva también.

DOÑA SACRAMENTO. ¿No basta con dos en la casa? ¿Para qué ha de haber tres?

JULIO. ¡Para mantear entre todos á don Eligio!

DOÑA SACRAMENTO. ¡Calla!

CONSOLACIÓN. No le haga usted caso; éste está más loco que yo. *Llamando.* ¡Coralito! ¡Coralito! Suba usted, tía; suba usted á arreglarse. Coralito le ayudará.

Baja CORALITO.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Coralito?

CONSOLACIÓN. Coralito, sí. Anda, Coralito, acompaña á la señora á su cuarto.

CORALITO. Á la disposisión de usté.

DOÑA SACRAMENTO. *Entre confundida y gozosa.* ¡Jesús, Jesús, Dios mío!... ¡Yo con Coralito de doncella!... ¡Este es el fin del mundo!

Encamínase hacia la escalera. Coralito la sigue. Consolación y Julio se ríen de la inocente tribulación de la marquesa.

CORALITO. *Viendo lo esponjada que está su señorita, le dirige al pasár á su lado esta breve pregunta:* ¿Ya?

CONSOLACIÓN. Ya.

CORALITO. ¡Ay!... *En este momento sale Lucío de la casa de labor. Coralito lo ve y suelta un suspiro muy distinto del otro.* ¡Ay!... *Únese á doña Sacramento y sube la escalera con ella.*

LUCÍO. *Bamboleando ligeramente el cuerpo, y en la seguridad de su triunfo, se arranca á decir su romance sin encomendarse á Dios ni al diablo.*

«Todas las flores der campo
ze han puesto er traje de gala...»

JULIO. ¿Qué dices tú?

LUCÍO. ¡Cayarze ahora!

Consolación y Julio lo escuchan sonriendo complacidos.

«Todas las flores der campo
ze han puesto er traje de gala,
y también er zó ze ha puesto
zu corona de oro y plata.
En er cielo está la luna
y laz estreyas más claras,
y una alondra por loz aires
va cantando estas palabras:
Á la puerta de un palacio
yegó un roza lunaria,
y er zeñorito don Julio
ze enamoró de mirarla.
Le dijo que la quería
por hermoza y por cristiana,
y eya ze quitó una perla;
le mandó que la guardara.
Zalió... zalió...»

Deteniéndose perplejo y acongojadísimo.

¡Ze me ha orvidao!

Recordando de pronto y prosiguiendo lleno de alegría.

«Zalió de la perla luego
una maripoza blanca,
y azín le dijo á don Julio
volando por la armohada:
Conzolación zerá tuya
zi me cumples la palabra
de que ziempre has de quererla
como á la Virgen zagrada.
Y er zó ze vistió de oro,
y la luna de oro y naca,

y todos los ruinzeñores
cantaron en la enramada.»

Esto de la enramada me lo ha puesto er procuraó.

Los enamorados sueltan francamente la risa. Lucío animado, se ríe también.

JULIO. Poeta, vé por tu sombrero, que vas á acompañarnos al campo, donde te coronaremos de espigas.

LUCÍO. ¡Ju, ju, ju! Vase corriendo y riéndose.

CONSOLACIÓN. ¿Y adónde iremos, tú?

JULIO. Adonde tú quieras.

CONSOLACIÓN. Pues déjate guiar, que acaso no conozcas el sitio donde voy á llevarte. ¿Has subido alguna vez al cerro de las Águilas?

JULIO. Nunca.

CONSOLACIÓN. Desde él se ve toda la vega; los huertos, los prados, los valles, la cinta del río, los pueblecillos del contorno. Dejaremos á tu madre descansar á su falda y treparemos nosotros de la mano monte arriba. Y ya en lo más alto, mirando al cielo, vamos á repetir gritando, para que tu madre desde abajo lo oiga, aquello que mi padre decía: «¡Alegrémonos de haber nacido!»

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Junio 1906.

Obras de los mismos autores.

Esgrima y amor, juguete cómico (2.ª edición).

Belén, 12, principal, juguete cómico (2.ª edición).

Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna (2.ª edición).

La media naranja, juguete cómico (3.ª edición).

El tío de la flauta, juguete cómico (3.ª edición).

El ojito derecho, entremés (3.ª edición).

La reja, comedia en un acto (4.ª edición).

La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull (6.ª edición).

El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela (2.ª edición).

La vida íntima, comedia en dos actos (3.ª edición).

Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez (3.ª edición).

El chiquillo, entremés (6.ª edición).

La casas de cartón, juguete cómico (2.ª edición).

El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso (2.ª edición).

El patio, comedia en dos actos (4.ª edición).

El motete, pasillo con música del maestro José Serrano (2.ª edición).

El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros. Música del maestro Chapí.

Los Galeotes, comedia en cuatro actos (3.ª edición). Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

La pena, drama en dos cuadros (2.ª edición). Traducido al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

La azotea, comedia en un acto (2.ª edición).

El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.

El nido, comedia en dos actos (3.ª edición). Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.

Las flores, comedia en tres actos (3.ª edición). Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

Los piropos, entremés.

El flechazo, entremés (2.ª edición).

El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo (2.ª edición).

Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo (2.ª edición). Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.

Pepita Reyes, comedia en dos actos (2.ª edición).

Los meritorios, pasillo.

La zahorí, entremés.

La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano (2.ª edición).

Zaragatas, sainete en dos cuadros.

La zagala, comedia en cuatro actos.

La casa de García, comedia en tres actos.

La contrata, apropósito.

El amor que pasa, comedia en dos actos (2.ª edición). Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.

El nuevo servidor, humorada.

Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.

Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.

La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.

La musa loca, comedia en tres actos.

La pitanza, entremés.

El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.

Los chorros del oro, entremés.

Morritos, entremés.

Amor á oscuras, paso de comedia. Traducido al italiano con el título de *Amore al buio* por Luigi Motta.

La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano (2.ª edición).

El genio alegre, comedia en tres actos (2.ª edición). Traducida al italiano con el título de *Anima allegra* por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.

El niño prodigio, comedia en dos actos.

Nanita, nana... entremés con música del maestro José Serrano.

La zancadilla, entremés.

La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.

La patria chica, zarzuela en un acto. Música del maestro Chapí.

La vida que vuelve, comedia en dos actos.

A la luz de la luna, paso de comedia. Traducido al italiano con el título de *Al chiaro di luna* por Luigi Motta.

La escondida senda, comedia en dos actos.

El agua milagrosa, paso de comedia.

Las buñoleras, entremés.

Las de Caín, comedia en tres actos. Traducida al italiano con el título de *Le fatiche di Ercole* por Juan Fabré y Oliver.

Las mil maravillas, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo. Música del maestro Chapí.

Sangre gorda, entremés.

Amores y amoríos, comedia en cuatro actos.

El patinillo, sainete con música del maestro Gerónimo Giménez.

Doña Clarines, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *Siora Chiareta* por Giulio de Frenzi.

El centenario, comedia en tres actos.

La muela del Rey Farfán, zarzuela infantil, cómico-fantástica. Música del maestro Amadeo Vives.

Herida de muerte, paso de comedia.

El último capítulo, paso de comedia.

La rima eterna, comedia en dos actos inspirada en una rima de Bécquer.

La flor de la vida, poema dramático en tres actos.

Palomilla, monólogo.

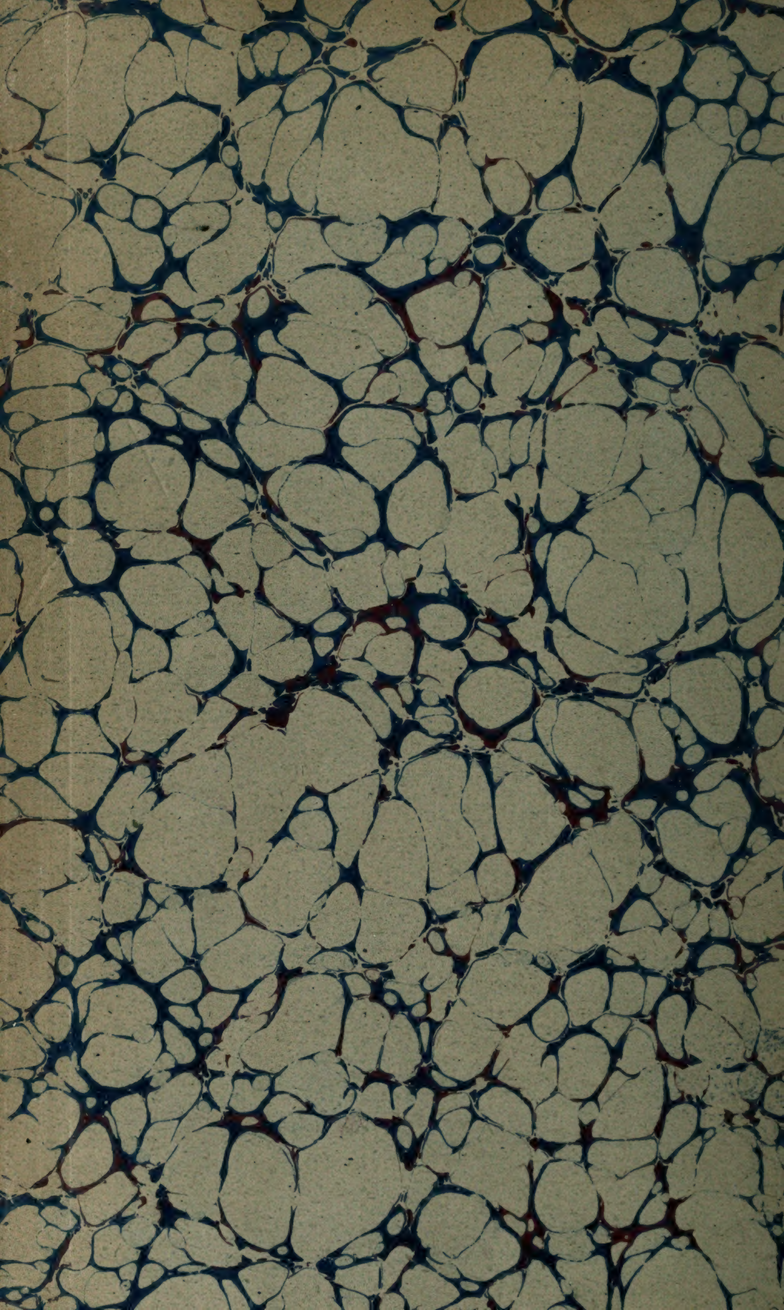
Solico en el mundo, entremés.

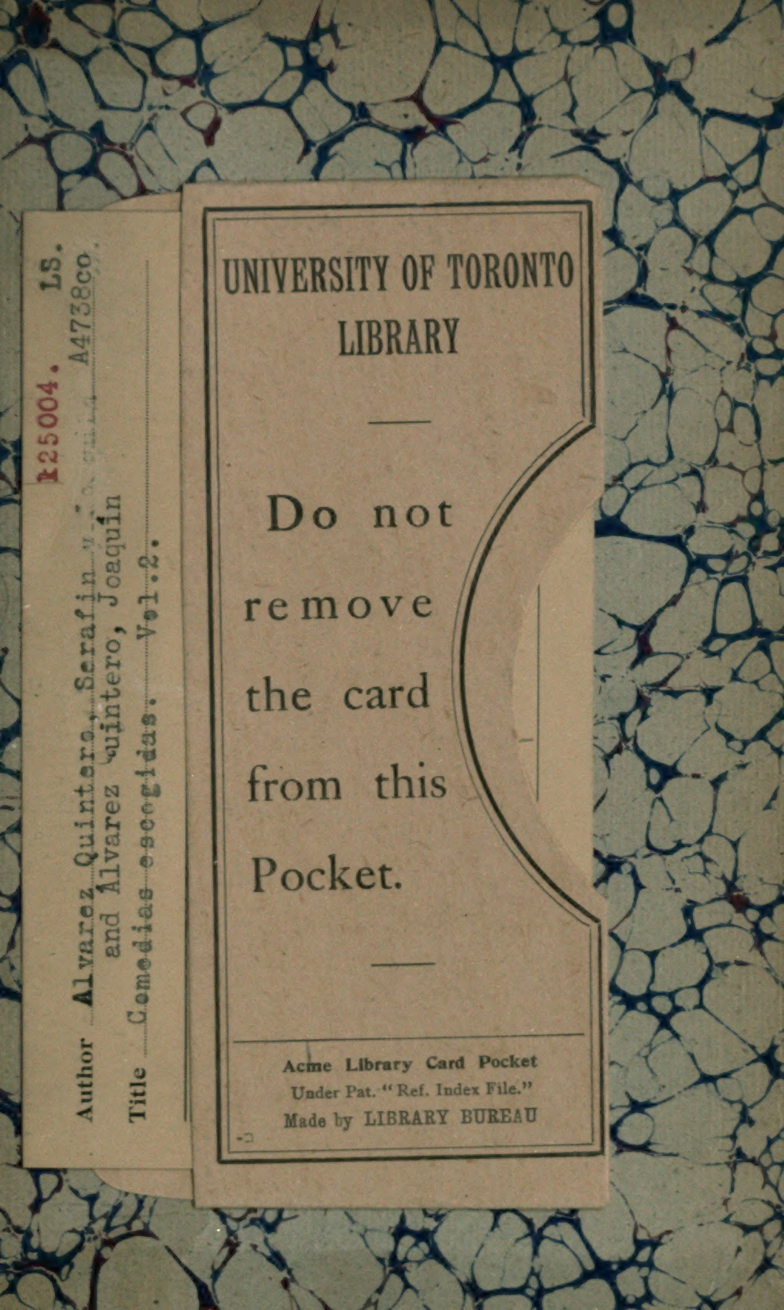
Rosa y Rosita, entremés.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El diablo cojuelo*.

La madrecita, novela corta.

Fiestas de amor y poesía, colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas.




UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
Do not remove the card from this Pocket.
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU
LS.
A4738co
Author Alvarez Quintero, Serafín
and Alvarez Quintero, Joaquín
Title Comedias escogidas. Vol. 2.

